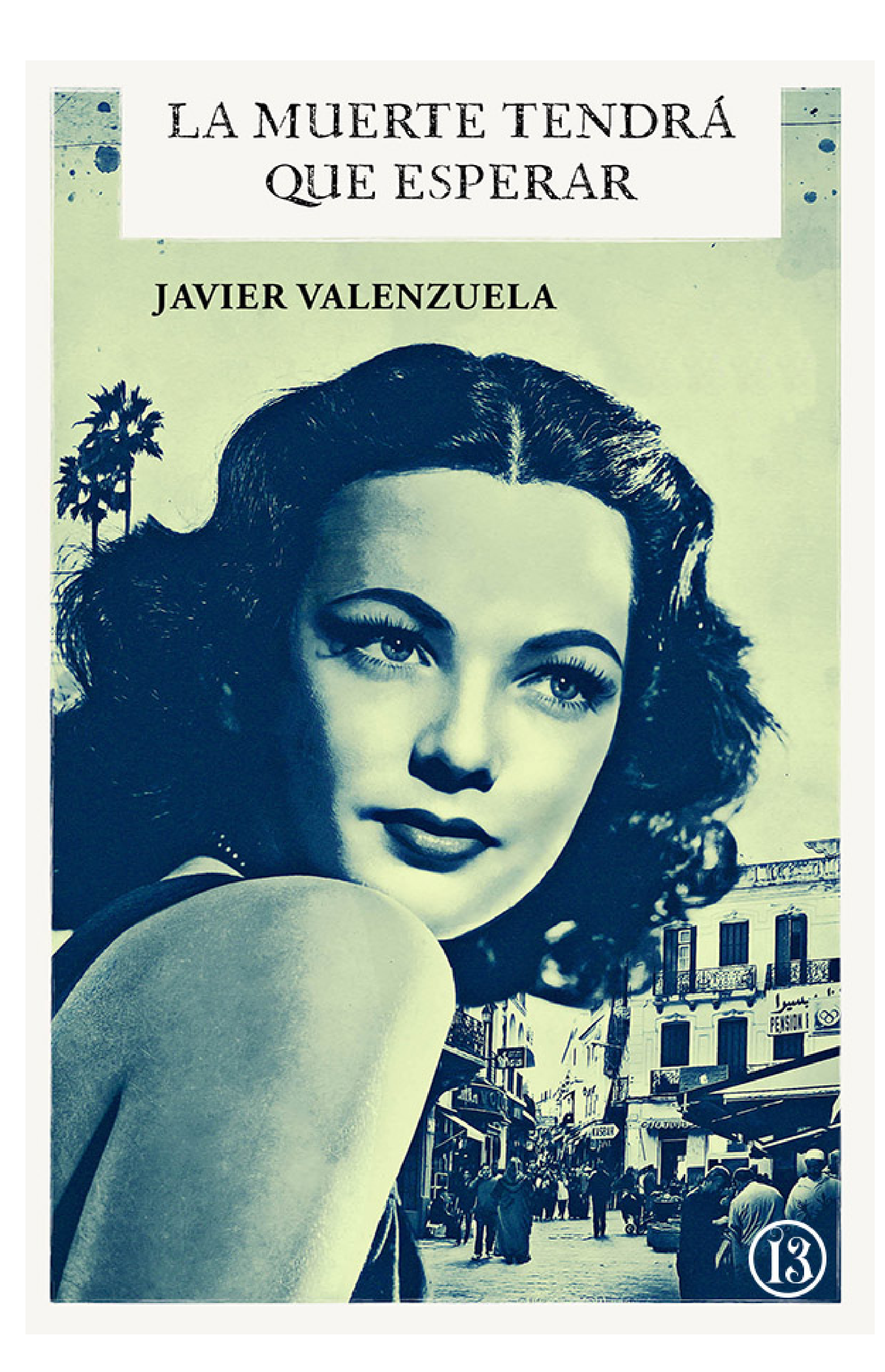

LA MUERTE TENDRÁ
QUE ESPERAR
JAVIER VALENZUELA
PENSION
13

Con «La muerte tendrá que esperar», Javier Valenzuela nos propone una obra netamente vitalista, quizá la primera novela negra pospandemia. A un Tánger que va dejando atrás el coronavirus regresan con fuerza las intrigas internacionales. El comisario Romero, astro tenebroso de las cloacas del Estado, planea una reconciliación secreta en la ciudad norteafricana entre don Juan Carlos I y su examante Corinna. Requiere para ello los servicios de Adriana Vázquez, la «femme fatale» de Tánger, que ahora trabaja en las relaciones públicas del Mundial de Qatar. Conjuras, sexo, fútbol, bulos y criptomonedas se entretejen, al modo de Las mil y una noches, en este elegante «neopulp», en el que las mujeres, marroquíes y españolas, reivindican con vigor la libertad de decidir sobre sus vidas.

Javier Valenzuela

La muerte tendrá que esperar

Tánger Noir

3

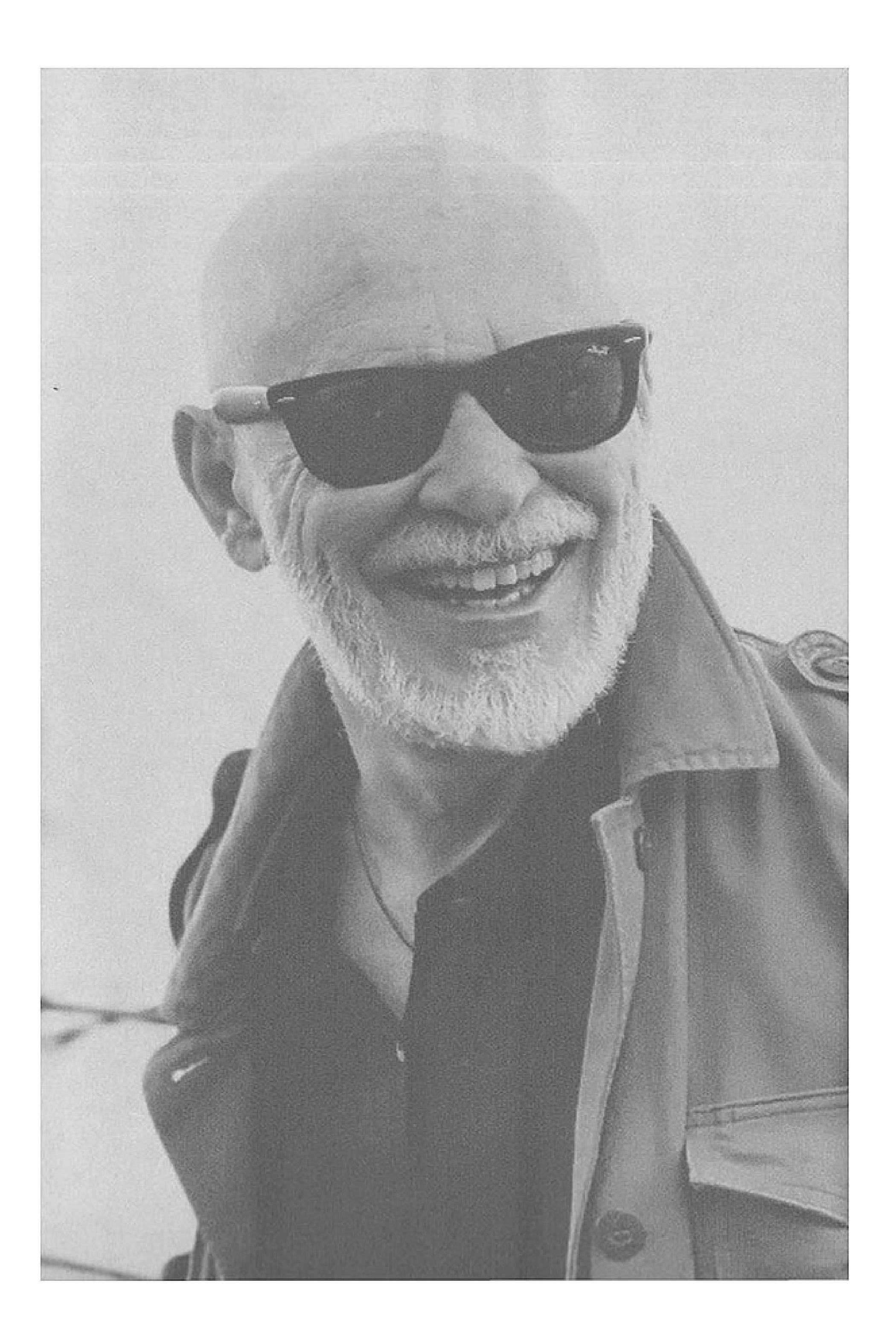


Título original: *La muerte tendrá que esperar*
Javier Valenzuela, año primera publicación original

-

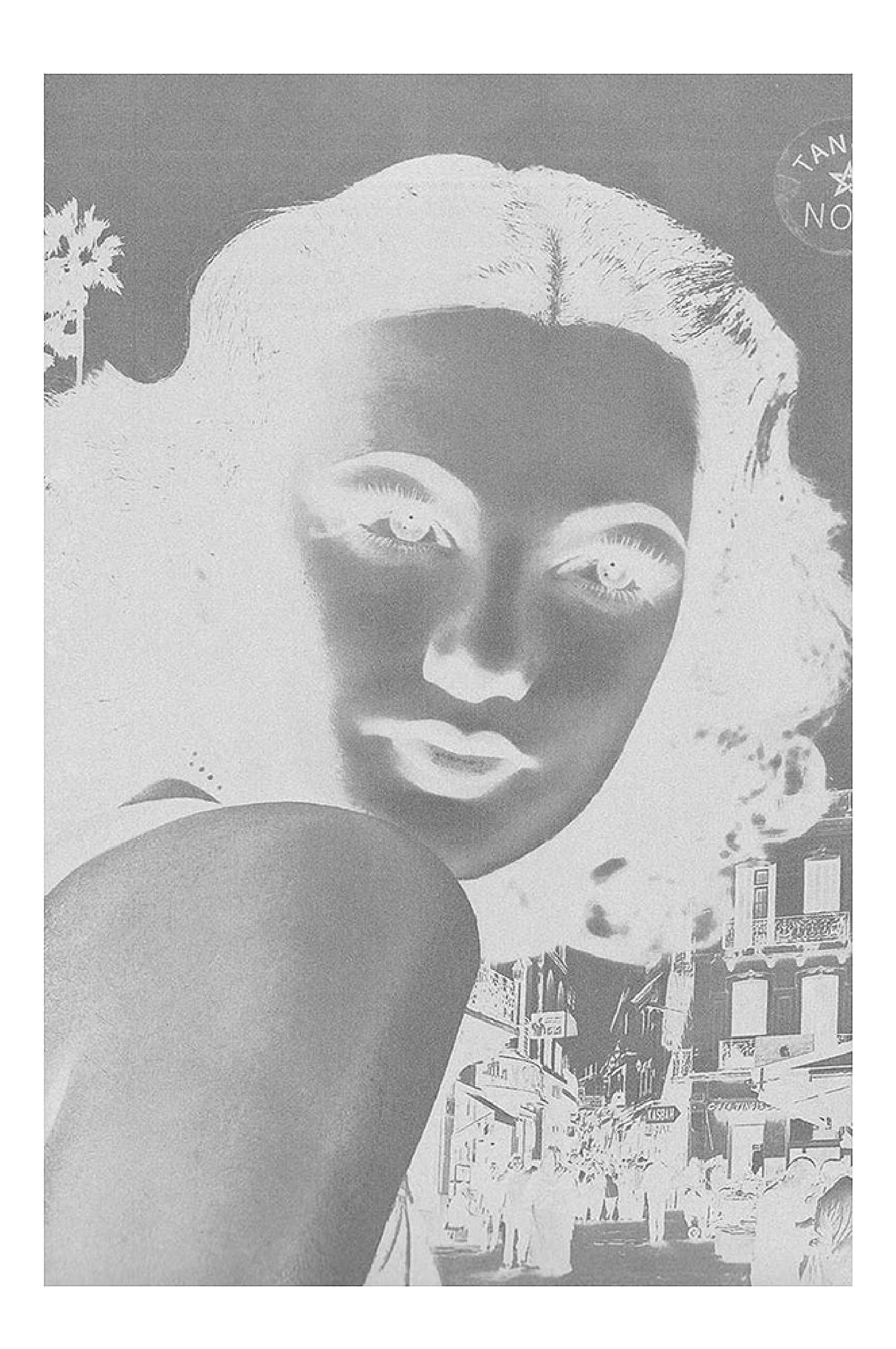
Revisión: 1.0

12/11/2022



If you see her, say hello, she might be in Tangier.
She left here last early spring, is living there I hear.

BOB DYLAN
«If you see her, say hello»
Blood on the Tracks (1975)


TAN
NO

Se denomina horca al método de ejecución, homicidio o suicidio consistente en colgar a una persona tras rodearle el cuello con un lazo. Morir o matar así es barato, tan solo se requiere una soga, una determinada altura y un punto de sujeción resistente. Si la altura de la que el individuo cae al vacío —por voluntad propia o ajena— es baja, el fallecimiento suele ser lento y producirse por estrangulamiento. Si la altura es alta, superior a un metro y medio, el fallecimiento es fulminante y causado por la rotura del cuello. Aunque la valoraban para el suicidio —de preferencia en una higuera u otro árbol—, la horca fue relativamente poco usada como método de ejecución por los antiguos, que solían optar por la lapidación, la decapitación, la crucifixión, el descuartizamiento o la hoguera. Fueron los ingleses de los siglos XVIII y XIX los que terminaron adoptándola como el instrumento oficial para aplicar la pena de muerte, y su ejemplo fue seguido por los norteamericanos y otros pueblos sujetos a su influencia. El ahorcamiento como castigo del reo se practicaba en España en tiempos de Cervantes, como cuenta una escena de *El Quijote*, pero, a partir del siglo XIX, fue sustituido por otra técnica de estrangulamiento: el garrote vil. La Rusia zarista usó la horca como el castigo predilecto para los llamados «crímenes de Estado». Sasha Ulianov, hermano de Lenin, fue ahorcado en 1887 por participar en un intento de asesinato del zar Alejandro III.

Fuente: Wikipedia

I
OPERACIÓN HESPÉRIDES

1

Adriana Vázquez plegó la mascarilla quirúrgica y la guardó en su bolso de mano, de donde sacó a continuación el botecito de gel hidroalcohólico que acababa de comprar en una farmacia del bulevar Unter den Linden. Con la ritualidad desarrollada a lo largo del año y medio anterior, Adriana vertió un poco de líquido en las manos —era levemente espeso— y, tras frotárselas a conciencia, abrió las palmas, las aproximó a la nariz y olió su perfume. Le encantó: era de refrescante té verde, tal y como decía la etiqueta en inglés que la había impulsado a comprarlo.

Amortiguados por la alfombra, no escuchó los pasos de la camarera del hotel Adlon, una joven cuya picuda mascarilla blanca contrastaba con la blusa negra de su uniforme de trabajo. La camarera mantuvo un sigilo felino al depositar sobre el cristal de la mesa un platito con una taza de capuchino y otro con una servilleta triangular de hilo, unos sobrecitos de azúcar y una cucharilla. Adriana le dio las gracias y se puso a contemplar la superficie del capuchino. Dibujada con canela, la silueta de la Puerta de Brandemburgo flotaba decorativamente sobre una espuma blanca.

La Puerta de Brandemburgo estaba, literalmente, a dos pasos, a la izquierda de la salida del Adlon, donde Adriana Vázquez se alojaba por motivos de trabajo: una reunión del equipo internacional de relaciones públicas del Mundial de Fútbol que iba a celebrarse en Qatar dentro de poco más de un año. El coronavirus había impedido durante dieciocho meses que el equipo pudiera reunirse físicamente, pero ahora, recién comenzado el mes de septiembre de

2021, la vida se ponía de nuevo en marcha con u amplio cortejo de supervivientes. La pandemia parecía quedar atrás, al menos en Europa, donde la mayoría de la población ya había sido vacunada, y las cifras de contagios, hospitalizaciones y muertes estaban a la baja. Con no pocas precauciones, iba recuperándose el pulso de los viajes, los negocios y las reuniones sociales, lo que había posibilitado aquella cumbre presencial berlinesa.

Adriana la había disfrutado como una niña disfruta del comienzo de sus vacaciones de verano. Los confinamientos en Tánger se le habían hecho tan penosos como al resto de los habitantes del planeta, y como tantos de ellos los había vivido con la angustia adicional de las dudas sobre el porvenir de su trabajo. Aunque el mensaje de los qataríes en las videoconferencias celebradas a lo largo de 2020 y la primera parte de 2021 había sido tranquilizador —las obras de las infraestructuras y los estadios continuaban sin retrasos en el emirato—, Adriana solo se había serenado de veras en la reunión del Adlon. Allí había quedado confirmado que el mundial iba a celebrarse como estaba previsto, entre el 21 de noviembre y el 18 de diciembre de 2022, el año próximo.

Tuvo que deshacer la Puerta de Brandemburgo para endulzar el capuchino con una pizca de azúcar moreno y comenzar a beberlo con parsimonia, disfrutando de la luz dorada que envolvía el *lobby* del hotel, de sus centelleos en lámparas y espejos, del sosiego que se desprendía de empleados y clientes, de la decoración, sobriamente *art déco*, y la elegancia no exhibicionista del establecimiento berlinés.

Lo tenía muy claro: prefería el encanto burgués de los clásicos hoteles europeos a la gélida funcionalidad de los albergados en los rascacielos de vidrio y acero que florecían en Doha, Abu Dabi, Dubái y Kuwait. Los nuevos ricos del golfo Pérsico detestaban la discreción y adoraban los oropeles. Aunque ahora trabajara para una de sus familias, Adriana los encontraba bastante paletos.

A Klaus sí que lo vio venir. Sus ojos, de color verde albahaca, brillaron de expectación al detectar que el alemán se acercaba a su mesa vestido con un traje azulado de lana virgen que debía de haber

sido diseñado por Hugo Boss y se ajustaba a la perfección a su físico alto y delgado. Klaus, que no llevaba mascarilla, le envió una sonrisa juguetona y Adriana se la devolvió, acompañándola con un gesto de la mano que lo invitaba a sentarse a su lado, en un sillón de cuero de color caviar como el que ella ocupaba.

—Buenos días de nuevo —saludó él en inglés, mientras depositaba una tableta iPad sobre la mesa, al lado de un florero con tres rosas rojas.

—Buenos días —respondió ella, también en inglés—. Hace un día precioso, Klaus; ideal para dar un paseo. Pero, lamentablemente, no tengo tiempo. Ya he hecho el *check out* y me han bajado las maletas.

La sonrisa de Klaus vaciló, como una bombilla que parpadea, y terminó apagándose y dando paso a un mohín de pesadumbre.

—¡Maldita sea! Me hubiera gustado que almorzáramos en un restaurante italiano muy lindo de Kreuzberg.

—Pues no va a poder ser, querido. Pero, en fin, aún no tengo que irme. Disponemos de media hora hasta que venga el taxi a recogerme.

—Algo es algo —dijo él, cruzando las piernas y acomodándose en el sillón. Debía de estar acercándose a los sesenta años, pero su aspecto y actitud seguían siendo juveniles—. Tu vuelo a Tánger es directo, ¿no?

—No, en absoluto. Me espera un viaje horroroso. Primero tengo que ir a Barcelona y luego perder allí tres o cuatro horas para tomar un segundo avión hacia Tánger. Y lo peor de todo es que los dos vuelos son de Ryanair, más incómodos que el metro de París en hora punta.

—¿Es que tú has viajado alguna vez en metro? —Un guiño burlón flotaba ahora en los afinados labios de Klaus.

—Nunca en los últimos veinte años —respondió con rotundidad Adriana, que no había sucumbido a la moda del alisado y llevaba ligeramente rizada su negra melena. Se la ahuecó con coquetería antes de añadir—: Pero de adolescente usé mucho el metro en mi primer viaje turístico a París. Era verano, hacía un calor pegajoso,

los vagones estaban abarrotados y apestaban a ganado. Creo que fue allí donde puse a Dios por testigo de que nunca más volvería a pasar hambre.

—Hiciste bien, muy bien —aprobó él con jovialidad—. Pero, dime, ¿no había otra alternativa para tu regreso a casa? Alguna que tuviera clase *business*.

—Ninguna. A no ser que les hubiera pedido a nuestros jefes que me fletaran un avión privado, pero supongo que eso hubiera sido abusivo.

Clavó sus pupilas en las de Klaus, y los dos se estuvieron escrutando en silencio un buen rato, prolongando así la complicidad carnal de la noche que habían pasado juntos en la habitación de ella. Adriana sintió una especie de cosquilleo: le gustaba aquel hombre, le gustaba mucho. En los ojos de él, del color de la miel, leyó que el sentimiento era recíproco.

—Aunque tú te merezcas un avión privado y mucho más, tienes razón —terminó diciendo él—. Quizá no hubiera sido muy diplomático pedírselo hoy a los representantes del emir Al Thani. Están bastante nerviosos por lo que ha salido en *The Guardian*.

—¿Qué es lo que ha salido? —Adriana lo ignoraba sinceramente.

Klaus recuperó el iPad, lo encendió, lo toqueteó y se lo ofreció. Ella leyó la información que figuraba en la pantalla. El diario británico recogía las denuncias de organizaciones de derechos humanos que aseguraban que miles de inmigrantes de India, Pakistán, Nepal, Bangladesh, Sri Lanka y otros países asiáticos habían muerto en accidentes laborales en las obras del Mundial de Qatar. En unos casos había sido por caídas o electrocuciones; en otros por asfixias causadas por las altas temperaturas; en algunos por suicidios derivados del estrés. Las autoridades qataríes, añadía la información, calificaban de exageradas las cifras de las organizaciones internacionales. En cuanto a las muertes por insuficiencia cardíaca o respiratoria durante el trabajo al aire libre en los meses veraniegos, las consideraban absolutamente naturales en el golfo Pérsico.

—Terrible —dijo ella con acento apesadumbrado al concluir la lectura; le habían parecido bastante más verosímiles las denuncias que las excusas. Dejó la tableta sobre la mesa y preguntó—: ¿Qué se supone que tenemos que hacer nosotros ante esta noticia?

—Nada, absolutamente nada, Adriana. No tenemos que sacar el tema ni en broma. La táctica del avestruz ya nos funcionó en marzo, cuando la selección de Noruega exhibió en Gibraltar camisetas protestando por las muertes en las obras del mundial. Recuerda que aquello no tuvo la menor repercusión política o mediática.

—No la tuvo, es verdad. Pero el tema tampoco está enterrado para siempre. Ya ves, hoy mismo ha vuelto a salir…

—Y volverá a salir cien veces más, como también las polémicas sobre las mujeres, los derechos humanos y el calor. Pero no llegarán muy lejos, no te preocupes. El fútbol ha ido construyéndose un estómago de piedra. —Klaus comprobó que contaba con la plena atención de su interlocutora—. El último mundial honrado fue el que le ganó Alemania a la Naranja Mecánica de Cruyff en Múnich, y eso fue en 1974. El siguiente, el de Argentina, ya resultó obsceno. Se celebró bajo una dictadura militar e incluyó una victoria por 6-0 de los anfitriones frente a Perú, amañada por el general Videla. Me temo que, desde entonces, las exigencias éticas cotizan a la baja en el fútbol internacional.

Adriana apuró los restos del capuchino, se limpió los labios con la servilleta de hilo, que quedó algo teñida de carmín, y dijo:

—O sea, que, si no nos queda más remedio, repetimos nuestro argumentario estándar para situaciones conflictivas. —Impostó una voz de monserga al añadir—: Damas y caballeros, estamos nuevamente ante informaciones falsas o exageradas, sensacionalistas en todo caso. Informaciones motivadas quizá por algún tipo de racismo consciente o inconsciente. Y es que parece que a algunos les cuesta asumir que un pequeño país árabe como Qatar pueda organizar el que va a ser un espléndido campeonato de fútbol… Etcétera, etcétera. Es esto, ¿no?

Klaus revalidó el discurso con un movimiento de la cabeza. Sí, habían ensayado las verdades a medias de aquel argumentario en la

cumbre del Adlon. Luego extendió su mano y acarició la de Adriana.

—Comprendo —dijo— que te sientas mal pensando que están muriendo miles de personas para que un país rico pueda celebrar un mundial. Ciertamente, es una puta locura. Pero te lo repito: hace décadas que el fútbol dejó de ser solo un juego democrático, un deporte accesible a los pobres. Ahora tiene mucho más que ver con el espectáculo, el dinero y la política.

Ella asintió con la cabeza; lo sabía.

—¿Vendrías a Tánger si te invitara? —terminó preguntando en tono neutro—. Creo que te gustaría esa ciudad. Han aprovechado la pandemia para darle un buen lavado de cara a las partes más antiguas: la *kasbah*, la medina, la calle de Italia, la antigua avenida de España…

Un conserje se había acercado a la mesa y parecía hacer gestos de que el taxi de Adriana ya había llegado. Ella lo ignoró: aguardaba la respuesta de Klaus.

—Iría a África o adonde fuera, si tú me invitaras —dijo él—. Aunque tuviera que ir en un abarrotado vagón de metro.

—¿O en Ryanair, que es casi peor?

—O en Ryanair.

No se besaron ni abrazaron al despedirse, se limitaron a entrechocar los codos. Quizá como una costumbre automática adquirida durante la pandemia. Quizá por respeto al pudor religioso de sus patronos del Golfo. Quizá para disimular hasta qué punto había llegado su relación en aquel encuentro berlinés. Probablemente, por todo a la vez.

El conserje introdujo el equipaje de Adriana Vázquez en el maletero del taxi y ordenó al chófer que la llevara al aeropuerto de Berlín-Brandeburgo «Willy Brandt». La viajera se sentó en la trasera del Mercedes, comprobó que llevaba en el bolso el pasaporte, el certificado europeo de vacunación y el resultado negativo de la prueba PCR que se había hecho el día anterior. Entonces, suspiró hondo bajo la mascarilla: hasta la medianoche, si todo iba bien, no llegaría a su casa en la Vieja Montaña.

2

El comisario José Manuel Romero esperaba a la viajera a la salida de la zona de control sanitario, verificación de pasaportes y recogida de equipajes del aeropuerto Ibn Batuta. Pese a la mascarilla azul que le cubría la mitad inferior del rostro, el comisario la reconoció enseguida. Era cierto lo que se decía de ella: de un metro setenta y cinco de estatura, un cuerpo esbelto y curvilíneo y un rostro que recordaba al de Ava Gardner, Adriana Vázquez era lo que antaño se conocía como una mujer de bandera.

Tal y como tenía planeado, Romero no la abordó aquella noche, sino que dejó que saliera de la terminal y se subiera tranquilamente a uno de los taxis que tenían permiso para operar durante el aún vigente toque de queda sanitario. De momento, tenía lo que quería: la certeza de que su objetivo había regresado a Tánger. El aeropuerto no era un buen lugar para una escena que podía terminar con gritos, pataletas, lloros y hasta intervención de los policías locales. Para tal escena, lo mejor era el domicilio de ella, una de esas coquetas y aisladas villas del barrio montañés de los tangerinos pudientes.

Allí se plantó, caminando, la mañana siguiente. Con el sol brillando en el cielo del estrecho de Gibraltar y un leve vientecillo moderando su ardor, Romero decidió tomarse la ascensión a la Vieja Montaña como el ejercicio diario que su médico le recomendaba para evitar problemas de salud —le sobraban unos quince kilos—, y ese pensamiento la hizo más liviana. El tipo sudoroso que, poco antes de las once, hizo sonar el timbre de la verja exterior de la casa

de Adriana estaba satisfecho consigo mismo.

Tuvo que llamar varias veces y aguardar unos diez minutos para ver acercarse a la mismísima propietaria del lugar. Vestía con prendas ajustadas de gimnasia, del mismo color negro que el Mini Cooper Goodwod aparcado en el lado interior de la verja. Su rostro expresaba un indisimulado fastidio y, pese a no estar maquillado, era muy hermoso, con ojos verdes y almendrados, nariz delicada y labios pequeños y jugosos.

Adriana se plantó a un metro de distancia de la verja y analizó al inesperado visitante. Era alto y tan gordo que casi reventaba un traje gris comprado hacía bastantes años. Usaba una mascarilla de tela negra con una banderita rojigualda, se cubría con una boina de chulapo madrileño y ocultaba sus ojos tras unas gafas de sol de aspecto barato.

—*Et alors? Qu'est-ce que vous voulez*[1]? —Aunque adivinaba que el desconocido era español, usó el francés para marcar diferencias.

—Adriana Vázquez, supongo. —El visitante hizo una pausa, quizá para subrayar su bromista alusión al encuentro africano de Stanley y Livingston. Como ella no movió una pestaña, prosiguió—: Buenos días, señora. Lamento molestarla, pero tengo que contarle algo importante. Cuando me escuche, comprenderá lo importante que es, ¿vale?

Romero había aprendido en la escuela de policía que lo mejor era comenzar usando los buenos modales. Siempre había tiempo para enseñar los dientes.

Ella replicó con voz aparentemente indiferente:

—Quiero creer que usted no ha subido hasta aquí para venderme un seguro o algo así. Puede ir directo al grano.

—Voy a hacerlo, pues. —Introdujo la mano en el interior de la chaqueta, sacó de allí un carné plastificado con la misma bandera que la mascarilla y se lo mostró a Adriana—. Si se acerca y mira este documento, verá que me llamo José Manuel Romero y soy comisario de la Policía Nacional. Mis superiores me han enviado a Marruecos para que le haga una propuesta. Una propuesta amistosa, cabe precisar. Usted no perdería nada; al contrario, ganaría el

aprecio del Estado.

Adriana sintió como la inquietud despertada por las inesperadas llamadas a la puerta, y acentuada por el aspecto torvo y funcionarial del intruso, se convertía en un nudo en el estómago. Llevaba años esperando que ocurriera algo así, que viniera a verla un policía español o marroquí y le hiciera las preguntas que nadie le había hecho en 2015. ¿De veras ignoraba que su empleado doméstico Abdelhadi suministraba chicos y chicas marroquíes a acaudalados viajeros españoles? ¿Nunca sospechó que los millones que Arturo Biescas quería invertir en una nueva urbanización en Tánger procedían del expolio de BankMadrid, la entidad que él presidía?

La cita con su pasado, tanto tiempo aplazada, parecía materializarse en aquella hermosa mañana de septiembre. Adriana no tenía un pelo de tonta: era muy consciente de que había caminado al borde del precipicio en más de una ocasión desde que abandonó la casa de su madre, pero se absolvía a sí misma pensando que no había tenido más remedio que hacerlo. La asunción de determinados riesgos era el precio que tenía que pagar por llevar una vida acomodada e independiente sin disponer de auténticos recursos propios.

No le venían palabras a la boca, así que optó por ganar tiempo acercándose a la verja, tomando el carné que le tendía el visitante y leyéndolo por ambas caras. Parecía auténtico, pero falsificar uno semejante no debía de ser tan difícil… Optó, pues, por seguir despejando balones. Le devolvió el carné al gordinflón y dijo:

—Aceptemos que usted es un auténtico policía. En tal caso, comisario Romero, no le importará decirme dónde trabaja y de qué se ocupa.

—Trabajo en Madrid, en la Dirección General de la Policía, y me ocupo de casos sensibles. —Romero sonrió divertido—. Veo que no está usted muy al corriente de las noticias de España. Lo digo porque salgo casi todos los días en las cadenas de televisión. Los periodistas progres dicen que soy muy importante en las cloacas del Estado español, y yo añado que a mucha honra. Las cloacas no fabrican la mierda, la limpian.

Adriana, en efecto, no seguía las noticias españolas. Nunca lo había hecho y, temerosa de encontrarse con flecos desagradables del caso BankMadrid, aún menos en los últimos años. Bastante tenía con estar al corriente de la evolución del coronavirus y con enterarse de las cosas del fútbol, que, al fin y al cabo, eran las que ahora pagaban sus gastos.

—Vaya, veo que es usted muy importante, comisario. Disculpe que no lo supiera. —Romero vio que Adriana hablaba con las manos entrelazadas a la altura del pecho, una posición defensiva, y eso le indicó que iba por buen camino—. Y, dígame, ¿en qué puedo ayudar al Estado español? Yo solo me dedico a las relaciones públicas. Antes en el club de golf de Tánger, ahora con el Mundial de Qatar.

—Lo sé, lo sé. Sé muchas cosas de usted, Adriana. Sé que ha estado en Berlín en una reunión del equipo de relaciones públicas de Qatar. Sé que regresó anoche en un vuelo de Ryanair procedente de Barcelona. De hecho, la vi en la terminal del aeropuerto, pero parecía usted muy cansada y no quise importunarla. —Decidió que había llegado el momento de enseñar un poco los dientes—. Y sé más cosas. Cosas que pasaron hace unos años, cuando usted quiso hacer negocios con el gran Arturo Biescas. Por cierto, don Arturo ya lleva dos años en la calle, no sé si lo sabe.

—Eso había oído. —Ahora Adriana sentía pánico.

Plantado como un pasmarote ante una verja cerrada, Romero empezaba a impacientarse. Él no era un pasmarote. Soltó:

—No me va a tener toda la mañana de pie, ¿verdad? Usted es una gran dama, le agradecería que me dejara pasar a su casa para que pudiéramos charlar sentados. —Se quitó la mascarilla y la guardó en un bolsillo de la chaqueta—. Por cierto, estoy libre de covid. Ya me he vacunado dos veces y, por si acaso, me hice una prueba PCR antes de venir aquí.

Ella abrió la verja con resignación y guio al comisario hasta el interior de su vivienda, a un salón con decoración moruna y vistas de águila sobre el Estrecho. Una vez allí, le indicó que se sentara y le preguntó si deseaba beber algo. Romero respondió que un poco de

whisky escocés con Perrier le sentaría bien, y Adriana le dijo que no tenía Perrier, pero sí agua gaseosa Oulmés, una marca marroquí procedente de una meseta adosada al Atlas Medio. Romero dijo que esa combinación le serviría, así que ella desapareció del salón. No tardó en regresar con una bandeja sobre la que había una botella de Cardhu, dos botellitas de Oulmés y sendos vasos de cristal tallado.

Sirvió las bebidas y procedió a sentarse frente al policía. Lo examinó mientras él daba un primer sorbo a su bebida y luego chasqueaba la lengua apreciativamente. Romero debía de estar muy cerca de los setenta, y su barba, muy rala, era completamente blanca. Se había acomodado en el sillón con la cautelosa lentitud de los mayores, y, al hacerlo, no se había quitado la boina y las gafas de sol, lo que le daba el aspecto de un viejo y castizo estafador de la Puerta del Sol.

La anfitriona bebió un trago de agua para desenredar la garganta.

—Dígame lo que ha venido a decirme, comisario.

—Lo primero es saludarla de parte de don Arturo Biescas. Aprecia mucho el que usted le apoyara moralmente cuando fue tan injustamente perseguido por la prensa y los partidos de izquierdas. Don Arturo intuye que la Guardia Civil y el juez no la metieron a usted en muchos líos por sus buenos contactos con una persona próxima a la casa real marroquí.

—No sé por qué no me metieron en líos —replicó ella secamente—. Tampoco había razones para que lo hicieran. Yo no había hecho nada malo en el *affaire* BankMadrid, nada en absoluto. Desconocía el origen del dinero y solo quería ayudar al señor Biescas a invertirlo aquí.

—Eso está pero que muy bien. —Romero le dio un nuevo sorbo a su *whisky* con agua gaseosa—. Otro gallo cantaría en nuestra querida España si todo el mundo tuviera su actitud constructiva con los grandes creadores de riqueza y empleo.

—Nunca he tenido nada contra el dinero, comisario. Arturo Biescas me parecía y me sigue pareciendo un gran empresario. Pero, en fin, ya que sabe tantas cosas sobre mí, supongo que también

estará informado de que pagué un precio elevado por mi modesta participación en los negocios del señor Biescas. Mis patronos marroquíes temieron que yo terminara viéndome envuelta en aquel escándalo y me despidieron sin contemplaciones del club de golf.

—También lo sé, también lo sé. Usted pasó apuros económicos y hasta tuvo que renunciar al servicio doméstico de esta casa. Pero, bueno, no se queje. Su rico e influyente amante marroquí terminó enchufándola con los qataríes. Usted me gusta, Adriana, sabe caer de pie, como los gatos.

—Dígalo como quiera, no me ofende.

—Me alegra saberlo. Estoy al corriente de que usted es una mujer fuerte. Por ello quiero proponerle un importante servicio a la estabilidad del Reino de España.

—Adelante, propóngamelo.

—Usted es buena amiga de Corinna Larsen, ¿verdad?

Adriana no se esperaba este giro. Miró de hito en hito al comisario.

—No tanto —balbuceó—. Corinna es solo una conocida. La última vez que la vi fue hace tres veranos, en una fiesta en Vilamoura.

—Puede ser, pero han estado hablando mucho por teléfono durante todos estos meses del covid. Ella le iba contando sus líos y usted procuraba animarla, ¿eh?

—¿De qué está hablando? ¿Acaso tienen interceptado mi teléfono?

El comisario soltó una carcajada.

—El suyo no, Adriana. ¡El de ella! Pero no se preocupe; Corinna, por supuesto, lo sabe. Es como usted, muy inteligente, amén de guapa. Por tales motivos, el buenazo de nuestro rey Juan Carlos se enamoró de ella como un colegial. Corinna le contó a usted eso de que él le prometió que se divorciaría de la reina Sofía y se casaría con ella. Y que los famosos cien millones de dólares que don Juan Carlos le transfirió a una cuenta suiza eran para sufragar su futura convivencia. —Volvió a beber y a chasquear la lengua—. Está muy rico este Cardhu, ¿dónde lo consigue?

—No lo sé, de ningún sitio en particular. Me lo traen a casa los del supermercado.

—Pues está muy rico, sí señor. Pero, venga, volvamos a lo nuestro. Le decía que Corinna es muy inteligente: hablando con usted y gente como usted, además de desahogarse, nos ha estado enviando mensajes todo el tiempo. Sobre lo que ella sabe, sobre lo que podría llegar a contar, sobre lo que espera recibir para callarse… ¿Lo pilla?

—Si usted lo dice…

—Lo digo, lo digo.

—¿Y qué tengo yo que ver con estos tejemanejes?

—No me decepcione, Adriana. Piénselo bien y lo descubrirá enseguida. —Adriana guardó silencio y Romero prosiguió con el tono fatigado del que se ve obligado a expresar lo evidente—: Lo que usted tiene que ver con este asunto es que también puede pasarle a Corinna un mensaje nuestro. ¿No lo ha deducido por usted misma?

—Pues no, comisario, lo siento. —Volvió a beber su agua—. ¿Y de qué mensaje estamos hablando?

—Un mensaje tan sencillo como que el rey Juan Carlos y ella podrían solventar sus diferencias si consiguieran verse cara a cara, si se reunieran de modo discreto y relajado. Estamos hablando de un encuentro sin presiones ni intermediarios de ningún tipo, aquí mismo, en Tánger. Una última cita totalmente secreta y beneficiosa para las dos partes. —Romero leyó el asombro en los ojos de la mujer y concluyó—: Usted puede rendirle un gran servicio al Estado ayudándonos a hacer posible esa cita.

Ella no pensó su respuesta, le salió del alma:

—¿Está proponiéndome que haga de alcahueta?

Adriana había cometido un error al precipitarse. El comisario lo captó y supo que había llegado la hora de morder, de hincar los colmillos en el cuello de su presa y zarandearla para que se sintiera derrotada.

—No te resultaría tan extraño —dijo. Ella se percató de inmediato de que el policía había pasado a tutearla e intuyó que le

iba a asestar un golpe doloroso—. Antes de conocer aquí a Suleimán, antes de que ese pariente del rey de Marruecos te convirtiera en su amante y protegida, tú te hacías llamar Sara, y esto también lo sé de muy buena tinta. Era tu nombre profesional para ejercer la prostitución, ¿vale? Lo usaste en la Costa del Sol y en tus primeros tiempos en Tánger.

El mundo se desplomó sobre la dama de los ojos verdes.

3

Leila adivinó la llegada a casa de Sepúlveda antes de que él introdujera la llave en la cerradura de la puerta. Chispas, que dormitaba en su regazo mientras ella leía recostada en un sofá, había alzado las orejas bruscamente y había salido escopetado hacia la entrada. Sonrió: era curioso que la relación de Sepúlveda con aquel gato callejero, adoptado seis años atrás, hubiese terminado en un cariño mutuo tan intenso. Tenía fresquísimas en su memoria las maldiciones que profería el profesor tras las gamberradas que el felino le hacía en sus tiempos mozos, cuando derribaba objetos de la casa cada dos por tres, o cuando, aprovechando sus descuidos, lo mordía y arañaba traicioneramente.

Sin embargo, aquí venía Sepúlveda llevándolo en sus brazos y acariciándole el cuello y las orejas. Y aquí venía el atigrado Chispas ronroneando de satisfacción.

—Buenas noches, princesa —dijo él dejando el animal en el suelo y acercándose al sofá para darle un beso.

Ella soltó el libro, se levantó y se besaron en los labios.

Sepúlveda se acercó luego a la mesita colocada ante la ventana semicircular que daba a la Place du Lycée y depositó allí el llavero metálico con el retrato de Abdelkrim que le había regalado Chukri dos décadas atrás. Atisbo la plaza durante unos segundos: había mucho movimiento humano y automovilístico en ese periodo anterior al comienzo del toque de queda de las nueve de la noche, y el reloj de la fachada morisca del Liceo daba la hora con exactitud tras tantos años de haber permanecido parado. Le reconfortaron

ambos signos de vitalidad y se giró para examinar a su pareja, que jugueteaba con el gato.

Tras un julio y agosto de altas temperaturas y calimas asfixiantes, septiembre había comenzado en Tánger con una calidez agradable y cielos límpidos y alegres. A tono con el tiempo, Leila solo llevaba puestos su amuleto contra el mal de ojo —una pequeña mano de Fátima de plata que colgaba de una cadenita del mismo metal— y una camiseta blanca sin mangas. Sepúlveda se apercibió de su semidesnudez y recorrió voluptuosamente con la mirada sus muslos torneados y sus senos pequeños y firmes bajo la camiseta. La deseó carnalmente.

Ella seguía siendo la morena libre, menuda y atractiva que había conocido casi veinte años atrás, cuando la tuvo de alumna en el Instituto Cervantes de Tánger. El tiempo había tejido algunos hilos blancos en el ensortijado carbón de su cabello y había esculpido ligeros surcos en su rostro de diosa africana, pero ello tan solo la había hermoseado a sus ojos.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó.

—Tranquilo, ha habido poco movimiento. —Leila regentaba en la medina una farmacia que había heredado de un tío—. Se diría que una de las pocas cosas buenas del covid es que la gente casi no enferma de otras cosas. —Sonrió antes de devolver la pregunta—: ¿Y qué tal el tuyo?

—Un poco pesado. Reunión tras reunión para ver si conseguimos que este curso sea más normal que los dos anteriores. Dice el director que nuestro objetivo es tener el máximo posible de clases presenciales, aunque sea manteniendo todo el rollo de las mascarillas, la limpieza de las manos, la aireación y las distancias de seguridad. Ojalá sea así, a mí me gustaría que todo fuera ya absolutamente normal. Puede que este sea el último curso de mi carrera de profesor en el Cervantes.

—¿Es que te han dicho algo? —El tono de ella era de inquietud.

—No, nadie me ha dicho nada. Pero la realidad es la que es: cumplo sesenta y cuatro años este mismo mes, y no sería raro que algún burócrata maquinara en Madrid que ya va siendo hora de que

me jubile.

A Leila le entristecía cuando Sepúlveda hablaba de su edad, cosa que sucedía con creciente frecuencia. El profesor lo hacía no solo porque se le iba acercando el momento de la jubilación laboral, sino también porque muchas veces se descubría evocando cosas que él había vivido, pero no sus interlocutores. Muchas veces era el más viejo de la reunión.

Ella, trece años más joven, deseaba que Sepúlveda le durara mucho.

4

—¿Tú sabías que Zuleica puede ser considerada el modelo de mujer fatal en la tradición árabe y musulmana? —preguntó Leila.

—Pues no, no lo sabía —respondió Sepúlveda—. En realidad, no tengo ni puñetera idea de quién es la tal Zuleica.

—¡¿No sabes quién es Zuleica?!

—No, ahora no caigo, lo siento.

Después de haber cenado una sopa de verduras, Leila y Sepúlveda llevaban un rato en la cama, cada uno leyendo un libro. Pero él la conocía lo suficiente para saber que le estaba pidiendo una pausa, así que se quitó las gafas de leer, las depositó sobre su mesita de noche y la miró atentamente. Percibió en sus ojos de antracita el fulgor de sus momentos especiales, cuando estaba muy enfadada o muy alegre. En este caso, supuso, debía de provocarlo un hallazgo que le parecía significativo.

Así era. Leila cerró el libro que tenía entre las manos, la antología *Mil una noches* del profesor granadino Salvador Peña, dio tres golpecitos con el dedo índice de su mano derecha sobre su portada y dijo:

—Aquí lo cuenta muy bien Peña. Zuleica era la mujer de un gerifalte faraónico llamado Putifar y, según la Biblia, intentó seducir sin éxito a Yúsef, un guapísimo esclavo hebreo que tenían en su casa. No te puedes imaginar lo mal que le sentó a ella el rechazo de Yúsef: estaba acostumbrada a que los hombres le tiraran los tejos, no a que le dieran calabazas. Así que la muy pérfida acusó al esclavo de haber intentado violarla y al pobre lo enviaron a prisión.

Sepúlveda cabeceó en señal de aprobación.

—Ah, sí, esa historia me suena… Pero creo que más bien porque, cuando éramos niños y algún cura nos la contaba en la clase de religión, nos hacía muchísima gracia el nombre de Putifar.

Leila había nacido en el seno de una familia tangerina de toda la vida y hablaba desde niña un muy buen español. Pero, al fin y al cabo, ese no era su idioma materno, así que tardó unos instantes en darse cuenta de por qué el nombre Putifar le resultaba tan gracioso a Sepúlveda. Cuando lo hizo, soltó una carcajada y se arrojó sobre él.

Hicieron el amor con la tranquilidad de una pareja que se sigue deseando mucho, pero en la que ninguno tiene ya nada que demostrar. Él, prolongando las caricias y los besos por el cuerpo de la mujer, dándole prioridad al placer de ella, y consiguiendo su orgasmo. Ella, buscando dulcemente la erección del varón, pero sin conseguirla de modo duradero. Y es que, como no había previsto aquel escarceo, Sepúlveda no se había tomado una pastilla de Cialis. Finalmente, tuvo que ser aliviado manualmente por su pareja y ambos quedaron satisfechos.

Aún no era muy tarde y regresaron a sus lecturas. Sepúlveda, que había dejado de fumar, pero todavía sufría el síndrome de abstinencia en momentos como aquel, se levantó de la cama y fue al salón, a comprobar si le había entrado algún mensaje en el teléfono. No había ninguno que mereciera la pena y se entretuvo jugando al escondite con Chispas.

Cuando regresó al dormitorio, ella seguía absorta en su libro.

—Veo que te está gustando.

—Pues sí, me está gustando mucho. ¿Te querrás creer que solo había leído alguno de sus cuentos y, además, en una edición infantil? Conocía las historias de Simbad el Marino, Alí Babá y los Cuarenta Ladrones, la Lámpara de Aladino y poco más.

—Te confieso que a mí me pasa lo mismo, así que ahora me llevas ventaja.

Leila cerró el libro mientras él se metía en la cama. Se quedaron los dos con las espaldas descansando en el cabecero del lecho y él dijo:

—Pues venga, sé mi Sherezade. Cuéntame.

—De acuerdo, seré tu Sherezade —respondió ella—. Lo primero que señala Peña en su prólogo es que esta obra reúne cuentos y poemas redactados a lo largo de ocho siglos en un abanico geográfico que va desde China al norte de África. Dice también que, a la hora de hacer su selección, ha escogido la que considera su clave: la dialéctica entre la apariencia y la verdad. Un tema que no puede ser más actual, ¿no te parece?

—Me lo parece, sí. La verdad ya no parece tener la menor importancia hoy en día. Ahora lo importante es conseguir mucha audiencia, aunque sea con embustes tan gordos como los que ha estado soltando el puñetero Trump durante toda su presidencia.

—Pues mira, aunque nos creamos que los bulos son un invento reciente, resulta que son tan viejos como la humanidad.

—Eso también es cierto. Quizá la única novedad es que ahora la tecnología los difunde en un periquete por todo el planeta. Sigue, pues.

—Sigo, mi amo y señor —dijo ella con aire guasón—. Como sabes, las aventuras de *Las mil y una noches* comienzan con unos cuernos. El rey Shariar descubre que su esposa le pone los cuernos y saca la conclusión de que todas las mujeres son infieles por naturaleza, y por ello merecen ser castigadas con la muerte. El muy hijoputa pone en práctica esta idea y se va casando una y otra vez para poder ejecutar a sus esposas minutos después de haberlas desvirgado a las bravas. Pero, ojo, la conclusión que ha sacado Shariar es más falsa que un billete de tres dirhams, por lo que Sherezade, que es hija de su gran visir, se presenta voluntaria para casarse con él. Lo que Sherezade pretende es demostrarle su error por el procedimiento de irle contando historias por las noches.

—¿De veras te parece falsa la conclusión del monarca?

Leila miró a Sepúlveda, que componía un gesto entre pícaro e inocente, y decidió que merecía un castigo. Tomó su almohada y comenzó a golpearle con ella. Las risas de los humanos inundaron el dormitorio y atrajeron al siempre vigilante Chispas, que se sumó al alboroto.

5

Teresa Ortega seguía habitando la casa que había alquilado en los aledaños de la *kasbah* al poco de llegar a Tánger, en el verano del Mundial de Rusia. La casa, estrecha y de tres alturas, estaba al fondo de un callejón sin salida, en la barriada de Sidi Hosni, a dos pasos del Café Baba y la mansión que había tenido la multimillonaria americana Barbara Hutton en la edad de oro internacional de la ciudad. Reformada y decorada con gusto por sus propietarios, una pareja italiana de gais que ahora prefería vivir en Lisboa, Teresa sentía que aquella vivienda le permitía llevar una vida libre y discreta.

Como tantos occidentales instalados allí a lo largo del siglo XX y lo que ya había transcurrido del XXI, Teresa no sabría decir muy bien qué era lo que había esperado encontrar en aquel finisterre norteafricano. En cambio, sí recordaba perfectamente aquello de lo que huía. En su caso, huía de su segundo marido, Alfonso Rivera, presidente en España de una gran compañía telefónica. Un cretino integral con el que había pasado una década sintiéndose un mero objeto decorativo.

Tres años después de haberlo dejado plantado, el balance era muy positivo, pensaba. Desde el primer momento había tenido mucha suerte. Suerte al encontrar una casa en la que se sentía tan a gusto como en el útero materno. Suerte con su primera relación masculina en la ciudad, Rachid Tazi, un ingeniero informático quince años más joven con el que había tenido el primer orgasmo de su vida. Suerte en la negociación de su divorcio de Alfonso, al que

ahora sacaba tres mil euros al mes de pensión, además del pago de la clínica de Chicago donde estaba ingresado su hijo Pablo, fruto de un primer matrimonio de Teresa y afectado por una parálisis cerebral. Y suerte al conocer a Adriana Vázquez, la mejor amiga que jamás había tenido.

Teresa estaba impaciente por saber cómo le había ido a Adriana en Berlín. Se habían hecho mucha compañía en los interminables meses de confinamientos pasados en la ciudad, viéndose en casa de una u otra cuando era posible, charlando por teléfono o videoconferencia varias veces al día, intercambiando informaciones, rumores y especulaciones sobre la marcha de la pandemia, compartiendo consejos para intentar hacer más llevadero aquel absurdo paréntesis en sus vidas. Que si me he descargado de Internet una tabla de ejercicios que puedes hacer en el salón, que si me han dicho que tal serie de Netflix o HBO es buenísima, que si sabes cómo puedo instalar en mi portátil la aplicación de *Zoom*, que si me han informado de que hay un restaurante que te trae a casa comida tailandesa, que si voy a aprender a cocinar pastelillos morunos…

Habían acordado que Teresa ayudaría a Adriana en su trabajo de relaciones públicas del Mundial de Qatar cuando esta empezara a sentirse desbordada. Adriana sabía que no tendría demasiados problemas en incluir las colaboraciones de su amiga en la nota de gastos. A los qataríes les sobraba el dinero, no iban a poner reparos por unos cuantos miles de dólares más o menos. A ellos lo que les preocupaba era la imagen de su campeonato de fútbol, que no solo fuera el más espectacular de todos los tiempos, sino que el mundo terminara reconociéndolo explícitamente.

Los qataríes, le había dicho Adriana, anticipaban las críticas que les esperaban por ser árabes y musulmanes, por estar muy lejos de las libertades y los derechos de los escandinavos, por estar muy retrasados en materia de igualdad de los géneros, por el trato discriminatorio a los trabajadores inmigrantes, por el calor y otros inconvenientes del emirato. Eran listos, no pretendían acallar esas críticas, lo que pretendían era que las élites del planeta, sus iguales

en poder y riqueza, les dedicaran una larga ovación de pie al término de la competición. Deseaban que todo lo que pudiera conseguirse con dinero fuera de cinco o más estrellas: aviones, hoteles, autopistas, cáterin, telecomunicaciones, seguridad, estadios de fútbol… Contribuir a esa imagen era la misión del equipo internacional para el que Adriana había sido reclutada.

Pero el coronavirus había impedido que el balón comenzara a rodar a lo largo de todo el año 2020 y la primera mitad del siguiente. Ni Adriana ni sus compañeros habían podido organizar el menor evento presencial de importancia, y en esta materia, como en el cine y la moda, lo presencial seguía siendo imprescindible. No hay modo de dar un beso en la mejilla, ofrecer un canapé de Beluga, entrechocar las copas de champán o compartir una confidencia picante a través de una plataforma digital.

6

—¡Te acostaste con Klaus! —exclamó Teresa jovialmente.

—Pues sí, la última noche —respondió Adriana—. Me lo llevé a tomar una copa en mi habitación y acerté: es bueno en la cama.

—Espera, espera… Vamos a ver, ¿Klaus es realmente bueno o es que tú estabas muy necesitada?

—Mujer, ya sabes que estaba necesitada. Las cuarentenas que hemos pasado en Tánger no han tenido nada que ver con las juergas que se corrieron los personajes del *Decamerón* cuando aquella peste medieval en Florencia. Dicho lo cual, no me hubiera acostado con cualquiera.

—¿Tan guapo es Klaus al natural?

—No es que sea guapo, es que es elegante, tiene un buen cuerpo y, sobre todo, un rostro muy interesante, como el del actor Christoph Waltz, ese que ha salido en algunas películas de Tarantino. —Teresa indicó con un movimiento de cabeza que sabía de quién hablaba—. En muchas ocasiones Klaus transmite ternura, pero en otras se le pone cara de canalla y hasta de oficial nazi. Quizá sea esto lo que más me pone de él.

—Ahora recuerdo que ya te habías fijado en él en las videoconferencias. Me contaste que te molaba.

—*Tout a fait*[2]*!*

Ya me parecía entonces el más inteligente del grupo, no me extrañaba que fuera el jefe de Qatar 2022 para Europa y el norte de África. En Berlín me contó que empezó como abogado de un grupo mediático de Múnich, pero que ahora gana mucho más dinero

solucionando todo tipo de problemas para multinacionales. Los de Volkswagen lo contrataron hace unos años para reparar su prestigio cuando se descubrió que habían estado engañando a todo el mundo…

—Me acuerdo de ese escándalo. Volkswagen había vendido millones de coches diésel que no cumplían los requisitos elementales de emisiones no contaminantes. ¡Menudos sinvergüenzas!

—Sí, se pensaba que iba a ser un golpe mortal para la empresa, pero, ya ves, Klaus consiguió minimizar el impacto del escándalo. Es un prestidigitador de la comunicación y las relaciones públicas.

—Y un mago en la cama, ¿no?

—Dejémoslo en bueno, lo que, como sabes, no es poco.

—¡Y que lo digas!

Estaban en el saloncito de la casa de Teresa: la anfitriona sentada en su banqueta favorita, la invitada recostada en un sofá. Comenzaba a anochecer, los almuédanos llamaban a la cuarta oración del día y ellas se iluminaban con una lámpara de pie. Adriana bebía agua San Pellegrino; Teresa le daba sorbitos a una copa de Muscat d'Alexandrie Les Grains d'Or, el vino al que se había aficionado últimamente. Era una bebida blanca y dulce, con aromas de miel e higos secos, que se producía en una provincia del noroeste de Marruecos. A Teresa le parecía que, servido frío, aquella especie de moscatel era un aperitivo delicioso. También le gustaba mucho su botella, estirada y del color del ámbar.

Adriana no había respondido a su último comentario y a Teresa le dio la impresión de que se había perdido en pensamientos sombríos. Al recibirla, ya le había extrañado un aire de derrota poco habitual en ella. Lo había achacado al cansancio por los días de trabajo en Berlín y el pesado regreso a casa. Decidió sacarla de sus ensoñaciones con algo divertido.

—No te lo vas a creer, pero he visto los videos que me enviaste por WhatsApp. —Adriana volvió a mirarla directamente—. Ahora ya puedo decir que no soy una total analfabeta en materia de fútbol. Soy capaz de soltar alguna que otra frase sobre las cualidades de Neymar, Messi y Cristiano Ronaldo, los veteranos. Y también sobre

las nuevas estrellas, el francés Mbappé y el noruego Haaland.

—Eso está pero que muy bien, has hecho tus deberes —Adriana esbozó un aplauso con las palmas de las manos—. Ahora voy a enviarte información sobre el fuera de juego y los penaltis. No te puedes imaginar cuánto sigue sorprendiendo a los hombres que las mujeres sepamos de esas cosas. Es como si fueran los últimos secretos de la condición masculina.

—El fuera de juego, el penalti… ¡y la fontanería! —Rieron las dos y Teresa bebió un sorbo de moscatel antes de añadir—: Bueno, como hemos empezado por el fin de fiesta, lo de Klaus, aún no me has contado de qué hablasteis en Berlín.

—Lo principal es que se dio por cerrado el paréntesis de la pandemia. La Eurocopa, la Copa de América y los Juegos Olímpicos de este verano marcan el camino. La previsión es que el covid será cosa del pasado cuando empiece el mundial. Puede que siga habiendo rebrotes del virus aquí y allá, pero nuestro *target* ya estará inmunizado y llevará cierto tiempo haciendo vida normal.

—Sí, la vida debe recuperar sus derechos frente al miedo y la muerte. He leído que incluso puede que en 2022 haya una explosión de viajes y negocios internacionales. —Adriana asintió—. Y también se habla de una revolución en la cultura y el entretenimiento. Auguran que los años veinte de este siglo serán como los locos años del charleston del siglo pasado. ¡Qué pena que a mí me pillen a punto de cumplir los cincuenta!

—No digas tonterías, Teresa. Estás en tu mejor momento.

—Y tú más, que tienes dos o tres años menos que yo.

—No estés tan segura de eso, mujer. Puede que a mí me pese más el pasado que a ti, y eso que el tuyo también es muy duro.

Teresa notó que Adriana luchaba por apartar un nubarrón de congoja. Sabía detectar esas cosas: ella misma vivía con una pena muy grande desde el nacimiento, con una irreparable discapacidad cerebral, de su hijo Pablo. Se le habían agotado muchas veces las lágrimas llorando por él, se había odiado con frecuencia a sí misma por aquella inevitable tragedia, había escupido una y otra vez al cielo, maldiciendo a Dios por haberla castigado tan injustamente,

pero, al final, había terminado comprendiendo que lo mejor, lo único, de hecho, que podía hacer, era conseguir el dinero que costease la excelente y carísima clínica americana en la que estaba internado su hijo. Y, claro, seguir con su propia vida.

Decidió devolver la conversación a los asuntos del trabajo:

—Venga, no vamos a discutir ahora sobre quién tiene un pasado más doloroso. Dejémoslo en un empate. —Sonrió—. Supongo que en Berlín empezasteis a concretar algunos proyectos, ¿no?

—Sí, claro. Nosotras tenemos que empezar a preparar cosas de inmediato. Me he comprometido a coordinar con la embajada de Qatar en Rabat un gran acto de presentación del mundial en Tánger. Necesitamos un buen hotel y una lista impresionante de asistentes marroquíes y extranjeros, *la crème de la créme*. Sería fantástico conseguir que viniera algún jugador internacional de los que has mencionado. Por supuesto, Al Yazira difundiría el evento en todo el mundo árabe.

7

Malika escuchaba música a todo volumen en sus auriculares inalámbricos, por lo que no oyó el timbrazo que emitía la puerta de la tienda cada vez que entraba o salía alguien. El recién llegado, un tipo pequeño y enjuto que vestía pantalones y cazadora vaqueros, llevaba gafas de sol Ray Ban Aviator y se cubría con una mascarilla de tela negra, la contempló desde el umbral y la vio tan abstraída en su música que supuso que esa mañana ya se habría fumado un par de porros. Conocía a Malika, una pantera de ojos somnolientos que desfilaba como modelo por las pasarelas de Tánger… Y sabía que era muy aficionada al hachís.

A Michael Orlov le atraía mucho la joven, le atraía sexualmente, cabe precisar. Pero jamás se le iba a ocurrir coquetear con ella. Malika era la novia de Messi, el propietario de aquella tienda, y Messi era su socio en otro negocio que les estaba dando mucha pasta a los dos. Los negocios eran lo primero para Orlov.

Dio unos pasos hacia el interior del local y la muchacha terminó apercibiéndose de su presencia. Se quitó los auriculares y lo saludó desde detrás del mostrador.

—Hola, Michael. ¿Cómo te va?

—Bien, bien. Veo que te lo estás pasando en grande.

—Sí, me encanta la música.

Malika y Messi usaban su inglés de autodidactas para hablar con Orlov, que decía haber nacido en Bielorrusia, pero haber pasado toda su vida adulta trabajando como programador informático en Estados Unidos. Malika no sabía muy bien por qué el hombre había

terminado desembarcando en Tánger, y tampoco le importaba mucho saberlo. A decir verdad, no le caía bien, lo encontraba oscuro y amargo como una noche sin luna. En las raras ocasiones en que se quitaba aquellas gafas de montura dorada y cristales ahumados, sus ojos azules la escrutaban turbiamente.

—Messi no está —le informó con tono aséptico—. Se ha ido muy pronto al puerto de mercancías. Tenía que recoger un envío.

Orlov asintió con la cabeza y, a continuación, dio un lento vistazo semicircular a la tienda, como si fuera un inspector haciendo inventario. La tienda estaba en el *mall* o centro comercial del Hilton City Center, un espacio como cualquier otro de ese tipo en la era de la americanización, es decir, fresquito, inmaculado, con suelos de mármol, escaleras metálicas, ascensores silenciosos y tiendas de Adidas, Tommy Hilfiger, The Body Shop, Yves Rocher y demás. Signo de los tiempos, había distribuidores de gel hidroalcohólico por todas partes. También abundaban los carteles que pregonaban: «Porte du masque obligatoire», pero, como era habitual en la ciudad, la mayoría de la gente no se cubría la boca y la nariz con nada. Marruecos seguía siendo Marruecos y el cumplimiento de determinadas normas no era muy estricto. Afortunadamente, pensaba Orlov.

El local de Messi exponía una selección de novedades asiáticas en materia de telefonía, informática, sonido y televisión, que Orlov repasó con la mirada. Cuando hubo terminado, satisfecho al parecer con lo que veía, le preguntó a Malika:

—¿Sabes cuándo volverá a la ciudad?

—Calculo que a la hora de comer. —Ella repiqueteó sobre el mostrador con unas uñas pintadas de verde—. ¿Por qué no le llamas al móvil?

—Prefiero no llamarle. Es mejor que hablemos personalmente.

Orlov siempre se andaba con misterios, siempre estaba haciéndose el interesante, caviló Malika. No le extrañaba que fuera de los pocos que siguieran usando mascarillas por las calles de Tánger: seguro que lo hacía para ocultar su rostro. Orlov no era alto y fuerte, como ella imaginaba a los rusos, bielorrusos, eslavos o

como diablos se denominaran los de aquella raza. Pero tenía algo en común con ellos: todos debían de ser así, enigmáticos y conspirativos por naturaleza. Bueno, se dijo de inmediato, Messi también era así, muy reservado cuando se trataba de sus trapicheos. Prefería no dejar huellas.

—Le diré que has venido.

—Díselo. Estaré toda la tarde en mi hotel.

8

Unos nudillos golpearon en la puerta de madera de la habitación de Michael Orlov en el hotel L'Américain de la *kasbah*. El bielorruso, que estaba echado sobre la cama con su ropa de calle, se levantó, descorrió las cortinas para que entrara la luz del crepúsculo y se acercó a la puerta.

—Michael, soy yo —escuchó.

Abrió y Messi entró en la habitación. Tenía unas treinta y tantos años, era de complexión atlética y llevaba muy corto su bruno y crespo cabello. Vestía vaqueros ajustados y una sudadera azul Nike con el escudo del Barça en el pecho. Las dos prendas parecían caras y recién estrenadas. Su mirada estaba alerta, siempre lo estaba, como la de los gatos.

—¿Todo bien, *jai*[3]? —preguntó.

—Más o menos. —Orlov lo invitó con un gesto de la mano a sentarse sobre la cama, que estaba sin deshacer—. ¿Quieres una cerveza?

—¿Tú vas a beber una? —Orlov asintió—. Entonces, ábreme una.

Orlov sacó dos botellas de cerveza Casablanca del minibar, las descorchó, le pasó una a Messi y se sentó con la suya sobre la cama.

—*Cheers* —dijo alzando la botella en gesto de brindis y dándole un primer sorbo. Messi lo imitó, se secó los labios con la mano y dijo:

—Malika me ha dicho que parecías preocupado cuando fuiste a la tienda.

—Lo estoy, socio. Mi abogado en Nueva York se teme que el FBI me haya localizado en Tánger. Dice que los federales podrían pedirle a Marruecos mi detención y extradición.

—¿Por nuestro *business*?

—No. Mi abogado no me ha hablado de eso. Igual no lo tienen aún en el radar. Sería por los cargos de evasión fiscal de los que te hablé.

—¡No jodas! —A Messi se le había secado la garganta de repente, así que se bebió de un trago media botella de cerveza—. ¿Es que esos tíos del FBI no se rinden nunca?

—No se rinden nunca los muy hijos de perra. Dicen que le debo al fisco americano dos millones y medio de dólares por la época en que estuve promoviendo el bitcóin desde Nueva York. En Estados Unidos es un delito que no se perdona.

—¿El qué no se perdona? ¿Manejar bitcoines?

—No, eso no. Lo que no se perdona es que ganes dinero con tu trabajo y no le regales la mitad al fisco. —El alargado rostro de Orlov, terminado en una perilla rubia en la que despuntaban abundantes canas, expresaba desprecio—. ¿Tú sabes, Messi, cuál es la causa de la decadencia de Occidente? Te la voy a decir yo por si no la sabes: el impuesto sobre la renta, esa es la causa de que nos estemos yendo a la puta mierda.

Messi reflexionó un instante. Tenía muchas ganas de fumar y se llevó la mano a la oreja derecha, en la que, como era su costumbre, tenía colocado un cigarrillo. Pero recordó que a Orlov le molestaba que se fumara en espacios cerrados y abortó el movimiento.

—Nunca he entendido por qué hay que pagar impuestos —terminó diciendo—. A mí el Estado marroquí no me ha regalado nada. Ni escuela, ni médicos, ni comida, ni ropa, ni casa, ni coche. No me ha regalado nada, *jai*. Ese amigo mío español del que te he hablado alguna vez, el profesor del Cervantes, dice que los impuestos hay que pagarlos, pero esta es una de las cosas en las que no estoy de acuerdo con él.

Las sombras se iban adueñando de la habitación. Orlov se levantó, dejó su botella sobre una mesita de noche, volvió a correr

las cortinas y encendió la luz de una lámpara de pie. Luego sacó del minibar otras dos Casablancas, las abrió y volvió a sentarse en la cama. Le pasó una a Messi y comenzó a atacar la suya.

—Debemos tener más cuidado que nunca —dijo—. Nada de usar los móviles entre nosotros. Ni llamadas, ni WhatsApp, ni nada de nada. Yo ya he desactivado mi iPhone. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un pequeño teléfono de color negro y se lo mostró al visitante—. A partir de ahora solo voy a llevar este trasto.

—Eso es un Nokia, ¿verdad? De los que no tenían Internet.

—Sí, un Nokia del 2002. ¿Sabes qué? En Bielorrusia dicen que el diablo siempre termina cobrándose sus regalos, pero te juro que a nosotros le va a costar encontrarnos. Desde hoy vamos a hacer lo siguiente: cada vez que nos veamos, fijamos el lugar y la hora del próximo encuentro. Y si surge algo grave e imprevisto y no queda más remedio que llamar, nos hacemos una perdida, como los adolescentes de hace quince años. Una perdida quiere decir que estamos ante algo muy urgente y que tenemos que vernos dentro de una hora en el Café Baba.

—*Uaja*[4]. —Messi terminó su primera cerveza, dejó la botella vacía en el suelo y atacó la segunda—. ¿Tú crees que Marruecos va a colaborar con los del FBI?

—Me temo que sí, socio. Marruecos le debe una muy grande a Estados Unidos por apoyarle en el lío del Sáhara Occidental.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esconderme aún más. No voy a dejar que me detengan y me extraditen como si fuera un borrego. —Orlov se giró hacia su huésped—. A ti te toca llevar solo la granja mientras se despeja el horizonte.

9

La granja estaba en un local interior de una planta baja del barrio periférico de Bujalef. Contaba con medio centenar de teléfonos móviles, alineados en lo que había sido el interior de un armario metálico, y una quincena de ordenadores portátiles colocados sobre dos enormes caballetes de madera. Todos aquellos equipos estaban interconectados entre sí y con el mundo exterior a través de Internet.

Messi, que había sentido el impulso de ir allí tras su visita a Orlov, comprobó que todos los aparatos funcionaban correctamente. Tampoco había visto por los alrededores nada que le hiciera sospechar que el local estaba siendo vigilado. Messi era un hijo de la calle, del mismísimo barrio de Casabarata, y tenía olfato para detectar a la policía.

Tomó el cigarrillo que llevaba en la oreja, lo prendió con un mechero Dupont de plata y se puso a fumar de pie.

La granja se dedicaba a vender y comprar bitcoines, una moneda de nuevo cuño que existía tan solo en el mundo digital, pero que usaban millones de personas en todos los continentes como sistema de pago, forma de ahorro o mercancía con la que especular. Aunque sus detractores la presentaran como una burbuja siempre a punto de explotar, el bitcóin no cesaba de revalorizarse frente al dólar y el euro. Era la gran criptomoneda del siglo XXI.

Orlov había introducido a Messi en el negocio. Un par de años atrás había aparecido en la tienda de telefonía que el marroquí tenía entonces en una alcaicería de la calle de México y le había hablado con entusiasmo de la moneda virtual. El bitcóin, decía, era una

conquista de la libertad de los individuos, les permitía manejar un dinero por completo independiente de la oligarquía de los gobiernos y los bancos. Y, además, estaba programado para revalorizarse indefinidamente, como el oro de toda la vida.

Decidieron asociarse. Orlov puso sus conocimientos y sus contactos internacionales, y se encargó de la programación de la granja. Sabía un montón de informática y le explicó a Messi por qué. Le contó que había nacido en Bielorrusia y había emigrado a California muy joven, tras el derrumbe de la Unión Soviética. Allí, tras licenciarse en Matemáticas, había montado su propia empresa en un garaje de Santa Clara. Esa empresa, que comercializaba un programa de su invención contra los virus informáticos, le había hecho ganar millones de dólares. Pero los había perdido casi todos en la crisis financiera e inmobiliaria de 2008, por lo que había tenido que marcharse a Nueva York y empezar allí de nuevo, esta vez como uno de los gurús pioneros del bitcóin. Había llegado a tener más de un millón de seguidores en una de sus cuentas en Twitter.

Messi, por su parte, había aportado el local de Bujalef, los equipos telefónicos e informáticos y, lo que aún era más importante, algunos contactos en la ciudad. La granja de bitcoines precisaba de ciertas dosis de discreción y protección, y ello requería buenas relaciones con gente situada tanto dentro como fuera de la ley. Messi las tenía.

Sintió un escalofrío, la temperatura era muy baja en aquel lugar que él y Orlov llamaban indistintamente la granja o la mina. Su silencio solo era roto por el zumbido de tres potentes aparatos de aire acondicionado que lo refrigeraban continuamente para evitar que los equipos se sobrecalentaran. Eso, por supuesto, implicaba un desorbitado y sospechoso gasto de electricidad, pero Messi ya había hablado con quien había que hablar para que hiciera la vista gorda. Habían incluido la comisión de ese individuo en los gastos fijos del negocio.

Terminó de fumar el cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo apagó de un taconazo. Luego recogió la colilla, la envolvió en un pañuelo de papel y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Orlov era un fanático

de la limpieza.

Pensó en su socio. A Messi le gustaban los hombres circunspectos como él y como Sepúlveda. Sabía que podía seguirlos con los ojos cerrados porque llegarían hasta donde pudiera llegarse, pero no darían ese paso extraordinario que los llevara a todos al abismo. Con Sepúlveda había sellado un pacto de sangre veinte años atrás, en sus tiempos de vendedor ambulante de legumbres hervidas, y los dos lo habían cumplido escrupulosamente desde entonces. De Orlov sabía que, en el momento en que hubiera que parar, lo diría con toda claridad. Nunca se andaba con medias tintas. El local de Bujalef se cerraría de inmediato.

Apagó las luces, salió a la calle y se dirigió hacia su coche, aparcado a unas manzanas como medida de precaución. Era un BMW Z4 Roadster, un biplaza descapotable y de color cereza metalizado. Suspiró satisfecho. Había hecho un largo camino empresarial desde su primer negocio de vendedor de altramuces, habas y garbanzos cocidos a la puerta del Instituto Cervantes, hasta su rutilante *boutique* actual en el Hilton City Center. Y aún le quedaba mucho por recorrer: el trapicheo de bitcoines que llevaba a medias con Orlov era una auténtica mina de diamantes.

10

El comisario Romero charlaba en una cafetería de la madrileña calle de Príncipe de Vergara con el coronel Pablo Jordán, su conexión con el mundillo de don Juan Carlos I, ahora llamado oficialmente el «rey emérito». El coronel había sido ayudante de campo de Juan Carlos durante sus últimos años al frente de la monarquía española y había seguido a su servicio tras su abdicación. Jordán ya había pasado a la reserva, pero el Emérito confiaba plenamente en él y lo necesitaba más que nunca.

Había sido Jordán quien, en el verano de 2020, organizara la fuga de Juan Carlos al emirato de Abu Dabi para protegerlo de cualquier posible persecución por sus irregularidades económicas y fiscales. En aquellos meses habían salido a la luz fundadas sospechas de que Juan Carlos, amén de disfrutar del sueldo y las prebendas pagadas por los contribuyentes, se había dedicado durante su largo reinado a cobrar comisiones por mediar en negocios internacionales y, ya puestos en faena, a recibir también donativos de amigos acaudalados. Los diarios digitales independientes informaban de que el fugitivo escondía en paraísos fiscales tales multimillonarios ingresos extraordinarios, por los que no había pagado en su momento ni un céntimo a la Hacienda española.

El rey emérito se había instalado en una lujosísima *suite* del hotel Emirates Palace, a orillas del golfo Pérsico, y allí lo habían visitado en febrero de 2021 sus hijas, las infantas Elena y Cristina, que habían aprovechado el viaje para vacunarse contra el coronavirus. Juan Carlos contaba con la protección de los Al

Nahyan, la familia reinante en Abu Dabi, y en particular de su príncipe heredero, Mohammed bin Zayed.

Los españoles habían tardado décadas en descubrir que don Juan Carlos I, al que habían apodado «el Campechano» por su buen humor, era digno heredero de dos seculares hábitos de la casa de Borbón. El primero, una insaciable sed de dinero: *Forbes* y *The New York Times* cifraban su fortuna oculta en mil ochocientos millones de euros. El segundo, una tenaz pulsión mujeriega: la lista de sus amantes era alargada como la sombra del ciprés. La última conocida, Corinna Larsen, era una rubia empresaria alemana a la que había transferido los cien millones de dólares cobrados por mediar en la adjudicación a una empresa española de la construcción del tren de alta velocidad a La Meca.

Aunque una persistente hagiografía de la prensa española seguía presentándolo como el heroico monarca que detuvo el golpe de Estado militar del 23 de febrero de 1981, nadie o casi nadie negaba los hechos. Ni tan siquiera el nuevo rey, Felipe VI, que había roto oficialmente con su padre. La principal duda estribaba en saber si aquella transferencia a Corinna había sido un dadivoso regalo de despedida tras unos cuantos años de amoríos clandestinos, o un mero depósito a un testaferro a la espera de tiempos mejores. Este era el litigio entre los tortolitos que el comisario Romero y el coronel Jordán debían solucionar en lo que el segundo había bautizado como «operación Hespérides».

Calvo, de mentón fugitivo, nariz puntiaguda y un mostacho grisáceo que hacía juego con su veraniego traje príncipe de Gales, el coronel Jordán bebía una infusión de manzanilla mientras el comisario Romero saboreaba un *whisky* aguado con Perrier.

—No me costó demasiado convencerla —contaba Romero—, tan solo tuve que mencionarle un episodio de su pasado que rescaté de mi base de datos.

—Caramba, Romero. —El coronel contemplaba admirativamente a su interlocutor, que no llevaba boina, pero sí gafas de sol—. ¿También la tenía usted a ella en su famosa base de datos?

—No exactamente, coronel. Pero mi base tiene acceso a muchos ficheros policiales, y en uno de ellos descubrí que Adriana Vázquez había sido detenida en 2002, en una redada en un club de chicas de alterne de Marbella. La brigada iba a por una red rusa de trata de mujeres, pero también se tropezó con ella. Utilizaba el nombre profesional de Sara, fue fichada convenientemente y pasó una noche en comisaría. En otros registros policiales descubrí que, pocas semanas después, se sacó el pasaporte en la comisaría de Marbella y viajó en barco desde Algeciras a Tánger. El resto lo he deducido yo mismo y ella no me lo ha desmentido. Debió conocer a Suleimán, su protector marroquí, en un torneo internacional de golf en el que trabajaba de azafata.

—Impresionante. Me complace comprobar que no me he equivocado al requerir sus servicios. Sigue siendo usted el mejor policía de España.

—Le agradezco el piropo, pero tengo que reconocer que este trabajo no era demasiado complicado. Todo el mundo tiene algo oscuro en su pasado, solo hay que tener paciencia para escarbar y descubrirlo.

—Paciencia y una base de datos personal como la suya, comisario. Se dice que empezó a alimentarla hace cuarenta años y que tiene fichada a media España, a miles de políticos, empresarios, jueces, periodistas, famosos de la tele… —Jordán le dio un sorbito de pajarillo a su infusión antes de añadir—: Presumo que a mí también.

—Permítame, coronel, que me acoja al secreto profesional y no le responda, ¿vale?

Romero sonrió. El coronel le devolvió la sonrisa.

—Siga contándome —dijo Jordán con su voz engolada—. ¿Opuso ella mucha resistencia a colaborar en nuestra operación?

—No demasiada. Bastó con que le dijera que quizá le resultaría muy desagradable que mis amigos del digital *Hoy Diario* publicaran una pequeña información contando que la famosa *socialité* tangerina Adriana Vázquez, que ya estuvo relacionada con el caso BankMadrid y ahora trabaja en la promoción del Mundial de Qatar,

fue detenida hace veinte años por ejercer la prostitución en Marbella.

—Sí, imagino que no querrá que los qataríes se enteren de eso.

—Obviamente. La despedirían de inmediato. Los qataríes ya tienen muchos esqueletos propios en sus armarios, tantos como el Museo Egipcio del Cairo. —Romero le dio un tiento al *whisky*—. ¿Y usted, coronel, cómo lo lleva?

—Bien, bien. Lo tengo casi todo listo. Los amigos de Abu Dabi nos prestarán sin el menor problema uno de sus aviones para que Su Majestad viaje desde allí a Tánger cuando les digamos. También podrían encargarse del transporte de Corinna desde Londres o desde donde ella quiera. Todo, por supuesto, con la mayor discreción.

—¿Y los marroquíes? ¿Alguien les ha dicho algo?

—Sí, yo mismo. Ya sabe que estuve unos años de agregado militar en nuestra embajada en Rabat y tejí buenos lazos con los locales. Siguen enfadados porque España hospitalizara al saharaui Gali, pero saben que don Juan Carlos no tuvo nada que ver con esa metedura de pata. Me han subrayado que Su Majestad siempre es bienvenido en Marruecos. En lo que respecta a la alemana, el país ya ha abierto sus aeropuertos a los europeos. Solo necesita presentar el certificado de vacunación y una prueba PCR negativa.

—Sí, es lo que me pidieron el otro día en el aeropuerto de Tánger. Y, dígame, coronel, ¿ha hablado usted con ellos de lugares concretos para los alojamientos y el encuentro?

—Todavía no. Una posibilidad es cerrar al público el hotel Le Mirage, al lado de las Grutas de Hércules. Ya se ha hecho otras veces: por ejemplo, cada vez que van a la ciudad miembros de la casa real saudí. Otra es que alguno de los jeques del Golfo que tienen villas allí nos preste la suya. Eso sí, me gustaría evitar que los marroquíes asumieran el tema del hospedaje. Ya nos hacen un gran favor aportando tanto su territorio como el dispositivo de seguridad de la operación.

—Entonces solo nos queda esperar a que Adriana Vázquez contacte con Corinna y nos diga cómo ha ido la cosa, ¿eh?

—Exacto, comisario. Entretanto, sigamos manteniendo el secreto más total. La operación Hespérides es un asunto privado mío, al servicio, por supuesto, de Su Majestad. No le concierne al Centro Nacional de Inteligencia, ni al Ministerio de Interior, ni al presidente del Gobierno, ni tan siquiera a la casa real. De este asunto no tiene que enterarse ni el mismísimo Sursum Corda.

—No podemos estar más de acuerdo, coronel. Le aviso por el procedimiento acordado cuando tenga noticias de Tánger.

11

El día había amanecido gris, sucio y húmedo, como un trapo de cocina usado. A Sepúlveda, que adoraba la luz cristalina de aquella ciudad situada en la encrucijada entre dos mares y dos continentes, le deprimían los raros días en que el sol se ausentaba del Estrecho. La vida se le hacía entonces más ardua y desesperanzada.

Tenía dos horas libres entre una clase matutina y la siguiente, y decidió aprovecharlas tomando un café con leche mientras leía una novelita. En días como aquel, una lectura meramente evasiva era un buen modo para no dejarse invadir por la melancolía.

Bajó las escaleras de entrada del Instituto Cervantes, atravesó por las bravas la avenida Sidi Mohamed Ben Abdalah, casi tropezó con un chico atolondrado que transportaba un recipiente de tayín, del que creyó olfatear el aroma a limón y azafrán, y entró en la acristalada terraza de la cafetería Tánger Nord. Allí se sentó en una mesa vacía, pidió la bebida y sacó la novelita del bolsillo de su chaqueta de lino blanco.

Se titulaba *Humillación* y la había escrito un periodista español de los dos primeros tercios del siglo XX llamado César González-Ruano. De un tamaño apenas mayor que una tarjeta de crédito, la había publicado en 1958 la Enciclopedia Pulga y su portada mostraba a una dama vestida con un traje de color rojo que fumaba un cigarrillo en una larga boquilla. Su posición recostada y un hombro desnudado por la caída del tirante le conferían un deseado aire lujurioso.

Sepúlveda leyó *Humillación* en algo más de una hora. Era muy

corta —apenas quince mil palabras— y contaba la historia del imaginario barón de l'Epée, un rico vecino del Tánger internacional casado con una mulata a la que había rescatado de un burdel de Casablanca. La mulata se llamaba Ifrikía y llevaba ese nombre tatuado con un jeroglífico de color canela en la parte baja de su vientre. Pues bien, el decadente aristócrata francés iba escogiéndole amantes a su joven esposa para que ella comprobara lo atractiva que su africanidad resultaba para los europeos. Todo transcurría más o menos bien hasta que, cierta noche, uno de tales amantes, el capitán Monnier, humillaba a Ifrikía en un tugurio de la *kasbah* recordándole su pasado de prostituta. Esa misma noche, el barón, que no podía consentir tal zafiedad, castigaba sumariamente al capitán disparándole cinco tiros a quemarropa.

Acabada la lectura, vio acercarse a su mesa a Nabil Mursi. Le caía simpático aquel joven, miope y corpulento hispanista tetuaní, al que había conocido en el entierro de la librera Rachel Muyal.

—Buenos días, Nabil —saludó.

—Buenos días, profesor. —El tetuaní señaló el minúsculo libro depositado sobre la mesa y preguntó—: ¿Y eso? ¿Es que ahora colecciona usted cromos?

—No, en absoluto. Esto es una rareza literaria con la que me he entretenido un rato. —Sepúlveda miró su reloj de pulsera, tomó la novelita y se la ofreció—. Me quedan veinte minutos para mi siguiente clase. Siéntate y ojéala, si te apetece.

—Encantado. —Nabil se sentó y se puso a ojear el libro.

—Es un préstamo de Alberto Gómez Font. Tú lo conoces, ¿no?

—Sí, el filólogo de los mostachos de almirante de la flota inglesa. También me lo presentaron en el entierro de Rachel y me resultó muy agradable. Pero dígame, profesor, ¿de qué va esta rareza literaria, como la acaba de llamar usted?

—Bueno, es una historieta algo picarona y, a decir verdad, completamente prescindible… Salvo, por supuesto, para los coleccionistas insaciables de recuerdos del Tánger internacional como Alberto.

Nabil asintió.

—Le confieso que no me suena el autor —dijo.

—No es grave —respondió Sepúlveda—. González-Ruano era periodista y, entre otras cosas, fue corresponsal del diario *ABC* en el París ocupado por las tropas de Hitler. Al parecer, estuvo implicado en asuntos sucios como la venta de visados falsos a judíos que querían escapar de los nazis. O sea, era un sinvergüenza de tomo y lomo, al que tenemos que reconocerle que manejaba bien la pluma, algo que la gran mayoría de la gente de su oficio ha perdido hoy. ¿Y a ti qué te ha traído a esta ciudad?

—Lo que le comenté la última vez que nos vimos: la creación de una asociación hispano-marroquí de profesores y escritores progresistas. La idea va cuajando; otro buen amigo suyo, Farid Othman-Bentria, se nos acaba de unir. —Nabil le dirigió a Sepúlveda una mirada animosa—. Ya sabe que estaríamos encantados de que usted se sumara al proyecto. Y, aún más, de que aceptara formar parte de nuestra primera junta directiva.

Mursi limpió sus gafas de miope con una pequeña bayeta que sacó de la cartera de cuero que arrastraba, y luego le devolvió la novelita a Sepúlveda. Este se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y contestó:

—Te agradezco mucho la propuesta, Nabil, pero te digo lo mismo que la otra vez. Soy muy individualista, nunca he pertenecido a ningún partido, sindicato o cualquier otro tipo de organización.

—Lo sé, profesor. Y también sé que, como Groucho Marx, usted no querría ser miembro de ningún club que lo aceptara en su seno.

—Exacto, no lo sería ni de coña. —Sepúlveda sonrió y se puso en pie. El tetuaní también lo hizo y, mientras se estrechaban la mano, el profesor del Cervantes añadió—: Estoy viejo para cambiar ahora de costumbres, Nabil. Viejo y, lo que es peor, muy cansado por dentro.

En la tarde de ese mismo día, al terminar su trabajo, Sepúlveda

había regresado a su casa, jugueteado un rato con Chispas y empezado a leer la nueva obra de otro de sus amigos, el arabista Bernabé López García. Era del género histórico, se titulaba *El frente de Tánger* y reconstruía cómo habían vivido la ciudad y sus entonces quince mil vecinos españoles la guerra civil de 1936-1939. El libro había sido publicado la primavera anterior, pero, sabedor de que iba a disfrutarlo, Sepúlveda se lo había estado guardando para un momento especial como el de aquel día sin sol.

Le dio tiempo a leer sus treinta primeras páginas antes de que llegara Leila. Notándola cansada y contrariada, Sepúlveda le preguntó:

—¿Algún problema?

—Nada serio —respondió ella, sentándose a su lado en el sofá. Sepúlveda la besó en una mejilla y percibió con agrado la fragancia del agua de limón que ella compraba en la perfumería Madini—. La pesada de mi madre, que me ha tenido una hora al teléfono cuando ya estaba cerrando la farmacia.

—¿Y qué quería?

—Soltarme el sermón de siempre. Que, si no nos casamos, tengo que volver a vivir con ella. Parece que nuestros parientes vuelven a calentarle mucho las orejas con la irregularidad de nuestra relación.

Sepúlveda la abrazó para transmitirle su aliento. Eran pareja desde hacía casi veinte años, pero siempre habían vivido cada cual en su casa, tanto por mantener sus respectivas independencias como por guardar las formas en una ciudad que, aunque liberal, era mayoritariamente musulmana. Sepúlveda, en los dos pisos que había alquilado sucesivamente: el primero en la calle de Inglaterra, el actual frente al Liceo Francés. Leila, en el que sus padres tenían en propiedad en la empinada cuesta que llevaba a la *kasbah* desde la calle de Italia. Sin embargo, la pandemia de coronavirus y sus fastidiosos toques de queda y cuarentenas los habían impulsado a vivir juntos en el piso del español.

Su relación era complicada a ambos lados del Estrecho, pero aún más en el meridional, sobre todo para ella. Y aunque la pareja

formada por el *nasrani* y la *tanyauía* había afrontado crisis muy serias, jamás había pensado en intentar solucionarlas por el procedimiento del matrimonio. Tras la muerte del padre de Leila, que siempre había sido más moderno, su madre no paraba de insistir en que se casaran para poner punto final al escándalo que su relación despertaba entre familiares y vecinos conservadores. Pero ellos se negaban en redondo a hacerlo. No solo porque implicaba que el descreído Sepúlveda tendría que hacer una conversión formal al islam, sino también porque, antes de conocerse en Tánger, los dos ya habían vivido matrimonios con finales traumáticos. Él había estado casado con la directiva de una empresa madrileña, con la que había tenido a su hija Julia y que había terminado por ponerle los cuernos. Ella, con un tetuaní que había conocido estudiando Farmacia en Granada y al que no había dado descendencia.

Refrendaron su acuerdo besándose en los labios.

—¿Y tú? —preguntó Leila—. ¿Alguna novedad en el Instituto?

—Pues sí. Me temo que, tras un par de días de apertura, el Cervantes va a tener que cancelar sus clases presenciales y volver a la fórmula de Internet. Las autoridades marroquíes quieren curarse en salud y han ordenado prolongar el cierre de todos los centros de enseñanza unas semanas más. A mí me parece una chorrada, ya lo sabes.

—Y a mí. No podemos esperar a que no haya ningún contagio y ninguna muerte para recuperar la normalidad. Con ser cautos, me parece suficiente. Te lo dice una profesional sanitaria que lo que más aprecia es la libertad del aire de la canción del Lebrijano.

—Muy bien traído: *al horría*, la libertad, el bien más preciado. Por cierto, la letra de esa canción es de un poema de Caballero Bonald: «Al moro me fui a buscarte y en tu casa me metí, y ahora que estamos juntitos, a ver quién me aparta a mí». ¿No crees que cuenta nuestra vida?

—¡Y tanto! —replicó ella jovialmente—. Como que fui yo quien te la enseñó.

—Muy cierto, muy cierto. Pero, bueno, yo también te traigo una noticia. Me encontré esta mañana en la cafetería con Nabil Mursi, el

chaval que está intentando crear una asociación cultural hispano-marroquí. Está empeñadísimo en que forme parte de su junta directiva.

—Y tú le has dicho que ni de coña, ¿verdad? —Sepúlveda asintió—. Pues me parece fatal, para qué decirte otra cosa. —A Leila le brillaban los ojos y él comprendió que le iba a echar una bronca—. Siempre te estás quejando de la cobardía y el conservadurismo de los intelectuales españoles, de que siempre están del lado del poder, nunca de sus víctimas. Pero no haces nada para cambiarlo, te limitas a gruñir en tu sofá.

—¿Y qué podría hacer? Solo soy un profesor de Lengua y Literatura del Cervantes, sin ningún contacto político al otro lado del Estrecho. Los intelectuales almibarados de los que me quejo son gente muy protegida, gente que gana premios literarios y sale todo el rato en los periódicos y las televisiones soltando gilipolleces como que el 23-F le dio al rey Juan Carlos patente de corso para ser un golfo y un corrupto el resto de sus días.

—Tú solo no puedes hacer nada, eso está claro. Precisamente por eso tendrías que aceptar la propuesta de ese chaval: para hacer más fuerte tu voz.

—Mira, Leila, aunque fuéramos muchos y gritáramos como posesos, no nos escucharía nadie. España es un país que odia a los disidentes, a los aguafiestas que decimos que las cosas son mejorables. El conformismo es otra de las cosas que compartimos con Marruecos.

—¿Y tú también te has hecho conformista? Una vez me dijiste que, si no te duele la injusticia, es que estás muerto.

—Me duele, me duele, bien lo sabes.

—También me dijiste que estás muerto si has perdido el optimismo de la voluntad. —Leila mantuvo su tono enojado al concluir—: Así que mira tú, Sepúlveda, aunque solo fuera para agradecer el aprecio que te tienen tus colegas marroquíes y españoles, tendrías que decirles que sí, tendrías que incorporarte a su asociación.

12

—*Putain!* —exclamó Adriana sorteando al joven repartidor, de los que ahora llamaban *riders*, que subía la cuesta en contradirección, a bordo de su motillo.

El repartidor conducía con la mano derecha y tenía ocupada la otra hablando con el móvil. Aun así, se las apañaba para mantener un pitillo entre los labios. En la parte trasera del vehículo cargaba con un contenedor amarillo de la empresa Glovo. Llevaba casco, eso sí.

Adriana aparcó el Mini en el hueco que le proponía el aparcacoches, descendió del vehículo y lo cerró con el mando a distancia. El gorrilla le hizo un gesto de aprobación y siguió fumando su pipa de kif. Ella remontó la antigua calle Rembrandt en dirección al hotel homónimo. Sentado en la acera sobre unos cartones, un tipo hablaba solo en voz alta. Estaba soltándose un elocuente discurso, que subrayaba con aspavientos de las manos. Ella lo esquivó sin prestarle mayor atención: la tolerancia con los antaño llamados locos era mayor en Marruecos que en Europa.

Antes de alcanzar la galería Kent, Adriana se detuvo ante una puerta metálica con una sobria placa que informaba en árabe y francés de que aquel era el taller del videógrafo Ahmed Tayiti. Pulsó el timbre y la puerta no tardó mucho en abrirse con un estruendo de cerrajería semejante al de una celda de alta seguridad.

Adriana, que seguía prefiriendo llevar mascarilla por la calle, se la quitó para recibir los dos besos que le estampó Tayiti.

—*Désolée pour le retard* —se excusó—. *J'ai eu du mal a me garer.*

—*C'est pas grave, chérie* —dijo Tayiti—. *Teresa vient d'arriver*[5].

Entraron en un espacio diáfano de unos cuarenta metros cuadrados, con suelo de mármol *beige* a juego con la pintura de las paredes, amueblado solo por una gran mesa de metacrilato, sobre la que reposaban dos iMacs plateados con sus correspondientes teclados inalámbricos. Teresa Ortega, sentada en la silla de oficina situada ante aquel escritorio, se puso en pie y saludó alegremente a la recién llegada.

—Hola, Adriana; Ahmed es todo un descubrimiento. —Teresa habló en español, su francés no era demasiado fluido—. No solo es un genio del diseño audiovisual, también sabe un montón de fútbol.

Tayiti rompió a reír. Tendría treinta y pocos años y era de talla pequeña y cuerpo menudo. Calzaba unas deportivas Puma blanquinegras y vestía una camisa de manga larga y cuadros escoceses rojizos. Su cabello era castaño oscuro y lo llevaba peinado hacia atrás con un rotundo tupé. Un bigotito a lo Errol Flynn cruzaba su rostro, pálido como el alba.

Tayiti pasó a hablar español, como cortesía hacia Teresa:

—Mira, en Marruecos la gente no entiende que seas gay y te guste el fútbol. Pero yo veo muy normal que nos guste ver jugar a…, cómo lo diría…, *bon, a gaillards musclés et a moitié nus…* ¿No os parece?

—Tienes razón —corroboró Teresa, que había entendido lo de los muchachos musculosos y semidesnudos—. El fútbol siempre me ha parecido que tiene aspectos sexualmente muy ambiguos. Por ejemplo, cuando los jugadores celebran en el vestuario una victoria, todos en calzoncillos, todos toqueteándose y bebiendo champán a morro.

—A eso me refiero, je, je, je —remató Tayiti.

Teresa ya había caído en la cuenta de que terminaba muchas de sus frases con una risita, como ella había visto hacer a Truman Capote en un documental de la tele.

Lo había reclutado por consejo de Aziza Laraki, la directora de la galería Kent. Hijo del propietario de una pescadería del Zoco Grande, Tayiti había podido materializar su sueño de estudiar Artes

Audiovisuales en Europa, concretamente en la Universidad de Burdeos. Ahora estaba comenzando una carrera profesional en su ciudad natal, y Teresa lo veía muy capaz de montar videos espectaculares para el evento de promoción del Mundial de Qatar en el Hilton City Center.

Sentado en su silla de trabajo, toqueteando el teclado de uno de sus ordenadores, el anfitrión pasó a exponerles su idea a las dos visitantes. Encendió con un mando a distancia la gran pantalla plana de televisor que colgaba en la pared de enfrente y dijo:

—Os propongo que empecemos proyectando un video con el mejor gol de los tres mejores futbolistas de todos los tiempos: Pelé, Cruyff y Maradona. —Mirando a Adriana, añadió en francés—: *C'est la Sainte-Trinité du foot*[6].

—Me parece muy bien —dijo ella—. ¿Tenemos filmaciones de esos goles?

—Sí, de los tres. Ahora os voy a pasar un vídeo de cada uno. Los he sacado de YouTube y la calidad de las imágenes es mala, pero es solo para que os hagáis una idea. El producto final quedará divino, con fondo musical y los archivos originales restaurados digitalmente. —Las dos mujeres asintieron y él prosiguió—: Voy a empezar con el gran Pelé, en su primer mundial, el de 1958. Estamos en la final: Brasil contra Suecia. Ganó Brasil por 5 a 2, y Pelé marcó dos goles. Este que vamos a ver es el mejor.

El joven redujo las luces de la sala manipulando su ordenador. Acto seguido, comenzó a reproducirse en el televisor de la pared una filmación en blanco y negro. En ella se veía a un jovencísimo Pelé en el centro del área sueca, donde recibía el centro desde la izquierda de un compañero de selección. Emparedado entre dos rivales, controlaba el balón con el pecho, superaba al primero haciéndole un sombrero, y, ya libre de marca, batía con un trallazo al guardameta. La acción apenas había durado siete segundos.

—*Un vrai numéro d'acrobatie…*[7] —comentó Adriana, sinceramente admirada.

—*Tout el fait*. Y el gol que viene ahora también os va a gustar, estoy seguro. Lo marcó Cruyff en el Camp Nou el 22 de diciembre

de 1973.

—Vaya, el día de la Lotería de Navidad —observó Teresa.

Tayiti, que no entendió el comentario, exclamó «¡Ah!» y prosiguió:

—Cruyff marcó un minuto antes del descanso. El Barça le ganó aquel *match* al Atlético de Madrid, y también la liga de esa temporada.

—Está muy bien que el Barça salga en nuestro vídeo —observó Adriana—. Tiene muchos seguidores en esta ciudad.

—Más que el Real Madrid. Y lo digo yo, que soy más merengue que Florentino. Y, además, superfan de Zidane… A propósito, Teresa me ha dicho que igual viene al evento…

—Puede ser, está de año sabático, pero su agente dice que vendría si lo celebramos un miércoles. Aunque tendría que regresar a Madrid ese mismo día por la noche. Vamos a ver si nos autorizan a fletar un avión privado… —Adriana recapacitó un momento—: Pero seguro que lo harán. Zidane ha sido un gran embajador del Mundial de Qatar desde el primer momento.

—Fantástico, con él tenemos garantizado el éxito —dijo Teresa. Se lo estaba pasando en grande colaborando con Adriana en lo del campeonato. Y eso que jamás hubiera podido imaginar que algún día llegara a interesarle el fútbol. Lo había odiado con todas sus fuerzas durante su matrimonio con Alfonso Rivera. ¡Le había tocado tantas veces tener que ir al palco VIP del Bernabéu para que Alfonso la luciera ante Florentino Pérez y otros notables!

Ahora, en cambio, disfrutaba aprendiendo cosas sobre aquel deporte, así que añadió:

—Venga, veamos el gol de Cruyff.

El segundo video era en color, pero de aquel leproso propio del tiempo en que había sido grabado. El barcelonista Rexach enviaba desde la derecha un sensacional centro a la portería del Atlético de Madrid, pero el balón terminaba tomando demasiada altura, hasta el punto de hacerlo casi inalcanzable. Entonces Cruyff irrumpía en el segundo palo, desafiaba la gravedad con un salto atlético y, desde el aire, batía de espuela al portero del equipo visitante. La acción

duraba seis segundos.

—A este lo llaman el «gol imposible del holandés volador» —dijo el videógrafo. Pero no llegó a obtener respuesta. Habían llamado a la puerta y Tayiti, sin volver a encender completamente las luces, se dirigió hacia allí. Las dos mujeres lo vieron abrirla, conversar unos instantes con un muchacho en la penumbra, volver a cerrarla y regresar con un paquete de cartón en la mano—. Era un mensajero de AliExpress —informó—. Me he comprado por Internet un cargador para el iPhone. A mí la batería ya no me dura ni una mañana. ¿Y a vosotras?

—A mí me dura mucho menos, mi móvil ya es antiguo —dijo Teresa—. Es el último que me regaló mi ex, no lo he cambiado desde que vivo aquí. —Miró a Adriana, esperando que ella también dijera algo, pero su amiga parecía abstraída en sus pensamientos, algo frecuente en los últimos días. Empezaba a preocuparle de veras.

Tayiti dejó el paquete sobre la mesa y volvió a sentarse.

—Termino con el llamado Gol del Siglo, el segundo que le metió Maradona a Inglaterra en el Mundial de México de 1986. El primero, como seguro que sabéis, fue con la mano, la mano de Dios decía él, pero el segundo fue tan divino que todo el mundo le perdonó sus pecados.

Volvió a encenderse el televisor. El color seguía siendo desvaído, aunque no tanto como el del gol de Cruyff. Una escena de vértigo arrancaba cuando Maradona, marcado por dos ingleses, salía como una flecha desde su campo, galopaba por la banda derecha, dejaba atrás a sus perseguidores, superaba a un tercero, se dirigía hacia la portería inglesa, desbordaba a un cuarto rival, se situaba ante el portero, lo driblaba y, casi cayéndose, disparaba y marcaba. Todo en catorce segundos.

Apagó la pantalla del televisor y miró con expectación a sus dos visitantes. Teresa rompió el fuego:

—Creo recordar que ese gol fue algo así como la venganza simbólica de los argentinos por la paliza que los ingleses les habían dado en la Guerra de las Malvinas, ¿no?

—Creo que sí —dijo Adriana. Le estaba costando concentrarse:

pensamientos y emociones aleteaban por su cabeza cual mariposas, le resultaba imposible mantenerlos quietos—. ¿Creéis que es políticamente correcto incluir a Maradona en nuestro video? Lo digo por sus líos con la cocaína, las mujeres, la política… Era muy conflictivo, creo.

—Ya no —dijo Tayiti—, su muerte lo subió a los cielos, je, je, je.

—Estoy muy de acuerdo con Ahmed —dijo Teresa—. Maradona me parece el futbolista más literario de todos los tiempos, una especie de encarnación simultánea de Dios y el diablo.

—Y el sur lo adora —apostilló Tayiti—. Es muy popular en Nápoles, América Latina, el mundo árabe…

—*D'accord* —sentenció Adriana—. Incluimos a Maradona junto a Pelé y Cruyff. ¿Y no habría que meter a algún jugador árabe?

—Ya me gustaría, ya, pero todavía no hay ninguno que haya alcanzado el nivel de la Sainte-Trinité. Ahora tenemos en el Liverpool a un delantero egipcio muy bueno que se llama Mohamed Salah, y también a Achraf Hakimi, un gran defensa marroquí en el Paris Saint-Germain (PSG), y a En-Nesyri, delantero del Sevilla. Pero aún no son galácticos.

—Pues tendrás que ir preparando también otro video con los mejores momentos históricos de futbolistas marroquíes. Podríamos pasarlo al final del evento, como una especie de postre.

—¡Que idea tan divina! Cuenta con ello, Adriana.

13

Michel Orlov sabía que el mejor modo de colocar bien una mentira es esconderla entre un montón de verdades. Efectivamente, él había nacido en Bielorrusia y había pasado tres décadas en Estados Unidos, ganando mucho dinero con la revolución tecnológica. Pero Michael Orlov no era la identidad con la que aparecía en los papeles oficiales bielorrusos y americanos, tan solo el alias que había adoptado para refugiarse en Tánger. Y si había escogido ese lugar para escapar del FBI era tanto por informaciones sobre que allí se movía mucho dinero desde la llegada al trono de Mohamed VI como porque había sido la base de operaciones de Modesty Blaise.

Modesty Blaise había sido su cómic favorito en sus años de estudios universitarios en California, recién emigrado desde su Bielorrusia natal. Su protagonista, la joven y *sexy* Modesty, dirigía desde Tánger una red de delincuencia internacional de cuello blanco y uso abundante de las últimas novedades de la cacharrería electrónica. La historia de esta red, autodenominada The Network, se situaba en los años 1950. El cabello de su jefa era negro y lo llevaba recogido en un moño airoso y distintivo.

Más tarde, Orlov había aprendido que la ciudad norteafricana era también la Interzona de *El almuerzo desnudo*, la novela de un escritor yanqui muy drogata llamado William Burroughs. Aquel tipo, que casi siempre llevaba sombrero, había llegado a la entonces ciudad internacional escapando de la policía mexicana, que lo buscaba por haberle pegado un tiro mortal en la cabeza a su esposa mientras recreaban el juego de la manzana de Guillermo Tell.

Todos estos datos le habían parecido muy estimulantes.

El bielorruso se veía a sí mismo como un emprendedor injustamente perseguido por el sistema. Él era, ante todo, un gran comercial. Sus estudios de Matemáticas en California se los había pagado vendiendo revistas puerta a puerta. Después, en la promoción de su antivirus, había optado por regalárselo a particulares y empresas, y cobrar solo por su mantenimiento y actualización. El truco funcionó y en sus años gloriosos en Santa Clara vivió a lo grande: villa con piscina, avión privado, chicas, marihuana, coches deportivos, viajes a India y Nepal, cursos de yoga y espiritualidad… Lo perdió casi todo en la crisis de 2008, pero decidió rehacerse como gurú del bitcóin en Nueva York.

Ahora se sentía en Tánger como una fiera al final de la escapada, aunque también se decía a sí mismo que esto era mejor que pudrirse en una celda federal americana. Iba de hotel en hotel —el Rembrandt, el Villa de France, el Chellah, el Continental, L'Américain…— y procuraba no hacerse notar en la ciudad. Entretanto, la granja que llevaba a medias con Messi seguía fabricando muchísimo dinero por el procedimiento de mover a través del ciberespacio un buen puñado de monedas digitales.

El bitcóin había sido concebido en 2008 por una entidad misteriosa que se hacía llamar Satoshi Nakamoto. Tenía tres tipos de usuarios. Los que lo veían como una alternativa al mundo oligárquico de los Gobiernos, los bancos centrales y los organismos financieros. Los que lo usaban para ahorrar, convencidos de que sustituiría al oro como la reserva más valiosa. Y los que especulaban con su precio y hacían fortunas en poco tiempo.

La criptomoneda había alcanzado su máxima cotización cinco meses atrás, cambiándose una de sus unidades por más de sesenta mil dólares. Pero había caído a las pocas semanas, después de que Elon Musk criticara en Twitter sus efectos contaminantes: el descomunal consumo de carbón y otras energías fósiles de las granjas de teléfonos y ordenadores que la mantenían viva. Musk, patrón de Tesla, promotor del coche eléctrico y las energías renovables, pionero de la exploración del planeta Marte como

alternativa a la vida en la Tierra, era muy influyente. Se había convertido en una de las grandes fortunas del mundo, si no la primera.

Orlov había odiado a Elon Musk por ese comentario tan cenizo. Él defendía todos los aspectos del bitcóin. Su dimensión idealista, la de instrumento alegal de los individuos para emanciparse de los dueños del casino financiero, y también su dimensión especulativa, la posibilidad de hacerse rico de la noche a la mañana. No entendía por qué las autoridades, que aceptaban y hasta estimulaban la codicia en un montón de negocios, se ponían tan pejigueras con otros.

La granja que llevaba a medias con Messi había empezado con juego limpio: una plataforma en Internet para facilitar al público no especializado la compra y venta de criptomonedas. Más tarde, había comenzado a deslizarse hacia el esquema piramidal de Ponzi: los sabrosos beneficios de los que querían salirse del club eran abonados con los ingresos de los nuevos miembros, a los que se ofrecían regalos tan generosos como doblarles la cantidad de bitcoines que adquirieran. Como cebo, Orlov había adoptado el engañoso sello comercial de Crypto & Safe.

De la especulación se pasaba así a la estafa, pero esto no le producía el menor remordimiento. Al fin y al cabo, desplumar a paletos codiciosos era lo habitual en Wall Street, y si no que se lo preguntaran a Bernie Madoff. La principal diferencia entre lo que había hecho Madoff y lo que hacía la granja de Bujalef era que el neoyorquino había sido considerado durante décadas un genio de las finanzas, mientras que la segunda tuvo que esconderse desde el principio. Orlov iba cerrando páginas web a medida que las consideraba quemadas, arramblando de paso con los beneficios obtenidos. E iba abriendo nuevas con disfraces cambiantes: ICO, potencia de minado, monederos online, sorteos…

Quedaba una penúltima vuelta de tuerca: enviar correo basura o colocar publicidad en redes sociales con enlaces tramposos que ofrecieran duros a cuatro pesetas. «Comience a hacerse millonario abriendo una cuenta gratuita en Bitcoin Era, Bitcoin Prime, Bitcoin

Fortress, Bitcoin Revolution, Crypto Currency SuperBoom…». Los que picaran verían sus ordenadores infectados y despojados de sus secretos. A la par, sus cuentas serían desplumadas hasta el último céntimo posible.

Pero no, aún no habían llegado ahí. Y prefería no llegar, concluyó provisionalmente.

14

Tras su jornada laboral en el Cervantes, Sepúlveda había quedado con Nabil Mursi en el Zoco Chico para que le contara más cosas sobre la asociación cultural hispano-marroquí que andaba promoviendo. Ocupaban una mesa en la terraza del Café Tingis, delante de sendos vasos de humeante té con yerbabuena. Aquel atardecer del último día del primer mes del año 1443 de la Hégira, particularmente cálido y luminoso, estaba siendo propicio para la conversación al aire libre.

Aunque la plazuela estuviera ya a la sombra, las terrazas de sus cafés seguían muy animadas. La mayoría de sus clientes eran varones contemplativos. Los más contemplaban las pantallas de sus móviles; otros contemplaban el trasiego de los peatones o las recién restauradas y repintadas fachadas del lugar; algunos parecían contemplar sus propios pensamientos. Bebían té, café o refrescos azucarados: estaba prohibido expender alcohol en el interior de la medina.

Un niño subía la cuesta de Siaghins en su pequeña bicicleta, agarrado a la parte trasera de un carricoche. Un par de gatos sesteaban plácidamente sobre el nuevo pavimento, a la entrada de la antigua calle de los Cristianos, como sultanes en sus lechos de Topkapi. Los peatones los esquivaban respetuosamente, del modo en que el agua esquiva las rocas. Pasó una chica de aire escandinavo con una falda que terminaba bastantes centímetros por encima de la rodilla. Pasó una familia africana compuesta por la madre, vestida con un florido *bubú*, y tres pulcros y joviales chavalillos; cada vez

eran más los subsaharianos atascados en la ciudad tras fracasar en su intento por llegar a Europa. Pasó una dama marroquí de busto generoso y ojos babilonios. La dama, con el cabello suelto y una chilaba de color azafrán, llevaba de la mano a una niña de unos cuatro años. Sepúlveda y Mursi la contemplaron admirativamente.

El hispanista tetuaní rompió el silencio:

—Dígame, profesor, ¿cómo ha llevado usted la pandemia?

—Bueno, lo que peor llevé era no saber cuándo iban a terminar de los confinamientos. Hasta una pena de prisión tiene un final anunciado. Pero lo mejor fue tener tiempo para leer. Al comienzo de todo releí *La peste*, de Albert Camus, y eso me reconfortó mucho.

—Vaya, yo también releí esa novela. Me impresionó el conocimiento de la naturaleza humana de un Camus que solo tenía treinta y pocos años cuando la escribió. Empieza diciendo una gran verdad: la peste siempre es imprevisible, nadie la espera de veras. ¿No le parecieron ridículos los personajes que salieron en las teles y los periódicos diciendo que ellos ya lo habían anunciado?

—Mucho. En España se hicieron bastantes memes sobre tales tipejos, los llamaron «capitán *a posteriori*». —Mursi sonrió—. Camus deja muy claro que su actitud preferida frente a la peste es la del doctor Rieux: poca palabrería, ejercicio honesto de tu oficio y conciencia de que cualquier victoria es siempre provisional. Pero, a fin de cuentas, aunque sea con cicatrices, parece que también hemos logrado sobrevivir a esta…

—Parece que sí, *Alhamdulilá*. ¿Pero no cree que hemos aceptado demasiados recortes de las libertades? El propio Camus subraya en su novela que la lucha contra la peste anula de inmediato toda libertad individual e impone un espíritu policial colectivo. —Sepúlveda dejó su vaso sobre la mesa y miró con interés a su interlocutor—. No se asuste, profesor, no soy negacionista: el virus existe y las vacunas son útiles. Pero también me parece cierto que nos han metido una sobredosis de miedo y hemos tragado con todo: cierres, cuarentenas, confinamientos, toques de queda…

Nos hemos quedado en casa como nos ordenaban. Haciéndolo casi todo por Internet, con lo cual ahora es más fácil vigilarnos.

—Algo de razón tienes, Nabil. Puede que hayamos vivido otro de los modos de manipular la verdad: dramatizarla hasta la histeria en base a unos determinados intereses. Yo también he encontrado excesivos el catastrofismo de las televisiones y las restricciones de los Gobiernos. Le he dado mucho la tabarra con esto a mi hija Julia, que es periodista en Madrid y trabaja en un digital llamado *Reacciona*. Ese diario es progresista, pero me ha inquietado que su línea editorial respecto al covid siempre fuera muy alarmista, siempre cultivara el miedo, siempre estuviera a favor de que las autoridades impusieran más prohibiciones.

—A esto me refiero, profesor. Todo lo que está ocurriendo me recuerda a la novela *1984*. A partir de cierto peligro, real, exagerado o hasta imaginario, el Gran Hermano tiraniza a la gente por su propio bien.

—Por supuesto, Nabil. El Gran Hermano siempre va de protector de nuestra salud y seguridad. No es tan tonto como para presentarse vestido de Satán. —Los graznidos de unas gaviotas que sobrevolaban el Zoco Chico pusieron un eco teatral a las palabras de Sepúlveda. Este apuró su té antes de añadir con tono animoso—: Pero también en esto podemos aprender de *La peste*. Una de las escenas que más me gustan, quizá la que más, está hacia el final, cuando Tarrou le propone al doctor Rieux que vayan a darse un chapuzón en la escollera. Como ve que Rieux duda, Tarrou le dice que es muy tonto vivir tan solo en, por y para la peste, que sí, hay que combatirla, pero no por ello dejar de amar todo lo demás.

—Recuerdo perfectamente la escena —dijo Mursi—. De nada sirve luchar contra la peste si se olvida todo aquello que se ama. Así que Tarrou y Rieux terminan aquel día bañándose tan a gusto en el mar.

Sepulveda había vuelto a dejar de fumar hacía un par de años, pero seguía llevándolo bastante mal; hasta en sus sueños se sentía tentado en ocasiones a encender un cigarrillo. También bebía mucho menos alcohol que en el pasado, especialmente que en sus tiempos de

aventuras con Chukri. El alcohol ya no le sentaba bien, le provocaba enseguida dolores de cabeza. Un médico le había explicado que eso se debía a que su hígado también tenía más de sesenta años. Pero la abstinencia de alcohol de Sepúlveda no era tan rigurosa como la del tabaco, de vez en cuando se tomaba una cerveza, un vaso de vino o incluso un ron o un tequila.

Esa noche le apeteció un trago, así que dejó el libro sobre la guerra civil en Tánger encima de la mesita y se levantó de la cama. Leila, que proseguía su lectura de *Mil una noches*, ni se inmutó. La temperatura seguía siendo templada y, desde la abierta ventana del dormitorio, llegaba un murmullo de motores, pasos, risas y conversaciones. Resultaba agradable escucharlo tras las mudas y ominosas noches de las cuarentenas.

Debía de haber en alguna parte una botella sin abrir de ron Matusalem Gran Reserva, se dijo Sepúlveda. Recordaba que se la había regalado por Navidad Javier Rioyo, el director local del Cervantes, en un guiño sobre la tabarra que el profesor daba a todo el mundo con su edad, una broma privada que él había aceptado con espíritu deportivo. Había guardado la botella en algún lugar de la casa, a la espera de una ocasión propicia. No la encontró en los armarios de la cocina, pero sí en el que almacenaba en su despacho un montón de libros y carpetas. Volvió con ella a la cocina para servirse una copa.

De pie, en calzoncillos y camiseta, con Chispas jugueteando entre sus pies, Sepúlveda comenzó a degustar a palo seco el Matusalem. Tenía un sabor suave a fuego y miel, también a barrica. Le agradó.

Leila entró en la cocina. Vestía una camiseta negra de tirantes, bien ajustada a su cuerpo pequeño y fibroso. Sus pómulos altos y sus ojos de gacela eran principescos. Sus gruesos labios, muy africanos.

Vio beber a Sepúlveda y sonrió.

—Vaya, resulta que aquí estaba mi rey Shariar. Dándole a escondidas a la botella como un hipócrita predicador salafista. —Se acercó a Sepúlveda y le dio un mordisquito en la boca—. ¿Acaso está pensando mi señor en aquella joven dama a la que un *yinn* tenía

secuestrada en una cueva? Aquella que, no obstante, se las apañaba para ponerle los cuernos al terrorífico genio con todo aquel que pasara por los alrededores.

Sepúlveda liquidó su bebida de un golpe, dejó el vaso en el fregadero y besó a Leila. La besó prolongada e intensamente en los labios. Los dos terminaron cruzando sus lenguas y ella sintió el sabor del ron en la de él. Sepúlveda deshizo el beso y puso sus manos en los pechos de ella.

—¿Cómo es que mi Sherezade conoce tantas historias picaras? ¿Por propia experiencia?

—¡No! ¿Cómo puede mi señor sospechar semejante maldad? Sherezade conoce todas esas historias tan solo porque tiene leídos muchos libros sobre reyes antiguos y naciones del pasado. Ella no es promiscua como la joven dama secuestrada por el *yinn*.

—Eso decís todas…

—… y todos.

15

En el salón del apartamento de la zona de Malabata que alquilaba desde hacía un año, Messi se fumaba un canuto de chocolate rifeño mientras repasaba mentalmente los mejores momentos de la última temporada futbolística, la 2020-21. Había sido triste que la mayoría de los partidos se hubieran celebrado sin público por miedo a la expansión del coronavirus. El fútbol, se dijo, era más auténtico con el estadio como una olla a presión.

El Bar$a no le había dado muchas alegrías a su fiel seguidor tangerino, el hijo de Casabarata que había adoptado como propio el nombre de la estrella argentina del equipo azulgrana. Había sido eliminado por el PSG en los octavos de final de la Champions; había perdido la posibilidad de ganar la liga española al ser derrotado en su casa por el Granada CF, y solo había podido conquistar la Copa del Rey frente al Athletic de Bilbao. La defensa, la regularidad, la intensidad, la coordinación, muchas cosas de aquel Bar^a no habían estado a la altura de un equipo campeón. Su idolatrado Messi, eso sí, se había esforzado, era el único que en ocasiones había aportado genialidad al juego azulgrana.

De la temporada anterior, lo que más había disfrutado el Messi tangerino había sido la victoria a domicilio del Manchester City de Pep Guardiola frente al PSG de Mauricio Pochettino en el primer partido de las semifinales de la Champions. Con Mbappe y Neymar al frente, la primera parte había sido de los parisinos, que habían llegado al descanso con un 1-0 a su favor. Pero lo bueno del fútbol, se dijo Messi, era que un solo partido podía contener dos, tres o

hasta cuatro. Nadie había descubierto aún una explicación al misterio deque un equipo terminara perdiendo por 3 a 4 un encuentro a cuyo descanso había llegado con un 3 a 0 a favor. Y aquella semifinal de la Champions había contenido, al menos, dos partidos en uno. El Manchester City había arrollado en la segunda parte al PSG y se había ido de París con una victoria por 2 a 1 en la mochila.

La nueva temporada, la 2021-22, había amanecido horriblemente. El mercado veraniego de fichajes había sido un culebrón. Messi, el auténtico, había abandonado con lágrimas un Barça que ya no podía permitirse tenerlo en sus filas. Se había incorporado a un PSG del que, de momento, aún no había salido Mbappé, pese a las ofertas del Real Madrid. Sin el argentino, el Bar $a era un equipo tristón.

A Messi lo sacaron de sus ensoñaciones los chasquidos de la puerta de seguridad al abrirse. Apagó el canuto en un cenicero de cristal macizo y vio entrar en el salón a Malika. Muy alta y delgada, le sentaba de maravilla el trajecito que vestía, uno largo y floreado de entretiempo. Cubría su parte superior con una ligera cazadora de cuero negro, a juego con sus botas de caña alta.

Ella percibió la fulgurante mirada de deseo de Messi y eso le gustó. Criada en la supremacía de la cultura audiovisual, a Malika le encantaba sentirse la estrella de su propio *reality show*. Compartía con tantas jóvenes del planeta cierta tendencia al exhibicionismo en redes sociales, y alimentaba su cuenta en Instagram con fotos en las que siempre aparecía distante y magnética, *sexy* e inalcanzable. Estaba orgullosa de esa cuenta, en la que tenía más de dos mil seguidores, la mayoría varones locales.

Malika llevaba una bolsa de tela cargada de frutas. Aquel período del año, de dulce transición entre el verano y el otoño, era muy generoso en estos alimentos. Los mercados tangerinos rebosaban de plátanos, higos, melocotones, melones, brevas, chumbos, uvas amarillas y negras…

—He comprado un poco de fruta variada —dijo.

—*Alhamdulilá* —respondió él.

Malika se acercó a la barra de la cocina americana, depositó allí la bolsa, sacó de su interior las frutas y las lavó en el fregadero.

—Mira qué buena pinta tienen estas uvas —dijo, mostrándole a Messi un racimo de perlas gruesas y doradas.

—Buenísima. —Messi palmeó el cuero blanco del sofá en el que estaba sentado—. Venga, siéntate a mi lado. Voy a liarte un buen canuto.

—*Uaja* —Malika sacó dos cuencos de cerámica de un armario de la cocina, colocó en ellos las compras, los guardó en el frigorífico, se secó las manos con un paño, salió de la cocina, se acercó al sofá y se sentó a la izquierda de Messi, que comenzaba a calentar con el fuego de su mechero la extremidad de una piedra de hachís tan grande como un huevo de gallina.

—¿Has visto a tu prima Fadela? —preguntó él.

—Sí, y no te lo vas a creer, pero ahora dice que ya no quiere casarse.

Messi la miró estupefacto.

—¿Que no quiere casarse? ¡Después de la que liaron en marzo!

—Pues eso dice mi tía, que la pobre está completamente desesperada. En marzo todo eran prisas para celebrar la boda, aunque estuvieran prohibidísimas las reuniones por el covid. Pero ahora Fadela empieza a pensar que no está madura para el matrimonio. Ha caído en la cuenta de que solo tiene diecinueve años.

—¡Uf! ¿Es que ha tenido algún mal rollo con su novio?

—No lo sé, pero ahora dice que lo encuentra muy posesivo.

—Vaya mierda. Y pensar que nos pasamos una tarde en comisaría por culpa de esos tortolitos.

Malika y Messi habían sido invitados en marzo a la celebración clandestina de la boda de Fadela con el que era su novio desde los quince años: Mustafá, hijo único del dueño de un almacén de materiales de construcción. Las ceremonias multitudinarias de bodas, funerales y circuncisiones estaban entonces prohibidas en Marruecos, en el marco de las restricciones impuestas para frenar la pandemia. Fadela y Mustafá, no obstante, se habían empeñado en

convocar a unos cuarenta parientes en el chalé del padre de él, en la barriada oriental de Tanya Al Balia.

Alertada por una delación vecinal, la policía se había presentado en el chalé, desmantelado el casorio cual si fuera una organización yihadista y detenido a los asistentes y también a los músicos que lo amenizaban. Tras su identificación en comisaría, unos y otros habían sido multados por no respetar el estado de urgencia sanitaria. Curiosamente, los únicos que habían logrado escapar a la redada eran Fadela y Mustafá. Los novios se habían largado, aprovechando un descuido de los agentes cuando se incautaban de los instrumentos musicales de la orquesta.

No había sido este el único episodio tangerino de casamiento secreto interrumpido por la policía a lo largo de 2020 y la primera mitad de 2021. Las bodas eran muy importantes para los marroquíes y renunciar a ellas les había resultado uno de los aspectos más duros de la pandemia. Especialmente para las mujeres, que adoraban esas ceremonias. Tenaces, laboriosas y astutas, las marroquíes nunca se aburrían, siempre estaban haciendo cosas, como había escrito Abdelá Taia. Cuando no estaban trabajando en casa o fuera de casa, sabían disfrutar a tope de aquellos espacios y momentos en los que ellas podían tener un papel protagonista. Vestidas con caftanes relucientes, perfumadas y maquilladas hasta la exageración, eran muy felices en las bodas.

Messi terminó de liar el canuto y se lo pasó a Malika para que lo encendiera. Ella así lo hizo y le dio una profunda calada.

—Pues sí, vaya mierda —dijo exhalando una nube de humo—. Ahora que las bodas vuelven a ser legales, mi prima se pone tonta.

—¿Puedo decirte una cosa?

Malika le pasó el canuto a Messi.

—Claro.

—A mí el novio de Fadela…

—… Mustafá…

—Eso, Mustafá. Pues a mí nunca me ha caído bien. Lo veo muy chulito. Me recuerda a Sergio Ramos, el jugador del Real Madrid.

Malika sonrió y puso su mano derecha sobre el muslo de Messi.

—¡Qué cosas tienes!

Messi dejó el canuto sobre el cenicero y la miró.

—Dime la verdad, ¿yo te parezco posesivo?

—No, contigo me siento libre.

Él puso una mano sobre de ella. Su cara se inundó de guasa al decir:

—Imagino que, si al final tu prima se casa con Sergio Ramos, no querrás volver a usar el caftán que estrenaste en marzo…

—¡No! Eso traería mala suerte.

—¡*Hamsa, hamsa*! —Messi ahuyentó cualquier maldición con esa fórmula tradicional que aludía a los cinco dedos de la mano de Fátima.

—Hazte a la idea de que necesitaré uno nuevo —remató ella.

16

A Adriana Vázquez le martilleaba el corazón en el pecho, pero intentaba aparentar sosiego. Miró de hito en hito al comisario Romero y le dijo:

—Ustedes conocen perfectamente la conversación, comisario. La estuvieron escuchando y, sin duda, grabando.

Romero contestó:

—Pero queremos que nos la cuentes tú, Adriana. Estamos muy interesados en conocer tu versión personal, ¿vale?

—Pues ya lo saben: Corinna se niega a venir a Tánger, se teme una trampa. Piensa que ustedes quieren que viaje aquí para atraparla fuera de las fronteras europeas. Les tiene mucho miedo. Me dijo que hasta llega a sospechar que la trampa que le están proponiendo pueda ser mortal.

—Sí, recuerda muy bien lo que le pasó a Jamal Khashoggi. Nos reímos mucho cuando le escuchamos sugerir que a ella podría ocurrirle algo semejante. Pero no, nosotros no somos como los saudíes, tenemos mucha más clase. Respetamos unas reglas, estamos en Europa y en la OTAN.

Corinna, en efecto, había mencionado el *affaire* Khashoggi en la conversación telefónica que habían sostenido dos días antes con Adriana. Khashoggi era un periodista saudí que, un día de 2018, había ido a hacer un papeleo al consulado de su país en Estambul, y desde entonces no había vuelto a dar señales de vida. Al parecer, había sido torturado, decapitado y descuartizado allí mismo por unos esbirros enviados por Mohamed bin Salman, el príncipe

heredero de Arabia Saudí.

Hubo, por supuesto, comunicados de protesta de Turquía, Europa y Estados Unidos, pero nadie, absolutamente nadie, rompió sus relaciones con los jeques saudíes. Con ellos no se rompía; sus inmensas reservas de dólares, petróleo e influencias les garantizaban una amplia impunidad. Las tropelías que a otros les costaban sanciones, bloqueos, embargos, incautaciones y hasta invasiones militares, los saudíes solo las pagaban con un corto período de pasar un poco de vergüenza en público.

—Bueno —añadió Adriana—, Corinna también citó otro caso en que alguien fue atrapado por gente con clase como ustedes: el de Julian Assange. Assange fue a un país civilizado como Inglaterra y allí lo detuvieron por no sé qué acusación de acoso sexual. Un mero pretexto para terminar poniéndolo a disposición de los americanos, que tienen muchas ganas de que pudra en una de sus cárceles de Kansas.

—Sí, también escuchamos su alusión a Assange, un hijo de puta que se merece lo peor. Pero, mira, Adriana, el problema es que tu amiga tiene una imaginación muy fértil. Solo le faltó nombrar el avión que secuestró el presidente de Bielorrusia para capturar a un disidente. —Romero se quitó la boina, se rascó la calva y volvió a cubrirse. Estaban en el salón de la villa de Adriana, pero esta vez ella no le había ofrecido ni un café—. Creo que a Corinna se le está yendo la olla. Nosotros no montamos películas tan complicadas. Solo queremos que ella y el rey emérito hablen cara a cara y resuelvan definitiva y amistosamente sus diferencias.

—Ella dice que no hay nada que resolver. Que las cuentas entre los dos están claras desde hace años y que lo único que quiere es que los españoles la dejen en paz. Ustedes llevan años acosándola. Por lo legal y por lo no tan legal. Me lo soltó a gritos antes de colgarme el teléfono. Esto también lo deben de tener grabado ustedes.

—Estuvo muy brusca, es verdad. Corinna está hecha de hielo y fuego, a veces puede ser muy cerebral y otras muy temperamental. Lo sé de primera mano porque me reuní con ella en Londres varias veces en el pasado.

—Yo he cumplido, comisario. Hice todo lo que estaba en mi mano: le transmití su propuesta, me ofrecí para servirle de nen Tánger, intenté tranquilizarla…

—Tú lo hiciste muy bien, no tenemos la menor queja. Pero, como comprenderás, sigues debiéndome una.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que a mí me gusta el fútbol, Adriana. Me alegré mucho cuando el Atlético de Madrid ganó la liga el pasado mayo. El fútbol es bueno para las relaciones sociales, sirve para darle una salida a la mala leche de la gente. Así que me parece estupendo que sigas trabajando para el Mundial de Qatar, ¿vale? Pero también quiero que seas consciente de que continúas a mi disposición. Para el asunto de Corinna o para cualquier otro. Vamos a ir partido a partido, como dice el Cholo Simeone.

17

—¿Sabe usted, comisario, por qué bauticé nuestra operación con el nombre de Hespérides? —preguntó el coronel Jordán.

—No tengo la más pajolera idea —respondió el comisario Romero. Había regresado a Madrid la noche anterior y había quedado esa misma mañana con el coronel en la cafetería de Príncipe de Vergara para contarle su reunión tangerina con Adriana Vázquez. Ya le había resumido lo esencial en titulares y ahora esperaba su respuesta.

—Pues se lo voy a explicar, si no tiene usted demasiada prisa, claro. —Romero asintió con la cabeza, que llevaba destocada; en Madrid su boina servía más para identificarlo que para camuflarlo —. A mí me gusta mucho la mitología griega y esta situaba el paraíso terrenal en los confines occidentales del Mediterráneo, en un lugar llamado el Jardín de las Hespérides por el nombre de las tres ninfas que lo custodiaban. Pues, fíjese, en un árbol de ese fabuloso vergel crecían unas manzanas que concedían la inmortalidad a quien las comiera, pero ese árbol estaba especialmente protegido por un dragón. ¿Me sigue? —Romero volvió a asentir—. Ahora es cuando entra en acción Hércules, a quien, como usted sabe, los dioses le encomendaron diez trabajos, siendo uno de ellos robar algunas de las manzanas mágicas del Jardín de las Hespérides. Así que el bueno de Hércules viajó hacia el ocaso y allí se encontró con el titán Atlas, que soportaba el peso de la bóveda celeste…

—Atlas, ¿eh? Supongo que de ahí proviene el nombre de las montañas marroquíes…

—Supone bien, comisario. Pero sigamos con el pillastre de Hércules, que convenció a Atlas para que robara las manzanas, mientras él lo reemplazaba en la ardua tarea de aguantar los cielos. Así lo hizo el gigantón, que era muy corto de mollera. Atlas mató al dragón, se hizo con unas cuantas manzanas y regresó donde le aguardaba Hércules. Entonces, este le dijo que volviera a sostener un momento la bóveda celeste mientras él recogía la capa, que se le había caído al suelo. Atlas picó el anzuelo y así se quedó soportando el peso celestial para siempre jamás. Hércules, por su parte, salió corriendo con las manzanas en su capa.

—¿Y bien?

—Pues mire usted, comisario, resulta que los científicos piensan ahora que aquellos frutos no eran en realidad manzanas, sino los primeros cítricos de la historia. El árbol custodiado por el dragón se trataba de un ejemplar de cidro, una especie primigenia de escasa pulpa, pero excelente fragancia y grandes propiedades medicinales. El cidro es el bisabuelo de todos los cítricos: mandarinas, naranjas, limones, pomelos, limas…

—Le confieso que me he perdido, coronel. ¿Qué tienen que ver todos estos cuentos con nosotros?

—Verá, el nombre de nuestra operación me vino a la cabeza cuando pensamos en Tánger como posible lugar para el encuentro de Su Majestad con esa señora. Los tangerinos están convencidos de que el Jardín de las Hespérides se situaba en su ciudad o alrededores. Pero ahora ese nombre me resulta aún más convincente. En ocasiones, buscas una cosa de difícil o imposible existencia, pero consigues otra realmente existente. Cidro en vez de manzana, por ejemplo.

El coronel se quitó con una patada del dedo corazón una mota de polvo depositada en la solapa de la chaqueta, y prosiguió con su engolado tono de siempre, el de un banquero negándole el préstamo a un cliente:

—Nosotros ya suponíamos que Corinna iba a decir que no a la propuesta que le transmitiera Adriana Vázquez, ¿verdad?

—Verdad. Sabíamos que solo era un *long shot*, un disparo a un

bulto lejano por si acaso.

—Pues no, comisario, no solo era un *long shot*. También era un modo de remover las aguas. Oficialmente estamos buscando manzanas, pero nos pondríamos muy contentos si cosecháramos un buen puñado de cidros.

—¡Ah, ya caigo! Los cidros son que ahora Corinna ya sabe que el Emérito quiere negociar, quiere cerrar el asunto con un acuerdo.

—Exacto. Máxime cuando ahora se lee en la prensa que algunos fiscales e inspectores de Hacienda piensan que la principal actividad de Su Majestad durante su reinado consistía en cobrar comisiones por la intermediación en negocios internacionales como la compraventa de armas y la adjudicación de obras públicas. Una sospecha repugnante que no irá muy lejos, no se preocupe, comisario.

—Ya me imagino que no irá muy lejos, que todo quedará archivado. Afortunadamente, aún quedan patriotas en nuestra querida España. —Jordán asintió—. Y, bien, ¿cuál es nuestro cidro?

—Nuestro cidro es que ahora le toca a ella mover ficha, ¿no le parece?

—Me parece, coronel, me parece. Y dígame para terminar, en esta fábula, ¿quién hace de Atlas?

—Caramba, comisario, menuda pregunta. Me temo que, tanto si acertamos como si metemos la pata, ese papel lo interpretamos usted y yo. A gente como nosotros siempre nos toca sostener la bóveda celeste.

II
NOCHES CÍTRICAS

18

Aquel mediodía, Teresa Ortega bajó caminando desde su casa en la barriada de Sidi Hosni hasta Villa Harris. La distancia era larga, de al menos cinco kilómetros, pero ella se sentía alegre, y el tiempo, con el sol y las nubes jugando al escondite en el cielo, se le antojaba propicio para un paseo. Vestida con un traje de pantalón y chaqueta color rosa palo, calzada con zapatos cómodos, Teresa dejó a su derecha el Café Baba y a la izquierda la casa de Barbara Hutton. Las plantas enredaderas, que en Tánger se daban muy bien por una venturosa combinación de sol y humedad, seguían exhibiendo en las tapias del barrio copiosas flores de colores rojos, anaranjados, amarillos o violetas.

Descendió hasta las entrañas de la medina, pasando por la calle donde se afanaban los tejedores a las puertas de sus talleres y, luego, por las que hacían de mercado de frutas y verduras de temporada. Una campesina rifeña, con su sombrero de paja con trenzas de lana, vendía pimientos en un plástico colocado sobre el pavimento. Más adelante, otra ofrecía batatas, membrillos y berenjenas. A su lado, una tercera expedía aceitunas negras, y una cuarta, melones y sandías.

Menos animados estaban los comercios de artesanía de la calle de los Cristianos. Ahí seguían esperando a unos turistas que todavía no llegaban en masa. Circulaban ya por la ciudad unos cuantos franceses, españoles y alemanes, cual heraldos del declive de la pandemia, y también algunos israelíes, descendientes sin duda de sefardíes marroquíes que se acogían a las nuevas y buenas relaciones

entre los dos países auspiciadas por los Acuerdos de Abraham de Donald Trump. Pero persistían el cierre del tráfico marítimo para las personas, la burocracia anticovid en los aeropuertos y el toque de queda nocturno, y todo ello seguía disuadiendo a la mayoría de los potenciales visitantes extranjeros.

Salió al Zoco Chico, a la altura del Café Tingis, y subió por la calle Siaghins, fijándose en la oferta de camisetas de las estrellas del fútbol. Vio una de Messi, ya con el número 30 y el color azul oscuro del PSG, y se detuvo a preguntar su precio. La vendían por ocho euros y ella retuvo la información para poder comentarla en las conversaciones sobre balompié de su nueva actividad profesional, la primera, de hecho, de su vida.

Alcanzó la explanada del Zoco Grande y se detuvo en el Cinema Rif para tomar un té con yerbabuena en su terraza. Mientras esperaba a que la atendieran, se fijó en que la marquesina del Rif anunciaba en francés la nueva película de James Bond: *Mourir peut attendre*[8]. Le encantó la verdad poética de ese título, semejante a tantas otras verdades poéticas que a diario le transmitían los anuncios, gestos, escenas y conversaciones en aquella esquina de África. Le afloró una sonrisa mientras pensaba que sí, que la muerte podía esperar. Ahora tocaba respirar a grandes bocanadas, dejar de existir meramente para volver a vivir.

Pidió su té y se puso a observar el trajín de gentes que circulaban en rodas las direcciones. Le transmitió el sentimiento de un vitalismo sosegado, distinto a la prisa y la competitividad de su Madrid natal. Lo resumió en la imagen de un anciano con bastón, chilaba parda y barba nívea y bíblica, que atravesó su campo de visión con tanta lentitud como elegancia, cual surgido de un cuadro de Tapiro. Aquí, pensó Teresa, no se habían producido miles de muertes en residencias de ancianos durante la pandemia, aquí los ancianos vivían con sus familias hasta el final de sus días, aportándoles a hijos y nietos la bendición de su baraka.

Teresa se sentía en Tánger como en una especie de cueva luminosa donde encontrarse a sí misma. En su primer matrimonio, con aquel hijo de puta que la había dejado colgada con un hijo

severamente disminuido, había ejercido un papel similar al de las campesinas marroquíes que caminan cargadas mientras el marido va en burro. En el segundo, con el tiburón de las telecomunicaciones que le pagaba todos los gastos, incluida la hospitalización de Pablo en Chicago, se había sentido una esposa florero, una de esas con labios de pato, tetas descomunales y un perrito metido en el bolso de Louis Vuitton. Ella jamás había tenido perrito, ni tampoco se había operado los labios ni las tetas, pero Alfonso Rivera la había exhibido socialmente como un emblema de sus triunfos en la jungla capitalista, por encima del automóvil alemán de gran cilindrada, pero por debajo del chalé en Somosaguas.

Teresa, en verdad, no necesitaba cirugía estética, era muy hermosa de natural. Su melena —negra, corta, ondulada y peinada con raya al medio— hacía juego con unos ojazos de azabache y unas cejas perfectamente arqueadas. Tenía un rostro ovalado y armonioso, a lo Hedy Lamarr, con la nariz pequeña, los labios pulposos y una dentadura impoluta. Vestía con clase —había heredado el buen gusto de su familia, gente ilustrada del madrileño barrio de Almagro— y siempre se había mantenido en buena forma física, comiendo saludablemente y haciendo ejercicio. Pero rotundamente no, Teresa no era un florero. Tenía ideas y sentimientos propios, y ahora los estaba sacando a la luz.

Aquel día se había despertado con ganas de descubrir las abundantes novedades producidas en la ciudad durante el año y medio de lucha contra la pandemia. Aunque estaba muy lejos de su casa, Villa Harris era la primera que le había venido a la mente. Quizá, pensó, aquel fuera un buen lugar para la exposición fotográfica sobre los grandes momentos de los mundiales de fútbol que estaba maquinando Adriana. Pagó su consumición, se dirigió hacia el bulevar Pasteur, lo recorrió tranquilamente, continuó por la avenida Mohamed V y, a la altura del jardín de las Naciones Unidas, emprendió el descenso hasta el paseo marítimo. Cayó en la cuenta de que, a lo largo de aquella caminata, iban cambiando los estilos arquitectónicos: el tradicional magrebí de la *kasbah* y la medina, el europeo de los años 1920-1960 del bulevar Pasteur, el actual de

vidrio y acero a partir de la plaza de las Naciones, donde chavales vestidos a lo *hip-hop* practicaban ruidosamente el monopatín.

Recorrió la avenida Mohamed VI en dirección a Malabata, buscando las sombras. El sol había terminado triunfando sobre las nubes y ahora hacía honor a su apelativo de astro rey, así que lamentó no haberse puesto una crema protectora en el rostro y los brazos. A su izquierda, en la playa, parecía haber bastante gente a tenor del paisaje de sombrillas.

En la zona del hotel Hilton un cartel anunciaba la próxima apertura de un Starbucks, al que se les habían adelantado una tienda de Nespresso y un restaurante McDonald's. La emergente clase media tangerina adoraba los establecimientos americanos de esa zona, que le permitían sentirse como en cualquier otra ciudad contemporánea.

Terminó alcanzando la carretera de Alcazarseguir y atisbando una perspectiva de palmeras y coníferas, que debía corresponder a su objetivo. Llegó a él exhausta, como si hubiera hecho tres clases seguidas de zumba, pero la vecindad de un mar centelleante en el último trecho de su recorrido había robustecido su regocijo íntimo.

Walter Harris fue un aventurero inglés que, a finales del siglo XIX y principios del XX, hizo fortuna en la ciudad natal de Ibn Batuta como corresponsal, espía, diplomático y, sobre todo, intermediario comercial. Era un tipo audaz, políglota e inteligente, habilísimo para las relaciones sociales, pero también un ególatra de tomo y lomo. Quiso hacer evidente su fortuna construyéndose un palacete a lo andaluz en la zona de Malabata. Rodeada por jardines con plantas exóticas, su mansión rivalizaba con los consulados de Francia, España, Inglaterra, Italia y Estados Unidos, las potencias que tutelaban la capital del Estrecho.

Murió en 1933 y fue enterrado en el cementerio inglés de la capilla de Saint Andrew, encima del Zoco Grande, bajo una lápida que dice: *He loved, the Moorish people and was their friend*[9]. Su villa tuvo a partir de entonces una vida complicada: un español llamado

Onofre Zapata montó allí un casino durante unos años; el Club Med francés la adquirió después para convertirla en un complejo de vacaciones, pero tuvo que cerrarlo en 1992; durante las tres décadas siguientes, la vivienda y sus jardines quedaron abandonados, convirtiéndose en establos y pastos para cabras y ovejas. El Marruecos de Mohamed VI la había terminado rescatando y rehabilitando para convertirla en un museo. La inauguración se había producido el anterior mes de marzo, todavía en plena pandemia.

Teresa se dirigió al edificio de fachada hispano-morisca, entró, se puso la mascarilla, se limpió las manos con gel hidroalcohólico, pagó los veinte dirhams de la entrada y, antes de visitar la exposición pictórica, se detuvo a contemplar el ejemplar de *Morocco that Was*, las memorias del aventurero británico, que se exponía en el vestíbulo. Luego, agradeciendo el fresquito que allí reinaba, empezó a recorrer la muestra.

En contra de lo que le había dicho Adriana, que lo encontraba frío y funcional, el interior del edificio no le disgustó. Conservaba elementos decorativos marroquíes como arcos lobulados, azulejos andalusíes y paneles de estuco con dibujos geométricos y vegetales. Y la exposición que colgaba de sus paredes, un par de centenares de cuadros de orientalistas europeos y pintores marroquíes contemporáneos, era una estimulante exhibición de luz y color, una especie de reverberación de lo que había sentido en su paseo. Le gustaron particularmente un cuadro, en blanco, azul, rojo y ocre, de Ahmed Yacoubi, el pintor que fue amante y apadrinado de Bowles, y dos telas muy coloristas de sendas mujeres, Fatna Gbouri y Laila Essaydi.

Volvió a salir. Había podido ver los cuadros en total soledad, a excepción de los jóvenes y apuestos vigilantes, que llevaban las mascarillas puestas. En cambio, el jardín exterior estaba muy frecuentado. Sobre su rutilante césped paseaban, almorzaban o jugaban al fútbol grupos de niños, parejas jóvenes y familias completas.

Teresa regresó a su casa en taxi. En la cocina almorzó un resto de ensalada de pasta que tenía en el frigorífico, y luego subió al dormitorio para echar una buena siesta. Al entrar, vio que la gran cama con baldaquín estaba deshecha. No la había arreglado por la mañana, tras despertarse.

Sonrió, divertida. Ahora era mucho más tolerante con el desorden doméstico, quizá como reacción a los años que había pasado vigilando que la chica de la limpieza no hubiera dejado la menor mota de polvo en las mesitas del dormitorio. Las esposas florero, como lo había sido ella, no tenían que barrer el suelo o planchar la ropa, tareas que correspondían al servicio, pero tenían que velar por que todo estuviera impoluto cuando regresara al hogar el correspondiente amo del universo.

Se acercó al lecho. Buscaba encontrar los olores de la piel y los fluidos de su amante de la tarde anterior. Olfateó las sábanas, creyó reconocerlos y eso le gustó. También creyó descubrir ecos de sus propios aromas, en concreto el del perfume Shalimar, de Guerlain, que los qataríes le habían regalado a Adriana en Berlín y que ella, a su vez, le había ofrecido a su regreso. Pensó que el cítrico de la bergamota de Shalimar hacía juego con el olor a cloro del semen.

Se recordó a sí misma ronroneando, gimiendo y, por último, aullando en el combate amoroso, y sonrió con malicia. En tantos años de matrimonio, el gilipollas de su ex no había logrado arrancarle un verdadero orgasmo. Aquella confesión había sido lo último que Teresa le había soltado al anunciarle por sorpresa su voluntad de divorciarse. Le divertía mucho rememorarlo, había sido su declaración de independencia.

Tomó las sábanas y la colcha, las llevó a la lavadora y puso un juego nuevo en la cama. La de la tarde anterior había sido la tercera vez que se acostaba allí con Yunes; la cosa, caviló, empezaba a ser seria.

Tenía que contárselo a Adriana, aunque ¿cómo? Teresa no tenía el menor problema de conciencia con la aventura que estaba iniciando, al fin y al cabo, mutuamente consentida, pero sabía perfectamente que la mayoría del resto de la humanidad la

desaprobaría. Le abochornaba de antemano tener que contarles a terceros lo que estaba haciendo.

19

Leila y Sepúlveda no solían almorzar juntos los días laborables; en esta y otras cosas mantenían sus costumbres individuales de antes de decidirse a vivir bajo un mismo techo durante la pandemia. Leila solía hacerlo en el restaurante Darna, que no le pillaba demasiado lejos de su farmacia y ofrecía una comida marroquí sencilla y sabrosa a precios razonables. Darna, además, era una buena causa. Apoyado por la Cooperación Española, los ingresos de este establecimiento se destinaban a ayudar a mujeres desvalidas a causa de la pobreza o la violencia masculina. Estaba sobre el Zoco Grande, en una plazuela a la que se accedía subiendo las escaleras situadas la derecha del Cinema Rif. A su diestra arrancaba la cuesta de los puestos de babuchas.

Aquel mediodía, Leila almorzaba con su amiga Rachida en el patio interior del restaurante, un espacio con plantas y un zócalo de azulejos industriales marroquíes. Rachida era una mujer entrada en carnes, que vestía pantalón y camisa amplios, de color azul marino.

—No me lo puedo creer —dijo Leila—. Me das un disgusto muy grande.

Había interrumpido el asalto a la deliciosa tarta de limón que allí preparaban al escuchar la confidencia que había terminado soltándole Rachida. Dejó la cucharilla en el plato, se limpió los labios con la servilleta de papel y contempló con fijeza el rostro de luna llena de su amiga. Solo entonces se dio cuenta de que no estaba risueño, como era lo habitual en ella, sino ligeramente crispado. Cayó también en la cuenta de que Rachida cubría con abundante

maquillaje lo que podían ser unas inquietantes ojeras.

—Lo siento, Leila, pero ya no puedo más —dijo Rachida—. Said lleva años sin hacerme el menor caso; está obsesionado con su trabajo en la tele, es como si quisiera ser el director general a fuerza de echarle horas. Viene a casa a medianoche y ni se acuerda de darme un beso antes de meterse en la cama y ponerse a roncar. Si acaso, va al cuarto de nuestro hijo y le hace unas carantoñas. No puedo más, te lo juro.

Leila extendió su mano derecha por encima del mantel de tela de color verde aceituna, Rachida hizo lo mismo con la izquierda y las unieron por unos instantes. Al sentir el calor de la mano amiga, Rachida tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir las lágrimas. Lo consiguió.

—Bueno, esto que me cuentas no es nuevo —terminó diciendo Leila—. Como dices tú misma, dura ya unos cuantos años. Así que, dime, ¿es que ha ocurrido algo especial? Puedes decírmelo todo, ya lo sabes.

—Nada especial, te lo juro, Leila. Pero con la crisis y la reestructuración de la cadena, Said se ha encerrado aún más en sí mismo y en su trabajo. No me habla apenas, y, cuando lo hace, siempre está de mal humor. Ya no puedo soportarlo. Quiero el divorcio.

—¿Se lo has dicho?

—Aún no, quería hablarlo antes con algunas amigas como tú.

—La verdad es que no sé qué aconsejarte, me faltan elementos.

—Pero no te escandaliza, ¿verdad?

—¡Claro que no! Yo me divorcié del tetuaní hace veinte años por iniciativa propia y me quedé tan a gusto. Pero, en fin, ya sé que no es lo mismo. Nosotros no teníamos un hijo como vosotros.

—¿No te habrías divorciado si hubieseis tenido un hijo?

—Supongo que sí, supongo que también habría terminado divorciándome. Soy de las que no pueden vivir con alguien que manifiestamente se ha olvidado de quererme.

—Yo también supongo que te habrías divorciado de todas formas; tú eres muy *echa pa'lante* —Hablaban en *dariya*, con la voz

aguda y cantarina con que suelen hacerlo las marroquíes, pero Rachida pronunció esta última frase en castellano, lengua que, como Leila, usaba con fluidez.

—Un poco más que tú sí que lo soy —respondió Leila—. Pero tampoco te vayas a creer que soy Wonder Woman. Las cosas importantes suelo pensármelas bastante antes de tomar una decisión.

—Pues lo que yo estoy pensando es que, si no me divorcio ahora, no lo haré nunca. Terminaré como tantas de nuestras madres y abuelas: soportando por rutina a un marido al que dejé de querer.

—Lo entiendo perfectamente. Pero déjame hacer de abogada del diablo: ¿no has pensado en una separación temporal, en daros un tiempo para ver qué pasa? Es lo que hice yo hace seis años con Sepúlveda.

Rachida sonrió.

—Cuando te enrollaste unos meses con Fuad, me acuerdo perfectamente.

—Pues sí. Ahora pienso que mi rollete con Fuad fue una gilipollez. —Leila también dijo esto en castellano y luego siguió en esta lengua—: Pero, ya lo ves, la separación en sí funcionó. Sepúlveda y yo volvimos a enrollarnos y hoy estamos mejor que nunca.

—Es que tú, además de echá pa'lante, eres más rara que un perro a cuadros. —Rachida, que había contestado en castellano, rompió a reír, contagiando a su amiga. Leila, en efecto, defendía con uñas y dientes su rareza, su singularidad, su libertad de ser como quisiera, siempre que no hiciera daño a nadie. No le molestaba que se lo recordaran; al contrario, le halagaba. Celebró el comentario volviendo a la tarta de limón.

—¿Y lo económico? —dijo al cabo—. ¿Lo has pensado?

—Lo he pensado, por supuesto. Como te puedes imaginar, es lo que más me paraliza. Le pediría una pensión a Said para el mantenimiento del niño, pero también me gustaría volver a trabajar, te lo juro.

—Bien dicho. Todas las mujeres deberíamos de tener nuestra

autonomía económica. Sin ingresos propios, es imposible sentirse un poquito libre. A mí me mataría tener que pedirle veinte dirhams a Sepúlveda para comprarme unas bragas nuevas.

—Ja, ja, ja. ¡Qué cosas tienes, Leila!

—Pero tengo razón, ¿no?

—La tienes, la tienes. Que conste que Said no es agarrado con el dinero, pero es verdad que cada vez me resulta más humillante tener que pedirle un billete para esto o para lo otro. No debería haber dejado de trabajar…

—Eso puede tener arreglo. Cuando tú digas, empiezo a sondear el mercado laboral. La cosa va a animarse ahora que la pandemia va quedando atrás. Ah, y se lo puedo decir también a Sepúlveda, a ver si él sabe de algo en el Cervantes o algún otro organismo español.

—Muchísimas gracias, Leila. Me sirve mucho lo que me dices.

—Decidas lo que decidas, yo estaré a tu lado, ¿vale?

20

Aquella noche, Sepúlveda le llevó a Leila un par de higos chumbos pelados. Los había comprado por cuatro dirhams al abuelete que los vendía en su carrito de la Place du Lycée. Sabía que a ella le encantaban. Leila se lo agradeció con un beso en la boca y, mientras se los comía con calma y deleite en el sofá del salón, le contó a Sepúlveda su conversación con Rachida. A él le entristeció la noticia del posible divorcio de Rachida y Said: le caían muy bien los dos, y sobre todo él, que, como periodista, le había echado una mano generosa en algunos de los líos en los que se había visto involucrado en sus dos décadas en Tánger.

—¿Y qué le has aconsejado? —preguntó.

—Nada en concreto… Me ha parecido que lo más importante era confirmarle que yo la apoyaré incondicionalmente.

—Sí, eso es lo importante: la fraternidad… O, como dicen ahora las feministas, la sororidad. Que el otro sepa que puede contar contigo.

—Es lo que me ha parecido. —Leila tenía en su regazo a Chispas, al que acariciaba el lomo. Cosa rara, el gato, que prefería los arrumacos de Sepúlveda, se dejaba hacer con satisfacción—. Le he dicho que le ayudaría a buscar trabajo si se pone a buscarlo. Y que igual tú podrías ver si hay algo en el Cervantes o el Severo Ochoa…

—Preguntaré cuando me lo digas, faltaría más.

Leila se giró noventa grados para besarle la mejilla, movimiento que Chispas aprovechó para saltar al suelo.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna novedad?

—Pues mira, sí. He llamado por teléfono a Nabil Mursi y le he dicho que estoy de acuerdo, que me sumo a su asociación. Hasta le he propuesto un nombre: Solidaridad Ibero-Africana.

—Suena bien. ¿Te lo has inventado?

—No. Era el nombre de una asociación republicana de españoles y marroquíes, tanto musulmanes como judíos, que existió en esta ciudad en tiempos de nuestra guerra civil. Lo he leído en el libro de Bernabé.

Leila se echó a reír.

—¡Eres tan libresco!

—Pues sí, joder. ¿Y qué? Malditos estos tiempos en los que casi resulta peyorativo confesar que dices algo que has leído en un libro.

—Yo no te lo reprocho, *habibi*. Bien lo sabes.

—Lo sé, pero, mira, te voy a poner una penitencia por haber hecho ese desafortunado comentario.

—¿Una penitencia? ¡¿De qué vas?!

—Rectifico: no lo llamaremos penitencia, pero sí recompensa por haberte escuchado en lo de la asociación. Me impresionó lo que me dijiste acerca de que debía incorporarme a ella, aunque solo fuera por agradecimiento al cariño de los que me lo estaban proponiendo. Ahí estuviste muy fina. Me tocaste la fibra de la fraternidad.

—*Shukran*, profesor. ¿Y cuál es la recompensa que buscas?

—Que me cuentes lo último que hayas leído de las *Mil una noches*.

—Vaya con mi sultán, se ha hecho tan adicto a los cuentos de Sherezade como el mismísimo rey Shariar.

—Puedes estar segura de ello, princesa.

—*Uaja*. Te contaré, pues, la historia del sastre, el jorobado, el judío, el despensero y el cristiano. Es un poco complicada, vas a ver.

—A ver si logro entenderla. ¡Adelante!

—La historia empieza cuando un sastre del reino de China se encuentra en la calle a un jorobado y le invita a cenar en su casa.

La esposa del sastre les sirve pescado frito, pero el jorobado se atraganta con una espina y se muere en el acto…

—¡Menudo marrón!

—Y que lo digas. Así lo sintieron también el sastre y su esposa, que decidieron envolver el cadáver en un mantón, dejarlo en el zaguán de la casa de un médico judío que vivía cerca… y salir corriendo.

—El marrón lo tiene ahora el judío, ¿es así?

—Así es. Pero el judío también intenta pasárselo a otro, ya verás. Resulta que ha escuchado ruidos en el zaguán, baja corriendo las escaleras y, en la oscuridad, tropieza con el cadáver del jorobado y se cree que lo ha matado él en el choque. El judío decide también quitarse el problema de encima lo antes posible. Sube el bulto a la azotea y lo arroja al patio de su vecino, un musulmán que administra las despensas del sultán. Poco después, el despensero regresa a su casa y vislumbra a un individuo en un rincón del patio. Lo toma por un ladrón y le da un porrazo monumental. Pero como él también prefiere no tener que vérselas con la justicia, carga con el cadáver por las callejuelas hasta dejarlo abandonado al lado de una de las primeras tiendas del zoco.

—Vaya, veo que la confianza en la justicia era entonces tan escasa como en nuestros días. ¿Quién carga ahora con el muerto?

—Un cristiano que venía borracho y se puso a orinar allí mismo. Cuando se apercibió del bulto, pensó que era un ladrón, se abalanzó sobre él y lo molió a golpes. Entonces, llegó el sereno del barrio, detuvo al borracho y lo condujo a la cárcel del gobernador.

—Sospecho que el gobernador tiene poder sobre vidas y haciendas…

—Poder delegado por el sultán, pero sí, mucho poder. Así que, a la mañana siguiente, el gobernador hizo pregonar la noticia de que un cristiano borracho había matado a golpes a un jorobado musulmán, añadiendo que el culpable iba a ser ahorcado de inmediato. Ya tenía el cristiano la soga al cuello cuando llegó corriendo el despensero y, con sonoras proclamaciones de remordimiento, se declaró culpable del homicidio. El gobernador tomó la decisión aparentemente lógica: que el despensero sustituyera en la horca al cristiano. El cambio se puso en marcha, pero entonces el médico judío se abrió paso entre la multitud que asistía a la

ejecución y dijo, también muy compungido, que él era el verdadero autor del crimen. Hubo un segundo relevo en el cadalso, pero esta vez tampoco pudo culminarse el ahorcamiento porque el sastre lo interrumpió declarándose el auténtico homicida.

—Hete aquí al gobernador metido en un buen lío…

—Un auténtico carajal, como dices tú. Tanto que el mismísimo sultán de China ordenó que todos los implicados, a saber, el cadáver, el gobernador y los cuatro presuntos homicidas, fueran llevados a su presencia. Pidió explicaciones y todos le contaron sus historias. Y en ello estaban cuando, tachín, tachán, se descubrió que el jorobado ¡no estaba muerto! Pudo ser resucitado con algo tan simple como sacarle la espina de la garganta.

—¡Genial! —El divertido Sepúlveda esbozó un aplauso—. Otra maravillosa historia en la que la apariencia no se corresponde con la realidad…

—*Le voila!* Y antes de que te vayas a limpiar los dientes, te contaré que el atónito sultán de China ordenó que se pusieran todas estas peripecias por escrito y recompensó con ricos presentes a sus actores.

—Y, colorín colorado…

21

Nacida en Larache, Malika había estudiado en el colegio español Luis Vives y hablaba un solvente castellano con acento de Cádiz. Siempre usaba esta lengua con su amiga, la diseñadora de ropa Salima Abdel-Wahab, que antes de la pandemia solía contar con ella para sus desfiles de modelos.

A Malika la alegría le provocó un vuelco al corazón cuando aquella tarde de mediados de septiembre vio entrar a Salima en la tienda del Hilton City Center. Aunque habían conversado por teléfono y se habían enviado mensajes a través de WhatsApp, las dos amigas no habían vuelto a verse físicamente desde comienzos del año anterior, cuando el coronavirus aún era un mero problema de una remotísima ciudad china llamada Wuhan.

Salió de detrás del mostrador y las dos mujeres se abrazaron cual náufragos que se reencuentran en las arenas de una playa desconocida.

—Tienes todo mi amor —le lanzó Salima cuando rompieron el abrazo y se quedaron de pie en mitad de la *boutique*—. Ya sé que estos no son tiempos para la lírica, pero he venido a decirte que he logrado preservar mi amor por algunas personas. Tú estás entre ellas. De verdad.

—Muchas gracias, Salima —respondió Malika—. He echado mucho de menos nuestras confidencias y nuestras risas. ¿Tú estás bien?

—Sí, estoy bien. Pero con el alma llena de moretones. No sé ponerle palabras a lo que hemos vivido, es demasiado pronto. Ha

sido una experiencia surrealista, una experiencia violenta y medieval en la que parecía que cada uno se tenía que salvar como pudiera.

—¡Qué bien lo dices! Siempre has tenido mucha labia.

—No es eso, es que me como mucho el coco —replicó, ahora sonriente, Salima—. ¿Y tú? ¿Qué ha sido lo peor para ti?

—Ya te conté que nos detuvieron a Messi y a mí en la boda clandestina de mi prima Fadela, ¿no?

—Sí, me lo contaste por teléfono y nos reímos mucho. ¡Pobre Messi! Toda la vida jugando al gato y al ratón con la policía para que la primera vez que lo atrapen sea en una boda.

—Todavía le escuece, odia a mi prima y todavía más a su novio. —Malika se planchó con la mano la parte superior de la falda—. Pero lo que no logro superar es la inundación en aquel taller de Hay Enasr. Una de las obreras ahogadas era de Larache, amiga mía de la infancia.

—¡Qué horror! —La consternación sustituyó a la sonrisa en el rostro de la diseñadora—. Eso no me lo habías contado.

—Igual no. Pero me dolió mucho, me pasé una semana en la cama llorando, tan solo llorando. Messi no sabía qué hacer para animarme.

El año 2021 había comenzado en Marruecos con el anuncio de que el rey Mohamed VI ordenaba la vacunación gratuita contra el coronavirus de todos los residentes en el país, y de que, para dar ejemplo a un pueblo en gran medida supersticioso, él había sido el primero en hacerlo. Pero, el 8 de febrero, una apocalíptica tromba de agua cayó sobre Tánger, convirtiendo muchas de sus calles en canales venecianos. Los incidentes se contaron por centenares, siendo el más trágico la inundación de un taller textil clandestino situado en el sótano de una casa del barrio de Hay Enasr. Unos ahogados, otros electrocutados, murieron una treintena de trabajadores, la mayoría mujeres. Había sido el principal suceso ocurrido en la ciudad durante la pandemia, y también el más revelador, el más local, el más propio.

El paraíso mostraba uno de sus semblantes sombríos: la industria ilegal, la explotación de la mano de obra femenina, la

precariedad de las infraestructuras públicas y privadas. La prensa independiente marroquí informó de que más de la mitad de las actividades relacionadas con el cuero, los zapatos y el textil de todo Marruecos pertenecían al eufemísticamente denominado «sector informal», siendo Tánger una de las capitales de tal informalidad.

Despreciada y marginada por el anterior monarca, Hassan II, Tánger estaba viviendo un notable desarrollo económico y urbanístico bajo el reinado de su hijo, Mohamed VI. Este desarrollo, sin embargo, estaba sustentado en muchos casos en la picaresca y la precariedad. Barrios enteros de la ciudad eran una sucesión de sótanos ocupados por empresas fantasmales que trabajaban para marcas españolas e internacionales en régimen de subcontrata. Tales empresas ni pagaban impuestos al Estado, ni cubrían la seguridad social de sus trabajadores. En cuanto a los sótanos, eran ajenos a normas de seguridad como ventilación, extintores y salidas de emergencia. Las inspecciones oficiales de esos chiringuitos eran tan raras como los programas culturales en las televisiones privadas españolas.

Salima volvió a estrujar a Malika y sintió como su amiga intentaba reprimir sus sollozos. Le dijo:

—A mí también me deprimió mucho la inundación de aquel taller, de verdad. Pero, claro, no tanto como a ti. ¡Pobrecita!

Malika deshizo el abrazo y contempló a Salima:

—Sí, fue muy duro, muy injusto. Pero, en fin, lo pasado pasado está, miremos al futuro. Cuéntame, ¿qué planes tienes?

—Resucitar, Malika, planeo resucitar. A comienzos de octubre, voy a trabajar en el rodaje de una película en Azrú, la región de los monos y los bosques de cedros, ya sabes. Hago el vestuario y también un papelito.

—¡Qué bueno! Seguro que te lo vas a pasar muy bien, te lo mereces. Pero, por favor, dime una cosa: volveremos a hacer cosas juntas, ¿verdad?

—Volveremos, *Inshalá*.

Malika estaba a punto de cerrar la tienda cuando escuchó el timbrazo que anunciaba un visitante. Pero no era un cliente en busca de un teléfono Samsung o un ordenador portátil Asus, sino Michael Orlov. Sintió una punzada de incomodidad, pero la compensó pensando que el bielorruso solía ser breve, afortunadamente muy breve.

Orlov se detuvo ante el mostrador, se quitó la mascarilla higiénica y las gafas de sol y se las guardó en los bolsillos de su cazadora vaquera. Debía de tener cincuenta y tantos años; en su rostro, caballuno y castigado por el sol, brillaban sus ojos azules; su cabello y su perilla, ambos rubios, llevaban un tiempo encaneciendo. Le sonrió con naturalidad, sin que ella pudiera ver ironía o malicia en su expresión.

—Hola, Malika —la saludó—. Pareces un poco cansada.

—*Marhaba*, Michael. Sí, estoy un poco cansada, estaba a punto de cerrar.

—¿No está Messi?

—No. Estoy sola.

Malika salió de detrás del mostrador y se dirigió hacia la entrada, para retirar el cartel publicitario móvil que anunciaba rebajas pospandemia. Lo estaba introduciendo en la tienda cuando Orlov, que la miraba hacer recostado en el mostrador, le dijo, siempre en inglés:

—¿Serías tan amable de pasarle un mensaje a Messi cuando lo veas?

—Claro. ¿Pero por qué no le llamas tú o le envías un mensaje?

—Prefiero no hacerlo, prefiero que se lo digas tú.

Malika abrió la puerta del cuartito donde almacenaban productos y guardaban trastos, metió allí el cartel publicitario, cerró el cuartito y se dirigió hacia donde estaba Orlov. Se quedó plantada frente a él, un poco desafiante, y le soltó con retintín:

—¡Uy! ¡Cuánto misterio!

—No es misterio, es solo precaución…, y me gusta. Ya debes saber que no me apetece que todo el mundo se entere de mis cosas.

Orlov sonreía, nuevamente de modo manso y amistoso, y a

Malika volvió a sorprenderle el gesto. Joder, el bielorruso no siempre iba de tipo duro, también podía parecer humano. Él prosiguió:

—En fin, lo que me gustaría que le dijeras a tu chico es que ya no estoy en L'Américain. Desde esta mañana, me alojo en un *riad* de la *kasbah* que se llama Sabas House. Tiene muy pocas habitaciones, todas con nombres de celebridades. A mí me ha tocado la de Mick Jagger.

Malika le devolvió la sonrisa.

—¡Mick Jagger! No está nada mal. ¿Sabes que venía mucho por Tánger? Se enrollaba fumando kif y haciendo música con la orquestilla de un pueblo llamado Jajouka.

—Un pueblo rifeño, sí. Conozco la historia. Y si no la conociera, el museo que le tienen montado a los Rolling Stones en el Café Baba me la habría enseñado. Pero, bueno, tú dile a Messi lo que te he dicho. No voy a estar mucho tiempo en el Sabas House. Es carísimo.

—Michel, ¿te puedo confesar una cosa?

—Por supuesto. Adelante.

—No entiendo por qué estás siempre cambiando de hotel.

—No es por mi gusto, Malika, puedes creerme. —Sonó el timbre de la puerta y ambos se giraron hacia allí. Bajo el dintel, una muchacha muy maquillada y con un hiyab fucsia miraba al interior con expectación. Malika le dijo en *dariya* que estaba cerrando y que podía volver mañana. La muchacha no insistió y se fue. Orlov volvió a mirar a Malika—: ¿Tú has visto una película que se llama *The Bourne Ultimatum*?

—¿La de espías que rodaron aquí?

—Esa misma, con Matt Damon haciendo del espía Bourne. Pues si la has visto, recordarás su mejor escena: Bourne huyendo de unos sicarios por las azoteas de Tánger. —Malika asintió en silencio, no tenía la menor idea de a dónde quería ir a parar el bielorruso—. Así me siento yo en esta ciudad, escapando como Bourne por las callejuelas y las azoteas.

—No exageres, Michael. Exagerar es cosa de nosotros, los latinos y los moros, no de vosotros, los eslavos o como os llaméis.

—No exagero, Malika. Mira, todos somos de alguna manera exiliados. Exiliados de nuestra infancia, de nuestra familia, de nuestra tierra, de los sueños que tuvimos… Yo tengo muchos de esos exilios dentro de mí, pero, además, me siento perseguido por ello.

Malika sintió una inesperada ternura por el fugitivo.

22

Messi aparcó el BMW en las afueras del hotel Continental, le encargó al *gardian* de chaleco amarillo que lo vigilara como si fuera la virtud de su hija y subió caminando hasta la terraza exterior del establecimiento, que tenía una extraordinaria vista panorámica sobre la zona portuaria, la bahía de Tánger y el estrecho de Gibraltar. Sepúlveda no estaba, así que pensó que igual había querido evitar el impertinente vientecillo de levante que soplaba desde el amanecer, y se había acomodado en alguna de las salitas morunas del *réz de chaussée*, la planta baja. Pero el profesor tampoco estaba allí y Messi decidió esperarlo fuera fumando un cigarrillo.

Sepúlveda terminó su clase *online* recomendando una lectura a sus alumnos. Sus sugerencias de artículos y libros no formaban parte necesariamente del programa escolar del Instituto Cervantes, pero él solía hacerlas desde su primer día en aquel centro. Le parecía una muestra de respeto hacia aquellos chicos y chicas marroquíes que querían aprender o perfeccionar la lengua del Quijote. Aunque la mayoría lo hiciera por razones laborales y profesionales, para ser más competitivos en el mercado de trabajo, las semillas que él iba sembrando germinaban de vez en cuando en algún estudiante. Pensó en Ornar Buzian, que había hecho una magnífica lectura de *Reivindicación del conde don Julián*, de Juan Goytisolo, antes de morir en un oscuro episodio de pederastía.

Al final de aquella mañana, Sepúlveda propuso a sus alumnos la lectura de la tesis doctoral de Nabil Mursi sobre Marruecos en la obra de Benito Pérez Galdós. No había que gastarse un solo dírham

para hacerlo, precisó. Mursi la había subido a Internet, con acceso libre. El hispanista tetuaní, añadió, sostenía que la empatía por los moriscos y los judíos mostrada por don Benito en su novela *Alta Tettauen* era el fruto de una evolución intelectual muy suya, una que terminó llevándolo a detestar el militarismo y colonialismo de España en el norte de Marruecos.

Dicho esto, salió escopetado del Cervantes. Faltaban solo diez minutos para su cita con Messi y tenía una buena caminata por delante. Habían quedado en el Continental para almorzar juntos un cuscús en un pequeño restaurante de los alrededores que regentaba un amigo de Messi. Estaban a viernes, el día de la semana más sagrado para los musulmanes y el que tenía como plato estelar un cuenco de sémola bien vaporizada y acompañada de suculentas verduras y carnes.

Sepúlveda dejó atrás la catedral española y descendió hacia la costa. Bordeó el *makbara*, el abierto cementerio musulmán, con sus sencillas lápidas blanqueadas, su césped tan verde y reluciente como el del Santiago Bernabéu, donde sesteaban o se acicalaban decenas de gatos, y su bosquecillo de saludables coníferas, a cuya sombra vagueaban también no pocos humanos. Le dio un vistazo con el rabillo del ojo a los puestos de los forjadores y chatarreros, y atisbo el minarete del color del batido de fresa de la mezquita Sidi Buabid. Al fondo, relucía el agua azul de la bahía como una promesa del paraíso.

Llegó al Zoco Grande y entró en la medina, con su nuevo pavimento y sus fachadas restauradas y repintadas de un blanco tan níveo que hasta hería la vista. Sepúlveda tenía sentimientos contradictorios sobre la rehabilitación del viejo Tánger. Era necesaria y él mismo era de los que la habían reclamado: su ciudad natal había estado abandonada por la monarquía marroquí durante las tres últimas décadas del siglo XX, y cuando él regresó a ella para trabajar en el Cervantes, en 2002, presentaba un aspecto sucio y cochambroso. Era evidente que requería un lavado de cara y no podía decirse que el realizado durante la pandemia hubiera transformado su arquitectura y urbanismo, ni tampoco su alma.

Pero, al mismo tiempo, todo estaba tan reluciente, tan relamido, tan pasteloso… La restauración quizá le daba a edificios, calles y plazuelas un cierto aire de decorado de una película orientalista de Walt Disney, una sobre Alí Babá y los Cuarenta Ladrones, por ejemplo.

Ya en la medina, Sepúlveda tomó la calle Siaghins y descendió hasta el Zoco Chico. Antes de alcanzarlo, tuvo que sortear a un treintañero de chilaba blanca, pelo rapado y barba tan amplia como una cancha de tenis, que se había detenido a consultar la pantalla de su móvil. Pensó que nunca había alegría en los rostros de aquellos tipos tan religiosamente fervorosos, tipos como los talibanes que en agosto habían reconquistado Afganistán en un santiamén, tras veinte años de costosa y estéril ocupación americana.

Atravesó el Zoco Chico y pasó delante de la Yemaa el Kebir, la también remozada Gran Mezquita, que ya no resultaba tan grande en estos tiempos de gigantismo y donde, por ser viernes, se espesaba el gentío de fieles. Al final de la calle de la Marina, donde estaba la plazoleta con viejos cañones, giró a la izquierda. Se fijó en un artesano sacando a la calle un cervatillo disecado que dormía el sueño eterno sobre un tronco, y supuso que sería para airearlo. Dejando atrás la lechería La Marina, el cartelón de la perfumería Jimmy's y el Café de los Navegantes, alcanzó su destino.

El hotel Continental se alzaba en el extremo nororiental de la medina, de cara al puerto, sobre las seculares y asimismo recién restauradas murallas portuguesas. De fachada blanca, tejas verdes, lobulados arcos morunos y balconcillos de madera labrada, el Continental había sido el establecimiento hotelero más apropiado en la ciudad para los viajeros europeos y americanos de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Más tarde, se había convertido en emblema de una cierta decadencia bohemia y señorial, y por eso les había gustado tanto a Paul Bowles, Francis Ford Coppola, Bernardo Bertolucci y John Malkovich.

Al borde de la asfixia por la caminata, Sepúlveda encontró a Messi en la terraza del hotel y los dos se estrecharon calurosamente la mano. Messi adoraba a Sepúlveda: era el primer europeo que,

veinte años atrás, cuando era un niño de la calle que se hacía llamar Rivaldo y vendía habas y garbanzos cocidos, lo había tratado como un ser humano. El sentimiento era recíproco: Sepúlveda había descubierto en Messi un ahijado leal. También, un intermediario precioso para muchas cosas más o menos confesables. Sepúlveda no era de los paniguados que creen que todas las leyes merecen respeto: las había justas y las había injustas, como, por ejemplo, las que perseguían la marihuana. El profesor sostenía que, si alguna gente valiente no se rebelara de vez de cuando contra las leyes odiosas, la humanidad seguiría regida por el Código de Hammurabi.

Tras el intercambio de las preguntas habituales sobre el estado de cada cual y de sus respectivas parejas y actividades laborales, Messi propuso ir de inmediato al restaurancito de su amigo.

—Me apetece muchísimo una cerveza, *jai*, pero aquí no sirven alcohol —dijo en castellano, apagando en un cenicero de cerámica de Fez el tercer cigarrillo que se había fumado esperando al profesor.

—Tampoco en el restaurante donde me vas a llevar… si es que está dentro de la medina. Aquí rige la ley seca.

Messi, que no había caído en la cuenta, dijo:

—También es verdad. ¿Quieres tomarte algo rápido aquí?

—Pues la verdad es que sí. Me tomaría un agua mineral, que me he pasado toda la mañana rajando y vengo seco. Pero no aquí, este vientecillo es muy puñetero.

Se sentaron, pues, en una sala contigua a la recepción del Continental, en un diván con cojines de color calabaza que recorría las cuatro paredes. La sala tenía un suelo con lindas baldosas de cerámica, un techo de madera pintada con geometrías árabes y una pared en la que colgaba un óleo orientalista con hilanderas del pasado magrebí. En el centro, había una mesa de forma octogonal y madera labrada.

Entró un camarero y le pidieron dos botellas de agua mineral con gas de Oulmés. Una vez se hubo retirado, Messi dijo:

—¿Tú has oído algo sobre que el rey Juan Carlos está en Tánger?

—¿Juan Carlos? No, no he oído nada. Creo que está viviendo en

un país árabe, pero del Golfo. Fugitivo, exiliado o de vacaciones, según unos u otros.

—Eso es antiguo, Sepúlveda. Lo que se rumorea aquí es que Juan Carlos ha llegado a la ciudad en un avión privado del príncipe heredero de Abu Dabi, y se aloja en Le Mirage. Han cerrado el hotel a cal y canto.

—Lo del hotel no quiere decir nada, Messi. Lo cierran al público cada vez que viene un jeque del Golfo con su séquito. Esos tipejos tienen tanta pasta que se dan el lujo de reservar todas las habitaciones.

—Ya lo sé, peto el rumor corre muy fuerte desde ayer o anteayer.

—Pues a mí nadie del Cervantes me ha comentado nada. Tampoco me ha enviado ningún mensaje mi hija Julia. Lo hace sin falta cuando salen cosas sobre Marruecos en la prensa de Madrid.

—Ahora que lo dices, a mí me resulta raro que Juan Carlos venga aquí con la que hay liada entre España y Marruecos desde la primavera.

—Pues mira, eso a mí no me extraña demasiado. La querella de Rabat es contra los políticos y los medios españoles, no contra la casa de Borbón, con la que se llevaba bien Hassan II y lo sigue haciendo Mohamed VI. —Sepúlveda añadió con tono burlón—: Al Emérito no le han fallado sus amiguetes de las monarquías árabes. Julia me envió un meme en el que se le veía cantando una cancioncilla moruna con una *kufiya* y un mostacho.

—¡Qué guay! ¿Lo tienes todavía?

—Creo que sí, déjame que lo compruebe. —Sepúlveda sacó del bolsillo el iPhone 6 que le había regalado su hija hacía un lustro, lo desbloqueó, abrió la aplicación de WhatsApp, repasó las conversaciones con ella, encontró lo que buscaba y le tendió el móvil a Messi—. Aquí está. Reenvíatelo, si quieres.

—Joder, Sepúlveda, ¡todavía tienes este trasto! —Messi había tomado el viejo iPhone con cierta aprensión, cual si fuera una granada sin detonar—. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Este mes de septiembre, dentro de unos días. Pero no lo celebraré, ya sabes que nunca lo hago.

—Da igual, te voy a regalar un Samsung Galaxy S21. Una maravilla, ya verás.

—¡Ni se te ocurra!

Mientras Messi miraba el meme sobre Juan Carlos convertido en jeque cantarín, el camarero entró con una bandeja con el pedido. Dejó todo con cuidado sobre la mesa octogonal y preguntó:

—¿Necesitan algo más?

—Nada más, gracias —respondió Sepúlveda—. Tráiganos la cuenta cuando pueda, que nos vamos a ir enseguida.

—*Á votre service* —dijo el camarero, marchándose.

—Ya me he reenviado el video, es muy cachondo. —Messi le devolvió el móvil a Sepúlveda—. Oye, ¿y tú qué piensas del lío entre España y Marruecos? Me interesa tu opinión.

—No tengo nada original que decir, me parece que las dos partes exageran y sobreactúan. El Gobierno español cometió una torpeza al hospitalizar al jefe del Polisario sin informar al marroquí. Eso no es lo que suele hacerse con los vecinos, sobre todo con uno al que le estás pidiendo favores sobre inmigración y terrorismo. Pero la reacción marroquí me resultó tremendamente desmesurada: abrir la frontera con Ceuta para que se colaran miles de jóvenes, difundir el rumor de que allí estaban Messi o Cristiano Ronaldo firmando balones, suspender la operación Paso del Estrecho… No creo que fuera para tanto, la verdad.

—Es que, en el fondo, se trata del Sáhara, y esto es sagrado aquí.

—Lo sé, lo sé. Está claro que Marruecos se ha venido arriba porque Trump reconoció su soberanía sobre el Sáhara, pero no debería de seguir jugando con tanta dureza. Ni el charlatán de Trump preside ya Estados Unidos, ni España y la Unión Europea pueden aceptar una anexión pura y dura del Sáhara. Hay que guardar ciertas formas.

—Esto último no lo entiendo muy bien, *jai*, pero estoy de acuerdo en que cancelar el Paso del Estrecho fue una putada para los emigrantes marroquíes. ¿Qué culpa tenían ellos de los líos de los políticos?

—Ninguna, Messi, ninguna. —Sepúlveda apuró su vaso de agua

y añadió—: Cada vez me gustan menos los políticos profesionales.

—¿Y los reyes?

—Hombre, los reyes son los más profesionales de todos. Su estatus privilegiado abarca desde la cuna a la tumba. Y sin presentarse nunca a las elecciones, únicamente por haber nacido nueve meses después de que su padre y su madre echaran un polvo. Yo prefiero la cultura del mérito, ya lo sabes, y me parece muy absurdo y anacrónico que, solo por ser hijo de sus padres, alguien sea jefe vitalicio, intocable y reverenciado de un Estado.

—Estoy de acuerdo contigo en la teoría —replicó Messi—. Pero en la práctica creo que la monarquía es buena para Marruecos. Este país se iría a la mierda sin un rey que sea a la vez jefe político y religioso, alguien que unifique todas nuestras tribus. Con mano dura, si hace falta.

—No sé, Messi. Esto es algo que tenéis que decidir vosotros, los marroquíes. En el caso español, lo tengo claro: prefiero una república.

El camarero entró con la cuenta. Pagó Messi y se marcharon en busca del cuscús.

23

—¿Qué coño me estás diciendo, Paco?

—Lo que oye, comisario. Que mi enlace marroquí me ha dicho que corren rumores de que el Emérito está aquí.

—Espera, espera… ¿Tu enlace te ha dicho que está aquí?

—¡No! Ni a él ni a ninguno de los suyos les consta la presencia de Su Majestad en la ciudad. Es solo un cotilleo que corre por ahí.

—¡Me cago en la hostia! —El cerebro del comisario Romero trabajó rápidamente: el rumor solo podía haber salido de las autoridades marroquíes cuya posible cooperación con la operación Hespérides había explorado el coronel Jordán—. Pues ni está ni se le espera, que te conste. Es otra de esas putas *fake news* que se inventa la gente.

—Ya me lo imaginaba, comisario. Así se lo dije a mi enlace.

—Hiciste bien.

—Esta ciudad es muy de rumores, comisario; a los tangerinos les gusta sentirse el ombligo del mundo. Figúrese que, al poco de llegar aquí, me soplaron que la pequeña Madeleine McCann vivía en una granja próxima a la carretera de Rabat. Era una muchacha que tenía el pelo rubio bajo el pañuelo. Hablaba bereber y estaba casada con un campesino de esa zona que la había secuestrado en el Algarve en 2007.

—Sí, claro, y también Elvis Presley anda por aquí. Es uno de los abuelos que piden limosna a la salida de las mezquitas.

Paco Gandía celebró con una carcajada la salida de Romero. Admiraba al comisario, lo tenía como uno de los grandes defensores

de la auténtica España: la de la monarquía, la bandera rojigualda, la inquebrantable unidad territorial y los empresarios que crean riqueza y empleo. Un lustro atrás, Paco había trabajado con Romero en la semiclandestina policía patriótica creada por el Gobierno de Rajoy para destruir las pruebas de la corrupción del Partido Popular que pudiera tener Luis Bárcenas, y, ya de paso, desprestigiar a esos tumores malignos para la nación que eran los independentistas catalanes y los perroflautas de la izquierda.

Recordaba ese período como el mejor de su vida profesional: eran unos sesenta funcionarios y trabajaban sin problemas de dinero, medios materiales y cobertura política. Pero, maldita sea, los socialistas y los perroflautas habían logrado expulsar a Rajoy de la Moncloa en 2018, y la brigada patriótica había sido disuelta. Eso sí, Paco, al igual que otros de sus compañeros, había sido recompensado por sus servicios antes de que los socialcomunistas pusieran sus sucias manos en el Ministerio del Interior. Había sido ascendido de subinspector a inspector, y destinado al Consulado General de Tánger, con un buen sueldo, un pasaporte diplomático y la tarea de ejercer de enlace para asuntos espinosos con la policía local.

—¿Y qué más puedes contarme? —le preguntó Romero cuando hubo terminado de reír su propia broma sobre Elvis.

—Poco, comisario. La verdad es que la policía de aquí está poco cooperativa desde el lío con el jefe del Polisario que hospitalizamos en España.

—Eso ya puedo imaginármelo yo solito, inspector. Cuéntame algo que no sepa, ¿vale?

Paco sintió unas ganas tremendas de fumar un pitillo. Aunque estaban en su territorio, un piso amplio de un edificio próximo al Palacio de las Instituciones Italianas, no se atrevía a hacerlo sin el permiso de su visitante. Romero ya no tenía ningún cargo oficial en la policía española y, además, le había dicho que estaba en Marruecos por un asunto privado, pero, aun así, Paco lo veía como un superior, un admirado superior.

—¿Le importa que fume, comisario?

—Me la pela, Paco. Haz lo que te apetezca.

Paco se levantó del sofá y fue al dormitorio, donde recordaba haber dejado el paquete de Camel y el mechero. Allí estaban, en efecto.

De regreso al salón, encendió un pitillo, le dio una calada y sintió de inmediato cómo la nicotina le espabilaba el cerebro.

—Hay una cosa que estoy siguiendo por mi cuenta, a ver dónde va a parar. De momento, solo es humo, pero, bueno, nunca se sabe…

—Cuéntamela, tú siempre has tenido buen olfato profesional.

—El caso es que un tal Nabil Mursi está promoviendo una especie de asociación cultural de moros y españoles rojillos. Es un profesor de Tetuán que viene con frecuencia por aquí. De ideas izquierdistas.

—Ya, ¿y qué más?

—Andan organizando un acto de presentación en sociedad de ese tinglado. Le llaman Solidaridad Ibero-Africana. —El inspector volvió a darle una calada al cigarrillo—. Todavía tengo que confirmarlo, pero creo que el tal Nabil Mursi tiene un hermano que la Guardia Civil detuvo hace un año en Algeciras en una movida de tráfico de hachís con lanchas planeadoras. En la base de datos de la Benemérita ese detenido figura como Abdelkáder Mursi.

—Interesante, muy interesante. —El cerebro del comisario carburaba como el motor de una nave espacial—. ¿Y estás seguro de que el Abdelkáder de Algeciras es hermano de nuestro profesor rojillo?

—He chequeado en el Registro Civil de Tetuán y sí, Nabil Mursi tiene un hermano menor llamado Abdelkáder. Pero, al fin y al cabo, comisario, usted sabe que estos nombres y apellidos son muy comunes entre los moros.

—Puede servirme, Paco, puede servirme. —Romero se rascó la calva mientras reflexionaba—. La guerra sucia contra ETA fue una puta chapuza; a los enemigos de España es mejor desacreditarlos que matarlos. —Paco cabeceó en señal de aprobación—. No queremos convertirlos en mártires, ¿eh? Queremos que den asco.

—Le entiendo, comisario.
—Pues venga, chaval, no le pierdas la pista al tema.

24

Adriana Vázquez consideraba que sobrevivir, es decir, seguir de pie y peleando, ya era un modo de triunfar. A diferencia de mucha de la gente con la que se codeaba, ella no había nacido con una cuchara de plata en la boca. Lo había hecho, cuarenta y siete años atrás, en Madrid, hija única de un administrativo de banca español y una peluquera francesa. Su padre había abandonado la familia cuando Adriana tenía seis años y nunca había vuelto a saber de él. La madre se había quedado en Madrid, llevando la peluquería de Cuatro Caminos en la que Adriana se había criado. De ella tampoco sabía gran cosa desde hacía mucho, apenas que había regresado a su Toulouse natal y no había fallecido durante la pandemia.

La hija de la peluquera francesa de Cuatro Caminos había tenido una juventud emocionalmente turbulenta. Su primera relación había sido con un vecino veinte años mayor que ella y luego había perdido la cabeza por un guapo y muy capullo profesor de tenis sevillano. Ese era el que la había conducido a extraviarse por los ambientes nocturnos de la Costa del Sol, incluida la breve etapa de prostitución con que la chantajeaba el *salopard* del comisario Romero. Tánger, en cambio, había sido el escenario de su resurrección: allí, en un torneo de golf en el que trabajaba de azafata, había conocido a Suleimán, un rico pariente de la familia real marroquí, que se convirtió en su amante y mentor durante tres lustros, hasta que tuvo que distanciarse para no verse salpicado por las conexiones de ella con Arturo Biescas y el caso BankMadrid.

Recordó con cariño a Suleimán. El personaje de Adriana

Vázquez, el de una hispano-francesa hermosa y elegante que vivía en una villa de la Vieja Montaña y al que un programa de Telecinco había llegado a bautizar como la Sultana de Tánger, le debía muchísimo. Había hablado por teléfono tres o cuatro veces con él durante la pandemia. Estaba bien, aunque lamentaba que, cosas de la edad y sus achaques, ya no pasaba un mes sin que tuviera que visitar a un médico por una u otra cosa. «Je suis en train de vieillir, ma petite»[10], le había dicho con tono melancólico.

De pie en su terraza, contemplando el trajín de embarcaciones en el Estrecho, donde esa mañana el sol reinaba como Luis XIV en Versalles, Adriana apuró la infusión de poleo menta que se había preparado para el desayuno. «Todo nace, crece, madura, se agosta, envejece y muere», pensó en francés, su lengua materna. «Eso es ineluctable. Y, sin embargo, vale la pena vivir, vale mucho la pena», concluyó regresando al interior de la villa.

Fue al cuarto de baño y se miró en el espejo. Estaba guapa. Teresa tenía razón: a las dos les sentaban bien, las hacían más sexis, las arruguitas de la edad y la experiencia. Se puso rímel en las pestañas, colorete en las mejillas y *rouge* en los labios; todo ello con moderación. No se estaba preparando para una cena de gala, sino para la videoconferencia que tenía pendiente con Klaus. Luego se refrescó las sienes con unas gotas de la que ahora era su *eau de toilette* favorita, La Petite Robe Noire, de Guerlain. Klaus no iba a poder olería, pero ella iba a sentirse más segura respirando sus notas de bergamota, rosa, té y regaliz.

Encendió su pequeño portátil MacBook, comprobó la hora —pasaban cinco minutos de la acordada, las diez de la mañana en Berlín—, abrió la aplicación *Zoom* e introdujo el código que le había enviado Klaus por correo electrónico. La comunicación se estableció en cuestión de segundos y Adriana pensó, divertida, que era cierto aquello de que el *wifi* suponía uno de los verdaderos grandes avances del siglo XXI.

Klaus la miraba en la pantalla del portátil desde la capital de Alemania, a dos mil quinientos kilómetros de distancia. Él también estaba muy guapo. Llevaba muy corto el cabello, de color castaño

claro, como si hubiera ido a la peluquería el día anterior, y en sus labios, finos y alargados, bailaba la sonrisa entre tierna e irónica que a ella tanto le atraía. Klaus parecía estar en su despacho y vestía una chaqueta azul cobalto sobre una camisa tan blanca que casi hería la vista. No llevaba corbata, ya le había dicho en el Adlon que esa prenda había quedado reservada para políticos, empleados de banca y vendedores de seguros.

—Buenos días, Adriana —saludó en inglés—. ¿Qué tiempo tenéis por el norte de África?

—Buenos días —respondió ella en la misma lengua—. Aquí luce un sol espléndido y calculo que la temperatura es de unos veintitantos grados centígrados. ¿Qué tal por Berlín?

—Llueve a mares y estamos a unos diez grados. No sabes cuánto te envidio.

—Eso tiene fácil remedio. Justamente pensaba proponerte que des pronto un salto a Marruecos.

—Hum, resulta muy tentador. ¿Y cómo podría justificarlo?

—Ya tenemos fecha para el evento del Hilton, me lo confirmaron anoche. Será el miércoles de la próxima semana. Todo el mundo se está portando de maravilla: el hotel, la embajada de Qatar, mi ayudante Teresa, el videógrafo, el *wali*…

—¿El *wali*?

—Sí, así es como llaman aquí al gobernador de una provincia. Me recibió el otro día y me dio toda clase de facilidades.

—¡Maravilloso! ¿Y qué papel has pensado para mí?

—¿Qué va a ser, Klaus? Ante todo, que vengas y así conoces Tánger. Podríamos pasar un par de días estupendos. —Adriana guardó silencio un instante, concentrada en el rostro de su interlocutor. Este volvió a sonreír y ella prosiguió—: Bueno, lo justificaríamos si tú hablaras también en el evento. Ya tenemos programados al embajador de Qatar, a Zinedine Zidane, a un jugador marroquí de fútbol internacional y, claro, al *wali*. Pero sería genial si tú pudieras pronunciar unas palabras.

—Querida, yo no hablo árabe.

—¿Y quién te ha dicho que tendrías que hablar en árabe? Aquí

todo el mundo habla en lo que le apetece, es una de las cosas que hacen tan especial a esta ciudad.

—Me suena bien, todo lo que me estás contando me suena muy bien. Pero, dime, ¿te ha mencionado alguien desde tu regreso alguna crítica al campeonato de Qatar? Nos interesa seguir este asunto.

—La verdad es que no, todo el mundo está encantado con el mundial. Aquí son menos sensibles a determinadas cosas que en Europa. —Adriana, en efecto, no había tenido aún ocasión de soltar el argumentario ensayado en la reunión del Adlon. Aquel que empezaba insistiendo en que Qatar hacía una excelente gestión de su riqueza petrolera y gasística. Que proseguía subrayando que era de los países más liberales del Golfo: los occidentales podían beber alcohol en los hoteles, las occidentales no estaban obligadas a cubrir sus cabellos y el emirato respetaba tanto la libertad de prensa que, veinticinco años atrás, había creado Al Yazira, la mayor cadena televisiva del mundo árabe. Un argumentario que concluía recordando su pasión por el fútbol. Sus jeques invertían en clubes como el París Saint-Germain y su selección nacional era la ganadora de la Copa de Asia—. Por cierto —prosiguió—, ¿pudiste leer la nota que te envié sobre una posible exposición de fotos en un sitio llamado Villa Harris?

—Sí, lo leí. La idea es muy buena, pero, precisamente, quería que habláramos hoy sobre las fotos. Lo de los mejores momentos de los mundiales está bien pensado, pero los qataríes me han dicho que prefieren que la exposición sea sobre los estadios que están construyendo. Son unas auténticas bellezas arquitectónicas, con las últimas novedades en materia de instalaciones deportivas como refrigeración, techos retráctiles, asientos modulares desmontables, zonas verdes alrededor, posibilidad de uso para otras cosas una vez terminado el campeonato… El estadio Lusail es fabuloso, como te comenté cuando estuviste aquí. Es de diseño alemán y dentro tiene hasta un hotel de lujo.

—¿Tan alemán como los motores contaminantes de Volkswagen?

Klaus soltó una carcajada.

—Eres malvada, Adriana. Alemán como la catedral de Colonia.

—En ese caso…

—Ahora en serio, querida, todo lo que ya está hecho o terminándose está muy en la línea, entre vanguardista y tradicional, de esa arquitecta iraquí de la que también te hablé, Zaha Hadid.

—Ah, sí, la que antes de morirse diseñó un estadio que es como un barco de pescadores típico del Golfo, ¿no?

—La misma. El estadio se llama Al Janoub y ya lleva un tiempo completamente terminado. Está a veinte kilómetros de Doha.

—Bueno, no me parece mal el cambio de temática. Tánger está loco por las obras: el sonido de la ciudad en los últimos años es el de las taladradoras, las excavadoras y las hormigoneras. Además, a los marroquíes les encantan los prodigios arquitectónicos del Golfo, les gustaría tenerlos aquí. Pero, dime, ¿cómo puedo conseguir esas fotos?

—No te preocupes. Si los locales te aceptan el cambio de temática, los qataríes te enviarán fotos y también maquetas espectaculares. Lo tienen todo listo.

—Vamos con ello, pues. —Adriana hizo una pausa antes de proseguir—: Una última cosa, Klaus, ¿organizo tu viaje para el evento del Hilton?

—Por supuesto, Adriana. *I miss you*.

—*Me too*.

25

El Osky's se había convertido en uno de los mejores nuevos restaurantes de la ciudad. Estaba situado en el bajo de un edificio que hacía chaflán en el barrio situado al sur del hotel Chellah, el cine Roxy y el Lycée Regnault. En su exterior, los cláxones de los vehículos atascados competían con el estruendo de las perforadoras de las obras públicas para evocar los tormentos del infierno. Ambientado por una buena música, su interior, en cambio, era coqueto y agradable.

Lo llevaba un senegalés llamado Oscar Ama Badji, que vivía en Marruecos desde hacía veinte años y era tan simpático de trato como bueno en los fogones. El Osky's ofrecía una cocina creativa que recreaba, a la francesa y con minimalismo, algunos platos tradicionales marroquíes, como el cordero especiado del Atlas.

Adriana y Teresa ya habían dado cuenta de su plato único —las dos habían escogido ceviche de atún y lo habían regado con un *Chardonnay*— y se disponían a atacar el postre —también el mismo para las dos: *amlou*, una crema espumosa de almendras, miel y aceite de argán, de origen bereber—, cuando Teresa decidió armarse de valor y hacerle a Adriana la confidencia que le quemaba los labios. En la larga media hora anterior, las dos ya habían tenido ocasión de ponerse al día sobre los preparativos del evento del Hilton y sobre la conversación entre Adriana y Klaus, incluida la noticia de que el alemán vendría al acto.

Teresa miró alrededor. Le gustaba el ambiente penumbroso del local, que no era muy grande y tenía una decoración contemporánea,

con predominio de los tonos azulados, bastante cristal y estanterías con libros y botellas de licor. Todas las mesas estaban ocupadas. Por marroquíes y extranjeros que podían permitirse pagar entre treinta y cincuenta euros por cabeza en un almuerzo.

—Creo que estoy empezando una relación —soltó de golpe.

Adriana, sorprendida, dejó sobre el plato la cucharadita de crema que acababa de servirse y miró directamente a su amiga.

—¡Vaya, qué buena noticia! —exclamó con jovialidad, aunque de inmediato vio algo extraño en los ojos de Teresa y añadió—: No me irás a decir que te estás liando con un hombre casado…

—No, no está casado. Ni tan siquiera estoy segura de que tenga edad para casarse… —Adriana guardó silencio mientras intentaba descifrar el significado de esa información, pero Teresa se lo aclaró de inmediato—: Es menor de edad, tiene dieciséis años.

—¿Marroquí?

—Sí, se llama Yunes. Es un estudiante de mi barrio que conocí hace un mes. Guapísimo. Con unos lindos ojos del color del aceite de oliva.

—¡Uf! —Adriana ganó tiempo para su respuesta retomando la cucharita y casi sorbiendo su contenido de tan meloso que era—. Supongo que te has acostado con él.

—Ya van tres veces, todas en mi casa. Tiene un cuerpo como el de las esculturas clásicas griegas: todo fibra, todo magro, nada de tocino. Bueno, en realidad, a quien más me recuerda es al *David* de Donatello. Es algo torpón en la cama, como te puedes esperar de alguien tan joven, pero maravillosamente infatigable.

—Tú llevas la iniciativa, ¿verdad?

—Pues sí, pero él es un buen discípulo. Ya se ha enterado de que la cosa no consiste en que el macho se corra en tres minutos.

—Me alegra oír eso… Mira, Teresa, te he dicho muchas veces que a mí me pierde la cama, así que no voy a darte lecciones de moralidad burguesa, no creo en esas zarandajas. Si estás segura de lo que estás haciendo, solo puedo aconsejarte que seáis muy discretos. Lo de que él sea menor de edad tiene sus peligros en este país…

—En este país y supongo que en todos, Adriana. Te confieso

que me siento un poco depredadora, como el protagonista de *Lolita*, la novela de Nabokov, solo que esta vez el adulto no es un hombre, sino una mujer. —Teresa liquidó el *Chardonnay* que le quedaba en la copa antes de proseguir—: Ni tan siquiera estaba segura de que tú te lo tomaras a bien.

—¿Y por qué iba a tomármelo a mal? Nunca he leído esa novela, pero vi una película inspirada en ella. Y no creo que tu caso sea el mismo que el del protagonista: tú no eres el padrastro o, mejor dicho, la madrastra de ese chico. Lo tuyo no es abuso de poder, imagino que es mutuamente consentido… ¿O me vas a decir que lo has violado?

—¡No! —Teresa liberó su tensión con una risa—. No lo he violado, me sería físicamente imposible hacerlo. Es mucho más fuerte que yo. La relación es mutuamente consentida, no te preocupes.

—¿Y la discreción? Eso es lo importante en este caso: la discreción.

—Discreción absoluta por mi parte. Eres la primera persona a la que se lo cuento. La primera y la última.

—¿Y por su parte? Me temo que a un chico de la *kasbah* de dieciséis años le resultará muy difícil no ir contando a todos sus amiguetes que se está acostando con la extranjera guapa del barrio.

—También me lo temo yo. Me ha prometido que no le ha dicho nada a nadie, pero eso yo no puedo controlarlo. De lo que sí estoy más segura es de que no se lo ha contado a sus padres. Dice que son muy religiosos y se pondrían hechos una furia si se enteraran.

—Algo es algo… Después de todo, *ma chérie*, está claro que las dos somos un poco raras, quizá por eso vivimos aquí. A mí me gustan los hombres bastante mayores que yo y a ti los jovencitos, cada vez más jovencitos.

—¿Te parece que somos raras por eso?

—No, lo digo en broma. Ya conoces mi filosofía: que cada cual se vaya a la cama con quien quiera, mientras no sea a la fuerza. Y eso se aplica también a las mujeres, claro. No veo por qué los hombres tienen derecho a conquistar mujeres, pero no al revés.

—Estoy muy de acuerdo, pero nosotras aún tenemos que andarnos con mucho más cuidado que ellos. Sobre todo, por el qué dirán…

—*Et oui*… El qué dirán… Todavía no nos hemos quitado de encima el qué dirán.

Teresa hizo un gesto con la mano a Óscar para que les trajera la cuenta y dijo:

—Y a ti, Adriana, ¿te pasa algo? Últimamente, te veo ensimismada. Como si estuvieras mucho más preocupada que de costumbre.

Adriana tuvo la tentación de contarle a Teresa lo que le estaba ocurriendo en las últimas semanas: un corrupto y viejuno policía español le hacía chantaje con un traspié de su pasado. Aquel tipo, de la mismísima estirpe de Caín, pretendía que ella se convirtiera en una nueva Rosalinda Powell Fox, la espía inglesa en Marruecos durante la Segunda Guerra Mundial recreada por María Dueñas en *El tiempo entre costuras*.

Pero no, decidió, no iba a contarle nada. Adriana había tenido numerosos amigos y amantes varones, pero nunca había vivido una auténtica amistad femenina. Su relación con Teresa empezaba a ser lo más semejante a ello, y ni aun así iba a decirle lo que le estaba ocurriendo desde su regreso de Berlín. En un caso como este, la sinceridad podría ponerlas en peligro a las dos, pensó. El comisario Romero se las apañaba para transmitir la impresión de que era capaz de enterarse de todo, incluso de tus pensamientos íntimos.

—Nada, no me pasa nada —terminó diciendo—. Tan solo que estoy acabando de aprender que es imposible proteger a los poderosos de ellos mismos, de su codicia y su cara dura. *Absolument impossible!*

—¿Lo dices por Klaus?

—No, ¡qué va! Klaus es un encanto. Lo digo en general, como un hecho de la existencia, igual que diría que el invierno en Tánger es más frío y húmedo que el verano… Bueno, igual ahora lo del invierno no es exacto por lo de la crisis climática… —Adriana volvió a mirar a los ojos a su amiga y sintió que en su interior la inquietud

bailaba un tango con el regocijo—. Pero volvamos a lo tuyo, que es lo realmente importante. Dime, ¿cómo le conociste? ¿Cómo ocurrió todo?

—Lo conocí en el barrio, a comienzos de mes, cuando tú estabas en Berlín. Una tarde yo volvía muy cargada de bolsas de la compra y él se ofreció a ayudarme a llevarlas. Mi respuesta instintiva fue decirle que no, gracias. Pero luego le miré y le vi tan gentil y tan guapo que le di mi okey. Ya en mi casa, quise darle las gracias ofreciéndole algo de beber, él hizo como yo antes, dijo que no, gracias, pero yo insistí y él aceptó. Nos tomamos unas coca-colas que yo tenía en el frigorífico, me senté a su lado en el sofá, charlamos un poco, le puse la mano en el muslo al cabo de un rato… y, en fin, el resto puedes imaginártelo.

Adriana tardó unos segundos en preguntar:

—¿No te estarás enamorando del chico?

—No creo, Adriana; enamorar es una palabra muy fuerte. De hecho, mis dos matrimonios me han demostrado que el amor romántico es una enfermedad de la imaginación, como bien contó Tolstoi en *Ana Karenina*. Lo nuestro es directa y claramente sexual, para qué negarlo. Yunes viene a mi casa en plan clandestino, nos acostamos enseguida, nos lo pasamos muy bien y santas pascuas.

—Pero igual te lo pasas tan bien en la cama que te estás encaprichando de él, ¿verdad?

—Eso no puedo descartarlo de antemano.

—*C'est pas grave*[11]. Lo importante, Teresa, es lo que te dije una vez: la vida es muchísimo mejor cuando tú conduces el coche. No permitas que lo conduzca él, no lo permitas nunca. Ni en broma.

26

A la misma hora en que Teresa y Adriana almorzaban juntas, Orlov y Messi se reunían en el Café Baba, a petición del bielorruso. El dueño del cafetín se llamaba Abdul y era nieto del tangerino que lo había fundado en 1943. Abdul tenía colgada en una pared la amarillenta licencia de apertura expedida aquel lejano año por las autoridades de la España de Franco, que en esa época se había adueñado arteramente de la ciudad aprovechando que Hitler les estaba zurrando la badana a Francia e Inglaterra.

—Vamos a tener que cerrar la mina —dijo Orlov—. El negocio se está poniendo caliente, muy caliente.

El televisor estaba encendido, retransmitiendo en directo un partido de fútbol, pero sin voz: el sonido ambiente del cafetín era el de una canción de Oum Khelsum. Messi lo seguía por el rabillo del ojo: el Barça de Ronald Koeman contra el Granada de Robert Moreno. Le gustaba el Granada: la temporada anterior hasta había jugado la Europa League, llegando a cuartos de final y cayendo tan solo frente al Manchester United. Pero no simpatizaba tanto con los nazaríes como para alegrarse de que le estuvieran ganando al Barça por un gol en el mismísimo Camp Nou.

La frase que acababa de soltar de Orlov le sonó como un cañonazo y lo desconectó de modo fulminante del partido, así que se giró hacia él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con desasosiego.

—Me han alertado de la detención en Marbella de uno de nuestros socios internacionales, un español llamado Dani. No te

había hablado de él, porque, como quedamos, cuanto menos sepas de la red, mejor para ti.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Ayer mismo. Le acusan de formar parte de una trama dedicada a la estafa piramidal con bitcoines, según dicen las noticias. Dani ofrecía a sus inversores un interés del veinticinco por ciento semanal. Se estaba pasando mucho, tanto ofreciendo un interés tan alto como pagando de antemano doscientos mil euros en metálico por el alquiler anual de una villa en la Costa del Sol. Terminó llamando la atención y parece que la policía ya lo tenía en su punto de mira. Lo detuvieron cuando les llegó la primera denuncia oficial de uno de sus clientes. Tenía unos dos mil clientes.

—Joder, menuda mierda, *jai*. Lo de soltar doscientos mil de golpe es de principiantes. —Orlov aprobó con la cabeza—. ¿Y tú crees que, tirando de este hilo, pueden llegar hasta nosotros?

—Pueden. Nuestra granja ha hecho algunas operaciones con Dani. Y, sobre todo, el *software* que usaba es mío. Se lo vendí yo.

—No me cuentes más: desmantelamos ya mismo. —Messi volvió a mirar al televisor, más para tener tiempo de reflexionar que para seguir el partido de fútbol—. ¿Y qué hacemos con la pasta que hemos ganado?

—Yo ya moví anoche la mía a nuevas cuentas bancarias. La tuya la dejé en Gibraltar y Guinea Bissau, a la espera de poder hablar contigo.

—Muévela, muévela también.

—¿Tienes alguna preferencia entre Samoa, Tayikistán y Bahrein?

—Me la pela… Pero, bueno, pon la parte principal en Bahréin, que, al fin y al cabo, es un país árabe. La otra en Samoa, que suena bien.

—Lo haré esta misma tarde, no te preocupes. Te escribiré en un papelito los números de las cuentas y las contraseñas, y te lo llevaré personalmente a la tienda. Esconde bien esos datos, ¿okey? Nada de guardarlos en un móvil o un ordenador.

—Okey —respondió Messi tomando el pitillo que llevaba en la

oreja y prendiéndolo, indiferente, esta vez, a los melindres antitabaco de Orlov—. ¿Se te ocurre algún otro *business* que podamos llevar juntos? —preguntó tras dar un par de caladas.

—Un amigo holandés lleva un tiempo proponiéndome que invierta en la cocaína rosa…

—¡¿La qué?! —lo interrumpió Messi.

—La cocaína rosa, también llamada Tuci, Venus o Eros. Ha sido la droga de las mejores fiestas ilegales en todo el mundo durante la pandemia. No tiene nada que ver con la planta de la coca, es un polvo de laboratorio pariente del LSD, una anfetamina con efectos alucinógenos.

—No quiero saber nada de ese veneno, *jai*. Nada de nada. Nunca he querido ser un narco, y mira que he tenido oportunidades…

—Ni yo, Messi, ni yo. Soy un programador informático y jamás he tenido nada que ver con la venta de drogas. —Se alisó la perilla con los dedos—. Creo que no te lo he contado nunca, pero lo voy a hacer ahora. Mi padre era alcohólico y nos pegaba a mi madre y a mí, así que yo nunca le he dado fuerte al alcohol ni a otra droga que no fuera la marihuana de California. Si te he mencionado lo de la cocaína rosa es solo para que sepas que ya estoy pensando en alternativas a la granja, ¿okey?

—Okey, lo pillo. —Messi arrojó la colilla al suelo y la aplastó con un taconazo. Miró directamente a los ojos azules del bielorruso y le dijo—: ¿Me permites que yo te dé un consejo por una vez en la vida?

—Por supuesto, socio.

—No sé si te has fijado en que eres el único que lleva mascarilla contra el covid en este café. Más que camuflarte, te hace llamar la atención.

—*You are right, man.* —Orlov se quitó la mascarilla y la guardó en el bolsillo del pantalón.

27

Nabil Mursi subió al estrado del Tabadoul, un centro de intercambios culturales situado en la parte baja de la calle Magallanes, ya cerca del paseo marítimo y la nueva marina, y habló en español ante el micrófono:

—Buenas tardes a todas y todos. Es para mí un honor dar la bienvenida al profesor Sepúlveda a este acto de presentación de Solidaridad Ibero-Africana. Aunque la mayoría de vosotros lo conozcáis, dejadme recordar que el profesor Sepúlveda nació en Tánger, donde su padre trabajaba como periodista en el diario *España*, y, tras estudiar y ejercer la enseñanza en Madrid, regresó a nuestra ciudad hace veinte años. De su magisterio en el Instituto Cervantes pueden dar cuenta algunos de sus alumnos marroquíes que veo entre nosotros. El profesor Sepúlveda nos ha enseñado a amar las obras de escritores españoles relacionados con Tánger, como Ángel Vázquez, Carmen Laforet, Juan Goytisolo y Ramón Buenaventura. Todos conocemos también la gran amistad que le unió con el llorado Mohamed Chukri, y la que sigue manteniendo con Mohamed Mrabet. Puente intelectual sobre el Estrecho, el profesor Sepúlveda ha aceptado formar parte de la primera junta directiva de nuestra asociación. Suba usted, profesor.

Sepúlveda subió al estrado, algo azorado por los aplausos de la treintena de personas —españoles, marroquíes y subsaharianos, todos protegidos con mascarillas— que asistían a la presentación. Vestía un traje de color tabaco, bajo cuya chaqueta llevaba uno de los polos azul marino de manga larga y buen algodón que compraba

en Almacenes Alcalá, la tienda de la calle Siaghins. Se fundió en un abrazo con Mursi y, cuando este hubo bajado a la primera fila de asientos, se quitó su mascarilla, carraspeó y dijo:

—Muchas gracias, Nabil, y muchas gracias a todos los presentes. Nabil sabe que, si me resistí un poco a incorporarme a esta asociación, tan solo fue porque no creo tener ningún mérito para hacerlo, salvo, bueno, quizá el de desear que españoles y marroquíes nos llevemos bien, nos llevemos no solo como buenos vecinos, sino como hermanos. Del hermoso lema de la Revolución francesa, *Liberté, egalité, fraternité*, al que me adhiero totalmente, quizá el elemento más olvidado hoy sea la fraternidad. Pero sin ese elemento, sin la profunda convicción de que todos los seres humanos somos hermanos, no pueden aplicarse los otros dos. —Los aplausos lo obligaron a callar unos instantes, que aprovechó para beber agua de la botellita de plástico que tenía en la mano izquierda. Restablecido el silencio, prosiguió—: Este es un año de crisis política entre España y Marruecos, y por ello creo más necesario que nunca que gente como nosotros se comprometa con una causa justa. No queremos que políticos y medios de comunicación de uno y otro lado nos empujen a trasnochadas querellas nacionalistas, queremos que españoles y marroquíes, europeos y africanos, trabajemos juntos a favor del mundo que exige la pospandemia: un mundo más libre, igualitario y fraternal. —Hizo una pausa y se secó el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo de la chaqueta—: Y, bueno, un mundo también más verde, que lo del calentamiento global va muy en serio. Muchas gracias por su atención.

Sepúlveda abandonó el micrófono ante los aplausos del público, y también algunas risas por su último comentario, pero no llegó a descender del tablado. Atisbo a Leila, sentada en la primera fila, entre Nabil Mursi y Messi, y se dio media vuelta. Retomó el micrófono:

—Disculpen, pero me ha quedado una cosa por decir. Me parece que la ciudad del gran viajero Ibn Batuta es un lugar magnífico para nuestra iniciativa. Eduardo Haro Tecglen, un periodista español que fue el último o el penúltimo director del

diario *España*, solía decir que Tánger es un estado de ánimo. Lo es: un estado de ánimo pleno de liberalidad, propicio para soñar con un mundo donde todos intenten ser lo más felices que puedan sin fastidiar al vecino. A mí los fundamentalistas, nacionalistas, terraplanistas, negacionistas y otras tribus del siglo XXI me dan tanto miedo como los hunos de Atila, y supongo que a ustedes también. —Sintió como el sudor volvía a correr por su frente y miró hacia donde se sentaba Leila—. Ahora sí he terminado de veras. Muchas gracias de nuevo.

Sentado en la penúltima fila de asientos, el inspector Paco Gandía anotaba mentalmente todas y cada una de las presencias de gente que conocía. También almacenaba, con una potente grabadora direccional, todas y cada una de las palabras que pronunciaban los oradores. Al fin y al cabo, Paco era un tipo con una misión sagrada: la salvación de la patria.

28

A la hora en que Mursi y Sepúlveda presentaban en público su Solidaridad Ibero-Africana, Orlov entró, sin gafas de sol ni mascarilla, en la tienda de Messi en el Hilton City Center. Malika, que le contaba en *dariya* a un cliente las maravillas del último modelo de televisión extraplana de LG, el OLED 8K de ochenta y ocho pulgadas, lo saludó con la cabeza y dijo:

—Vuelves a tener mala suerte, Michael. Messi tampoco está hoy. Ha ido a una conferencia de su amigo Sepúlveda.

—No importa. Termina lo que estás haciendo, espero aquí.

Orlov se acercó al mostrador y se apoyó allí, contemplando el quehacer de la joven. «Tiene un cuerpo magnífico», pensó. De inmediato, este pensamiento se convirtió en un cosquilleo en la entrepierna, que intentó rechazar con todas sus fuerzas. Hacía mucho que no se acostaba con ninguna mujer que no fuera una profesional de la prostitución, pero, qué diablos, Malika era fruta prohibida, era la novia de su socio Messi, no podía desearla ni de pensamiento ni de palabra ni de obra. «¡Olvídate!», se ordenó tajantemente.

Malika parecía haber convencido al cliente —un tipo gordo y sudoroso embutido en un gris uniforme de oficina— de que aquel inmenso LG OLED 8K era justamente lo que necesitaba para el salón de su nueva casa en Malabata. Ningún otro modelo podría darle un negro tan puro y unos colores tan crujientes. Su esposa y sus hijos serían muy felices viendo en aquella pantalla sus programas y series favoritos.

Encaminó al cliente hacia el mostrador, para hacer las formalidades del pedido, y al pasar delante de Orlov extendió su mano derecha, se la puso amistosamente en el hombro y le dio un ligero apretón. Fue apenas un instante, pero él sintió un latigazo que, desde el hombro, le recorría todo el cuerpo y volvía a disparar su lascivia. Durante meses, la pandemia había hecho raros este tipo de contactos físicos entre personas que no vivían juntas, hasta el punto de que el cuerpo de Orlov se había olvidado de cómo distinguir entre los que eran meramente inocentes y los que podían sugerir algo más.

Decidió que tenía que largarse a toda velocidad.

—Oye, Malika, solo he venido a entregarle algo a Messi —Sacó del bolsillo trasero del pantalón el sobrecito que contenía el papel con los datos de las nuevas cuentas y contraseñas bancarias de su socio.

—¿Tienes prisa? —preguntó ella.

—¡Hum! —Se alisó la perilla—. No, no tengo prisa.

—Pues espera a que termine con este caballero, me das el sobre y charlamos un poquito. Son solo tres minutos, ¿okey?

Sin esperar respuesta, Malika pasó al otro lado del mostrador, sacó un formulario de un cajón y comenzó a rellenarlo con los datos que le iba dando el cliente: nombre, número del documento de identidad, dirección de entrega, teléfono móvil y forma de pago. El cliente iba a pagar con tarjeta de crédito, lo que no suponía ningún problema. La tienda de Messi tenía datáfono y buena conexión con el ciberespacio.

Orlov se esforzó por mirar hacia otro lado, hacia la pared donde estaban colgados los últimos y espectaculares modelos asiáticos de televisor. Pero volvió a girarse hacia ella cuando sintió algo en la nuca.

Malika lo contemplaba con una sonrisa mientras terminaba de rellenar el formulario de compra. No era una sonrisa protocolaria o comercial, del tipo de las que ella le había destinado hasta entonces. Era una sonrisa sincera y afectuosa, como si la repulsión que él siempre había sentido que provocaba en ella hubiera sido sustituida

por algún tipo de empatía. Le respondió con otra sonrisa, pero tuvo la impresión de que tal era su azoramiento que, más bien, le había salido una mueca.

29

Esa noche, la penúltima oficial del verano, Sepúlveda estaba tan cansado por el ajetreo de la presentación de Solidaridad Ibero-Africana que rechazó la propuesta de sumarse a una cena colectiva antes del toque de queda, aun dándose cuenta de que a Leila le apetecía ir. Sabía que a ella le sentaba muy bien la compañía de amigos marroquíes y europeos que, a diferencia de tantos de sus parientes, no la miraran con desaprobación por vivir en pecado con un extranjero. Pero Sepúlveda estaba realmente fatigado, eran este tipo de situaciones las que le revelaban que se había hecho mayor, bastante mayor. Al fin y al cabo, ya había superado la edad a la que fallecieron sus padres: Olvido en un accidente de coche viajando hacia Málaga, el periodista Carlos Sepúlveda después, de un infarto en Madrid.

Cenaron ligeramente en casa, una crema de calabazas empaquetada, y, a propuesta de él, luego se fueron directamente a la cama. La ventana del dormitorio estaba completamente abierta para intentar refrescarlo con algo de la brisa nocturna de la calle.

Sepúlveda ni tan siquiera intentó leer. Aprovechó que Chispas había saltado sobre el lecho para hacerle cosquillas donde más le gustaba: las orejas, el cuello y el lomo. Por enésima vez comprobó que bajo el pelaje podía sentir directamente los huesos del animal. Los gatos, caviló, eran una construcción de la naturaleza tan liviana como perfecta.

—¿Y si me cuentas un cuento? —terminó por decirle a Leila, que proseguía con su lectura de la versión resumida de *Las mil y una*

noches.

Ella hizo como que no lo había oído. Seguía intentando digerir la frustración que le había producido no cenar con los de la asociación. Sabía que no era justo reprochárselo a Sepúlveda, pero ello no era suficiente para borrar de un plumazo el sentimiento de pérdida de una buena oportunidad para charlar y reír libremente con un grupo de amigos.

Entonces, se giró hacia él y lo vio tan adorable, sentado en gayumbos sobre la colcha de la cama, acariciando a aquel gato que había rescatado de la calle, que decidió cerrar su libro y hacer lo que le pedía.

—¿Te he contado ya la historia de Aziz y Aziza?

—Creo que no, princesa. Esos nombres no me suenan.

—Pues te la cuento. Es un poco larga, así que igual te duermes.

—Intentaré no hacerlo, te lo juro.

—Pues venga, empezaré por el principio. Y el principio es que en una tierra situada más allá de Ispahán reinaba un soberano llamado Suleimán Shah, que tenía un hijo muy guapo llamado Corona de Reyes. A Corona de Reyes, que ya era un mozo, le gustaban mucho las cacerías y en una de ellas se encontró con una caravana de mercaderes. Uno de los mercaderes le llamó la atención por su triste aspecto, así que desmontó, ordenó que le trajeran dos sillas, se sentó en una de ellas e invitó al joven mercader a sentarse en la otra y contarle el motivo de su pena.

Sepúlveda había devuelto a Chispas al suelo y la escuchaba con atención.

—El mercader triste se llamaba Aziz —prosiguió Leila— y le contó al príncipe que, el día de su boda con su prima Aziza, de la que estaba muy enamorado, se sentó en un callejón para descansar y vio a una bellísima dama que le miraba desde una ventana. La dama le arrojó un pañuelo, en cuyo interior había un papel perfumado con unos versos amorosos, y desapareció de la ventana. Él se quedó allí horas y horas esperando su reaparición, tanto que, cuando regresó a su casa, la boda había sido suspendida y Aziza lloraba como una Magdalena. El caso es que Aziz le contó a Aziza lo que le había

ocurrido, le dio a leer los versos y ella se los interpretó. Al parecer, la dama estaba enamorada de Aziz y deseaba que la visitara con toda discreción. Así lo intentó el muy golfo durante los días siguientes, sin que ella le abriera la puerta de su mansión. Al corriente de este embrollo por las mismísimas confesiones de Aziz, Aziza sufría una barbaridad, aunque sin llegar a reprocharle nada a su primo y prometido. Al contrario, le animaba a no desfallecer en su intento de reunirse con la dama.

—Pobre Aziza, el perfecto ejemplo de la mujer sumisa, cornuda y apaleada —comentó Sepúlveda.

—Así es, el modelo en el que la mayoría de nosotras hemos sido educadas. Pero, en fin, sigamos con el cuento. Un día la misteriosa dama terminó por abrirle a Aziz la puerta de su huerto. Vestía una túnica bordada en verde y oro y, sin más preludios, le besó en la boca. Enseguida estuvieron haciendo el amor sobre un tapiz de seda de un templete que había en el huerto. Después se repitieron muchas noches tan placenteras como esta, hasta que, al término de una de ellas, Aziz descubrió al regresar a su casa que Aziza había muerto de tristeza.

Leila leyó en el rostro de Sepúlveda que pensaba que la historia había acabado y dijo:

—Espera, que la cosa sigue. Aziz era como la mayoría de los hombres: persistente en el error. Siguió con sus amoríos con la dama misteriosa hasta que un día en que andaba borracho aceptó la invitación de una vieja para ir a su casa. Allí esperaba una muchacha, que, según precisa el relato, tenía la ropa levantada hasta más arriba de las rodillas. Aziz le habló de la dama con la que se estaba acostando y ella le dijo que era muy peligrosa. Se llamaba Dalida la Taimada y si todavía no había matado a Aziz era tan solo por la baraka de la pobrecita Aziza. Total, que Aziz y la joven de las hermosas piernas echaron un polvazo y él se quedó en aquella casa todo un año, olvidado por completo de Dalida la Taimada y, ya no digamos, de la fallecida Aziza. Al cabo de ese tiempo, Aziz fue un día a la mansión de Dalida y le contó que había sido secuestrado por una bruja. Ella se enfureció con toda la razón del mundo, y, ayudada

por sus esclavas, le inmovilizó. Estaba a punto de degollarlo como a un macho cabrío cuando cambió de opinión. En homenaje a Aziza, le salvó la vida, pero, atención, no le dejó sin castigo: le cortó la polla y cauterizó la herida con un emplaste ardiente de queso y aceite de sésamo, según precisa el relato histórico. Y colorín colorado…

—¡Joder! —Sepúlveda no esperaba ese final y, como todos los varones cuando se mencionan amputaciones del miembro viril, estaba un poco impresionado—. ¿Tiene alguna moraleja este puñetera cuento?

—Por supuesto. Un tipo tan inteligente como tú seguro que ya la ha deducido, ¿verdad?

Leila se inclinó sobre su pareja y le dio un beso de buenas noches.

30

—¿Tú con quién ibas en la final de la Eurocopa, en julio? —preguntó Messi.

—Con Italia, con quién si no —contestó Ahmed Tayiti—. Me pareció divino que Italia le ganara la final a Inglaterra en el mismísimo Wembley y ante la mismísima familia real británica. Y, además, en la lotería de los penaltis. A esto los escritores lo llaman justicia poética.

—Yo también iba con Italia, *jai*. Pero menuda locura de Eurocopa: muchos goles, muchas prórrogas, muchos partidos decididos por los penaltis… ¡Qué fuerte que Francia cayera eliminada por Suiza tras fallar un penalti el puto Mbappé!

—¿Y qué me dices de que España fuera derrotada por Italia tras pifiar Morata otro penalti?

—Que Morata la cagara era previsible, ¿no te parece?

—Sí, je, je, je. Pero, bueno, al final de todo me pareció justo que Italia ganara la Eurocopa. Tienen un equipo muy bueno. Con el felino Donnaruma, los pretorianos Chiellini y Bonucci, el mago Chiesa…

—Pues sí. Oye, ¿tú has visto un anuncio de las teles españolas en que sale el Cholo Simeone? —Tayiti negó con la cabeza—. Pues el Cholo dice que la vida no vuelve de verdad hasta que vuelve el fútbol.

Tayiti rompió a reír.

Los dos jóvenes ultimaban la instalación de los equipos informáticos y audiovisuales en la gran sala del hotel Hilton City

Center donde, en cuestión de días, iba a presentarse ante la sociedad tangerina el Mundial de Fútbol Qatar 2022. Tayiti, un perfeccionista, había desestimado los equipos propuestos de oficio por el establecimiento hotelero, y, en su lugar, se los había alquilado a Messi, que tenía en su cercana tienda si no lo último, al menos lo penúltimo en tecnologías digitales.

Tayiti, al frente de una cuadrilla que colgaba de las paredes las pantallas de los colosales televisores LG y Samsung donde iban a verse los videos que había preparado, le preguntó a Messi dónde había estudiado.

—En la calle, *jai*, la mejor escuela. ¿Y tú?

—En una pescadería del Zoco Grande, je, je, je. Y, bueno, luego también hice la carrera de videógrafo en Burdeos.

Messi, que estaba colocando las regletas que ocultarían los cables de alimentación eléctrica de los ordenadores portátiles, se detuvo, se enderezó y contempló apreciativamente a Tayiti. El videógrafo vestía para la ocasión un mono azul de obrero, de los que podían comprarse en la medina por cien dirhams. Lo del mono le había gustado a Messi: aunque, días atrás, hubiera venido a su tienda disfrazado de hipster para hacerle el encargo de los equipos, Tayiti le estaba demostrando que no era un pijo.

Había llegado el momento de pasar a cosas más serias, decidió Messi, llevándose la mano a la oreja para rescatar el cigarrillo que siempre llevaba allí. El local estaba lleno de cartelitos que prohibían fumar, pero él había decidido que eso solo valía para el evento, no para los currantes que lo estaban montando. Le hizo a Tayiti la gran pregunta:

—¿Madrid o Barça?

—Madridista de toda la vida. —Tayiti también interrumpió su trabajo, se atusó el bigotito a lo Errol Flynn y contempló a Messi directamente, sacando pecho por su madridismo. Los dos hablaban a la tangerina, en un *dariya* salpicado de palabras y frases en bereber, español y francés—. Y no hace falta que me confieses que tú eres *barsaui*, lo pregona tu nombre. Por cierto, ¿lo cambiarás ahora que Messi se ha ido al PSG?

—¡Nunca! Me seguiré llamando así hasta que me muera. Ni siquiera entonces habrá aparecido alguien que supere a Messi.

—Tienes razón: Messi es divino, el Mozart del fútbol del siglo XXI. Ni siquiera el grandísimo Cristiano Ronaldo ha logrado superarle.

Messi, que no entendió la alusión al para él desconocido Mozart, aprobó con la cabeza y después prendió su pitillo.

—Hablando de Cristiano —soltó tras una primera calada—, ¿tú has oído el rumor de que quiere abrir aquí uno de sus hoteles CR7?

—Lo he oído, sí, pero no está confirmado. Lo seguro es que ha abierto o va a abrir uno en Marrakech. *Gay friendly*, espero.

31

El coronel Jordán empezó a pelar la naranja valenciana con la que iba a concluir su almuerzo con el comisario Romero en el restaurante La Playa, un discreto establecimiento de arroces, pescados y mariscos de la madrileña calle de Magallanes.

—¿Sabe usted que las naranjas nos llegaron de Asia a través de los árabes? —preguntó.

—De la China, ¿no? Lo digo por lo de naranjas de la China.

—Más o menos. Los cítricos me apasionan, comisario, creo que ya se lo dije. Están relacionados no solo con la alimentación y la perfumería, sino también con la sabiduría más ancestral. Fíjese, los alquimistas de la Edad Media y el Renacimiento usaban el ácido cítrico de limones, naranjas y pomelos como el catalizador que podía llevarlos a conseguir la piedra filosofal. Así vino a nacer la química moderna.

—Es usted un pozo de sabiduría, coronel. —Romero, que no había pedido postre, se terminó el café y pensó que, a continuación, le sentaría bien un *whisky* con Perrier. Estaba en esos pensamientos cuando se le despertó un recuerdo—: El azahar es la flor de la naranja, ¿verdad? —Jordán asintió—. Pues ahora me acuerdo de que, una vez, un moro que trabajaba de policía uniformado en la comisaría de Ceuta me dijo que el agua de azahar es el agua de la baraka.

—Caramba, comisario, eso no lo sabía. Pero me suena a gran verdad. —Tomó con el tenedor un gajo de su naranja, la comió con placer y se limpió los labios con la servilleta de hilo—. En fin,

comisario, le he convocado hoy para transmitirle el agradecimiento de Su Majestad: la operación Hespérides ha sido un éxito. —Romero lo miraba expectante—. Ni tan siquiera debe seguir preocupándose por las filtraciones marroquíes sobre una posible presencia de don Juan Carlos en Tánger. No hay mal que por bien no venga, y esas filtraciones nos han servido de cortina de humo.

—No acabo de entenderlo, coronel. ¿En qué ha sido un éxito la puñetera operación Hespérides?

—En que la amiga íntima de don Juan Carlos está ahora dispuesta a negociar. Podría estudiar la retirada de su demanda ante los tribunales ingleses para que le dicten a Su Majestad una orden de alejamiento. Y podría avenirse a hablar del reparto amistoso de los cien millones de dólares.

—¿Estaría también dispuesta a cerrar su jodida boca?

—Ya veremos. De todo lo que pretendemos, quizá esto último sea lo más difícil.

32

En una de las mesas del Café Baba, Michael Orlov conversaba en ruso con un tipo que vestía zapatillas deportivas y una chilaba a rayas negras y marrones. El tipo parecía mucho menos eslavo que Orlov: no llegaba al metro setenta de estatura, su cabello era crespo y oscuro y sus facciones —rostro ancho con nariz y labios gruesos— sugerían una procedencia meridional.

—En la Lubianka están muy cabreados contigo —decía el de la chilaba—. Nos prometiste que tendrías el *software* listo para el verano y el verano se termina hoy, ya hasta casi terminó la pandemia, y tú sigues sin dar señales de vida. Los de la Lubianka no son gilipollas, ¿sabes? Están muy al corriente que te gastaste el millón de dólares del adelanto en tus trapicheos con bitcoines.

Orlov tragó saliva antes de responder:

—Joder, es que no es tan fácil. Todo el *software* de comunicaciones del Amur 1650 es una puta mierda. No hay manera de parchearlo, lo mejor sería hacerlo todo nuevo desde el principio.

—Moscú ya sabe que es una puta mierda. Por eso te encargó que lo arreglaras. Pero lo malo es que también lo saben los marroquíes, se lo han dicho los americanos. Ahora son más amiguitos de Washington que nunca porque Trump les reconoció la soberanía sobre el Sáhara Occidental. Pero Moscú piensa que todavía tenemos una oportunidad: los marroquíes son listos, no ponen todos sus huevos en el mismo cesto. Aún no han descartado comprarnos el Amur 1650 para que les vigile el Estrecho desde Alcazarseguir.

—No me extraña. Pese a sus defectos, el Amur 1650 es mucho

mejor que los submarinos Kilo de la época soviética que tienen los jodidos argelinos.

—Ahí está el problema: si queremos tener una oportunidad de venderle a Marruecos nuestro nuevo juguete, hay que arreglar el puto *software* de comunicaciones. Si lo arreglamos, igual lo compran y así tienen algo que mejore su capacidad de patrullar tanto el Mediterráneo como el Atlántico. Putin está muy encima de este tema, tú lo sabes. Se comprometió personalmente con Mohamed VI cuando este visitó el Kremlin en 2016. Joder, estamos hablando de un mínimo de cuatrocientos millones.

Orlov puso cara de *poker* y el pequeñín de la chilaba a rayas negras y marrones añadió:

—Mis jefes se están poniendo nerviosos contigo, te lo repito. Muy nerviosos. —Tras un silencio teatral, concluyó—: Y ya sabes que tienen malas pulgas.

33

A Klaus le encantó descender por una escalera del avión que aquel martes 21 de septiembre le había llevado al aeropuerto Ibn Batuta. Caminando por la pista en dirección a la terminal, bajo un cielo azul absolutamente protector, se sintió como un personaje de la película *Casablanca*. Viviendo en un tiempo anterior al de los aeropuertos gigantescos, donde solo se accedía a los aviones a través de pasarelas o puentes móviles, esa especie de cordones umbilicales llamados *fingers* en el argot aeronáutico.

Se detuvo un instante, respiró hondo y esto le sirvió para desentumecerse tras las apreturas del viaje en Ryanair desde Madrid. Notó que la sangre volvía a circular con energía por sus venas y pensó que Adriana tenía razón: un salto de apenas catorce kilómetros entre uno y otro lado del estrecho de Gibraltar era revitalizador en sí mismo.

Klaus había estado antes en Marruecos, en Casablanca por negocios y en un par de fiestas de Nochevieja en Marrakech, pero jamás en Tánger, ciudad con que, no siendo un gran lector, no tenía asociadas expectativas particulares. Que él supiera, la puerta noroccidental de África carecía de museos y monumentos que, como el Prado o el Louvre, la Alhambra o el Tah Majal, mereciera la pena visitar al menos una vez en la vida. Pero Adriana le había dicho que allí el museo y el monumento eran el espíritu de la ciudad y sus habitantes, y Klaus estaba aprendiendo a confiar en la inteligencia de su colaboradora.

La vio al salir de las áreas de control de pasaportes y certificados

sanitarios, recogida de equipajes y revisión de estos. La vio vestida con una chaqueta fucsia muy larga y un pantalón acampanado a juego, y no pudo creerse lo afortunado que era. Se sintió como si, al llegar a la Casablanca de la película en un avión de hélice, lo estuviera esperando a pie de pista no Ingrid Bergman, que no era su tipo, sino la mismísima Ava Gardner, que si lo era. Adriana se asemejaba mucho más a la segunda que a la primera, pensó. No era una azorada esposa escandinava intentando reprimir un deseo adulterino, sino una mujer libre y segura de sí misma, una diosa meridional con mucha clase y no poca desenvoltura.

—¿Chanel? —le preguntó Klaus después de que se hubieran instalado en el Mini Cooper de ella para emprender el corto viaje a la ciudad.

—Si te refieres al traje, sí, es de Chanel —respondió Adriana encendiendo el motor—. ¿Te he dicho ya que Coco Chanel es uno de mis personajes históricos favoritos?

—No, no me lo habías dicho. Pero, bien pensado, no me extraña, te va mucho. —Klaus contempló por la ventanilla el paisaje de bloques de apartamentos que se había ido extendiendo entre el viejo Tánger marítimo y la nueva autovía que conducía a Rabat y Casablanca—. ¿Esto es lo que me comentaste sobre el *boom* de la construcción en la ciudad?

—Es la parte más anodina, la más suburbial del *boom*. Se cuenta que muchas de estas urbanizaciones han sido financiadas con el dinero del tráfico de hachís. —Adriana frenó abruptamente para no llevarse por delante un motocarro que transportaba en su parte trasera a media docena de trabajadores puestos de pie—. Pero hay cosas más interesantes en las restauraciones en la medina y la *kasbah*. No están mal hechas, yo creo que porque las han supervisado los franceses. —A Klaus le divirtió aquel toque chauvinista—. Y luego está la nueva zona chic, un poco más a lo Dubái, en los alrededores del cabo de Malabata. Allí es donde está el Hilton City Center.

—¿Me llevas directamente allí?

—¡Todavía no! Te llevo a tu alojamiento, un *riad* delicioso en la *kasbah* que se llama Saba's House. Te va a gustar, ya lo verás. Dejamos allí tu maleta y nos vamos a almorzar al Morocco Club, que está al lado.

Desnuda y satisfecha, Adriana abandonó la cama y fue a ducharse al cuarto de baño contiguo. Klaus se había quedado dormido tras el polvazo y emitía unos ligeros ronquidos. «No hay hombre perfecto», pensó ella.

Antes de cerrar la puerta del cuarto de baño, le dio un prolongado vistazo al durmiente. En la penumbra de la alcoba, semicubierto por la colcha, su cuerpo desnudo tenía algo de una presencia lechosa y fantasmal. La piel de Klaus, aunque blanca y casi traslúcida desde la frente a los pies, no era una piel repugnante y enfermiza, sino la saludable epidermis de un hombre del norte que pocas veces recibiera los rayos del sol. Semejante palidez era rara en aquellas tierras africanas, donde, solo de salir a la calle, todos los varones llevaban bronceados, como mínimo, el rostro, el cuello y la mayor parte de los brazos.

Adriana sabía, además, que aquella epidermis no recubría un cuerpo fofo y derrotado. La acababa de recorrer con sus manos y sus labios, y había sentido la firmeza de los músculos que envolvía. También había sentido la sabiduría de los besos, mordiscos y pellizcos de Klaus, casi siempre dulces y cómplices, en ocasiones golfos y abruptos. Klaus no era un amante apresurado, sabía hacer gozar a una mujer, dedicaba a ello sus esfuerzos, pero asimismo sabía recordarle a esa mujer, en los momentos precisos, que era un tipo viril. Adriana había sentido la firmeza de su miembro dentro de ella cuando lo cabalgó durante todo un sensacional cuarto de hora, tumbado él en el lecho, sentada ella encima. Antes de que su amante emitiera su primer gemido, Adriana ya había tenido dos orgasmos.

Pasaron el resto de la tarde en la terraza de la villa de Adriana, suspendidos entre el mar, la tierra y el cielo, y él entendió por qué ella le había dicho en Berlín que ese lugar era un balcón a un cruce

de mares y continentes: el Atlántico y el Mediterráneo, Europa y África. Abajo, a la derecha, la ciudad se extendía sobre la bahía como una alfombra cubista que Klaus imaginaba llena de recovecos, entresijos y callejones sin salida, de gratas promesas y crueles engaños.

Adriana, que había ido a buscar limonada natural a la cocina, reapareció en la terraza con una bandeja sobre la cual había depositado la jarra con el refresco, dos vasos y dos servilletas. Vio a Klaus absorto en la contemplación del panorama del Estrecho y le preguntó:

—¿Qué te parece?

—Indescriptible, tenías razón. —Klaus se levantó de la hamaca para ayudarla a colocar las cosas sobre una mesa rústica hecha con un plato de cobre, repujado con filigranas morunas, y sostenida por borriquetas de madera—. Me recuerda un poco al espectáculo del Bosforo visto desde Topkapi.

—Puede ser, sí, puede ser. Al fin y al cabo, Tánger y Estambul son las dos puertas de este mar de piratas y comerciantes que es el Mediterráneo. Por eso siempre han sido ciudades muy canallas.

—¿Canallas? —preguntó él, volviendo a sentarse en la hamaca, ahora con un vaso de limonada en la mano.

—Quiero decir mestizas, energéticas, insolentes, ideales para gente como yo. —Adriana se acomodó en su hamaca, también con su bebida en la mano, y preguntó—: ¿Conoces algo de la historia de Tánger?

—Poco, muy poco. Apenas que los Rolling Stones venían aquí a fumar pipas de hierba en los años sesenta. Cuéntame tú.

—Bueno, si no tienes inconveniente, me voy a saltar toda la parte de Hércules, los fenicios y los romanos. —Adriana sonrió y Klaus la encontró irresistible con la chilaba corta que llevaba como ropa de estar por casa—. Lo que nos interesa es que, en el siglo XIX, los sultanes marroquíes no tuvieron más remedio que permitir que las potencias europeas instalaran aquí sus consulados y sus negocios. Tánger empezó así a ser la ciudad más liberal y cosmopolita del reino. Después, ya en el siglo XX, esas mismas potencias le dieron el

estatuto de ciudad internacional. La parte norte de Marruecos era protectorado español y la central y meridional, protectorado francés, pero Tánger era de todos y de nadie. De este modo ingleses, franceses y españoles no tenían que pelearse por el control del Estrecho.

—Y entonces fue cuando empezó a venir aquí gente como tú…

—Más o menos. Este es un refugio muy agradable para… —Miró con ironía a Klaus y le preguntó—: ¿Cómo nos llamarías tú?

—No sé. ¿Bohemios? ¿Disidentes? ¿Genios?

Adriana rompió a reír.

—No me considero un genio, Klaus, tan solo un poco rara. Mira, hace tres o cuatro años, tuve una breve relación con un profesor del Instituto Cervantes de aquí, un tipo interesante, de los que podrían caerte bien. El profesor solía citar a no recuerdo quién diciendo que Tánger es un estado de ánimo. Al principio, no acababa de entender qué quería decir esa fórmula, pero ahora la apruebo al cien por cien.

Compartieron en el comedor una cena fría compuesta por ensalada de mangos del Senegal, ostras de Oualidia y champán Cristal Roederer. Luego volvieron a hacer el amor, esta vez en el gran sofá de cuero del salón. No solo cambiaron de escenario, también de juegos. Practicaron primero el sexo oral de modo simultáneo, en la postura del 69, hasta que ella alcanzó el orgasmo. Luego —ambos de perfil, él a la espalda de ella— Klaus la penetró. Hasta que los dos llegaron a un clímax paralelo y estruendoso.

Se sentaron más tarde en las hamacas de la terraza, vestidos solo con *robes de chambre*, y contemplaron en silencio cómo la luna llena imperaba aquella última noche del verano de 2021 en la bóveda celeste del Estrecho. El plenilunio permitía una notable visión nocturna: los perfiles de lo lejano, los colores de lo cercano, las señales luminosas de una vida intensa en la otra ribera, la española. Hasta que, al cabo de un rato, Adriana tuvo un ligero escalofrío —comenzaba el otoño, al fin y al cabo—, así que regresaron a la

calidez del interior.

Un chófer de toda confianza de Adriana llevó de vuelta a Klaus a su *riad* en la *kasbah*. En el camino, el alemán concluyó que ella había decidido hacer con su vida lo que quería. Era evidente que le gustaba el sexo, pero también que solo lo practicaba con quien le apetecía, y cuando y como le apetecía. En los dos encuentros carnales de aquella tarde, había percibido con nitidez que era la libido de Adriana la que llevaba la iniciativa, la que establecía las reglas, los ritmos y los resultados del juego. Pero de un modo tan sutil, conociendo tan profundamente la condición masculina, que él no se había visto atropellado en ningún momento.

Entró en el Sabas House y vio a un hombre sentado en un sillón del vestíbulo, rodeado de sombras. Iluminado únicamente por la luz que emanaba la pantalla del ordenador portátil que estaba manipulando, el rostro de aquel huésped le pareció huesudo y atormentado. Klaus le deseó cortésmente buenas noches y, al responder este al saludo, vio que tenía bigote y perilla. El tipo siguió allí, como Belfegor en los sótanos del Louvre, y el alemán subió con ciertas dificultades a su cuarto. En verdad, había sido un día glorioso y agotador. Adriana, rumió, era la máquina sexual de la canción de James Brown.

34

El flamenco era la música que más le gustaba a Leila. Le gustaba en cualquiera de sus versiones, desde las puristas a las pachangueras. Y cuando el flamenco se fusionaba con su pariente más directo, la música árabe, lo que ella sentía era auténtica devoción. Tenía claro que el sonido de su vida, el que mejor expresaba su ser, un ser que tenía las raíces en África y las ramas en Europa, era el de los discos mestizos del Lebrijano con la Orquesta Andalusí de Tánger, y también los de Alabina, Hakim, Radio Tarifa, Rafa el Tachuela y compañía.

No obstante, la convivencia con Sepúlveda, adicto al *jazz* de mediados del siglo XX, el de Miles Davis, Dave Brubeck o Art Pepper, la había conducido a ampliar sus horizontes musicales. Aquella mañana lo que escuchaba en su farmacia, a través de un equipo formado por su teléfono móvil y unos altavoces *bluetooth*, era el álbum que Sepúlveda había descubierto en Internet en los días sin norte del confinamiento: *Frenchy*, de Thomas Dutronc. Formado en el *swing* y el *jazz*, Dutronc versionaba con mucho salero clásicos de la *chanson française* como *La Vie en rose, Un homme et une femme* y *Ne me quitte pas*. Lo hacía, había declarado a la prensa, para reivindicar el patrimonio cultural de su país natal frente a la galofobia del cenutrio Donald Trump.

Sonaba *La mer*, el tema de Charles Trenet, cuando vio entrar en la farmacia a Malika. Le sorprendió —era la primera vez que la modelo la visitaba en su lugar de trabajo—, pero también le alegró. A Leila le había costado mucho terminar apreciando a Malika.

Puesto que Sepúlveda adoraba a Messi, las dos parejas habían compartido antes de la pandemia no pocas cenas, excursiones a la playa, saltos a Xauen y cosas así, pero, en todos y cada uno de esos encuentros, Malika le había parecido a Leila una chica insulsa y frívola, una chica sin conversación y demasiado pagada de su belleza. Había sido necesario bastante tiempo para que descubriera que el ensimismamiento de Malika y su aparente altivez no eran sino mecanismos de defensa en un mundo hostil y machista.

Salió de detrás del mostrador, le estampó dos sonoros besos y, mirándola de los pies a la cabeza, le dijo con total sinceridad:

—¡Qué guapa estás!

—No digas eso, a la que le ha sentado de maravillas la pandemia es a ti. —Malika miró a su vez a la farmacéutica de arriba abajo y añadió—: ¡Qué bien te queda esa bata blanca!

Leila se echó a reír.

—No digas tonterías, es solo la bata oficial de trabajo.

—Ya lo sé, pero, de todas formas, te sienta muy bien. Todo lo blanco hace muy buen contraste con tu cuerpo.

—Eso es cierto, alguna ventaja debemos tener las que somos medio mulatas. —Estrujó a Malika entre sus brazos—. ¡Qué alegría me da verte!

—Mira, Leila, no voy a soltarte el rollo de que pasaba por aquí y todo eso. He venido a verte adrede. —La farmacéutica compuso un semblante de atención. No tenía la menor idea de por dónde iba a salir su visitante, pero se temía que con alguna mala noticia—. No te he dicho nunca que eres lo más parecido a una hermana mayor que tengo. De verdad, te lo juro. —Leila le sonrió—. Hay cosas que no puedo contarle a mi madre, a mi tía, a mis hermanas o mis primas, cosas de mujer, ¿entiendes? Pero tú eres distinta. Tú lees mucho, has estudiado en España, tienes un novio extranjero… Tú puedes comprenderme y aconsejarme.

Leila, que jamás le había escuchado una parrafada tan larga, contestó:

—Mira, Malika, puedes contar conmigo. Lo que me digas será nuestro secreto, si así lo quieres. De lo que no estoy tan segura es de

poder darte algún consejo útil. Pero, dime, ¿te está pasando algo?

—No, nada en concreto. Solo sensaciones, sentimientos… —Se alisó la parte superior de la falda y añadió—: Dime, ¿tú crees que una mujer puede sentirse atraída por un hombre sin dejar de estar enamorada de su pareja?

35

Nadie le había puesto aún la mano encima, pero Messi sabía que eso podía llegar en cualquier momento. Como todas las del mundo, la policía marroquí no descartaba de antemano ningún método que pudiera conducirle a conseguir lo que buscaba. La presunción de inocencia, el respeto a los derechos humanos, la renuncia a la tortura y todo lo demás formaban parte teóricamente de su deontología, pero, como sus colegas de Madrid, París o Washington, los agentes marroquíes de la ley y el orden anteponían el cierre rápido de un caso a los principios humanistas de las Naciones Unidas. En todo caso, no había que dejar huellas de los golpes.

Sin embargo, nadie le había dado aún una bofetada, y eso le parecía raro. Tres tipos de paisano lo habían detenido en su tienda del Hilton City Center sin ninguna explicación —ante su pregunta de si tenían una orden judicial, ellos se habían tronchado de risa—, y lo trasladaron de inmediato en un vehículo camuflado al cuartucho del sótano de la Jefatura Superior de Policía donde ahora se hallaba. En ningún momento lo esposaron o maltrataron físicamente. Incluso le permitieron cerrar bien la *boutique* y colocar el correspondiente cartelito.

—¿Conoces a Aliaksei Novik? —le preguntó el que parecía el jefe del trío de agentes que lo habían arrestado, un cuarentón flaco, encorvado y con gafas de miope de gruesos cristales.

—No, jamás he oído hablar de él. ¿Quién es? ¿Un jugador del Spartak de Moscú?

El jefe, sentado frente a Messi en la sala de interrogatorios

mientras sus dos colegas permanecían de pie a sus espaldas, sacó un papel del tamaño A4 de una carpeta depositada sobre la mesa. Se lo pasó al detenido, diciéndole sin particular hostilidad:

—No te hagas el gracioso, no es un futbolista. Es el de esta foto. ¿Lo conoces?

—Sí, a este lo conozco. —Messi reconoció en la foto a Michel Orlov y pensó que, si lo habían detenido por algo concerniente a su socio bielorruso, lo mejor era no hacerse el tonto y aceptar que algún tipo de relación tenía con él. Una relación superficial, por supuesto —. Pero no se llama como ha dicho usted, *sidi*. Este se llama Michael Orlov.

—¿Y de qué le conoces?

—Es un ruso…

—Bielorruso…

—¿Perdón?

—Digo que Aliaksei Novik, al que tú llamas Michael Orlov, no es ruso, sino bielorruso. No es lo mismo.

—Ah, no lo sabía. —Messi era sincero, lo suyo no eran la geografía y la historia y jamás había sabido muy bien qué diferencias había entre países como Rusia, Bielorrusia, Georgia y Ucrania. Decidió proseguir transmitiendo toda la sinceridad posible—: Pues eso, Michael Orlov es un bielorruso que vive en Tánger y sabe un montón de informática. Un día vino a mi tienda, ya sabe usted que yo vendo electrónica e informática, y nos enrollamos a hablar. El tío había vivido mucho tiempo en América y se había forrado con un antivirus de su invención. Me cayó bien.

—¿Y después qué?

—Nos hemos visto desde entonces una o dos veces al mes. —Pensando en que era inútil ocultar lo obvio, aquello que seguramente ya sabían los maderos, precisó—: Nos solemos ver en el Café Baba, que a él le gusta mucho… y, bueno, a veces viene por mi tienda y charlamos.

—¿De qué vive?

—¿Quién? ¿Orlov? No tengo la menor idea. —Su instinto seguía diciéndole que lo mejor era mostrarse cooperativo, así que

añadió enseguida—: Siempre he pensado que debe ser un bróker o algo así, alguien que gana mucho dinero jugando en la bolsa. Eso, *sidi*, se puede hacer ahora a distancia, basta con tener una buena conexión *wifi*.

III
ROCK THE KASBAH

36

Adriana y Klaus habían invitado a almorzar a Teresa y Tayiti para festejar el éxito de la presentación del Mundial de Qatar, la tarde anterior, en el hotel Hilton. Al evento habían acudido el *wali* de danger, el embajador qatarí en Marruecos, Zinedine Zidane y todas las fuerzas vivas de la ciudad. Zidane, que el verano anterior había dejado de ser entrenador del Real Madrid por decisión propia y del que todos decían que aspiraba a ser el próximo seleccionador del equipo nacional de Francia, había sido el más solicitado por el numeroso público.

El cuarteto estaba en Chiringuito, el restaurante de moda en la rutilante marina que había sustituido a las cochambrosas instalaciones portuarias de antaño. Con sus amarres para embarcaciones privadas de ocio, su exposición de modelos automovilísticos de Lexus y, al fondo, sus flamantes cafeterías y restaurantes, la marina se internaba como una proa del capitalismo exhibicionista del siglo XXI en la milenaria bahía tangerina. Dos fornidos gorilas filtraban la entrada del restaurante Chiringuito y tomaban con una maquinita la temperatura de la muñeca de los clientes. Ya en el interior, cuyo suelo alternaba la tarima de madera con modernas baldosas hidráulicas, dos preciosas jovencitas, de cortos y ajustados trajes negros a juego con sus mascarillas, maquilladas como para asistir a una boda real, hacían de recepcionistas. Su papel era meramente decorativo.

Teresa charlaba con Klaus en inglés, lengua que, a diferencia del francés, sí hablaba por sus frecuentes tratos con la clínica de

Chicago donde estaba internado su hijo.

—Zidane —decía ella— me pareció muy simpático, atendió a todo el mundo con una sonrisa en la boca. Y es francamente guapo, uno de esos hombres a los que les sienta de maravilla tener el pelo bien afeitado.

—Sí, es un tipo agradable. Y, ciertamente, tiene un buen cráneo, un cráneo faraónico diría yo, como Bruce Willis o Varoufakis. Y a propósito de cráneos, ¿sabes cuál fue su última acción como jugador de fútbol?

—Claro que sí —replicó Teresa con los ojos radiantes del alumno que conoce la respuesta a la pregunta de un examen—, el cabezazo a Materazzi en la final del Mundial de Berlín de 2006. Los franceses lo llamaron *Coupe de Boule* y le valió una expulsión fulminante. Un triste final para una espléndida carrera de futbolista, ¿no te parece?

—Bueno, lo cierto es que todo el mundo le perdonó de inmediato. Al parecer, el italiano se había pasado todo el partido diciéndole groserías sobre su madre o su hermana. Y, sobre todo, Zidane se rehabilitó luego profesionalmente como entrenador del Real Madrid. Ganó tres Champions consecutivas, ni más ni menos.

—Adoro a Zidane —dijo Tayiti sumándose a la conversación—. Un tipo con mucha clase, pero también muy viril. Absolutamente divino.

—De una generación anterior a la actual, quizá la última generación dura del fútbol europeo —dijo Klaus—. Ahora los jugadores llevan en sus neceseres Gucci más cremas para el cutis y productos capilares que las modelos de alta costura que tienen como novias o esposas.

Teresa y Tayiti rompieron a reír estruendosamente; Adriana, por su parte, seguía ensimismada en la lectura de la carta del restaurante abierta en su teléfono móvil al escanear un código QR, una moda hostelera que sobrevivía al pico de la pandemia. Todos esperaban el aperitivo que había encargado ella: una botella bien fría de champán Veuve Clicquot.

—Eso es verdad, Klaus —dijo Tayiti cuando terminó de reír—.

Pero aun así el mundo del fútbol sigue siendo uno de los bastiones de la homofobia. Fijaos en que ningún gran futbolista se ha proclamado abiertamente gay, aunque todos sabemos que los hay.

—Por supuesto que los hay, Ahmed, pero lo llevan con total discreción por una sencilla razón: miedo. Lo contó muy bien Philip Kerr en una novela llamada *Mercado de invierno*. Les aterran las tormentas de insultos que sufriría un jugador abiertamente homosexual. En sus casas y trabajos, los hinchas suelen ser buena gente, pero, en las gradas, reunidos durante noventa minutos un domingo por la noche, se convierten en una tribu salvaje.

—Una manada de lobos, dirían en España. —Teresa se acordaba del calificativo empleado al otro lado del Estrecho para los violadores en grupo. Añadió—: Sin embargo, los jugadores de fútbol son ahora más atletas que nunca. Su entrenamiento físico es exhaustivo.

—No es contradictorio —apostilló Tayiti—. Los antiguos griegos no tenían el menor problema con la homosexualidad y también se entrenaban mucho para las guerras y las olimpiadas, je, je, je.

—No lo es, no —dijo Klaus—. Y tienes razón, Teresa: el fútbol de ahora tiene más exigencias técnicas y físicas que el de antaño. Un jugador actual hasta debe tener ojos en el cogote. No puede entretenerse con el balón, porque si lo hace se lo roban. Debe moverlo hacia adelante o pasárselo a un compañero con rapidez. Enviárselo al que ocupe o pueda ocupar un espacio libre, no al que esté más cerca.

—Como hacía Xavi en el Barça —dijo Teresa.

—Exacto. —Klaus la miró apreciativamente: no solo se parecía a la guapísima Hedy Lamarr, también tenía su sagacidad. Se había empeñado en aprender de fútbol en unas cuantas semanas y lo estaba consiguiendo con nota muy alta. Prosiguió—: Además, los goleadores de ahora también tienen que bajar a defender a toda velocidad, no pueden quedarse en campo contrario esperando a que les llegue la pelota. Deben sudar la camiseta durante todos y cada uno de los noventa minutos del partido.

—No arrojar la toalla hasta que el árbitro pite el final, esa es la única actitud digna de los verdaderos gladiadores del fútbol —señaló Tayiti atusándose el bigotito—. Es lo que hace tan grande al Real Madrid: haber ganado tantísimos partidos en el último minuto.

—Así es —dijo Klaus—. En el fútbol no es obligatorio ganar, pero sí intentarlo hasta la extenuación. Es lo que reclaman los aficionados.

—Demasiada carga para unos niños que se pasan todo su tiempo libre jugando con la PlayStation —remató Teresa y los tres volvieron a reír.

Adriana, que había terminado de repasar la carta, se dirigió a los otros comensales y les dijo:

—¿Qué os parece si compartimos unas tapas para empezar? Después, si alguien se queda con hambre, puede pedir algún pescado.

Teresa y Tayiti aprobaron con la cabeza, Klaus dijo:

—Me parece espléndido. ¿Has visto algo sugerente?

—Podríamos empezar con anchoas marinadas, gambas al ajillo, pulpo a la gallega y calamares a la plancha. Como ves, Klaus, la cocina de este restaurante es muy marinera y muy española.

—Excelente. Por mí, adelante.

Un camarero trajo el champán y las copas, descorchó la botella y sirvió a los comensales. Klaus propuso un brindis:

—¡Por vuestro magnífico arranque de la temporada! Los qataríes me han escrito esta mañana para decir que vieron el evento del Hilton en Al Yazira y están encantados. Ah, y que ya están en camino las fotos y las maquetas de los estadios del mundial para vuestra exposición. Las acaban de enviar por valija diplomática a su embajada en Rabat.

37

Tras un verano de calores asfixiantes, incendios devastadores y lluvias torrenciales en muchas partes del planeta, el otoño comenzaba con la abrupta erupción de un volcán en la isla canaria de La Palma. La noche anterior, Adriana había visto en la tele las imágenes del volcán y atribuía a este hecho la pesadilla que la había despertado de madrugada. En su sueño había visto crecer un incendio en una pradera desconocida en mitad de la noche, y ello la había aterrado hasta ponerle el corazón como el de un caballo al galope.

Klaus había regresado a Berlín la tarde anterior, tras el almuerzo en Chiringuito, en un vuelo privado fletado por los qataríes. Pero la felicidad que le había deparado su visita quedó borrada de un plumazo por aquella pesadilla. Cuando escuchó el timbre de la puerta exterior de su villa en la Vieja Montaña, Adriana supo que había sido premonitoria.

—Usted otra vez, comisario.

—No esperaba que te alegraras al verme, Adriana. Pero una mujer de tu categoría podría disimularlo mejor, ¿eh? —Ella le abrió la puerta al comisario Romero con aire de resignación y este penetró en el interior de la villa diciendo—: Ando de nuevo por la ciudad y he pensado que este primer viernes del otoño es propicio para ponernos al día.

—Pues yo no tengo nada nuevo que contarle.

—Déjame que sea yo quien lo decida. —Romero caminó decididamente hacia la vivienda—. ¿Podrías servirme un *whisky* del

bueno con esa agua con gas de por aquí?

Adriana le sirvió la bebida al comisario en el salón y para ella escogió una limonada. Acomodados los dos, dijo:

—¿No estará planeando meterme en otro lío?

—En los líos te metiste tú sola cuando, de jovencita, decidiste vivir a lo grande sin tener oficio ni beneficio. A mí no me eches las culpas.

—No se las echo, comisario. Solo quiero que me deje en paz.

—Ah, la paz, una palabra tan manida, un sueño tan imposible. Mira, Adriana, la vida siempre es guerra, solo tienes paz cuando te mueres.

—Vaya, está usted hoy muy filosófico.

—Siempre lo estoy, siempre lo estoy. —Chasqueó la lengua tras darle un buen tiento a su bebida—. Pero no he venido a echarte un sermón, te traigo algunas noticias, cosas más o menos conocidas que me gustaría confirmarte personalmente. Luego, veremos que puedes decirme tú, ¿eh? Sigues debiéndome una.

—No tengo esa impresión, pero, bueno, si usted lo dice…

—Lo digo, lo digo. Pero empecemos con las noticias, que, insisto, igual ya conoces. Parece que la fiscalía y la inspección de Hacienda van a cerrar pronto sus investigaciones sobre don Juan Carlos…

—Eso he leído, comisario. Desde su primera visita, ojeo dos o tres veces al día los titulares de los digitales españoles. Cuentan que planea volver a España para pasar las fiestas de Navidad, una vez cerradas esas investigaciones por inviolabilidad, prescripción o lo que sea.

—Y te alegras, ¿no?

—Me importa un comino, para qué mentirle. Pienso que el mencionado monarca se relaciona con el mundo con el narcisismo de un recién nacido. Por mucho que usted lo intente, no hay modo de protegerle. Saldrá de esta y se meterá en otra.

—Pues yo pienso que deberías alegrarte de este final feliz. Como patriota, para empezar. Y después porque así nos olvidamos de momento del encuentro en Tánger entre Su Majestad y la alemana

rubia, ¿vale?

—Vale. Pero dígame, comisario, ¿puedo hacerle yo alguna pregunta? Empiezo a estar harta de que sea usted el que marque la agenda de nuestras conversaciones.

—Adelante, no voy a salirme con el topicazo policial de que aquí las preguntas las hago yo, tengo más cintura que eso. Pregúnteme lo que quiera; no ofenden las preguntas, sino las malas respuestas.

—Pues, entonces, le confieso que tengo curiosidad por saber si es verdad aquello de que el rey Juan Carlos tenía en su palacio una máquina de contar billetes.

—Ja, ja, ja. ¡Esta es buena! —Romero se había atragantado de risa y tuvo que carraspear para recuperar la voz—. Sé que Corinna te contó eso en una de sus conversaciones telefónicas; bueno, también se lo contó a la prensa. Te voy a ser sincero: no tengo pajolera idea de si es o no verdad, pero si lo fuera, ¿qué? El rey se merecía su comisión por defender los intereses de las empresas españolas en el mundo, ¿no te parece?

—No estoy muy segura de lo último si ya cobraba un buen sueldo en dinero y prebendas de los contribuyentes españoles. Pero tampoco estoy segura de lo contrario, que conste. Así que, puesto que ha decidido contestarme, le preguntaré también si es verdad que a don Juan Carlos le tuvieron que poner un tratamiento de hormonas femeninas e inhibidores de testosterona para rebajarle la libido. Dicen que su ardor sexual se había convertido en todo un problema de Estado.

—Joder, veo que es cierto que has empezado a estar al corriente de las noticias de España. Sí, eso lo declaré yo el otro día en una comisión de investigación del Congreso. Me consta que ocurrió.

—Pues mire, ahora ya sé que usted es más tóxico que Chernóbil, pero, dígame, ¿para quién trabaja de veras? No me ha quedado claro.

—Siempre he trabajado para el Estado y para mí, Adriana. No es incompatible si uno es un buen español. Vamos a ver, lo que yo manejo es información y la información es como el oro; siempre se revaloriza. Y, además, no soy un chapucero, hago bien las cosas. Estás de acuerdo en que la profesionalidad hay que pagarla bien,

muy bien, ¿no? Así que, dime, cómo podrías pagarme tú el que me siga callando la información sobre tu alocada juventud.

38

A las once de la noche de aquel primer viernes del otoño, Malika escuchó el timbrazo del portero automático del apartamento de Malabata y corrió hacia él como si en ello le fuera la vida. Pero no era Messi, en la pequeña pantalla del artefacto vislumbró en blanco y negro el rostro de Orlov.

—Messi no está —dijo sin pulsar el botón de apertura.

—Da igual, Malika. Ábreme, por favor.

Apretó el botón, escuchó subir al ascensor, abrió la puerta de seguridad de la vivienda y vio a Orlov aún más desencajado que de costumbre. Pensó que ella también debía de estarlo: ya pasaba más un día desde la detención de Messi y no tenía la menor noticia de su paradero. Aunque esa noche se hubiera fumado un par de canutos, el hachís, en vez de relajarla, le había desatado el insomnio y la paranoia.

—¿Sabes dónde está Messi? —le espetó al visitante.

—No, no ha acudido a una cita de urgencia que le había dado con una llamada perdida. Por eso me he acercado hasta aquí. ¿Qué está pasando?

—A Messi lo detuvieron ayer por la tarde tres policías en la tienda. Yo no estaba allí, pero me lo contó la de la *boutique* de al lado.

—¿Hubo violencia?

—No, se fue con ellos tan tranquilamente. Ni lo esposaron. Pero hoy me he pasado el día llamando a comisarías y juzgados y a nadie le consta oficialmente esa detención. —Malika se quebró en sollozos

—. Mira, Michael, por lo que más quieras, dime en qué lío os habéis metido.

—Tu chico no está en ningún lío que yo sepa, la granja sigue funcionando con toda normalidad. Si fuera eso lo que los mueve, los maderos habrían ido allí a ponerlo todo patas arriba, y no lo han hecho, lo he comprobado. Es a mí a quien buscan, tan solo a mí. Y por otras cosas. —Malika se abrazó al bielorruso—. Van a soltarlo pronto, ya verás. Y cuando lo hagan, dile que ya no estoy en el Saba's House, he encontrado otro escondite. Pero que no me busque, sobre todo que no me busque. Seguro que van a seguirlo de cerca durante unos días.

—¿Crees que están vigilando esta casa?

—Es posible. No he visto nada raro abajo, pero es muy posible. Por eso me voy ya, no quiero meterte en más problemas. —Orlov tomó con dulzura la cabeza de ella y le dio un beso suave en los labios, que ella no rechazó—. Adiós, Malika. Conocerte ha sido una bendición.

39

Messi afrontaba con serenidad el comienzo de su segunda noche en uno de los calabozos de la Jefatura Superior de Policía. No le habían acusado de nada en concreto —ni tan siquiera habían mencionado la palabra bitcóin— y seguían dándole un trato rudo pero soportable para alguien que, de niño, había tenido que rebuscar en las basuras para llevarse un mendrugo a la barriga. Estaba claro que iban a por Orlov y que aún no le habían echado el guante. Aunque le chocaba que los maderos no le llamaran Michael Orlov, sino un nombre raro que había terminado memorizando: Aliaksei Novik. Bueno, igual el bielorruso se llamaba Novik o igual no. Eso daba lo mismo, lo seguro era que andaba metido en otros fregados, además del de la granja de Bujalef. Y Messi pensaba que estaba en su perfecto derecho, él estaba a favor de la libertad de negocio.

Un agente uniformado se acercó a la reja de la celda y comenzó a abrirla con una llave. Detrás del uniformado había alguien vestido de civil, pero en la penumbra no pudo identificarlo. El uniformado le cedió el paso al civil con deferencia burocrática, y este entró el primero en la celda. El otro le siguió, quedándose detrás de él, con la mano en la empuñadura de la porra que le colgaba del cinto, y dejando la reja entreabierta.

Sentado en el camastro, Messi contempló al visitante. Vestía un traje chaqueta oscuro con camisa blanca y una corbata que parecía roja. Era delgado y de mediana estatura, su cabello crespo había encanecido por completo y desprendía aire de autoridad.

Lo escrutaba como las lechuzas deben escrutar a un roedor en

medio de la noche.

—Todo llega si se sabe esperar —terminó diciendo el visitante —. Así que tú eres el famoso Messi, registrado en su nacimiento como Hicham Laabi. Tenías ganas de conocerte desde hace mucho tiempo.

—*Salam aleikum, sidi.*

—*Aleikum salam*. —El visitante recorrió con la mirada las paredes de la celda, iluminada tan solo por la luz cenital del pasillo, y añadió—: ¿Te están tratando mal? ¿Tienes alguna queja?

—Me están tratando bien, *sidi*. Pero tengo un par de quejas, ¿puedo contárselas? —El otro aprobó con un cabeceo—. La primera es que me han quitado el móvil y tampoco me han dejado hacer una llamada con algún teléfono prestado. Mi novia debe de estar muy preocupada…

—Me temo que eso no tiene remedio: tu arresto es incomunicado, cuestión de seguridad nacional. ¿Cuál es la otra?

—Tan solo que nadie me ha dicho por qué estoy aquí.

—¡No me digas eso, hombre! Sé que eres muy listo y estoy seguro de qué sabes por qué estás aquí. —El visitante guardó silencio, a la espera de alguna respuesta del detenido, pero esta no llegó—. Mis hombres te lo han dejado claro: estamos buscando a Aliaksei Novik, al que tú llamas Michael Orlov. Te agradeceremos cualquier información que puedas darnos sobre él. Por ejemplo, dónde puede estar escondido.

—No tengo ni idea. En alguna pensión o algún hotel, pero no sé en cual, se lo juro.

—Ya. Y aunque lo supieras, no nos lo dirías. Me han hablado de tu lealtad, Messi; sé que tus amigos y tus socios pueden confiar en ti.

Un zumbido surgió del interior de la chaqueta del visitante. Este rescató de allí un teléfono, leyó un mensaje de texto y lo respondió tecleando en la pantalla. La luz del móvil le permitió al detenido ver que llevaba en el ojal de la solapa lo que podía ser un escudo del Atlético de Tetuán. El modo en que tecleó le dio otra información.

El visitante devolvió el móvil al bolsillo interior de la chaqueta.

—Creo que es usted zurdo, *sidi* —dijo Messi.

—Vaya, veo que eres muy observador. Lo soy, sí.

—Messi, el jugador de fútbol, también es medio zurdo. Le pega mejor al balón con la izquierda que con la derecha.

—Sí, es bueno tener a un zurdo en el equipo, desestabiliza al rival. Y ya que eres tan observador, estoy seguro de que te habrás fijado en algún detalle de Novik que podría interesarnos. Te voy a dar esta noche para que reflexiones sobre qué puedes contarnos sobre él sin traicionar demasiado tus principios. Te adelanto que es por el bien del propio Novik, será mejor que lo encontremos nosotros a que lo encuentren otros.

—Lo que usted diga. Pero todo lo que sé ya lo he dicho.

—No lo creo, Messi no lo creo. Y me temo que, si no cooperas con nosotros, nos vamos a ver obligados a investigar tus trapicheos. Seguro que encontramos algo interesante.

El visitante se giró y el uniformado le abrió la reja de par en par para que saliera cómodamente del calabozo. Entonces, el visitante se volvió de nuevo, en dirección al detenido, y le dijo:

—Tú y yo tenemos un amigo en común…

—Ah, ¿sí? Yo a usted no le conozco, pero puede ser… Esta ciudad no es tan grande como parece.

—Ese amigo común es el profesor Sepúlveda, del Instituto Cervantes.

—¿Y cómo sabe usted que es amigo mío?

—Vamos, Messi, mi obligación es saber todo tipo de cosas: soy el jefe superior de policía de Tánger.

40

Aquel primer sábado del otoño de 2021, el cielo de Tánger amaneció cubierto por nubes tormentosas, que a ratos derramaron sobre la ciudad unas cuantas gotas sucias, obesas y perezosas. Pero, empujadas por un viento del sur, las nubes terminaron marchándose al cabo de pocas horas, dejando una tarde absolutamente despejada y preciosa.

Sepúlveda salió de buen humor de su casa en dirección al cercano Number One, donde había quedado a tomar unas cervezas con Nabil Mursi. Solía tener libres las tardes de los sábados, que Leila empleaba para visitar a su madre, recibir sus quejas por el escándalo de su relación no matrimonial con el español y traerse un montón de ricos platos marroquíes cocinados por la buena señora.

Frente a una moderna tienda de vapeo, Sepúlveda tuvo que detenerse unos instantes porque una chica se hacía allí un *selfie* con la cámara de su móvil. La joven, que llevaba una media melena oscura y alisada, tenía la nariz achatada y unos labios sensuales pintados de rosa, miró con descaro a Sepúlveda una vez hubo terminado su autorretrato. Él no se atrevió a devolverle ese tipo de mirada, pero cuando la hubo sobrepasado, giró la cabeza y contempló su trasero. Lo tenía muy prominente: debía de ser una de esas que, según le había contado Leila, se colocaban rellenos bajo las bragas para lucir culos descomunales como el de Kim Kardashian.

Las chicas de Tánger no eran las únicas en apuntarse al culto a la apariencia y la banalidad que se había adueñado del planeta. También los chicos se habían hecho narcisistas. Sepúlveda se paró

ante una peluquería masculina que secaba sus toallas en un tendedero portátil colocado en la acera. No era esto, sin embargo, lo que le había llamado la atención, esto era algo común en la ciudad. Lo que le había intrigado había sido el catálogo fotográfico de los muchos tipos de corte de pelo que el local proponía a la juventud local: hipster, rasta, punk, mohicano, tupé, coleta, flequillo largo, sienes rapadas, cabellos tintados de cualquier color… Sonrió, ya se había percatado de la obsesión de sus alumnos varones por cambiar de peinado. Era el mismo tipo de gilipollez que lo de imitar a la Kardashian.

Minutos después entró en el Number One, el bar oscuro, tranquilo y amistoso situado frente al hotel Rembrandt que regentaba Karim Ghailan. Al fondo, sentado ante una mesa, frente a una botella de cerveza Flag, estaba Mursi. Le pareció que tenía un aspecto melancólico.

Lo tenía, en efecto. Mursi le contó que le habían robado el móvil esa mañana, en la mismísima acera de la mezquita de Mohamed V, muy cerca del Cervantes. Él caminaba charlando con alguien a través del aparato cuando sintió que le daban un puñetazo en la cabeza. Cayó al suelo, se le saltaron las gafas y la gente se arremolinó a su alrededor. Los testigos le explicaron que un par de jóvenes que iban en moto habían subido a la acera en el vehículo y le habían arrebatado el teléfono.

El tetuaní estaba conmocionado, no tanto por la pérdida económica —era un modelo barato de Xiaomi—, sino por lo que llamaba la sensación de haber sido violado. Ahora, algo repuesto, lo que notaba era un vacío en el bolsillo del pantalón, donde solía transportar el móvil.

Sepúlveda le palmeó afectuosamente el brazo, le dijo que había oído que la pandemia había terminado causando un ascenso de la delincuencia de ese tipo y le preguntó si había denunciado el robo.

—Sí, y eso casi ha sido peor —respondió Mursi—. Me he pasado cuatro horas en una comisaría para conseguir un papel que no sirve de nada. Y me han tratado como una mierda, perdone la expresión, profesor.

—No te preocupes, Nabil, no me ofende esa expresión, es castellano y del bueno. Al pan hay que llamarlo pan y al vino hay que llamarlo vino. Los eufemismos son otro modo de ocultar la verdad.

Karim se acercó a la mesa y Sepúlveda le encargó otras dos Flag, una segunda para Mursi y una primera para él.

—Mira, Nabil —dijo cuando Karim se hubo alejado en busca de las bebidas—, yo tengo un buen amigo que trabaja lo de los móviles e igual puede conseguirte rápidamente uno barato. Si quieres, lo llamo ahora mismo.

—Gracias, profesor, pero no hace falta. Lo primero que tengo que conseguir es que me hagan un duplicado de la tarjeta SIM que iba en el móvil, y eso hasta el lunes no puedo gestionarlo. No se preocupe, no hablemos más del robo, no quiero amargar nuestra conversación. Dígame, ¿qué está leyendo usted ahora? Me interesan sus lecturas, ya sabe.

—Te lo cuento, pero insisto en lo del puñetero móvil. Mi amigo es muy apañado.

—Le tomo la palabra. Le diré algo la próxima semana.

—Perfecto. Pues mira, esta misma mañana he terminado el último libro de Bernabé López. Cuenta cómo se vivió aquí la guerra civil española.

—He oído hablar del libro. Aún no he podido conseguirlo, pero he leído en Facebook muchos comentarios positivos. El profesor Bernabé siempre se documenta muy bien.

—Sí, todo lo que cuenta está fundado en hemerotecas o archivos diplomáticos. Lo terrible es que la historia en sí es muy triste.

—¿Muy triste? ¿Qué quiere decir?

—Pues más triste que lo del robo de tu móvil. Resulta que incluso en el Tánger internacional de los años 1930, ese que siempre citamos como modelo de libertad, pluralismo y tolerancia, la pobre segunda república española se vio cruelmente discriminada frente a la insurrección fascista. Sus partidarios, que eran la mayoría de los quince mil españoles que vivían en la ciudad, se pasaron los tres años acosados por los franquistas y sus patrocinadores de la Italia de

Mussolini.

—Vaya, eso no lo sabía. Creía que la España republicana se había beneficiado del cosmopolitismo de Tánger.

—Yo también lo imaginaba así, pero el libro de Bernabé demuestra que fue al revés. Por un lado, las tropas de Franco, dueñas de la zona del protectorado español, cercaban el Tánger internacional por tierra, mar y aire. Por otro, mientras los italianos actuaban abiertamente a favor de Franco, los representantes oficiales de las colonias inglesa y francesa se ponían de perfil invocando las memeces de la neutralidad, la equidistancia y la no intervención. Así que, según cuenta Bernabé, la mayoría republicana del vecindario español vivía bajo el constante temor a agresiones, secuestros y detenciones.

—Pero el Gobierno legal y legítimo era el republicano…

—Sí, ¿y qué? A Roma y a Berlín eso se la traía al pairo, y en la práctica también le importaba un carajo a Londres y París. Aquí regía la ley del más fuerte, y el más fuerte era Franco, que contaba además con una quinta columna entre las familias acomodadas de la colonia española. Bernabé detalla numerosos episodios de agresiones a republicanos de Tánger por parte de falangistas españoles y marineros de guerra italianos. Casi siempre las hipócritas autoridades internacionales de la ciudad terminaban fallando a favor de los matones. —Sepúlveda tomó la cerveza que le tendía Karim y le dio un primer sorbo a morro—. Nuestro querido Zoco Chico fue el principal escenario simbólico de los enfrentamientos entre españoles: los franquistas frecuentaban el café Central; los republicanos, el Fuentes. Entre uno y otro volaban insultos, amenazas y puñetazos.

—Pues sí que es una historia triste —dijo Mursi—. Me recuerda a lo que está pasando ahora en todo el mundo con el ascenso de la ultraderecha. —Se quitó las gafas, las limpió con su bayeta y añadió con aire reflexivo—: Está claro que la nostalgia tan solo es la hermana plañidera de la historia.

41

Santiago de Luca y Javier Rioyo entraron en Number One, atisbaron la concurrencia y, al reconocer a Sepúlveda y Mursi, se dirigieron a la mesa donde charlaban los dos profesores. El editor de *SureS* y el director del Cervantes venían contentos. Lo explicó De Luca mientras se sentaban:

—Acabamos de pasar por el Gran Teatro Cervantes… y, no os lo vais a creer, pero es cierto: han empezado los trabajos de reconstrucción.

—¡Qué buena noticia! —exclamó Sepúlveda—. Aunque tiene guasa que tengan que ser los marroquíes los que resuciten un monumento que lleva el nombre de nuestro más ilustre escritor.

—Tiene guasa, sí —apostilló Mursi—. En plena crisis política entre los dos países, Marruecos salva un edificio que los españoles han abandonado durante décadas… A ver cómo explican esto los periódicos de derechas de Madrid…

—No dirán nada y punto. Mi padre era periodista y mi hija también lo es, así que algo sé sobre el gremio. —Sepúlveda miró a Rioyo y añadió—: ¿Recuerdas la botella de ron Matusalem que me regalaste la pasada Navidad?

—Claro que la recuerdo. Alguien tan pesado como tú con lo de la jubilación, se merecía un buen añejo. —Sonrió—. ¿Aún no te la has bebido?

—No del todo, director, pero lo doy un tiento de vez en cuando, y el otro día me fijé en las etiquetas y vi que la casa natal del ron Matusalem fue fundada en Santiago de Cuba en el siglo XIX, pero la

bebida se fabrica ahora en República Dominicana.

La primera información figura de modo destacado en la carátula principal de la botella; la segunda aparece con letra mucho más pequeña en el bajo de la etiqueta de la parte trasera.

—¿Y? —inquirió Rioyo. Se preguntaba a dónde quería llegar Sepúlveda.

—Pues que este es un buen ejemplo de manejo interesado de la información. Los dos datos son ciertos, pero uno figura de modo destacado y el otro es casi invisible. Lo mismo ocurre en los medios de comunicación. Muchos publican sin pudor noticias falsas, otros, los, diríamos, más elegantes, manipulan las noticias a través de la manera de presentarlas: algunas a todo trapo, a hurtadillas las que les incomodan. En fin, que, aunque la gente no se acabe de enterar, los medios tienen amos y los puñeteros amos tienen sus propios intereses e ideologías.

—Los medios no son tan inocentes como pretenden —dijo Mursi—. Aunque digan estar tan libres de pecado como Adán y Eva en el Paraíso, antes de que ella mordiera la manzana.

—Quizá solo los niños pequeños sean totalmente inocentes, ¿no os parece? —apostilló De Luca y los demás asintieron—. Y volviendo al teatro Cervantes, ¿conocéis la leyenda que dice que sus promotores enterraron un cofre con monedas de oro y plata bajo la primera piedra? A ver si eso es lo que están buscando los marroquíes…

Todos rieron y su conversación prosiguió animadamente hasta que, a las nueve en punto de la noche, Karim comenzó a apagar las luces del Number One, como mandaba el vigente toque de queda. Los cuatro amigos salieron a la calle y todavía se quedaron allí un buen rato, prosiguiendo la charla. Sepúlveda se sentía parlanchín y chispeante, no en vano se había bebido tres quintos de cerveza Flag. Notaba el efecto de haber reducido su consumo de alcohol en cosas como esta, que unas cuantas cervecitas se le subieran enseguida a la cabeza.

El bulevar Pasteur seguía repleto de gente conversando en las aceras. Motos y coches policiales, reforzados por ambulancias, lo

recorrían una y otra vez haciendo aullar sus sirenas para recordar que todo el mundo debería estar ya en sus hogares. En la oscuridad de la recién comenzada noche, aquel bramar de sirenas tenía algo de amenazador y hasta apocalíptico, pero los transeúntes se lo tomaban con mucha calma, se resistían a vaciar las calles, continuaban deambulando durante, al menos, una horita más.

Sepúlveda emprendió el regreso a la Place du Lycée poco antes de las diez. Aunque el corto trayecto discurría por el corazón de la ciudad europea, sus calles estaban pobremente iluminadas. Aprovechándolo, un tipo orinaba contra una pared, lo que le trajo a la memoria que el auténtico perfume de Tánger era una combinación del olor amoniacal de los meados y el cítrico de la dama de noche. Más adelante, sorteó a dos tipos calvos y barrigudos que sostenían una pelea a gritos, empujones y amagos de golpes, lo que le evocó la sordidez y el vitalismo de sus noches de juerga con Chukri. Luego creyó ver esconderse a una rata tras una caja de cartón, lo que le recordó que la ciudad tenía un serio problema con las basuras. A falta de cubos comunitarios o contenedores municipales, los vecinos las sacaban a la calle en bolsas de plástico, y eso en el mejor de los casos. Los gatos despanzurraban las bolsas y su contenido se desparramaba como un vómito por las aceras.

42

Messi se pasó toda la jornada del sábado en el calabozo, sin otra visita que la que le hiciera a la hora del desayuno el cuarentón flaco y encorvado con gafas de miope que había dirigido su detención el jueves por la tarde. El cuarentón le preguntó escuetamente si había aprovechado la noche para meditar sobre lo que le había dicho el comisario Yedidi. Messi supuso que era así como se llamaba el jefe superior de policía que decía ser amigo de Sepúlveda, y respondió que sí, lo había meditado, pero no tenía nada que añadir a sus anteriores declaraciones. El madero se largó sin el menor comentario. Probablemente, esperaba esa respuesta.

Pensar en el fútbol lo estaba ayudando mucho en aquella detención, la segunda de su vida después de la del chusco episodio de la boda abortada de Fadela y Mustafá. El fútbol le ofrecía una realidad paralela en la que le apesadumbraba que el Bar^a de Ronald Koeman se estuviera convirtiendo en un muñeco de trapo con todas las costuras rotas en el arranque de la temporada 2021-22. Flácido en defensa, romo en ataque, con la combatividad por los suelos, los azulgranas solo habían podido conseguir un empate de última hora frente al Granada en el Camp Nou. Y ello pocos días después de haber sido humillados en ese mismo estadio por el Bayern de Múnich, que les había metido tres goles.

No era solo la dolorosa y desconcertante ausencia del argentino Messi. Tampoco era cosa de un penalti a favor de los azulgranas que un árbitro no había pitado, ni de una injusta tarjeta roja que otro les había sacado. Era algo más extenso y profundo. Puto Barça, pensó,

les estaba jodiendo a sus hinchas la fiesta del regreso del fútbol tras la pandemia.

Pero él, el Messi de Casabarata, era leal, la lealtad estaba tan grabada en sus genes como la voluntad de independencia. Lo había reconocido el mismísimo comisario Yedidi, si es que era así como se llamaba el tipo de la insignia del Atlético de Tetuán en la solapa. Él no iba a cambiar de equipo, no iba a sumarse al PSG, el Chelsea, el Bayern o cualquier otro de moda. Iba a esperar la resurrección azulgrana. Esta terminaría llegando, *Inshalá*.

43

La jornada se desangraba en el crepúsculo cuando Romero y Paco Gandía llegaron al Sky 5, el club de la marina a donde, según el inspector, acudían ahora las chicas más guapas de la ciudad.

Era contiguo al restaurante Chiringuito, tenía medidas semejantes de control de acceso y estaba decorado con paneles de rosas de papel, cosa que a Romero le pareció una mariconería y así se lo dijo a Paco. Una tele casi tan grande como el *Guernica* de Picasso retransmitía, en colores brillantes e hipnóticos, un partido de fútbol de la Premier League inglesa. La música —pop contemporáneo estadounidense— estaba demasiado alta.

Los dos policías españoles dieron un rápido repaso visual a la asistencia. Buena parte de ella la constituían tipos musculosos con los cabellos rapados y las barbas bien recortadas, que, si no fuera por el tostado de su piel, podían ser tomados por matones de la mafia rusa. Uno hasta llevaba una muy apropiada camiseta gris con la calavera y las tibias de los piratas. Las chicas que los acompañaban, con trajes apretados, vertiginosamente escotados y muy cortos de falda, se habían gastado una pequeña fortuna en el alisado de sus cabelleras, el maquillaje de sus rostros y el lacado de sus uñas. Romero supo de inmediato de qué pie cojeaba aquella parroquia masculina y femenina. No era de extrañar que a la entrada hubiera un arco detector de metales.

Se sentaron en una de las pocas mesas libres, miraron la carta, comprobaron que sus precios eran disuasorios para el común de los marroquíes, y, cuando apareció un camarero, le pidieron en español

un *whisky* Macallan de doce años para el comisario, envaso corto, sin agua ni hielo, y una cerveza Casablanca para el inspector.

—Están buenas las chavalas, ¿eh? —dijo Romero.

—Se lo dije, comisario. Mientras no reabran las discotecas, aquí es donde se reúne el mejor ganado de la ciudad. —Paco cruzó miradas con una chica que se levantaba de una mesa cercana haciendo esfuerzos para que la faldita de cuero no se le subiera hasta la entrepierna—. La verdad es que, cuando se arreglan, las moritas están buenísimas.

Romero degustaba su primer sorbo de Macallan cuando le preguntó a Paco:

—¿Tú sabes por qué tantos compañeros nuestros nunca encuentran nada?

—No sé, comisario. Porque no son buenos profesionales, supongo.

—No, Paco, no. Nunca encuentran nada porque miran en el lado equivocado. —Romero dejó su copa sobre la mesa con aspecto de saborear su última frase—. Pero tú no eres de esos. Tú miras donde hay que mirar. Así que empieza a contarme cosas…

—La verdad, comisario, es que no he podido amarrar más la conexión entre el rojo de Nabil Mursi y el camello de su hermano Abdelkáder. Pero la asociación de perroflautas está empezando a moverse. Ya le conté que hicieron un acto de presentación donde soltó un discurso un profesor del Cervantes apellidado Sepúlveda…

—Todo un pajarraco el tal Sepúlveda —interrumpió Romero—. Me han contado mis fuentes que ese profesorzucho le jodió hace veinte años una operación al comandante Arsenio Noguera, jefe del entonces CESID en el norte de Marruecos. Le perdonaron porque lo ordenó un amiguete de Sepúlveda que mandaba mucho en la Empresa.

—No lo sabía, comisario. Sepúlveda no tiene antecedentes policiales, lo he chequeado.

—Paco, Paco, no te acabo de decir que hay que mirar en el lugar donde están las cosas, ¿vale?

—Sí, comisario, pero yo no tengo acceso a sus fuentes y sus

bases de datos. Por eso usted es usted.

—Ja, ja, ja. —A Romero le había gustado el piropo—. Bueno, sigue. Me estabas contando que los de la asociación se están moviendo…

—Sí, Solidaridad Ibero-Africana publicó el lunes en un digital de Tánger un manifiesto sobre la crisis entre España y Marruecos. Ya puede imaginárselo, todo el rollito de la buena vecindad, el respeto mutuo, el diálogo sincero…

—¡Una puta traición y punto pelota! O se está con España o se está contra España. Esos mierdas me dan ganas de vomitar. Hay que joderlos, hay que joderlos bien. A ellos y a sus coleguitas de Madrid.

—No puedo estar más de acuerdo, comisario. —Paco Gandía metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó de allí un pequeño objeto, que le pasó subrepticiamente a Romero—. Aquí tiene un *pendrive* con todos los elementos para montar una buena historieta.

—De cojones, Paco. —Romero se guardó el *pendrive*—. Y, dime, ¿no podríamos sacarle partido también al asesinato de ese judío a finales de agosto?

Paco le miró visiblemente atónito.

—¿Se refiere al apuñalamiento de Marco Revivo, el gerente del restaurante *kosher* del viejo casino judío?

—Sí, a eso. Me han contado que el tal Revivo era uno de uno de los pocos miembros de la comunidad hebrea que quedaban en esta ciudad. Igual podríamos vincular su asesinato con un clima antisemita promovido por los perroflautas. Todo el mundo sabe que los rojos están a favor de los palestinos.

—Con el debido respeto, comisario, me parece muy traído por los pelos. He seguido el caso, no se crea. A Revivo lo apuñalaron a plena luz del día en su restaurante, en la esquina de la calle México con la antigua calle Viñas. Puede oler a atentado antisemita, no se lo discuto, y quizá por eso la policía ha reforzado su presencia en la sinagoga del bulevar Pasteur. Pero la versión oficial marroquí es que el crimen fue obra de un loco, un vagabundo al que Revivo acababa de negarle un empleo en el restaurante.

—No sé, Paco, no sé. Ese tema apesta. Síguemelo también, ¿vale?

44

A Messi lo despertó el ruido de la reja del calabozo al abrirse. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba, tiempo suficiente para que se repitiera la escena de hacía veinticuatro horas: el comisario Yedidi estaba de pie ante su camastro, con un uniformado guardándole las espaldas.

—¿Qué hora es? —preguntó automáticamente.

—La última vez que la comprobé eran las once y cuarto de la noche, y de eso debe hacer unos diez minutos —respondió Yedidi con voz neutral, como si le estuviera informando a alguien que le preguntara por la calle—. Te voy a soltar, Hicham Laabi, alias Messi. Puedes volver con tu novia a vuestro bonito apartamento de Malabata.

—Se lo agradezco, *sidi*. ¿Qué ha ocurrido?

—Antes de contarte lo que puedo contarte de lo que ha ocurrido, tengo que hacerte una advertencia, Messi. Una advertencia de amigo de uno de tus amigos, ¿—entiendes? —Messi aprobó con un cabeceo—. Si eres tan listo como crees que eres, te conviene no montar ningún escándalo con tu detención. Ni una palabra a quien no esté enterado, y a quien lo esté, tu novia, por ejemplo, le dices que ha sido una confusión de identidad, que buscábamos a alguien que se llama como tú y que, tras las verificaciones oportunas, te presentamos nuestras excusas y te dejamos ir. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Lo estamos, se lo juro. Pero, dígame, ¿qué ha pasado?

—Tenemos en la morgue desde hace unas horas el cadáver de

Aliaksei Novik, al que tú llamas Michel Orlov. —Messi quedó noqueado, su cuerpo dejó de responderle y su cerebro se llenó de un ruido tan atronador como el de las vuvuzelas del Mundial de Sudáfrica de 2010—. Quizá si tú hubieras hablado habríamos podido salvarle la vida. Este es un asunto con el que tendrá que lidiar tu conciencia.

—¿De qué ha muerto? —terminó balbuceando Messi.

—Aparentemente, Novik se ha suicidado en la azotea de un hotel de la *kasbah* que se llama L'Américain. Se ha tirado al vacío desde la azotea con una soga al cuello. Ahora le están haciendo la autopsia.

—No me lo creo, *sidi*. Orlov no era de los que arrojan la toalla, era de los que aguantan los noventa minutos del partido. Lo han matado, han tenido que matarlo.

—Puede ser, puede ser. Eso es lo que estamos investigando ahora. Sabemos que Novik estaba en el punto de mira de algunos servicios secretos extranjeros. Quizá él te contara alguna vez que el FBI lo buscaba por un montón de impuestos impagados…

—Me lo contó, me dijo que por eso se andaba con cuidado.

—Sí, pero sería rarísimo que el FBI lo hubiera asesinado —dijo Yedidi con voz reflexiva, como para sí mismo—. Los americanos estaban haciendo el papeleo correspondiente para que lo detuviéramos nosotros y se lo extraditáramos. No, la cosa no va por ahí.

—¿Entonces?

—Mira, Messi, sería tonto que te callaras ahora lo que puedas saber. Así que, dime, ¿te contó Novik alguna vez que estaba trabajando en un *software* para los rusos? ¿Te mencionó algo relacionado con un submarino? —Yedidi leyó una sorpresa absoluta en el rostro del detenido—. Piénsatelo bien, puede ayudarnos a esclarecer la muerte de tu amigo. Ahora lo auténticamente leal sería que dijeras la verdad.

—Nunca me dijo nada relacionado con los rusos o con un submarino. No sé de lo que me está hablando, comisario. Se lo juro.

Yedidi lo miró como la esfinge de Giza mira a los turistas, de

modo absolutamente inescrutable.

Messi volvió caminando a Malabata: la policía tenía la costumbre de llevarte a comisaría en coche, pero no de devolverte a casa por el mismo procedimiento. Aunque no hay mal que por bien no venga: el largo paseo le reactivó la circulación de la sangre y las vuvuzelas se fueron acallando en su cerebro y dejando paso al cavilar del superviviente. ¡Joder con Orlov! A saber en qué movidas se había metido para que los putos rusos, los bielorrusos o quiénes fueran hubieran terminado ahorcándolo, arrojándolo al vacío con una soga al cuello desde la azotea de L'Américain. Y a saber qué era aquello del *software*, el submarino y la madre que los parió. Pero no, se dijo encendiendo un cigarrillo, él, Messi, no iba a intentar desentrañar esos misterios, ese no era su *business*. Lo que él tenía que hacer era desmantelar a toda virolla la granja de bitcóins de Bujalef, aunque no ahora, sino cuando estuviera seguro de que no lo vigilaban los agentes de Yedidi. Y, bueno, también tenía que buscar otro chollo con el que volver a ganar mucha pasta.

45

Sepúlveda contemplaba a Chispas, que, sobre una alfombra rabatí, se dedicaba a lavarse todo el cuerpo con su áspera lengua. El gato se lamió minuciosamente una pata, luego se atusó con ella la oreja derecha y, sintiéndose observado, giró la cabeza y miró al humano con aire interrogativo. Sepúlveda sonrió pensando que Chispas nunca había dejado de ser salvaje, tan solo estaba medio domesticado. Su menor vivacidad de ahora se debía únicamente a que él también iba haciéndose mayor.

Al lado de Sepúlveda, en el sofá, Leila, que leía las últimas noticias de la jornada en su teléfono móvil, también se giró hacia el profesor.

—Vaya, cuentan que van a suspender todas las investigaciones sobre Juan Carlos para que pueda volver a España por Navidad —dijo.

—No me extraña, princesa, no me extraña en absoluto —contestó él—. Un final corrupto para una historia corrupta. En realidad, todo lo relacionado con la monarquía es corrupto por definición, corrupto intrínsecamente. La monarquía es lo opuesto a la meritocracia: se basa en que alguien es jefe de Estado por el mero hecho de ser hijo de sus padres.

—Bueno, Sepúlveda, también puede ser útil en alguna ocasión…

—Eso mismo me dijo hace unos días Messi a propósito de la monarquía marroquí. Él mencionó la unidad y estabilidad del país, tan necesaria para los negocios. Lo comprendo y también

comprendo que a ti la monarquía no te parezca tan detestable como a mí. Al fin y al cabo, fue el actual rey de Marruecos el que aprobó la reforma del código de familia que te permitió divorciarte del tetuaní. Pero, como dice un compañero mío, también un reloj de madera da bien la hora dos veces al día.

—Ja, ja, ja. Me gustas cuando te pones sarcástico. —Leila besó en la mejilla a su pareja—. Pero, en fin, Juan Carlos hizo algunas cosas buenas para España en su juventud, ¿no? Deberías tenerlo en cuenta.

—No sé si las hizo o no, pero en todo caso no fue gratis, ya cobró por ellas. Mira, ¿sabes lo que más me fastidia de la gente que quiere encontrarle coartadas a Juan Carlos? Y no lo digo por ti, que conste, lo digo por el mismísimo presidente del Gobierno español…

—¿El qué?

—El que nos tomen por idiotas. El presidente del Gobierno dijo hace unos meses que los negocios turbios de Juan Carlos no tienen nada que ver con la institución monárquica. ¡Menuda sandez! Si Juan Carlos pilló el botín que pilló fue por ser rey, en ejercicio o emérito, qué más da. Si no de qué iban a enviarle los saudíes esas transferencias millonarias…

Leila no replicó, lo que en su caso era una forma de expresar su acuerdo, aunque fuera con matices. Siguió con la lectura de los titulares en su móvil mientras Sepúlveda se ponía a jugar al pillapilla con el gato. Hasta que se cansó, volvió a sentarse en el sofá y dijo:

—Lo único bueno de las monarquías es alguna de la literatura que han generado. El otro día, me contabas el cuento de Corona de Reyes…

Leila dejó el móvil en una mesita auxiliar.

—¿Quiere, mi sultán, que siga con la historia?

—Me encantaría.

Leila le tomó de la mano y comenzó su relato.

—¿Te acuerdas de Aziz, el golfo que mató de tristeza a su prometida Aziza porque le perdían las faldas?

—Me acuerdo perfectamente. La seductora Dalida terminó cortándole la verga.

—Eso es. Pues Aziz le contó también al príncipe Corona de Reyes que, hacía poco, había hecho un viaje comercial a la Costa del Alcanfor, cuyo rey se llamaba Zahr Shah. Te recuerdo que el alcanfor era tan apreciado como el oro por los árabes de aquel entonces. Lo utilizaban para hacer inciensos, perfumes y medicamentos.

—No lo sabía. Para mí el alcanfor son unas bolitas blancas con un olor amargo muy peculiar. En mi infancia, se metían en los armarios de ropa para combatir la polilla.

—Siguen usándose para eso, mi madre les tiene mucha fe. Y aclarado esto, déjame que siga. —Sepúlveda le dio la venia con un gesto de la mano—. Estando en la Costa del Alcanfor, Aziz logró entrever un día en su huerto a la princesa Dunia, la hija del soberano. Era bellísima y, de no haber sido por su amputación, Aziz le habría tirado los tejos. Pero no lo hizo. Lo que sí hizo fue hablarle de su hermosura al joven Corona de Reyes. Hasta el punto de que este se enamoró locamente de ella. Ya ves, en aquellos tiempos un mero relato podía provocar todo un *coup de foudre*.

—En aquellos tiempos las palabras valían más que ahora.

—Eso parece, profesor, eso parece. Así que aquí tenemos a Corona de Reyes que, acompañado por Aziz, se va la Costa del Alcanfor para intentar seducir a la princesa Dunia. Los dos se instalan como vendedores en el zoco y no tardan en comprar los servicios de una de las sirvientas de Dunia, una vieja a la que, según *Mil y una noches*, la mera presencia del guapísimo Corona de Reyes le excita al punto de humedecer sus zaragüelles.

—Ja, ja, ja. ¡Fantástico!

—Sabía que te divertiría. En fin, la vieja sirve de mensajera de amores entre Corona de Reyes y Dunia, pero la princesa se niega una y otra vez a concertar una cita con su obsesionado pretendiente. «No sigas llamando a una puerta donde no te responden», le hace saber a través de la vieja alcahueta. O sea, no es no, que diríamos hoy.

—Pero él no se rinde, ¿verdad?

—No, claro. Acaba enterándose de por qué Dunia es tan reacia a

abrirse al amor de un varón. Y es que una vez soñó que una tórtola caía en la red de un cazador y que su enamorado tórtolo no acudía a liberarla, pese a sus peticiones de socorro. De ese sueño, Dunia había deducido que todos los machos, incluidos los humanos, son así, egoístas y traidores por naturaleza, lo cual es algo que, como bien sabes, suele repetirse hoy en día en las conversaciones entre mujeres.

—¿Puedo hacer un comentario, señoría?

—Hágalo.

—Creo que la conclusión de Dunia es una generalización tan injusta como la del rey Shariar cuando se enteró de que su esposa le ponía los cuernos y dedujo de ello que todas las mujeres son unas zorras.

—Con una diferencia: Dunia no se puso a matar hombres como hizo Shariar con las mujeres. Tan solo rechazaba sus requiebros.

—Es verdad. Si te parece, debatiremos otra noche si fue porque el temperamento femenino es menos proclive a la violencia que el masculino, o si únicamente se trataba de una mera cuestión de poder. Porque Dunia no tenía el poder de Shariar para ejecutar a quien quisiera.

—Interesante apunte, lo dejaremos, pues, para otra noche. De momento, voy a terminar la historia. ¿Qué te crees que hace entonces Corona de Reyes? Pues se las apaña para meterse en el huerto de Dunia y pintar en los muros de su pabellón una serie de escenas. En ellas se ve a la tórtola atrapada en la red, pero también que el tórtolo no puede socorrerla porque ha caído a su vez en las garras de una fiera. Cuando Dunia ve estas escenas, se maravilla al ver explicado su sueño de semejante manera, así que, cuando Corona de Reyes aparece en el huerto a rostro descubierto, instantáneamente queda prendada de él. Ni que decir tiene que, bendecidos por sus respectivos padres, los dos príncipes terminarán casándose con toda la pompa y alharaca de su condición.

—¿Me permite mi Sherezade sacar la moraleja del cuento?

—La estoy esperando.

—Que no todas las cosas son lo que parecen.

—Sí, no todas las cosas son lo que parecen…, aunque, añadiría yo, algunas sí lo son.

46

Sepúlveda estaba conversando por videoconferencia con Rocío Rojas-Marcos.

—El domingo, leí de un tirón tu biografía de Chukri —decía Sepúlveda—. La encuentro muy honesta y valiente. Y te agradezco que hayas mencionado la amistad que nos unió en sus dos últimos años de vida.

—¿Sigues echándolo de menos? —Rojas-Marcos, una mujer rubia, delgada y de aspecto más nórdico que latino, había consultado con Sepúlveda un par de aspectos de la vida del autor de *El pan a secas*.

—Mucho. Te voy a contar un secreto, algo que descubrí leyendo tu libro. Dices al principio que Chukri padeció el terror más inmenso que un niño puede sentir: el miedo a su propio padre.

—Sí, lo digo cuando recuerdo que Chukri fue testigo de cómo su padre mataba a golpes a su hermano… Esa escena me resulta doblemente perturbadora, ¿sabes? Por lo que ocurre, por supuesto, pero también por la distancia y la asepsia con que la relata Chukri. Me hace pensar en cuánto tuvo que pesarle ese momento a lo largo de toda su vida, ese terrible momento en que supo a ciencia cierta que aquel que debía ser su mayor protector era quien más daño podía causarle.

—Exacto. Pues mira, yo no tuve un padre violento como el de Chukri, un padre que pegara a mi madre y me pegara a mí. Pero, durante toda mi infancia y adolescencia, sentí que el prestigioso periodista don Carlos Sepúlveda me odiaba visceralmente, me

odiaba como se odiaría a una rata asquerosa con la que estuvieras condenado a convivir en tu casa. Yo le temía profundamente, Rocío, sentía que en cualquier momento podía levantarse del sofá y estrangularme. Pero no sabía por qué, y eso me atormentaba aún más, me atormentó hasta que él murió. —Sepúlveda vio en la pantalla del ordenador que la profesora sevillana le seguía con mucha atención—. No te puedes ni imaginar cómo descubrí la razón del odio que mi padre sentía por mí.

—No, cuéntame.

—Pues me lo descubrió Chukri. O, mejor dicho, la lectura de un cuento de Chukri que yo estaba editando para una publicación del Instituto Cervantes. En ese texto, Chukri cuenta la historia de un español vecino de Tánger que, en la Nochevieja de 1956, jugando a las cartas con su mejor amigo, cuando ya había perdido todo el dinero que llevaba, se jugó a su mujer. Descubrí que ese tipejo era Carlos Sepúlveda, entonces periodista del diario *España*, y esa mujer, su esposa Olvido, mi madre. El apellido por el que todo el mundo me conoce no es el de mi progenitor.

—Te veo un poco cansado —dijo Adriana, que conversaba con Klaus por videoconferencia. Ella desde Tánger, él desde Berlín.

—Es posible —contestó él—. Anoche me acosté muy tarde siguiendo con unos amigos el resultado de las elecciones.

—Ah, claro. Ya he leído que los socialdemócratas les ganaron a los democristianos.

—Por poco, pero les ganaron. Scholz tendrá que formar un gobierno de coalición con los liberales y los verdes. Vamos a tener incertidumbre política hasta la Navidad.

—¿Y eso es malo para los negocios?

—No mucho. En Alemania estamos acostumbrados a ello, sabemos que el asunto tendrá un final razonable. ¿Y vosotros? ¿Qué tal por Tánger?

—Parece que las autoridades todavía no se atreven a levantar el toque de queda y las demás restricciones. Y esto sí que es malo para

los negocios.

—¿Y por qué no se atreven? Cuando estuve allí me pareció que la pandemia estaba bajo control.

—Igual es que ocultan las cifras reales y la cosa no va tan bien. O igual es que quieren seguir curándose en salud, y nunca mejor dicho. Querrán blindarse ante las críticas que suscitaría un rebrote si se levantaran las restricciones. Te confieso, querido, que yo estoy hasta las narices. Si van a esperar a que el covid haya desaparecido por completo de la faz de la tierra para abrir la mano, es posible que ya no haya turismo, hostelería, comercio y negocios que salvar. Los habrá matado la desnutrición.

Leila le hizo un gesto con la mano a Rachida para indicarle que charlarían cuando hubiera terminado de atender a la clienta que le estaba pidiendo algo contra la diarrea de uno de sus hijos que fuera más eficaz que la dieta de arroz hervido, manzanas y coca-colas. Rachida le indicó, también por gestos, que no tenía prisa, que podía esperar.

—¿Has tomado alguna decisión? —le preguntó la farmacéutica a su amiga una vez que la clienta se hubo marchado con unas pastillas y ellas hubieran procedido a saludarse con la ritualidad habitual en Marruecos.

—Sí —respondió Rachida—. Por eso he venido a verte. Voy a divorciarme de Said. No tiene remedio: sigue obsesionado con su trabajo, y eso que le he dado muchos toques de atención. —Tomó la mano que la farmacéutica había colocado sobre el mostrador—. Pero tengo miedo, Leila. Mucho miedo.

Leila apretó la mano de su amiga diciendo:

—Mira, Rachida, el miedo no conduce a nada, no te lleva a ninguna parte. O, mejor dicho, solo te lleva a la sumisión.

¿Qué había sido del pobrecito Orlov? Malika no lo sabía, no dejaba de preguntárselo desde la noche en que Messi regresó de la jefatura

y le dijo que todo había sido un error de identidad, que la policía andaba buscando a alguien que se llamaba como él, pero al final todo había quedado aclarado. Cuando ella le contó que el bielorruso había venido el viernes por la noche y parecía muy asustado, Messi le había respondido que los dos debían olvidarse de él, que se había ido de Marruecos para siempre.

Ahora, unos días después, Malika empezaba a intuir, de modo primigenio, desde el mismísimo fondo de las tripas, que Orlov estaba muerto, que aquello de lo que él huía había terminado por alcanzarlo. Y le vino a la cabeza la escena final de una película, *Gladiator*, que le había hecho llorar. «Volveremos a vernos, Michael», susurró mentalmente. «Pero aún no, aún no».

47

Leila tenía razón: algunas cosas son lo que parecen. Por ejemplo, el artículo que publicaba *Hoy Diario*, un tabloide digital de ultraderecha cuya existencia ignoraba Sepúlveda hasta aquel día. Ese artículo era, efectivamente, lo que parecía: una colosal inmundicia, mucho peor que una mentira.

Lo había llamado su hija Julia desde Madrid para advertirle de su publicación. El digital, le dijo, acababa de subir a Internet una supuesta información sobre Solidaridad Ibero-Africana, en la que vinculaba a esa asociación con el tráfico de hachís y la financiación ilegal de la izquierda española. Sepúlveda, había añadido Julia, aparecía mencionado, aunque no de forma explícita. Pero él, quiso tranquilizarlo, no tenía que preocuparse demasiado: todo el mundo sabía que *Hoy Diario* era el altavoz de las cloacas del Estado y, muy en particular, del comisario José Manuel Romero. Se dedicaba a publicar bulos rocambolescos sobre las izquierdas españolas y los nacionalismos periféricos para que los repicaran sin mayor comprobación las radios y televisiones conservadoras, y se comentaran apasionadamente en los mentideros de tertulianos y reinas de las mañanas. Ninguno de esos bulos había terminado nunca en nada. Pero, claro, el daño reputacional, objetivo de sus autores, ya estaba hecho.

Una vez terminada la conversación con su hija, Sepúlveda había abierto en su viejo móvil el enlace que esta le había enviado por WhatsApp. El artículo no estaba firmado y él lo había leído con el estupor con que un científico escucharía la perorata de un

terraplanista. Decía:

¿SE FINANCIAN LOS PERROFLAUTAS CON EL HACHÍS?

> La policía investiga las conexiones de una asociación progre de Tánger con el narcotráfico a través del Estrecho.
>
> La policía investiga estos días una posible conexión entre una presunta asociación cultural creada en Tánger por izquierdistas españoles y marroquíes con el tráfico de hachís a través del Estrecho, según han informado a *Hoy Diario* fuentes de la investigación. La asociación, llamada Solidaridad Ibero-Africana, es de reciente creación y reúne a profesores, escritores y otros supuestos intelectuales próximos a la extrema izquierda.
>
> Su principal promotor, un hispanista de Tetuán llamado Nabil Mursi, sería hermano de un conocido narcotraficante, Abdelkáder Mursi, detenido el año pasado por la Guardia Civil en Algeciras cuando pretendía introducir en territorio español una importante cantidad de droga por el método de las lanchas planeadoras. Los investigadores sospechan que las ganancias de estas operaciones de narcotráfico estarían destinadas a financiar a los partidos de extrema izquierda que ahora forman parte junto al PSOE del Gobierno de coalición social-comunista. Lo harían a través, precisamente, de Solidaridad Ibero-Africana. Un profesor del Instituto Cervantes de Tánger, de nacionalidad española y viejo conocido de nuestros servicios de inteligencia por sus incendiarias ideas radicales, preside esta asociación desde su constitución oficial el pasado verano en la ciudad marroquí.
>
> Tras descubrirse, gracias a las informaciones de *Hoy Diario*, los vínculos de los perroflautas con los ayatolás iraníes, la tiranía bolivariana de Venezuela y el espionaje de Vladimir Putin, la nueva línea de investigación abierta por la policía podría destapar una nueva y siniestra fuente de financiación de los socios del presidente del Gobierno.

Sepúlveda aún no había salido de su asombro cuando le entró la llamada de Nabil Mursi.

—Buenos días, profesor, ¿ha visto lo que ha publicado *Hoy Diario*?

—Acabo de verlo, Nabil. Me ha avisado mi hija Julia. No tengo palabras.

—Le adelanto que lo único cierto que dicen es que a uno de mis tres hermanos lo detuvieron en Algeciras con un paquete de hachís. Lo demás es…, no sé cómo llamarlo.

—Una mierda, Nabil, una puta mierda. Mira, mentiras hay de muchos tipos: mentiras completas, mentiras a medias, mentirijillas, mentiras piadosas, mentiras innecesarias, mentiras maliciosas, qué sé yo. Pero lo de estos cabrones va más allá de todo eso, es, directamente, una puta mierda.

—Habrá qué hacer algo, profesor. Y no me refiero a publicar un desmentido para darle más recorrido a la calumnia. Ser progresista no es poner la otra mejilla cuando te abofetean, ¿no le parece?

—Me parece, Nabil. Últimamente empezaba a pensar que, en un mundo que adora los embustes, quizá lo más verdadero sea guardar silencio. Pero tienes mucha razón: hay cosas que no puedes dejar pasar porque, si lo haces, luego no puedes ni mirarte en el espejo.

48

A Sepúlveda no le sorprendió demasiado la llamada del comisario Yedidi proponiéndole que, cuando el profesor pudiera, se vieran en el lugar donde lo habían hecho la última vez. Supo de inmediato que Yedidi se refería al Caid's Bar, del hotel El Minzah, y, también de inmediato, supuso que la reaparición en su vida del jefe superior de policía tendría que ver con el bulo publicado veinticuatro horas antes en *Hoy Diario*.

Le respondió que podían reunirse esa misma mañana, al término de sus clases en el Cervantes, en esa hora previa al almuerzo que los españoles llaman la del aperitivo. A Yedidi le pareció muy bien. Una de las escasas ventajas de su cargo, comentó, era que le permitía hacer y deshacer su agenda con bastante libertad.

Sepúlveda y Yedidi simpatizaban mutuamente. Sus vidas se habían cruzado en el par de casos criminales en los que se había visto envuelto el profesor en sus últimas dos décadas en Tánger. Sepúlveda se había implicado en ambos asuntos en calidad de detective aficionado, motivado por su tozudez para no aceptar mentiras e injusticias que le resultaban evidentes. En las dos ocasiones, Yedidi había intentado disuadirle de que siguiera husmeando, pero, al final, había terminado ayudándolo.

Cuando llegó al Caid's Bar, el comisario, siempre muy puntual, ya estaba esperándolo en una de las mesas más alejadas de la barra.

Yedidi se levantó y le extendió la mano. Sepúlveda se la apretó con firmeza. Los dos se sentaron y el profesor dijo:

—Veo que sigue cuidándose, comisario. Ha pedido agua.

Yedidi sonrió. En efecto, no había engordado un gramo desde que conociera a Sepúlveda en la primavera de 2002, cuando él era el jefe del turno policial de la mañana en el aeropuerto Ibn Batuta. Su ascenso profesional no le había llevado a abandonar sus carreras diarias por la ciudad, ni a comer o beber cualquier cosa. De hecho, una de las cosas que más le disgustaban de sus subordinados era su tendencia a la obesidad.

—Agua, sí. Y sospecho que usted pedirá una cerveza. —Yedidi era tetuaní y hablaba un excelente español—. Creo recordar que la última vez que nos vimos aquí usted pidió una Casablanca.

—Recuerda bien. —Sepúlveda sonrió amistosamente—. Ahora yo también empiezo a cuidarme: he dejado de fumar y bebo mucho menos que antes. Pero sí, voy a pedir una Casablanca. Por los viejos tiempos.

Con un gesto de la mano, Yedidi llamó la atención de un camarero que se mantenía atento a prudencial distancia de la mesa. Cuando se acercó, le encargó la cerveza, añadiendo que seguramente su acompañante preferiría que la tapa que iba a acompañarla de oficio fuera de trocitos de zanahoria. Sepúlveda asintió.

—El otro día, conocí a su amigo Messi —dijo el comisario cuando el camarero se hubo marchado. Vio sorpresa en el rostro de su interlocutor y añadió—: ¿Él no le ha dicho nada?

—Pues no, la verdad es que no le he visto en los últimos días…

—No tiene la menor importancia. Mis hombres se confundieron y lo llevaron a la jefatura. Buscaban a alguien que se llama como él, Hicham Laabi, pero lo soltaron una vez aclarado el malentendido. El caso es que le conocí. Charlamos un rato y me pareció hasta más cabezota que usted, lo que ya es decir.

—Messi es un buen hombre, comisario. Ha tenido una vida muy dura y, como tantos marroquíes, ha tenido que apañárselas con un poco de picaresca. Pero no creo que jamás haya hecho algo verdaderamente grave. Se lo digo muy en serio.

—*Meshi mushkil*[12] no se preocupe. No tenemos nada contra él. —Yedidi tomó con la zurda su vaso de agua y bebió un poco—. Me alegra verle, profesor. Yo también digo esto muy en serio.

El camarero regresó, sirvió la cerveza, depositó sobre la mesa un cuenco con zanahorias peladas y cortadas en finas tiras, preguntó si necesitaban algo más y, al obtener una respuesta negativa, se retiró con premura. Sabía quién era aquel cliente marroquí con la insignia del Atlético de Tetuán en la solapa de la chaqueta. Este prosiguió:

—Antes de qué hablemos de otras cosas, me gustaría hacerle una pregunta personal, si no tiene usted inconveniente —Sepúlveda dio su venia con la cabeza—. Me pregunto por qué sigue usted aquí, profesor. Ya sé que su trabajo está aquí y que su pareja es de aquí. Pero supongo que usted podría trasladar a España sin muchos problemas tanto su trabajo como su relación. Así que lo que me interesa, ya me conoce, es la razón profunda de su apego a esta ciudad. La razón filosófica.

—No puedo responderle con nada original, comisario. Creo que me ha pasado lo mismo que a Bowles. En mis primeros años, disfrutaba sintiendo que esta ciudad tiene una magia especial. Luego pasé a conformarme con que aquí se viva y se deje vivir. Y, por último, fui envejeciendo y el mundo me fue gustando cada vez menos. Así que para qué voy a cambiar, no hay por ahí fuera nada que merezca una mudanza.

—Le entiendo, me parece que le entiendo.

—¿Puedo devolverle la pregunta, comisario?

—Por supuesto.

—Dígame, por favor, por qué sigue usted en la policía, y además de jefazo. Ya sé que es lo que ha hecho siempre y que cobrará una pensión dentro de unos años si sigue haciéndolo. Pero usted no es un policía servil y adocenado, uno de esos que solo persiguen a los robagallinas. Usted ya me demostró que se las ingenia para hacer valer su propio criterio cuando puede. A mí también me interesa mucho su razón filosófica.

—Mi respuesta no es muy diferente a la suya. Al principio pensaba que el Estado es el gran corrector de las injusticias del mundo, así que lo más útil era trabajar para él. Después empecé a conformarme con que, al menos, sirviera para paliar algunas de las tropelías más escandalosas cometidas con los débiles. Ahora me

contento con valorar la eficacia policial. Nosotros siempre llevamos ventaja, profesor. Podemos equivocarnos cien veces, pero si acertamos una, atrapamos al criminal; él puede acertar cien veces, pero si falla una, lo atrapamos.

—Claro, comisario, es la ventaja de tener el poder. Por eso no me gustan las novelas o películas que presentan a los policías como héroes admirables. Al fin y al cabo, ustedes son miembros de una organización con recursos y apoyos aplastantes. Prefiero las historias protagonizadas por individuos sin placa ni pistola. Como aquellos detectives privados que interpretaba Bogart.

—¡Ah, usted siempre tan anarquista, querido profesor!

—No me ofende, comisario, y lo sabe. Ahora quizá sea incluso más anarquista que cuando nos conocimos. Ya no acepto de buen grado otra autoridad que no sea la moral e intelectual.

—¿Ni tan siquiera la emanada de unas elecciones democráticas?

—Esa no tengo más remedio que acatarla, pero reservándome el derecho a disentir. No es políticamente correcto decirlo hoy en día, pero pienso que el criterio de la mayoría está muy sobrevalorado: no siempre equivale a lo racional, lo verdadero o lo justo. Ya lo decía Voltaire: la gente creyó durante siglos que el sol giraba en torno a la Tierra, y eso era una majadería monumental. La gente es manipulable, lo ha sido siempre. Antes por las religiones, ahora más bien por las televisiones.

Yedidi volvió a sonreír, miró su reloj de pulsera y dijo:

—Podría responderle que de algún modo tenemos que organizamos los humanos, pero eso daría para una larga conversación y no me queda mucho tiempo. Así que voy a decirle lo que he venido a decirle. Usted puede manejarlo a su conveniencia siempre que no me cite en ningún momento.

—Como siempre.

—Como siempre. —Yedidi le hizo un gesto al camarero para que le trajera la cuenta—. Mire, leí el artículo que publicó ayer un digital de Madrid sobre la asociación cultural que usted preside y creo saber de dónde procede. —Sepúlveda pasó a mirarle con expectación—. Usted sabe que se nos escapan pocas cosas de lo que

ocurre por aquí, y, aunque usó un pasaporte con otro nombre, hemos detectado la presencia en la ciudad del famoso comisario español José Manuel Romero.

—¿El de las cloacas del Estado?

—Sí, así le llaman los medios de comunicación de izquierdas. Pues bien, el comisario Romero ha hecho en las últimas semanas varias visitas a Tánger, con una identidad falsa, como le he dicho. Por supuesto, nuestros servicios de inteligencia lo han tenido todo el rato al alcance de sus radares, y han podido averiguar que anda planeando un encuentro clandestino en esta ciudad entre el rey Juan Carlos I y su examante Corinna Larsen. —Ahora Sepúlveda le miraba con estupor: el rumor que le había comentado Messi en el Continental tenía algún fundamento—. Sí, créaselo, es así. Intenta que lo organice una española que vive en la Vieja Montaña y que pienso que usted conoce.

—¿Adriana Vázquez?

—Usted lo ha dicho, profesor, yo no. Pero déjeme que prosiga un par de minutos más. Nuestros servicios han llegado hasta ahí, pero yo, que, como buen tetuaní, sigo de cerca la actualidad española, me pregunto si las visitas del comisario Romero no han tenido también algo que ver con lo publicado ayer en ese digital sobre la asociación hispano-marroquí que usted preside. Le daré dos pistas. La primera es que Romero se ha estado viendo con un policía español que trabaja en el consulado y nunca nos ha parecido trigo limpio. La segunda es que ese policía ha estado haciendo averiguaciones impertinentes en nuestros registros sobre Abdelkáder Mursi, el hermano de su compañero de asociación. Blanco y en botella, como dicen ustedes, los españoles.

49

Teresa Ortega cayó en la cuenta de que no había puesto un pie fuera de Tánger desde su llegada a la ciudad, tres años atrás. No había sido tan solo por las prohibiciones de movilidad causadas por la pandemia, sino principalmente porque no le había apetecido. Ni tan siquiera había tenido ganas de visitar lugares tan próximos como Arcila, Larache, Tetuán o Xauen, de los que todo el mundo le hacía grandes elogios. Comenzaba a entender algo que Adriana le había dicho al comienzo de su amistad: Tánger era una prisión sin barrotes, una prisión libremente aceptada.

Adriana llegó veinte minutos tarde a la cita para almorzar que habían concertado en el Morocco Club. Le había costado aparcar en las alturas de la *kasbah*, explicó. Teresa pensó que debía venir de alguna reunión oficial porque iba muy mona, con un maquillaje ligero y un traje chaqueta de color verde menta que le sentaba muy bien.

Hablaron de trabajo, de los próximos pasos que querían dar en la promoción del mundial y de cómo podía fastidiarlos la persistencia en Marruecos de restricciones por el covid. Adriana comentó que Klaus le había anticipado que se preveían rebrotes de la pandemia en Alemania y otros lugares de Europa durante el invierno, como consecuencia de la necesidad de pasar más tiempo en interiores, la relajación de las precauciones, el que bastante gente seguía negándose a vacunarse y la posible aparición de nuevas variantes del virus.

—Sospecha que las cosas pueden volver a ponerse feas por

Navidad y Año Nuevo.

—Puede ser —respondió Teresa— Klaus tiene pinta de ser un buen analista de riesgos. La pandemia ha demostrado que nuestro mundo es muy vulnerable, aunque tengamos que olvidarlo para seguir viviendo de veras. Viviendo, no solo sobreviviendo con miedos y angustias.

—*Absolument!* Klaus piensa que, al primer rebrote de envergadura, las televisiones volverán a su sensacionalismo apocalíptico, y los mercados financieros a lo que él llama su pusilanimidad. Pero también calcula que todo ello no alterará sustancialmente los planes aprobados en la cumbre de Berlín. Está convencido de que la vacunación ha sido el Stalingrado del covid. Ya está derrotado, aunque aún siga coleando uno o dos años más, como hizo Hitler tras aquella batalla.

Teresa aprobó esa opinión con un gesto: ella, como millones de personas en Marruecos, se había vacunado gratuitamente meses atrás con el producto chino Sinopharm. Luego cambió de tercio y le preguntó a Adriana qué pensaba Klaus sobre las selecciones que podían clasificarse para el mundial en las eliminatorias de noviembre, y Adriana le dijo que él daba por seguras a Alemania, Francia, España, Inglaterra, Italia, Brasil y Argentina, los clásicos. «¿Y Marruecos?», preguntó Teresa. Sí, Klaus intuía que los Leones del Atlas también conseguirían el pasaporte para Qatar.

Como había hecho en el Osky's, Teresa esperó a los postres para darle a su amiga el parte de novedades de su vida personal.

—He roto con Yunes —dijo con tono neutro—. También esta vez tú eres la primera y la última en saberlo.

—¡No me digas! ¿Y eso?

—Empezó a mosquearme la pasada semana, cuando me pidió dinero para comprarse unas zapatillas Nike. Se lo di, pero sintiéndome un poco chuleada, te lo confieso. El día siguiente, me mosqueé todavía más cuando, justo después del polvo, me preguntó qué es lo que hacía yo cuando no estaba con él. Me lo preguntó con lo que me pareció un aire inquisitorial. Y ayer me sacó de mis casillas cuando pretendió fotografiarme desnuda con su móvil. Así

que he seguido tu consejo: lo he puesto de patitas en la calle en cuanto he empezado a notar que él se ponía machito y quería llevar el volante.

50

—Así que ahora te dedicas al fútbol —dijo Sepúlveda.

Adriana respondió:

—A practicarlo, no. A promocionarlo. De algo tengo que vivir.

—¿Pero tú sabes de fútbol?

—Ahora sé un poco, antes no tenía la menor idea. Pero, bueno, tampoco sabía nada de golf cuando empecé a trabajar en el Royal Country Club. Esas cosas se aprenden rápido, no son la teoría del *Big Bang*.

—Tienes razón. ¿Pero no te produce un poquito de mala conciencia trabajar para los jeques de Qatar? No sé nada del puñetero fútbol, pero sé que se ha convertido en una herramienta para blanquear regímenes tan siniestros como el de Arabia Saudi. Ayer leí una noticia que decía que Messi hará de reclamo de un festival que se celebrará en Riad en enero. Parece que se ha embolsado varios millones de dólares.

—Venga, Sepúlveda, tú siempre tan moralista. En primer lugar, Arabia Saudi es mucho peor que Qatar. Y, en segundo, yo, a diferencia de Messi, no cobro millones de dólares. Ni puedo prescindir, por cierto, de los miles que me pagan.

—¿De veras te parezco tan moralista?

—Me encanta que lo seas, *chéri*. Es uno de tus atractivos.

Acompañó sus últimas palabras del gesto de ahuecarse el cabello y Sepúlveda sonrió recordando aquel viejo truco de su anfitriona. Aquel gesto y la sonrisa que a él le provocó consiguieron relajarlo casi tanto como pasar un buen rato en un *hammam*.

Y es que Sepúlveda había subido a la villa de la Vieja Montaña tenso y perturbado por el recuerdo de la breve relación que había sostenido con Adriana seis años atrás, cuando él estaba separado temporalmente de Leila y ella trabajaba en el club de golf. Las noches que entonces compartieron seguían siendo la más explosiva experiencia sexual de su vida, y, sin duda, pensó, lo seguirían siendo hasta el final de sus días.

Adriana aprovechó el momento para preguntarle si quería beber una limonada con yerbabuena que hacía ella misma. Él aceptó la propuesta y ella abandonó la terraza en dirección al interior de la vivienda. No se la veía inquieta en absoluto. Le había descolgado el móvil al que la había llamado hacia las cinco de la tarde —Sepúlveda no sabía si mantenía el mismo número que seis años atrás, pero resultó que sí, era el mismo—, había escuchado su propuesta de encuentro urgente «para un asunto de mutuo interés» y le había respondido que lo esperaba en casa. Adriana parecía no haber perdido la seguridad en sí misma que tanto le había impresionado cuando la conoció en una fiesta inglesa en el Marshán.

Mientras ella depositaba en la mesa la limonada, los vasos y las servilletas, Sepúlveda le dijo:

—Estaba pensando en lo que has dicho sobre mi moralismo. Yo no emplearía esa fórmula, no me gusta, pero no quiero tener ahora una discusión semántica contigo. En el fondo de la cuestión tienes razón. Tengo muchas dudas y pocas certezas en mi vida, pero respecto a esas certezas me siento como el protagonista de *El viejo y el mar* defendiéndolas de todos los tiburones del océano.

Adriana lo miró con ternura.

—Recuerdo que cuando te conocí me pareciste adorablemente huraño.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Y eso también me gustó: la mayoría de los hombres con los que me relaciono siempre llevan puesta la careta del optimismo y el triunfo. —Sirvió la limonada, le ofreció a Sepúlveda su vaso, tomó el suyo y añadió—: Yo también tengo que llevarla; son los hombres los que han fijado las reglas de juego del mundo en

que me muevo.

—Una vez te quitaste esa careta conmigo, aquí mismo, la última vez que nos vimos. Y eso me gustó.

—Lloré, lo recuerdo perfectamente. Lloro muy poco.

—¿Has visto una película que se llama *Rock The Kasbah*?

—No.

—Es una comedia simpática que transcurre en Tánger. Hay una frase del personaje interpretado por Omar Sharif que jamás se me borrará: «No hagas llorar a una mujer porque Dios cuenta sus lágrimas». —Sepúlveda bebió un sorbo de limonada—. No soporto ver llorar a una mujer, se me derrumba el mundo encima.

—Sensiblero, además de moralista y huraño. Me alegra ver que no has cambiado, Sepúlveda.

—Bueno, he cambiado, Adriana, algo he cambiado. Pero, en fin, te estarás preguntando a qué he venido. Te lo digo ya: los dos tenemos un enemigo en común, *el* comisario Romero, rey de las cloacas policiales de nuestra querida España. Los dos somos víctimas de sus enredos. —Adriana puso cara de *poker*—. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé: ese tío quiere que organices aquí determinado encuentro y a ti eso te fastidia. Te fastidia mucho.

Adriana no se lo esperaba. Meditó unos instantes antes de decir:

—No vas descaminado, Sepúlveda, así que no me voy a ir por las ramas contigo: hace unos días ese individuo volvió por aquí y le mandé a freír espárragos. Me importa un comino que empiece a echar mierda sobre mí por todas partes.

—Ya la ha echado sobre mí y una asociación cultural que presido. Por eso he venido a verte. Para que intercambiemos información y decidamos cómo devolverle los golpes. Ese tipo no se puede ir de rositas. Es un estafador, un timador, un profesional de la mentira. Aunque sea políticamente incorrecto, voy a decirlo: Romero es un grandísimo hijo de puta. No en el sentido de que su madre ejerciera ese viejo oficio, sino en el sentido que mayoritariamente le damos: un individuo malvado, desalmado, nefasto.

—No puedo estar más de acuerdo. Estoy aprendiendo que la

principal inteligencia de los servicios que así se autodenominan es la que tienen para mantenerse ellos a salvo. Dime, pues, ¿en qué estás pensando? Quizá me interese.

51

El mensaje por WhatsApp de Paco Gandía era muy breve: «Mire *Reacciona*». Romero supuso que se trataba del pejiguero digital progre madrileño y, como no lo tenía en la barra de favoritos de su ordenador, buscó en Google la dirección de su página web.

La noticia era la más destacada de la portada. La firmaba una tal Ana Cuadrado y no era un refrito de despachos de agencias, se presentaba como toda una exclusiva del diario. Decía:

El comisario Romero exporta sus intrigas a Tánger

Ha fabricado un bulo contra el ala izquierda del Gobierno mientras intenta organizar un encuentro en la ciudad marroquí entre el rey emérito y Corinna Larsen

España se le ha quedado pequeña al comisario José Manuel Romero, al que la Audiencia Nacional y una comisión del Congreso investigan en la actualidad por los presuntos delitos de extorsión, cohecho, tráfico de influencias, falsedad documental y revelación de secretos. Romero se ha trasladado varias veces en las últimas semanas a la ciudad marroquí de Tánger bajo una falsa identidad, para intentar organizar allí una reunión clandestina entre el rey emérito Juan Carlos I, en la actualidad refugiado en Abu Dabi, y su examante Corinna Larsen, según han informado a *Reacciona* fuentes policiales marroquíes. El objetivo de dicho encuentro sería pactar una solución a la disputa entre ambos por la propiedad de la transferencia de cien millones de dólares efectuada desde Arabia Saudi a una cuenta en Suiza de la empresaria alemana de origen danés, residente habitual en Londres.

Dichas fuentes también relacionan a Romero con el bulo publicado hace unos días por *Hoy Diario* según el cual el ala izquierda del actual Gobierno se financiaría con dinero procedente del tráfico de hachís. Romero habría confeccionado ese bulo con la ayuda de un inspector de la Policía Nacional que perteneció a la llamada Policía Patriótica y en la actualidad trabaja en el consulado de España en la ciudad marroquí.

Las autoridades marroquíes, según las citadas fuentes, no descartan acusar al comisario Romero de entrada ilegal al país y falsificación de documento público por su uso de un pasaporte con una identidad imaginaria. Las intrigas magrebíes del comisario Romero, que se han producido cuando aún no se ha solucionado la crisis política y diplomática entre Madrid y Rabat provocada por la hospitalización en Logroño del líder del Frente Polisario Brahim Ghali, el pasado junio, han causado una viva irritación al sur del estrecho de Gibraltar.

Bulos y tejemanejes son el fondo de comercio del comisario Romero, uno de los jefes de la Policía Patriótica que, bajo el Gobierno de Mariano Rajoy, se dedicaba a la destrucción de pruebas de los casos de corrupción del partido que entonces ocupaba la Moncloa y la fabricación de falsos dosieres que desacreditaran a la izquierda y los independentistas. Romero usaría, entre otros instrumentos, el llamado Archivo Jano, que, al parecer, contiene numerosos datos secretos —vicios, aberraciones, negocios turbios, fraudes fiscales…— de miles políticos, empresarios, jueces y periodistas.

52

—Está usted fuera de la operación Hespérides, comisario.

El coronel Jordán miraba con severidad a Romero desde el otro lado de la mesa que ocupaban en su habitual cafetería de la calle Príncipe de Vergara.

—¿Puedo preguntarle el porqué?

—Caramba, Romero, al final va a resultar que, de tan pillastre que se cree, ha pasado usted a convertirse en tonto del bote. Usted ha aprovechado su misión en Tánger para montarse por su cuenta esa historieta sobre los perroflautas y el tráfico de hachís.

—Con todo el debido respeto, coronel, tengo que decirle que eso también es un servicio al Estado.

—No el que le había sido encomendado. Lo que usted ha hecho se llama deslealtad e indisciplina, y eso por ser suaves. —Jordán dejó sobre la mesa un billete de diez euros para pagar las consumiciones, se levantó y añadió—: Y no vuelva en un tiempo por Marruecos, háganos ese favor, Romero. Sus autoridades han hecho saber a las nuestras que usted no es bienvenido allí. *Persona non grata*, ¿lo entiende?

53

A comienzos de octubre, Tánger vivió una saludable fiebre de actos culturales. Santiago de Luca publicó el nuevo número de su revista *SureS*, consagrado a los pintores españoles e iberoamericanos que se habían inspirado en la ciudad. Bernabé López García presentó su libro sobre cómo se vivió allí la guerra civil española. Consuelo Hernández expuso sus pinturas sobre el Gran Teatro Cervantes. Y Aziza Laraki hizo el primer *vernissage* del otoño en su galería Kent.

La cultura tangerina se sumaba a la fiesta de la resurrección tras la pandemia, y tenía como protagonistas a muchas mujeres: la propia Laraki; la cineasta Farida Benalyazid; la diseñadora de ropa Salima Abdel Wahab; Farida Kanario, propietaria de un lindo *riad* en la *kasbah*; la librera Stéphanie Gaou, que hacía poco le había regalado a Sepúlveda un librito de Simone Weil… Leila se lo hizo notar al profesor mientras caminaban hacia el *vernissage* en la Kent, y este le dio la razón de muy buen grado.

Sepúlveda se sentía aquellos días muy satisfecho por su respuesta al comisario Romero: le había dado a probar su propia medicina…, y sin faltar a la verdad. Basada en las confidencias del comisario Yedidi y Adriana Vázquez, la noticia publicada por *Reacciona* había tenido efectos explosivos. Otros medios la habían reproducido, las izquierdas habían puesto el grito en el cielo en el Congreso y la fiscalía se había visto obligada a abrir una investigación, según le había ido informando desde Madrid su hija Julia. La incursión norteafricana de Romero había terminado en un completo naufragio y el comisario estaba más acorralado que nunca.

El profesor del Cervantes era consciente de que, amén de la peculiar amistad que los unía, Yedidi había tenido otros motivos para darle munición contra Romero, motivos relacionados sin duda con los intereses del Estado marroquí. Pero se decía que el bosque no se preocupa por las razones de las nubes cuando estas arrojan un agua benéfica en mitad de un incendio. A caballo regalado no le mires el diente, sentenciaba el sabio refranero español.

Vestido con una chaquetilla blanca de barman, Alberto Gómez Font preparaba cócteles para los asistentes a la inauguración de la exposición pictórica de la Kent. Esperando el suyo, un negroni en vaso corto y ancho, Teresa Ortega le contaba al filólogo que se había apuntado esa misma mañana a clases de taekwondo en un gimnasio de la *kasbah*. «El taekwondo es una maravilla, a medio camino entre el *ballet* clásico y las artes marciales», le decía con entusiasmo. Alberto le envió una sonrisa divertida y vio acercarse a Sepúlveda y Leila.

—¿Conocéis a Teresa? —les preguntó cuando llegaron a su altura. Los dos negaron con la cabeza y él hizo las presentaciones—: Sepúlveda y Leila son instituciones de la ciudad, como el Gran Café de París. Teresa lleva aquí dos o tres años, vive cerca del Café Baba.

Los tres se besaron en las mejillas y Leila le preguntó a Teresa:

—¿Y cómo te va por aquí? ¿Eres feliz?

—Razonablemente feliz, para qué voy a negarlo. Ahora estoy entendiendo aquello de que se pueden vivir varias vidas en una, de que siempre se puede renacer, aunque sea cubierta de cicatrices.

—Gran verdad —dijo Leila.

Teresa tomó el negroni que le tendía Alberto y preguntó a los recién llegados:

—¿Y a vosotros? ¿Cómo os va?

—Nosotros tampoco tenemos tiempo para morir —respondió Leila. Se giró hacia Sepúlveda, le guiñó un ojo y añadió—: Así que nadie debe plantar aún los crisantemos de nuestro funeral, ¿no te parece, profesor?

Agradecimientos

Esta es una obra de ficción, aunque mencione algunos lugares, personajes y situaciones existentes. Quedan ustedes advertidos de que todas sus historias son fruto de mi pobre imaginación.

En su realización he contado con la ayuda de unas cuantas personas, a las que quiero expresar mis agradecimientos.

A Juan Madrid, por cuatro décadas de amistad y magisterio, y por haber permitido que le tomara prestado el personaje del comisario José Manuel Romero de su novela *Gloria bendita* (Alianza Editorial, 2020).

Al profesor y traductor granadino Salvador Peña, autor de la deliciosa antología *Mil una noches* (Editorial Karawán, 2020), con el que sostuve correspondencia sobre los cuentos orientales durante la redacción de esta novela.

A Randa Jebrouni por haberme descubierto en la presentación de *Limones negros* en el Instituto Cervantes de Tánger que, sin ser consciente de ello, yo estaba escribiendo una «trilogía cítrica» sobre la ciudad.

A mis amigos Rocío Rojas-Marcos, Alberto Gómez Font, Farid Othman-Bentria y Salima Abdel-Wabah, citados por sus nombres en esta novela, por su complicidad en mis andanzas tangerinas.

A la galerista Aziza Laraki, el escritor y editor Santiago De Luca, mi colega Javier Rioyo, el profesor Larbi Ghajjou, el musicólogo Karim Bourzine, el filósofo Faisal Maanan Algandouzi, Farida Kanario, del *riad* La Tangerina, y tantos otros, por su hospitalidad durante mi estancia en Tánger para la elaboración de

esta obra.

A *mes potes* François y Pierre Camus, por su apoyo durante la redacción de parte de este libro en Bubión (La Alpujarra).

A Manuel Iradier, por tantas risas compartidas en Tánger. A Bea Marín, por haber leído y mejorado, una vez más, el primer borrador de uno de mis trabajos. A mi editora, Mayda Bustamante, por su entusiasmo, complicidad y paciencia. A Vivian Stusser, por la magnífica corrección para Huso de la versión final de esta novela. A mis socios Merche Medina y José Ramón Alarcón, por su fraternidad. A Fernando García del Real, por una nueva portada magnífica. Y, por supuesto, a Dácil Marín, que volvió a apoyarme inquebrantablemente durante el embarazo y parto de esta obra.

Esta novela concluye la trilogía Tánger Noir que tuvo sus anteriores episodios en *Tangerina* (Martínez Roca, 2015) y *Limones negros* (Anantes, 2017). Ha sido escrita entre marzo y noviembre del año 2021 en Salobreña, Bubión y Tánger.

El agente de la Peninsular[13]

1

El recepcionista del Hotel L'Américain me contempló con mala leche.

—Ayer, cuando se registró, le dije que no podía subir mujeres a su habitación.

Puse la cara de inocencia de un gatito al que su ama sorprende afilándose las uñas en el sofá.

—Lo recuerdo perfectamente. Pero usted no me dijo nada acerca de hombres.

Giré la cabeza y le guiñé un ojo a Paul, que esperaba a mis espaldas a que yo entregara la llave de la habitación. Paul era un gigante de un metro noventa, cabello rapado y piel oscura como el cacao. Me devolvió el guiño.

El puto recepcionista se dirigía de nuevo a mí.

—No se haga el tonto, caballero —dijo.

Volví la cabeza en su dirección.

—No me hago el tonto, jefe; solo aplico al pie de la letra sus instrucciones. —No quería, sin embargo, que se mosqueara conmigo hasta el punto de llamar a la policía, así que le sonreí amistosamente al tiempo que añadía—: Anoche pagué el precio de una habitación para mi amigo. Se lo pagué al compañero suyo que estaba de guardia en el mismísimo puesto en que ahora está usted. Fueron quinientos dirhams.

El recepcionista, un vejete de rostro cetrino, ojos saltones y expresión avinagrada, se ajustó las gafas de leer que llevaba colgando del cuello, tomó el libro de registros, lo hojeó hasta llegar a las

últimas entradas y las examinó meticulosamente, cual si fueran los versículos del Corán.

—Aquí no consta ese pago —concluyó.

—Quizá su compañero se olvidó de anotarlo. —Alcé las palmas de las manos al cielo, en señal de aceptación resignada tanto de los errores humanos como de los designios divinos—. Pero se me ocurre una forma de arreglarlo. —La codicia tomó el relevo de la sospecha en la mirada del vejete—. Voy a abonarle de nuevo esa habitación.

Saqué la cartera del bolsillo interior de mi cazadora vaquera. Extraje unos billetes y, cuando hube reunido la cantidad de medio millar de dirhams, se los entregué al recepcionista junto a la llave de mi cuarto.

Me volví hacia Paul, que sonreía con picardía, y le dije:

—Arreglado. Podemos ir a desayunar.

—¡Necesito la documentación de su amigo! —protestó el recepcionista. Sentí poca firmeza en sus palabras, tan poca como en las de un político de centroizquierda asegurando en un mitin electoral que subirá los impuestos a los banqueros. La vencí entregándole un nuevo billete, este de veinte euros, y sentenciando:

—No lo creo imprescindible.

La mañana era gloriosa, con el sol imperando en un cielo de un intenso color azul y un vientecillo refrescando la atmósfera. Las gaviotas surcaban el aire con el descaro de quien se cree el dueño del lugar. No parecía que aquel fuera a ser el día del fin del mundo.

Paul y yo ascendimos unas decenas de metros desde L'Américain a la plaza de la *kasbah*, y, una vez allí, nos sentamos en una de las mesitas redondas de la terraza del Morocco Club, bajo un árbol robusto que me pareció un ficus y frente a la *boutique* de una tal Salima Abdel-Wahab. Pedimos zumo de limón con yerbabuena, café con leche y cruasanes recién horneados. Luego nos pusimos a contemplarnos jovialmente.

Paul era guapísimo. Alto, como ya dije, y bastante musculoso, aunque sin los excesos de los drogadictos del gimnasio. Llevar rapado el cabello le sentaba muy bien: tenía un cráneo rotundo,

señorial, faraónico. De su rostro, de ojos dulces, nariz regular y orejas pequeñas, lo que más me gustaba eran sus labios, gruesos y sensuales, tan africanos. Los había mordisqueado con regodeo la noche anterior en mi cuarto en L'Américain, y con el mismo deleite mis manos habían recorrido su piel, sedosa y áspera a la par, de un color fastuoso.

Era nacido en la isla de Saint-Barthélemy, en el archipiélago caribeño de Guadalupe, tenía la nacionalidad francesa y se ganaba la vida como batería de un grupo *de jazz*. Yo había reparado en él al verlo actuar la noche anterior en el Tanjazz, el festival que se celebraba esos días en el moruno Palacio de Mulay Hafid. Había ido allí para ocupar mi primera velada en Tánger y, solo con verlo aporrear los tambores y platillos, había sentido eso que los gabachos llaman *le coup de foudre*, el deslumbramiento que provoca el relámpago, el amor a primera vista. Me había importado una mierda que la ciudad entera supiera prácticamente recién aterrizado que yo era gay. Incluso había llegado a pensar que eso bien podía servirme de coartada para la misión que me había llevado a atravesar el Estrecho. En ningún manual del detective privado está escrita la prohibición de unir lo útil con lo agradable.

El camarero de la terraza del Morocco Club espantó a manotazos a un par de chavales andrajosos y excitados que pretendían pedirnos limosna; ya los habíamos visto poco antes, en nuestra ascensión a la plaza de la *kasbah*, esnifando pegamento en bolsas de plástico. A Paul no le gustó el gesto del camarero: lo desautorizó levantándose de la silla, acercándose a los chavales y entregándoles un puñado de monedas que sacó del bolsillo del pantalón. Lo vi hacer con cara de *poker*. Comprendía su actitud, pero no la compartía. En mi oficio no se llega muy lejos enterneciéndose con toda la miseria del mundo.

Tras despedirme de Paul fui al hotel a recoger la Nikon y una mochila con unas cuantas cosas útiles para mi trabajo. Luego descendí a pie hasta el corazón de la medina. Despaciosamente, entrando a curiosear en alguna que otra tienda de artesanía bereber, olfateando las flores de las plantas que trepaban por las tapias,

tomando fotos aquí y allá. La de unos hiladores trabajando con una rueca de madera en mitad de una callejuela. La de una sexagenaria con chilaba mostaza y multicolores zapatillas deportivas que hablaba a grito pelado por el móvil. La de un niño que bajaba corriendo por una cuesta y llevaba cara de angustia, un pan redondo bajo un brazo y una bolsa de plástico con huevos en la otra mano. Escenas habituales de la vieja ciudad moruna que enviar por WhatsApp o subir a Facebook. Lo que haría cualquier turista para que se murieran de envidia los colegas que aquel día estaban trabajando al norte del Estrecho.

Al llegar a los pies de la medina comprobé que los tangerinos pueden ser rápidos como una liebre a la hora de incorporar ciertas novedades a su oferta comercial. Estábamos a finales de septiembre y las camisetas del futbolista Mbappé ya eran más visibles en sus tiendas que las de Messi, Cristiano Ronaldo o Neymar. Eran copias más o menos legales de la que, con el color azul de la selección francesa y el número 10 en la espalda, Mbappé había lucido en julio en el Mundial de Rusia. Los franceses habían ganado el campeonato.

Me senté en un café del Zoco Chico y pedí una Coca-Cola. Seguía interpretando el papel de un turista europeo, probablemente homosexual, que recorría la ciudad con espíritu abierto. La cámara fotográfica Nikon D5 que llevaba colgando del hombro reforzaba esa imagen, aunque, en realidad, era un potente instrumento de trabajo.

No pude evitarlo: las camisetas de Mbappé me trajeron el recuerdo del Mundial de Rusia. Soy muy futbolero, para qué voy a negarlo, y vi todos los partidos del campeonato que me permitió el curro en la agencia de detectives. Ágil y efectivo, el juego de Mbappé me gustó bastante, aunque lamenté que el astro de *Les Bleus* fuera tan feúcho. Puestos a escoger un galán en la selección francesa, mi favorito era el delantero centro Olivier Giroud, con su pinta de guerrero de la aldea gala, el aquilino mascarón de proa de su nariz y el cabello y la barba tan bien cuidados. No había marcado un solo gol, pero había sido, de lejos, el jugador más apuesto del

equipo campeón.

Di un tiento al refresco y decidí dejar de fantasear con una velada en París en compañía de Olivier Giroud. Qué diablos, yo había encontrado en Tánger algo mucho mejor. Saboreé mentalmente mi velada con Paul. La mirada de reconocimiento que me dirigió cuando fui a felicitarle por su actuación. Las risas que fueron jalonando nuestra complicidad mientras bebíamos cerveza en el bar del Tanjazz. El electrochoque que me produjo el primer roce de nuestras manos. La necesidad de disimular mi excitación mientras negociaba con el portero de noche de L'Américain el permiso para que Paul subiera a mi cuarto. La suavidad cadenciosa, semejante a los *Flamenco sketches* de Miles Davis, que él había impreso a nuestro encuentro carnal…

«¡Basta!», volví a ordenarme. Llamaría a Paul al anochecer, pero, ¡joder!, ahora tenía que concentrarme en mi misión. Dicho y hecho, saqué el móvil del bolsillo de la cazadora y lo toqueteé hasta que su pantalla estuvo ocupada por el retrato de una mujer de mediana edad. Era muy hermosa. Su negra melena enmarcaba un rostro perfectamente ovalado y hacía juego con unas cejas arqueadas y unos ojazos de azabache. Tenía la nariz pequeña y afilada y los labios carnosos y pintados de rosa. Recordaba a alguna de las estrellas morenas de la edad dorada de Hollywood, quizá Hedy Lamarr.

Aquella mujer pertenecía a la categoría de las que son aún más atractivas en la madurez que en la primera juventud. Las ligeras huellas que la vida había ido tatuándole en el rostro eran tan sexis como los pendientes y el collar de cuentas de coral con que se adornaba. Le conferían un aire de experiencia y elegancia que, sin duda, la hacían irresistible para los tíos heterosexuales.

Amplié el retrato con las yemas de los dedos y me concentré en sus ojos. Vi en ellos determinación y también, allá en el fondo, un poso de tristeza. Mi oficio me ha enseñado que los ojos contienen mucha información y los de ella pregonaban que era una mujer con historia. A mí me tocaba averiguar qué nuevo capítulo de esa historia había venido a escribir a Tánger.

Se llamaba Teresa Ortega, había nacido en Madrid cuarenta y

seis años atrás y, hasta hacía unas semanas, había sido la esposa de mi cliente. Mi cliente era el presidente en España de una de las principales compañías telefónicas de Europa. Bueno, en realidad no era mi cliente personal, era el de mi agencia, la Peninsular de Investigaciones. El jefe me había encargado el caso porque yo chapurreaba algo de francés y conocía Tánger. Había servido en la vigilancia del Consulado de España en mis tiempos en la Policía Nacional y, luego, cuando ya trabajaba en la agencia, había vuelto a cruzar el Estrecho para ocuparme de dos o tres asuntos. En la ciudad contaba con contactos útiles.

Teresa había abandonado a su marido a comienzos de agosto, tras una bronca monumental en la finca de Menorca donde veraneaban. El marido no me había contado la causa de la pelea, se había limitado a decirme que ella se había vuelto en avión a Madrid y, al poco, le había enviado un correo electrónico diciéndole que ponía en marcha los trámites del divorcio y se tomaba unas largas vacaciones. No había mencionado dónde, pero a la compañía telefónica no le había costado ni un minuto averiguar que seguía usando su iPhone y su tarjeta SIM. Lo hacía desde Tánger, concretamente desde su *kasbah*.

2

Me gustaba desayunar en el Café Baba. Abría sus puertas bastante tarde, pero yo nunca salía a la calle antes del mediodía. El Café Baba estaba cerca de la casa que había alquilado a comienzos de septiembre, y su atmósfera, oriental y bohemia, confirmaba que había hecho una buena elección al venir a esta ciudad para rehacer

mi vida. Me divertía mucho imaginar al cretino de mi ex —ya lo llamaba así, aunque apenas hubiera iniciado los trámites del divorcio — asustado o escandalizado por verme sentada sola en una de las mesitas redondas de aquel cafetín, rodeada por una parroquia mayoritariamente varonil que él no dudaría en tildar de mal encarada y que, con toda probabilidad, pasaría las de Caín en cualquier control policial en territorio europeo o norteamericano.

—¿Lo de siempre, señora? —me preguntó el camarero en castellano.

—Sí, un té con yerbabuena, lo de siempre.

La naturalidad con que los tangerinos incorporaban al recién llegado a la vida de su ciudad era muy cautivadora. Recorrí con la mirada las fotos de los Rolling Stones que decoraban las paredes pintadas de azul turquesa del local, y pensé que ellos también habían sido recibidos así medio siglo atrás. Ahora Mick Jagger y Keith Richards formaban parte de la leyenda canalla de Tánger. Allí mismo, en el Café Baba, se habían fumado sus buenas pipas de kif escuchando música bereber.

Sentí una deliciosa laxitud. La que siempre notaba en los lugares con mar, y aquel tenía dos: el Atlántico y el Mediterráneo. Pero, sobre todo, la de sentirme sexualmente satisfecha por primera vez en muchos años. Me había encantado soltarle al gilipollas de mi ex que con él jamás había alcanzado un verdadero orgasmo. Estoy segura de que eso era lo que más le había dolido de nuestra última pelea en Menorca.

Saqué el iPhone del bolsito y lo encendí. Volvía a tener todo tipo de mensajes del gran empresario Alfonso Rivera. Por correo electrónico, por SMS, por WhatsApp. Los fui borrando todos sin abrirlos. Sabía lo que decían. ¿Dónde estaba yo? ¿Qué hacía? ¿Cuándo pensaba volver? Y, sobre todo, ¿por qué había vaciado de un plumazo la cuenta bancaria conjunta? No me cabía la menor duda de que a mi ex le fastidiaba mucho que, sin su consentimiento, a mi regreso a Madrid tras la bronca de Menorca, yo hubiera transferido desde esa cuenta a la que me abrí en otro banco todo lo que me fue posible. Eran casi doscientos mil euros. Suficiente para

ir tirando mientras nuestros respectivos abogados pleiteaban por una buena pensión compensatoria para mí.

Sí, lo sabía: tenía que comprarme una tarjeta telefónica marroquí. Me lo decía Adriana Vázquez cada vez que nos veíamos, y tenía razón. No es que me importara el mucho gasto que pudiera estar haciendo al usar en el extranjero la tarjeta de la compañía que dirigía don Alfonso Rivera; eso siempre lo había pagado él, si es que no lo tenía gratis en razón de su altísimo cargo. No, Adriana me había advertido de que lo malo de seguir utilizando la tarjeta española era que mi ex podía tenerme localizada en todo momento. Sus preguntas sobre mi paradero eran falsas, él sabía perfectamente dónde estaba yo.

El camarero regresó con una bandeja de latón donde transportaba una tetera humeante y un vasito alargado de cristal. Le di las gracias con una sonrisa que me devolvió quintuplicada.

Yo no me estaba ocultando en Tánger. Había venido a la ciudad legalmente y mi abogado sabía que estaba aquí. Pero salvo con él, y por razones de mero interés, no tenía el menor deseo de mantener contactos con la gente que había frecuentado en Madrid. Al menos por el momento. A mi madre y dos o tres personas más les había dicho que iba a hacer una larga gira por África y que ya iría yo dando señales de vida. Que entretanto no se preocuparan. *No news, good news*.

Volví a mirar la foto en blanco y negro de Keith Richards fumando una pipa de kif en el Baba y me vino a la cabeza una canción. Era una muy antigua de Bob Dylan y expresaba de maravilla lo que yo sentía en ese momento:

How does it feel, bow does it feel?
To be on your own, with no direction home.
A complete unknown, like a rolling stone.

A mis cuarenta y seis años, sentía que por primera vez caminaba por mi cuenta, libre y anónima como un canto rodado en el

tumultuoso río de la vida. Tal vez cuando se hubieran oxigenado mi corazón y mi cerebro, cuando por todo mi cuerpo empezara a circular una sangre nueva y limpia, empezaría a sentir algunas nostalgias. Ya veríamos. De momento, lo único que añoraba de mi vida en Madrid eran las clases de zumba.

Aquel mismo día, almorcé con Adriana Vázquez en el restaurante interior del Villa Josephine, frente a una barroca chimenea de mármol que, afortunadamente, estaba apagada. El día, muy soleado, invitaba a sentarse en la terraza exterior del hotel y Dios sabe que lo habíamos intentado, pero a las dos nos había parecido fastidioso el viento que soplaba de vez en cuando.

—¿Qué tal anoche? —me preguntó en cuanto el *maitre* se apartó de nuestra mesa tras entregarnos las cartas.

—Fenomenal —le respondí—. Rachid es una fiera en la cama.

Adriana echó la cabeza hacia atrás y rio. Fue una risa breve, suave, casi musical; hasta en eso era exquisita.

—¿Se quedó a dormir en tu casa? —volvió a preguntar.

—¡No! Se marchó cuando terminamos; aún era de noche. Sigo tu consejo: familiaridades las mínimas.

—Es lo mejor, Teresa. Los marroquíes, incluso los europeizados como Rachid, tienen un irresistible instinto de posesión. Les das la mano y se creen que ya son dueños del brazo entero.

—Todos los hombres son así, Adriana. En todas partes.

—Sí, claro. Pero aquí cuentan además con una atmósfera legal y social más permisiva con el machismo que en la España de ahora. No lo olvides.

—No lo olvido, sé dónde estamos. —Intercambiamos miradas de complicidad—. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta muy, muy indiscreta?

—Hazla; ya veré si puedo respondértela.

—¿Te has acostado alguna vez con Rachid?

Leí en sus ojos, almendrados y de color verde esmeralda, que la pregunta le había hecho gracia.

—Jamás, te lo juro. Ya te conté que siempre he preferido a los hombres mayores que yo, como mínimo diez años mayores que yo.

—Hizo una pausa para comunicarle con un *gesto* al *maître* que teníamos claro lo que íbamos a pedir: pescado, ensalada y vino blanco muy frío. Luego prosiguió—: Aunque te confieso que algún que otro jovencito sí que me llevo a la cama de vez en cuando. Pero solo en caso de extrema necesidad.

Ahora fui yo quien respondió con una carcajada.

Había conocido a Adriana Vázquez justamente en el Villa Josephine, cuando, en los comienzos de mi estancia en Tánger, yo me albergaba en ese hotel. Ella era propietaria de una casa situada no muy lejos, en el barrio que todo el mundo llama la Vieja Montaña y es la mejor zona residencial de la ciudad, tanto que el propio rey de Marruecos tiene allí un palacio. La casa de Adriana era estupenda y estaba rodeada de un gran jardín con vistas al Estrecho, pero carecía de piscina; así que ella solía venir en verano a la del Villa Josephine. Allí, en el agua, habíamos cruzado las primeras palabras a mediados de agosto.

Simpatizamos de inmediato. Ella era hija de español y francesa, tenía más o menos mi edad y su belleza y elegancia eran apabullantes. Vivía en Tánger desde hacía unos quince años, pero ahora estaba atravesando una mala racha. La habían despedido del puesto de jefa de relaciones públicas del Royal Country Club y andaba buscando trabajo. La segunda vez que nos vimos fue en su casa —me había invitado a cenar— y entonces me confesó que su despido tenía algo que ver con unos negocios inmobiliarios suyos con Arturo Biescas, el célebre expresidente de BankMadrid, ahora en una cárcel española como culpable de varios delitos de corrupción. «Te lo cuento yo», me dijo, «porque seguro que alguien te lo cotilleará cuando sepa que me conoces. Esto, ya lo estás viendo, es como un pueblo».

Un camarero nos propuso probar el vino blanco que había traído y Adriana le indicó que sería yo quien lo hiciera. Lo probé, era un *Chardonnay*, me pareció riquísimo y así lo expresé con un gesto.

—¿Marroquí? —pregunté.

—Sí, de la región de Benslimán, al sur de Rabat —respondió Adriana.

—Vas a reírte de mí, pero te confieso que no tenía la menor idea de que en Marruecos se hacía vino hasta que llegué aquí —dije.

—Ni tú ni mucha gente. Los occidentales no hemos sido educados para saber que Marruecos no es lo mismo que Arabia Saudí; los árabes, en cambio, no confunden a España con Rusia, te lo aseguro. —Le indicó con un gesto al camarero que sirviera nuestras copas—. Este vino en concreto —prosiguió— es de una bodega que fundaron unos belgas hace casi un siglo, en los tiempos coloniales.

El camarero llenó nuestras copas.

—¿Por qué brindamos? —pregunté.

—¡Por tu nueva vida!

—¡Por ella! —Entrechocamos las copas, mojamos los labios con *Chardonnay* y añadí—: Y porque no tardes en encontrar trabajo.

Adriana dejó su copa sobre el mantel, con la mano se ahuecó la melena —corta, negra y levemente rizada— y dijo alegremente:

—Pues, mira, creo que acabo de encontrarlo. —Fijé con expectación mis ojos en los suyos—. Me han ofrecido trabajar en el equipo internacional de relaciones públicas del Mundial de Fútbol de Qatar de 2022.

—Chica, eso es genial. —Alcé mi copa—. Brindo por eso.

3

Mi encargo era de los sencillos: localizar a Teresa Ortega y conseguir toda la información que pudiera sobre la vida que llevaba en Tánger: dónde vivía, a qué se dedicaba, qué lugares frecuentaba, cuáles eran sus relaciones y, sobre todo —esta era la fórmula exacta

que nuestro cliente había empleado— quién se la estaba follando. El presidente de la gran empresa telefónica estaba convencido de que si ella había dado el paso de cruzar el Estrecho era porque previamente se había enrollado en Madrid con alguien, quizá un moro. Si no, no acertaba a explicarse el distanciamiento y el mal humor que había estado manifestando en los meses previos al choque en Menorca.

Yo debía documentar el resultado de mis pesquisas con toda la basura que pudiera conseguir: datos, fotos, videos, grabaciones. Habíamos advertido al cliente de que probablemente nada de ello iba a servirle en el proceso legal del divorcio —los tribunales españoles no le concedían la menor importancia al adulterio y al abandono de hogar, que antaño hasta habían sido delitos—, pero él había respondido que ya lo sabía y que le daba igual, que le trajéramos todo lo que pescáramos. Como todos los tiburones empresariales, era un drogadicto de la información confidencial, necesitaba conocerlo todo. No lo dijo explícitamente, pero pensé que planeaba servirse de lo que yo obtuviera para desestabilizar emocionalmente a Teresa. O sea, para hacerle daño.

El jefe de la Peninsular me había ordenado que fuera aún más discreto de lo habitual. A nuestro cliente no le interesaba en absoluto que Teresa Ortega supiera —ni tan siquiera sospechara— que estaba siendo vigilada. Deseaba evitar la escandalera que seguramente organizaría ella si se enteraba de que la seguía un detective privado. El tiburón se relamía de antemano con la desagradable sorpresa que, en el momento procesal oportuno, iba a darle diciéndole que no le contara milongas, que sabía perfectamente que su escapada a Tánger era una vulgar pasión de hembra en el umbral de sus años otoñales.

Averigüé su domicilio en el primer día de investigación. Fue muy fácil: tenía la pista de las llamadas telefónicas que ella había efectuado desde un lugar próximo a la mansión de la multimillonaria americana Barbara Hutton en los aledaños de la *kasbah*. Así que, tras almorzar en el restaurante Hammadi, volví a subir desde las profundidades de la medina hasta la morada de Barbara Hutton y una vez allí comencé a enseñar a los buscavidas

del barrio la foto de Teresa que llevaba en el móvil. Les soltaba el rollo de que ella era una amiga mía española a la que andaba buscando y de la que sabía que vivía por allí. Y, ¡bingo!, el cuarto jovenzuelo al que abordé me dijo que, por supuesto, recordaba a aquella mujer tan guapa.

—Lleva poco en una casa que está cerca —dijo—. Una casa antigua, pero ahora como nueva, muy bonita. Reformada por un italiano. ¿Quieres que te lleve allí?

—No hace falta. —Le alargué un billete de cincuenta dirhams, que él aceptó con naturalidad—. Dime tan solo el camino.

—Es fácil, amigo. Tú sube esa cuesta, luego primera calle a la derecha, luego segunda a la izquierda. La casa está al final.

Allí estaba, en efecto. Al fondo de un callejón sin salida, un angosto pasadizo que moría sin emitir el menor gemido frente a una puerta de madera labrada y claveteada, un auténtico *cul-de-sac* que hacía muy difícil una vigilancia estática. La fachada de la vivienda era estrecha, estaba bien blanqueada y solo contaba con tres ventanucos pintados de azul, uno por cada una de las plantas que se elevaban sobre el nivel del suelo. Pensé que, como era frecuente en las medinas marroquíes, tal sobriedad podía ocultar un interior de palacete oriental, incluidos a lo mejor un patio y una azotea con vistas espectaculares.

Con el GPS de mi teléfono Samsung Galaxy, establecí las coordenadas exactas de la vivienda; con la Nikon, tomé varias fotografías de su puerta y su fachada, y me largué de allí a toda hostia. No convenía que Teresa Ortega descubriera a un europeo husmeando en torno a su morada tangerina. Iba a tener que buscar algún otro lugar que me permitiera estar al acecho de sus movimientos sin llamar demasiado la atención.

Decidí dar por terminada mi primera jornada de trabajo. Nuestro cliente había sido rumboso con el anticipo para gastos —cinco mil euros— y no había ningún motivo para terminar pronto el trabajo. Regresé a L'Américain, me duché y llamé a Paul. Estaba tan contento como lo dejé por la mañana. Me contó que su grupo de *jazz* iba a actuar esa noche gratuitamente en un centro social de

inmigrantes africanos situado algunas calles por encima de la zona portuaria.

—Vente —me dijo—. Seguro que va a ser divertido. Son gente de Mali, Senegal, Nigeria y otros países que quiere cruzar a Europa.

—Yo no veo nada divertido en eso —le respondí.

—¿En qué?

—En lo de estar aquí esperando plaza en una patera.

—¡Ni yo, tonto! Lo que quiero decir es que esa gente es muy alegre pese a sus desgracias. Tienen la música y la danza en la sangre.

—Como tú, ¿no?

—Sí, como yo —corroboró—. Veo que te has dado cuenta de que soy negro.

Quedamos en que yo iría al concierto en el Tabadoul, que así se llamaba el centro social, yen que luego ya veríamos lo que hacíamos. Me pareció un plan mucho mejor que quedarme en la habitación del hotel fantaseando con el futbolista Olivier Giroud. Como tenía mucho tiempo por delante hasta el concierto y la temperatura era agradable, decidí que lo mejor sería bajar a la ciudad europea dando un largo paseo. Aprovecharía su primer tramo para buscar un buen lugar desde donde esperar el día siguiente la aparición de mi presa.

Ella no pisó el Café Baba en mi primera mañana de espera, pero sí lo hizo la segunda, cuando apenas faltaban diez minutos para el mediodía. Su entrada en el local fue tan memorable como la del personaje interpretado por Jane Greer en el garito de Acapulco de la película *Retorno al pasado*. Teresa Ortega emitía una luz tan clara y alegre como la que penetraba a través de las ventanas del Café Baba. Esa luz brillaba en sus labios, en los que flotaba un aire de dicha, y en el conjunto de su rostro, tan hermoso como en la foto. También irradiaba de su cuerpo, bien esculpido y vestido con botas vaqueras de cuero, trajecito azul con lunares negros y cazadora a juego con las botas. No lo pude remediar: me sentí como el rudo detective interpretado por Robert Mitchum cuando ve por primera vez a Jane Greer en Acapulco. Postrado ante una epifanía.

Me gusta mucho el cine negro y policíaco, casi tanto como el

fútbol. En todos sus géneros: el clásico en blanco y negro de Hollywood, el de suspense de Hitchcock, las películas del detective Germán Areta dirigidas por Garci, las de acción de la serie *Misión imposible*, las de espías de James Bond y Jason Bourne… Tánger es un escenario habitual en ese cine, ayer y hoy. En *El ultimátum de Bourne*, el héroe se escapa de los malos corriendo vertiginosamente por las azoteas y los tejados de la medina, justo a la hora en que el almuédano llama a la oración del mediodía. En *Spectre*, la última de Bond, el agente 007 conduce a la jovencita que está protegiendo a un hotel de la *kasbah*, justo L'Américain. Ahora ya saben ustedes por qué lo escogí para albergarme.

Teresa Ortega llevaba gafas de sol, así que no pude comprobar si en el fondo de sus ojos permanecía el poso de tristeza que creía haber detectado en el retrato fotográfico que nos había facilitado el cliente. En aquel momento no le presté la menor importancia a ese detalle.

Se sentó ante una mesa situada a unos tres metros de la que ocupaba yo, y el camarero no tardó ni un pestañeo en atenderla. Mientras esperaba el pedido, sacó un iPhone del bolsito de tela estampada en que llevaba sus cosas y comenzó a toquetearlo. ¡Ahí estaba mi primera gran oportunidad! Con la adrenalina del cazador circulando por mis venas, hurgué en la mochila y extraje una minigrabadora digital con aspecto de lápiz de memoria, la sincronicé con los auriculares inalámbricos que llevaba puestos y la dejé sobre la mesa, junto a mi móvil y con su micrófono apuntando hacia donde estaba ella.

Se había llevado el teléfono al oído y se disponía a hablar con alguien. El sonido empezó a llegarme a los auriculares con calidad aceptable.

—Divinamente, desayunando en el Baba —dijo—. ¿Y tú? ¿Aún andas por Rabat?

—¿Qué tal con el embajador? ¿Llevaba turbante? —Teresa sonrió maliciosamente. Intuí que estaba hablando con una mujer.

—¿Pero tendrás que irte a vivir a Qatar?

—Ah, qué bueno. Dime, ¿ya habrás vuelto esta noche? Me

gustaría que nos viéramos y me contaras las novedades.

—Fantástico. ¿Te viene bien a las nueve en La Fabrique?

—Allí nos vemos, guapa. ¡Que tengas buen viaje! Un besito.

4

En mis últimos tiempos en Madrid solía masturbarme imaginando que le hacía el amor a un hombre mucho más joven que yo. Ahora la fantasía se había hecho realidad, una realidad más deliciosa incluso de lo que había imaginado. Ahora yo estaba cabalgando de espaldas a Rachid en la gran cama con baldaquín del dormitorio principal de mi casa en la *kasbah*. El gran espejo barroco situado al fondo de la alcoba me devolvía el reflejo de una mujer desnuda y febril, subiendo y bajando sus caderas sobre el mástil erguido y sólido del pene de mi amante. Él, casi veinte años menor que yo, resistía mis arremetidas como un roble la tormenta.

Rachid era muy sexi. Alto, delgado y de piel clara. Con el pelo largo, oscuro y peinado hacia atrás, y la nariz y la mandíbula afiladas, me recordaba en ocasiones al actor Adrien Brody, solo que dotado por la naturaleza de labios más jugosos. Ahora no las llevaba puestas —estábamos en lo que estábamos—, pero cuando las llevaba, sus gafas de miope acentuaban la sensación de delicadeza, fragilidad incluso, que emanaba de su figura. Era mi don Quijote moruno.

Alcancé el tercer orgasmo de la noche. Gemí sin la menor contención. Nunca más, me prometí, volvería a reprimirme. Ni en la cama ni en ningún otro lugar. Por mí, Alfonso Rivera y su mundo de permanente fingimiento podían irse al infierno.

Fue Adriana Vázquez quien me presentó a Rachid Tazi en nuestra cuarta o quinta cita, la inauguración de una exposición de pintura en la Galerie Delacroix, muy cerca del veterano hotel El Minzah, ahora cerrado por reformas. Rachid era un joven ingeniero informático con el que ella había trabajado el año anterior en la puesta al día de los sistemas cibernéticos del Royal CountryClub. A Adriana le había caído muy bien y desde entonces lo tenía en su lista de buenos amigos. Hijo de una vieja familia de la burguesía tangerina, Rachid era cortés, políglota y liberal. Con él, decía Adriana, se podía ir a cualquier parte.

No tengo el menor problema en reconocer que fui yo quien sedujo a Rachid. Él se mostró tímido y caballeroso en nuestros primeros encuentros, enviándome el mensaje implícito de que no iba a abalanzarse sobre mí como un halcón sobre una liebre, de que, si estaba interesada en algo más que conversación, tendría que ser yo la que diera el primer e inequívoco paso. Que fue lo que hice en la noche en que él, Adriana y yo fuimos al Tanjazz. Asistíamos a un concierto al aire libre, le dije que tenía algo de frío, él se ofreció a dejarme su chaqueta, la acepté de buen grado y le agradecí el préstamo tomando su mano en la oscuridad. Ya no soltamos nuestras manos, creo recordar, hasta que tuve que sacar del bolsito la llave de la puerta de mi casa en la *kasbah*.

Esta era la segunda vez que nos acostábamos. Y como en la primera, Adriana Vázquez había sido testigo complaciente de nuestro coqueteo, en este caso cenando los tres unas ensaladas en La Fabrique, un restaurante de estilo industrial neoyorquino situado por encima del Zoco Grande. Rachid me había preguntado por qué había escogido Tánger para dar los primeros pasos tras la ruptura de mi matrimonio y yo le había contado la verdad. La primera idea de visitar el norte de Marruecos me la había suscitado la lectura, cuatro o cinco años antes, de una novela llamada *El tiempo entre costuras*, de María Dueñas.

—La conozco —dijo Rachid—. No la he leído, pero he visto la serie televisiva que hicieron a partir de ella. La tengo en DVD.

—¿Te gustó?

—Mucho. Está muy bien hecha. Como en Hollywood.

—Sí —terció Adriana—, en España se pueden hacer algunas cosas a lo grande si no hay política de por medio.

—Desde luego —dije—. La política española está podrida.

—La de aquí también —sentenció Rachid.

Luego les confesé a los dos que el impulso definitivo para bajar a esta ciudad en concreto me lo había dado la lectura, el pasado junio, de otra novela escrita por otra mujer: *Niebla en Tánger*, de Cristina López Barrio, que había sido finalista del premio Planeta en 2017.

—Me fascinó ese cuento tradicional marroquí de Aisha Kandisha, la mujer de rostro angelical y piernas de cabra.

—La que se baña desnuda en el mar en las noches sin luna, la que embruja a los hombres hasta hacerles perder la razón —precisó mi amiga.

—Esa misma.

Los tres nos echamos a reír.

5

Al quinto día de mi llegada a Tánger, envié mi primer informe a la agencia Peninsular desde mi Samsung. Usé la aplicación del servicio de mensajería Signal, que era más difícil de interceptar que el de WhatsApp. Mi informe era escueto. Decía que, en efecto, Teresa Ortega estaba en Tánger, al parecer de modo indefinido; facilitaba las coordenadas de la vivienda que había alquilado en los aledaños de la *kasbab*, informaba de que mantenía amistad con una hispanofrancesa llamada Adriana Vázquez, y añadía que, al menos en una ocasión, había podido constatar que se llevaba por la noche a

casa a un joven marroquí al que luego había podido identificar como un ingeniero informático de nombre Rachid Tazi. Adjuntaba tres fotos: una de la fachada del hogar de Teresa, otra de ella desayunando en el Baba y la última de su cena en La Fabrique con Adriana Vázquez y Rachid Tazi.

Hasta ahora mi investigación estaba siendo de las facilonas, como yo había imaginado. A La Fabrique fui con un aspecto distinto al que había adoptado por la mañana en el Baba: sombrero panamá, traje elegante de color tabaco y falsas gafas de miope en vez de gorra de béisbol, ropa deportiva y gafas de sol; la peña no se puede imaginar cómo esos pequeños cambios ayudan a no despertar recelos en los seguimientos. Aparentando buscar recuerdos del local como cualquier turista tontorrón, logré tomar con el móvil un par de fotos aceptables de la mesa que ellos ocupaban. Allí no se podía hacer más.

Dejé el restaurante unos minutos antes que el trío y lo esperé en el interior del Fiat Panda que había alquilado por la mañana en una agencia de la avenida Mohamed V. Las dos damas y el joven salieron del local tan alegres como el abuelete al que le toca el *jackpot* en la tragaperras de un bar, y se subieron a un Mini Cooper Goodwod, cuya matrícula fotografié, esta vez con la Nikon. Seguí al Mini hasta la plaza de la *kasbah*, donde descendieron Teresa y el joven, y el vehículo siguió su camino. Aparqué allí mismo y seguí a la pareja a cierta distancia. La luna llena vertía sobre la *kasbah* una luz difusa e irregular mientras ellos se encaminaban muy acaramelados hacia la casa del fondo del callejón.

El resto tampoco fue demasiado complicado. Las identidades de Adriana Vázquez y Rachid Tazi me las facilitó uno de mis contactos en la Jefatura de Policía de Tánger a partir de la matrícula del Mini y una foto del trío en La Fabrique. En el negocio de la seguridad —pública o privada, vienen a ser lo mismo— este tipo de favores son habituales, aquello de hoy por ti y mañana por mí. Al colega tangerino que ahora me ayudaba, yo le había echado una mano hacía un año en un trabajo sucio relacionado con un grupo de rifeños exiliados en Madrid.

La agencia no tardó en responder a mi informe. Iban a transmitir aquellos primeros datos al cliente y yo debía proseguir mi investigación hasta conseguir mayores precisiones. Por si me resultaba útil, me enviaban los enlaces a dos noticias sobre Adriana Vázquez publicadas en el diario digital *Reacciona*. Las firmaba una tal Julia Sepúlveda y la primera, de marzo de 2017, decía:

> El nombre de Adriana Vázquez se incorpora a la cada vez más compleja trama del caso BankMadrid, añadiéndole una nueva y exótica dimensión internacional. Según informaciones a las que ha tenido acceso *Reacciona*, la Unidad Central Operativa (UCO) de la Guardia Civil sospecha que Adriana Vázquez podría ser una persona clave en el intento de Arturo Biescas, todavía presidente de esa entidad financiera, de desviar una parte del dinero de la entidad, del que se habría apropiado indebidamente, a negocios inmobiliarios y turísticos en Tánger, la emblemática ciudad del norte de Marruecos.
>
> Vázquez, hija de español y francesa y dotada de ambas nacionalidades, es un personaje destacado de la alta sociedad tangerina. Directora del departamento de Comunicación y Relaciones Públicas del Club de Golf de la ciudad, se le atribuyen buenas relaciones con la casa real marroquí y con diplomáticos y empresarios españoles instalados en el país magrebí. La cadena de televisión Telecinco emitió hace pocos años un reportaje donde se la calificaba como «la Sultana de Tánger».
>
> La UCO, según ha podido saber este diario, tiene indicios de que Vázquez es la persona a través de la cual Arturo Biescas y su mano derecha, Riki García, pretendían invertir varios millones de euros de presunto origen delictivo en un proyecto destinado a construir una urbanización de lujo en la zona de las denominadas Grutas de Hércules, cerca del icónico hotel Le Mirage, a donde acuden con frecuencia *celebrities* de la vida política, económica y cultural española.
>
> La Fiscalía Anticorrupción, según nuestras fuentes, no ha decidido todavía si solicitará la comparecencia de Adriana Vázquez ante el juez de la Audiencia Nacional que lleva el caso BankMadrid. De hacerlo, tampoco está claro si sería en calidad de imputada o de mero testigo.

Y esto es lo que decía la segunda noticia, fechada cuatro meses después:

> La Fiscalía Anticorrupción ha descartado finalmente solicitar la comparecencia de la *socialité* tangerina Adriana Vázquez ante el juez del caso BankMadrid, según informan a *Reacciona* fuentes de la Audiencia Nacional. De acuerdo con estas fuentes, la Fiscalía no ha podido encontrar pruebas susceptibles de ser presentadas ante un tribunal de que el dinero desviado a un banco de Tánger por Arturo Biescas —cesado como presidente de BankMadrid el pasado martes por el Consejo de Administración de la entidad— se hubiera destinado ya al proyecto inmobiliario promovido por Vázquez y otros emprendedores tangerinos. En estas circunstancias, la Fiscalía considera que la convocatoria ante la Audiencia Nacional de Vázquez y sus socios no es pertinente en este momento procesal.

6

—Estoy muy contenta por Adriana —dije—. Me ha llamado esta mañana para decirme que el domingo vuela a París. El embajador de Qatar en Francia la recibe el lunes para firmar su contrato con toda pompa y solemnidad.

—¡Qué buena noticia! —respondió Rachid—. La verdad es que el Royal Country Club se ha portado fatal con ella. Mira que despedirla por un chismorreo que, al fin y al cabo, no ha llevado a ninguna parte.

—Pues sí. Yo no había oído nunca que ella estuviera implicada en los líos de Arturo Biescas, y eso que las televisiones españolas hablan de Biescas todos los días desde hace dos o tres años.

—Los notables de Tánger son muy cobardones, Teresa. Alguien

les debió de soplar alguna maldad sobre que Adriana podía aparecer en el caso BankMadrid y decidieron cesarla para no tener problemas con España. Pusieron en su lugar a un pariente del *wali*.

—¿Quién es el *wali*?

—Viene a ser el gobernador civil de la zona, el que más manda aquí. —Rachid compuso un mohín socarrón—. Después del rey, claro.

—Ya veo —dije—. Y el tal *wali* aprovechó los rumores sobre Adriana para enchufar a su pariente…

—Sí. Lo vendió como una marroquinización del club. Los políticos siempre tienen coartadas para todo.

Asentí tristemente y desvié la mirada hacia el arbolado paisaje que podía verse desde el autobús rojo de dos pisos en el que Rachid y yo dábamos un paseo aquel mediodía de comienzos de otoño. Él me había propuesto el día anterior dar una vuelta en el recién estrenado servicio de City Tour de Tánger, y a mí me había parecido una buena idea. Así podría tener una visión de conjunto del área geográfica en la que vivía desde hacía seis semanas, esa esquina noroccidental del continente africano donde se unían el Atlántico y el Mediterráneo.

Volví a colocarme los auriculares a través de los cuales se informaba a los viajeros de las distintas etapas del periplo. Una voz agradable explicaba en muy buen español que nos estábamos acercando al cabo Espartel, tras haber atravesado el Monte Viejo y dejado atrás el parque de Perdicaris.

Algo más tarde, al llegar a las Grutas de Hércules, el autobús se detuvo para que los pasajeros pudiéramos visitarlas. Yo ya lo había hecho un día en que Adriana me había llevado en su Mini a almorzar al vecino hotel Le Mirage, de modo que Rachid y yo nos limitamos a bajar del vehículo para estirar las piernas unos minutos.

¿Me estaba enamorando de Rachid? Tenía que confesarme que me sentía muy a gusto en su compañía: sus modales eran agradables, su conversación inteligente y su actitud hacia mí respetuosa y nada posesiva. En aquel viaje, por ejemplo, no había hecho el menor gesto que pudiera ser interpretado por un tercero como una prueba

de que entre nosotros había algo. Y si me ponía a recordar nuestros juegos en la cama, la nota de Rachid pasaba al sobresaliente. En la cama era muy viril sin ser nunca brusco, agresivo o mandón. Ahora bien, si por amor entendemos aquel sentimiento que borra todo lo demás, que hace que tu corazón baile como una peonza, que te impulsa a cometer disparates, la nota alta tenía que dármela a mí misma. No, no me estaba enamorando de Rachid. Tal vez los golpes que la vida me había dado habían conseguido inmunizarme para siempre frente al virus del amor. Era una posibilidad, pero no creía que eso fuera ninguna desgracia.

Rachid arrojó al suelo el cigarrillo que, para no molestarme con el humo, había estado fumando a cierta distancia, y se acercó a donde yo contemplaba en silencio el océano. Los rayos del sol rielaban jovialmente sobre aquellas aguas en las que morían tantos africanos queriendo huir del hambre y la guerra. La vida podía ser al mismo tiempo maravillosa y una auténtica mierda, pensé.

Rachid me hablaba:

—Adriana es una jefa estupenda, ¿sabes? Cuando trabajé con ella en la actualización del sistema informático del club, siempre fue muy exigente, pero de un modo bastante hábil, un modo que hacía que tú mismo te obligaras a mejorar las cosas. —Hizo una pausa al ver que yo seguía distraída, con las pupilas clavadas en el océano. Luego añadió—: Ya me ha dicho que, si le resulta posible, contará con los servicios de mi empresa para la promoción del Mundial de Qatar.

Me giré hacia él y le estampé un beso casto en la mejilla.

—Sería estupendo que pudiera conseguirlo —dije—. A mí también me ha sugerido que podría encontrarme algo en lo de Qatar, pero le he dicho que no lo necesito. Al menos en este momento.

7

Guardé la Nikon en la mochila, saqué las llaves del Fiat Panda y me dirigí hacia el coche. ¡Joder, ahora sí que tenía buenas fotos de la parejita! Sobre todo, la del beso que ella le había dado al chaval en las puertas de las Grutas de Hércules. No había sido en la boca, pero en la foto —lo había comprobado en el visor digital de la cámara— eso no se notaba. Podía pasar perfectamente como la prueba de la existencia de esa relación apasionada que nuestro cliente andaba buscando.

No tenía la menor gana de seguir conduciendo detrás de aquel puto autobús rojo del City Tour. Iba a volver a la ciudad, a buscar aparcamiento en la calle Goya y regalarme un estupendo almuerzo en el flamante McDonald's que ahora ocupaba el lugar de una vieja cafetería llamada *Madame* Porte. Me gustan las hamburguesas de vacuno y me gustaba aquel McDonald's. Tenía todas las comodidades que uno espera de un lugar así: aire acondicionado a tope, musiquilla meliflua y perfectamente olvidable, mobiliario de plástico y colores llamativos, *wifi* gratuito… Hasta podía encargarse y pagarse en una pantalla digital.

En mis tiempos de joven agente de la Policía Nacional de servicio en el Consulado de España, un diplomático me había dicho que en Tánger nadie es lo que aparenta. O sea, el terreno ideal para un detective privado, alguien que siempre anda interpretando papeles para descubrir qué hay de verdadero detrás de los papeles que interpretan los otros. En el McDonald's de la calle Goya yo me sentía muy a gusto en el rol de un banal turista europeo próximo a la cuarentena, un tipo inofensivo al que le comenzaba a clarear el cabello y que desentonaba con la insolente juventud de la mayoría de la clientela: chicas marroquíes de entre quince y veintipocos años con ropa sugerente llevaran o no el pañuelo islámico; chicos de la misma franja de edad con el cabello laboriosamente peinado de todas las maneras posibles —mohicano, roquero, rasta, rapero, hipster…—, hasta el punto de que parecían salir de la filmación de

un catálogo de peluquería.

Me hacía gracia que el establecimiento informara en francés a sus clientes de lo siguiente: *Nos viandes sont certifiées halal*. La enseña de la americanización del planeta certificaba explícitamente que las carnes que servía aquí seguían al pie de la letra las exigencias *musulmanas*.

Cuando terminé la hamburguesa y las patatas fritas, apuré con parsimonia lo que me quedaba de un gran vaso de Coca-Cola sin azúcar ni cafeína. Lo hice sacando mi Samsung y buscando en Google la imagen del golazo de Saúl al Real Madrid en la última Supercopa de Europa. Lo había visto cantidad de veces, pero —no voy a negarlo, soy colchonero, nací al sur de Atocha— disfrutaba con cada repetición. Desde el borde del área, Saúl había fusilado con su zurda al portero merengue Keylor Navas. Mi Atlético de Madrid había ganado ese trofeo.

Regresé al hotel caminando. Fue un largo paseo que aproveché para poner mentalmente en orden mis investigaciones. Con las fotos del *tour* de Teresa y Rachid —beso incluido— ya podía darse por contento el cliente de la Peninsular. Sorprenderlos desnudos en la cama era completamente imposible por las características de la vivienda de ella: una pequeña fortaleza con escasas y angostas aperturas al exterior. Yo había averiguado que Teresa la había alquilado a comienzos de septiembre a una agencia local llevada por unos italianos y que pagaba por ella una pasta gansa: diez mil dirhams mensuales. En el barrio se decía que la vivienda estaba amueblada por completo y con buen gusto.

En cuanto a Rachid Tazi, mi contacto en la jefatura de policía había podido contarme que era hijo de una familia acomodada de la ciudad, había estudiado Ingeniería Informática en Francia y era el propietario de una pequeña empresa con sede en el Tánger City Center, en la nueva zona de edificios de vidrio y acero a lo Abu Dabi que se extendía por el extremo oriental del paseo marítimo hacia Malabata. No tenía antecedentes penales ni se le sospechaban actividades oscuras.

Aún me quedaba buena parte del dinero para gastos que nos

había adelantado el presidente de la compañía telefónica. Yo podía emplearlo intentando averiguar más cosas: si la amistad entre Teresa Ortega y Adriana Vázquez iba más allá de almorzar y cenar juntas con frecuencia; si Rachid Tazi había viajado a España en la primera mitad del año y era allí donde había conocido a Teresa; si ella estaba contemplando la posibilidad de quedarse definitivamente en Tánger… Pero se me iban agotando las ganas de seguir en la ciudad. Con el Tanjazz terminado, Paul había regresado a Toulouse y ninguno de los hombres que veía por aquí y por allá estaba a su altura.

Al comienzo de la empinada cuesta que arrancaba en la calle Italia y culminaba en la *kasbah*, tomé dos decisiones. La primera, que esa noche cenaría fruta en mi cuarto en L'Américain para compensar el exceso de grasa del almuerzo en el McDonald's. Precisamente aquel lugar estaba lleno de puestos que ofrecían las frutas de la temporada: uvas, plátanos, melocotones, brevas, melones, higos chumbos… La segunda decisión consistió en que, nada más llegar al hotel, enviaría un informe a la agencia Peninsular con los nuevos datos, que concluiría proponiéndole al jefe poner punto final a la investigación.

No lo teníamos todo, pero sí lo suficiente para decir que habíamos cumplido razonablemente con el encargo de nuestro cliente. Podíamos seguir gastando más tiempo y dinero, por supuesto, pero para qué. Estos asuntos de amores y desamores, de cuernos y celos, de mujeres desatendidas y maridos abandonados, de heridas íntimas y crueles venganzas, pueden llegar a ser el cuento de nunca acabar.

8

Me desperté sobresaltada hacia las cinco de la madrugada. Sentía un gran peso en el corazón, como si sobre él hubiera depositada una tonelada de cemento. A traición, aprovechando pérfidamente mi sueño, el sentimiento de culpa, mi viejo y secreto compañero desde hacía dos décadas, se había impuesto al de saciedad que me había dejado el polvazo con Rachid. Él se había ido a su apartamento en el Marshán nada más terminar, siguiendo la regla que habíamos establecido desde el primer momento para no alimentar la palabrería del barrio, y yo había disfrutado de unas cuatro horas de sueño plácido hasta que…

Encendí la lamparita de la mesita de noche. Sabía por mi larga experiencia en lidiar con la culpa que el mejor modo de volver a arrinconarla en lo más oscuro de mi ser era hacer otra cosa. Por ejemplo, leer el libro que había adquirido en el aeropuerto de Barajas la mañana de mi vuelo a Tánger y al que aún no le había hincado el diente. Se llamaba *Eva* y lo firmaba el famoso autor español de *best sellers* Arturo Pérez Reverte. Jamás había leído a Pérez Reverte, pero esa novela la había comprado porque en la contraportada indicaba que transcurría en Tánger durante la guerra civil española.

Estuve leyendo en la cama varias horas seguidas sin que la novela lograra atraparme en ningún momento, ni mucho menos desvanecer la angustia que mordisqueaba mis tripas. Dejé de hacerlo cuando ya hacía un buen rato que había amanecido, tras un párrafo que decía:

> Asintió el caporal.
>
> —Ojalá —dirigió un vistazo rápido a sus hombres y bajó la voz —. Yo soy apolítico, ¿sabe?… Estoy bien aquí, y me alegro de estar. Pero simpatizo más con la República que con los militares rebeldes. Estuve con ellos en Melilla, ¿comprende?… Los tuve de jefes y no digo más.
>
> Asentía Falcó, valorando la suerte de aquel tipo tan afortunado. […] Sí —comentó—. Tánger es otra cosa.
>
> —Y que lo diga. Aquí se vive y se deja vivir… Pero a ver lo que dura.

Me levanté y fui a ducharme, dándole vueltas a la frase «Aquí se vive y se deja vivir», el único alivio que había encontrado en *Eva*.

Esa mañana bajé a desayunar a la terraza del Cinema Rif, en el Zoco Grande. Pensé que una larga caminata me ayudaría a poner de nuevo en su sitio, plenamente operativos, todos los blindajes racionales y emocionales que me había ido construyendo en las últimas dos décadas. El ejercicio físico, cualquiera de ellos, era buen anestésico.

Le pedí al camarero un té con yerbabuena y la contraseña del *wifi* gratuito del Rif. El día anterior había sustituido al fin mi tarjeta SIM española por una marroquí de prepago y recargable, pero no andaba sobrada de megas para conectarme durante mucho tiempo a Internet. Ya no era la esposa de un alto ejecutivo de una empresa de telefonía, ahora tenía que aprender a usar el ciberespacio como lo hacía la mayoría de la gente: aprovechando los sitios donde la conexión no era de pago.

El día estaba nublado por primera vez desde mi llegada a la ciudad, una señal de que el otoño también terminaba por llegar en algún momento al norte de África. Saqué el móvil del bolsito y me quité las gafas de sol para leer mejor los mensajes de las últimas horas.

Tenía varios correos electrónicos nuevos. Abrí el primero de la lista de entrada: era de mi madre, que me preguntaba si podía traerle de África una botella de aceite de argán; «del bueno», precisaba. «Por cierto, ¿cuándo vuelves?», añadía antes de despedirse con un beso que yo sabía rutinario. Jamás habíamos tenido una relación fluida.

Le contesté que podía contar con su aceite de argán, pero que no tenía la menor idea de cuándo regresaría a Madrid. Luego borré, sin tan siquiera abrirlos, cuatro o cinco mensajes que tenían todo el aspecto de ser publicitarios, y llegué a otro que, este sí, me interesaba. Era de mi abogado y había sido enviado la noche anterior.

Lo leí. Me quedé sin aliento. Ahogada de terror.

9

«Sé cuando una mujer tiene miedo y finge no tenerlo», le dice James Bond en la película *Skyfall* a la bella y misteriosa dama con la que conversa en el bar de un casino de Macao. Me acordé de esa frase viendo la reacción de Teresa Ortega al último de los mensajes que leía en su iPhone mientras esperaba que el camarero del Cinema Rif le trajera su pedido. Una sombra repentina había apagado su luz. Se había quedado petrificada, contemplando el móvil con los ojos muy abiertos y el semblante de una niñita que se despierta en mitad de la noche porque ha tenido una pesadilla. Teresa tenía miedo, pero, a diferencia de la acompañante de Bond en el bar de Macao, no intentaba ocultarlo.

El camarero depositó en su mesa una tetera pequeña de hojalata y un plato con un vaso de cristal y una servilleta de papel. Eso la sacó de su ensimismamiento. Teresa miró al camarero con los ojos aún estupefactos, le agradeció el servicio y, sin hacer el menor caso a la infusión, adoptó lo que me pareció una actitud reflexiva. Se mesó un par de veces el cabello mientras observaba, acaso sin verlas, las palmeras del Zoco Grande. Estuvo así tres o cuatro minutos.

El jefe de la Peninsular, un antiguo comisario del Cuerpo Nacional de Policía, es de los que nunca aceptan que sean sus agentes los que pongan punto final a una operación; tiene que ser él quien lo haga. No me sorprendió, pues, que su respuesta a mi segundo informe, el de la tarde anterior, hubiera sido que el material que yo le enviaba era bueno, pero no suficiente. La información iba a ser transmitida de inmediato al cliente, pero yo debía permanecer en la ciudad dos o tres días más para ampliarla. De ahí que aquella mañana hubiera vuelto a seguir a Teresa, que, abandonando su costumbre, no había ido a desayunar al Baba, sino que había bajado hasta el Cinema Rif. Me senté a tres mesas de distancia de la suya —yo iba vestido esta vez con un gorrito semiesférico de punto y una

chilaba parda, como hacían algunos turistas occidentales para agudizar la sensación de vivir una aventura exótica— y así asistí a la escena de su desasosiego.

Teresa volvió a tomar el móvil, lo manoseó y se lo llevó a la oreja izquierda. Yo puse en marcha a toda velocidad mi sistema de escucha y grabación a distancia. Me perdí tan solo el comienzo de la conversación.

—¡Me estás espiando! —decía ella con voz quebrada. Tardó un instante en recuperar el resuello y añadió, en tono sombrío—: No me podía imaginar que pudieras caer tan bajo.

—…

—Lo que yo haga o deje de hacer no te concierne, Alfonso. No sé qué mierdas te están contando tus espías, pero me da igual. Hago lo que me apetece. No soy de tu propiedad. Ahora menos que nunca.

—…

—Mira, de los asuntos económicos se ocupan nuestros abogados. Que lleguen a un acuerdo. O que termine decidiendo el tribunal, lo que tenga que ser. Lo que me parece una canallada es que de antemano le hagas daño a él. A él no, Alfonso. ¡A él no!

—…

Teresa separó el móvil de la oreja y lo contempló con rabia. Su interlocutor —sin duda, Alfonso Rivera, su ex, nuestro cliente— debía de haberle colgado sin contemplaciones tras decir la última palabra.

Metí las herramientas de escucha en la mochila con mayor rapidez incluso de la que había empleado para sacarlas, y me concentré en simular que estaba leyendo un mensaje en mi Samsung. Justo a tiempo. Teresa se había puesto las gafas de sol y comenzaba a escanear la terraza del Rif, buscando probablemente un detective.

Alfonso Rivera era un gilipollas, un hijo de puta o quizá ambas cosas a la vez. Había roto la regla básica de cualquier contrato con una agencia de detectives: no revelarle a la presa que estaba siendo vigilada. De la conversación telefónica que acababa de sostener con

Teresa, cabía deducir que le había hecho saber de uno u otro modo que estaba al corriente de sus andanzas por Tánger. Ahora yo estaba medio quemado, y eso en mi oficio puede equivaler a estarlo por completo.

Pero mientras caminaba de regreso a L'Américain yo también me reprochaba amargamente no haber hecho bien mis deberes. Me había contentado con la información sobre Teresa que, primero a mi jefe y luego a mí mismo, nos había dado el puto presidente de la gran empresa telefónica. Tenía que intentar sacar la pata del agujero de inmediato.

Nada más llegar a la habitación del hotel, le envié un mensaje por Signal a Olga, oficialmente la documentalista de la Peninsular. Le pedía que averiguara a toda leche todo lo que pudiera sobre Teresa Ortega. Olga era buena, muy buena en lo suyo, que era mucho más que archivar documentos en polvorientas estanterías metálicas. Olga estaba en la Champions League de la informática, buceaba por las profundidades de Internet, Darknet y otras redes cibernéticas como si fuera un *hacker* del Mossad israelí. Y tenía buenas relaciones con colegas que trabajaban en las bases de datos de la Policía Nacional y la Guardia Civil. Ella les hacía favores en búsquedas que no habían sido autorizadas por ningún juez y ellos se los devolvían.

La respuesta de Olga me llegó mediada la tarde, también a través de Signal. Empezaba contándome que Teresa Ortega había nacido en Madrid hacía cuarenta y seis años, hija única de un ingeniero industrial y una profesora de Derecho Mercantil de la Complutense. Teresa había pasado su infancia en el barrio de Almagro y cursado estudios de Filología Hispánica, pero sin llegar a terminarlos. Su padre había fallecido bastante joven y su madre, ya jubilada, vivía en la actualidad en Marbella.

Teresa se había casado en 2008 con Alfonso Rivera. Por lo civil y en régimen de separación de bienes. «Pero, atención», escribía Olga, «aquel no era su primer matrimonio». A los veinticinco años, había subido al altar de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar para unir su vida para siempre con la de un opositor a notarías llamado

Pablo Arrieta. El matrimonio se había roto a los tres años, después de que Teresa hubiera dado a luz un hijo bautizado con el mismo nombre que su padre.

«Pablo Arrieta Ortega», proseguía la ciberdetective de la Peninsular, «nació con una severa parálisis cerebral. Tiene múltiples minusvalías físicas y mentales que le hacen completamente dependiente de terceros. Poco antes de su segundo matrimonio, Teresa Ortega lo ingresó en una clínica especializada de Chicago. La clínica es carísima, quince mil dólares mensuales. Los recibos los paga Alfonso Rivera a través de una cuenta que tiene en Delaware».

¡Bendita Olga! Acababa de darme la explicación de la tristeza que yo había detectado en el fondo de los ojos de Teresa: un hijo inválido desde el nacimiento, el terrible contraste con su belleza y su vida acomodada. ¡Y maldito Alfonso Rivera! El tiburón no había podido resistir la tentación de hacerle daño a su ex mucho antes del momento procesal oportuno. Cabía imaginar que le había soltado que sabía que tenía un lío en Tánger con un joven marroquí, y no hacía falta ser el comisario Maigret para imaginar que la estaba chantajeando con el asunto del pago del hospital de su hijo.

Le pedí a Olga por Signal otro favor: que viera si había algo sobre Alfonso Rivera en el dosier que la agencia Peninsular le había comprado confidencialmente al comisario Urbanejo por cien mil euros. Urbanejo llevaba lustros habitando en las cloacas del Estado, lo sabía casi todo sobre las corruptelas de las élites españolas. Su dosier contenía informaciones comprometidas —depravaciones sexuales, chanchullos económicos y evasiones fiscales— sobre un centenar de políticos y empresarios.

Olga me replicó enseguida: para acceder a esa información era obligatoria la autorización expresa del jefe, como yo bien sabía. Le respondí que me hiciera el favor de saltarse esa norma, que yo asumía toda la responsabilidad, que le devolvería con creces el servicio. «¿Con una entrada para el próximo derbi Atlético de Madrid — Real Madrid en el Wanda Metropolitano?», preguntó. «Okey», respondí.

Ella era tan futbolera como yo, solo que merengue.

Tardó diez minutos en enviarme un archivo de texto con lo que había sobre Alfonso Rivera en el dosier del comisario Urbanejo.

10

Adriana me había encontrado tan descompuesta al teléfono que había insistido en venir a verme a mi casa en la *kasbah*. Ahora estábamos sentadas en el salón, ella en el sofá, yo sobre un taburete, iluminadas por una preciosa lámpara de pie italiana. Comenzaba a anochecer y los almuédanos llamaban a gritos a la oración del Magreb. Bebíamos agua San Pellegrino.

—Cuéntame —dijo ella.

—Tengo un hijo, Adriana. De un anterior matrimonio. —Mi amiga se llevó la mano a la barbilla, pensativa, pero no dijo nada—. Nació con una parálisis cerebral muy aguda y nunca ha podido valerse por sí mismo. Se llama Pablo, tiene veinte años y está internado en una clínica especializada de Estados Unidos.

—Vaya. —Bebió un sorbo de agua, se le notaba que no sabía muy bien qué decir—. Lo siento mucho, *chérie*. Si puedo ayudarte en algo…

—Ya me ayudas mucho escuchándome. Te juro que de esto hablo con muy poca gente. Con nadie en realidad, ni tan siquiera conmigo misma.

—Debe de ser muy difícil, sí. Pero, bueno, al menos hablarás de Pablo con su padre…

—¡Qué va! El padre era un chisgarabís. Ni consiguió aprobar las oposiciones a notaría ni pudo asumir lo de Pablo. Nos divorciamos pronto y él se marchó a Londres en plan de si te he visto no me

acuerdo. Murió poco después en un accidente de coche. Conducía borracho como una cuba. De Pablo me hice cargo yo sola desde su nacimiento.

Adriana era muy lista. Sabía que aquello no era todo, que algo había ocurrido en las últimas horas para que yo cambiara de humor repentinamente.

—¿Y tu ex? ¿Cómo llevaba lo de tu hijo? —preguntó.

—Pablo vivió conmigo en Madrid hasta que Alfonso me propuso en 2008 que nos casáramos. Entonces encontramos la fórmula de ingresar a mi hijo en un buen centro. Él lo buscó y se comprometió a pagarlo personalmente. Cuesta una fortuna.

—Lo comprendo, Teresa. Tenías todo el derecho a rehacer tu vida, a una segunda oportunidad. No tienes nada que reprocharte.

—No estoy tan segura. De verdad no lo estoy. —Sentí que las lágrimas afloraban a mis ojos y me esforcé por contenerlas—. Pero, bueno, lo nuevo es que mi abogado me envió anoche un correo espantoso. Me contaba que el abogado de Alfonso acababa de decirle, de modo extraoficial, que saben que yo tengo aquí una relación con un marroquí más joven que yo. Hasta saben que se llama Rachid.

—¡No me digas que tu ex te está vigilando!

—Parece que sí. Pero eso no es lo peor, Adriana. Lo peor es que el abogado de Alfonso le contó al mío, ahora oficialmente, que mi ex ha ordenado a su banco que deje de pagar los recibos de la clínica de Pablo. Esta mañana llamé directamente a Alfonso y el muy cabronazo me lo confirmó. Con efecto inmediato, dijo.

Me pareció escuchar unos golpes en la puerta de la casa, pero no les presté la *menor* atención, no esperaba visitas. El ruido se repitió y esta vez mi amiga dijo:

—Parece que hay alguien abajo, igual deberías ver de qué se trata.

Le hice caso, descendí al zaguán y esperé un instante. Llegó una nueva andanada de porrazos acompañada de una voz masculina que decía en perfecto español: «Teresa, sé que está ahí. Abra, por favor».

Abrí, terriblemente asustada. Al otro lado de la puerta había un

hombre en la penumbra. Encendí la luz del zaguán y el hombre quedó iluminado. Vestía sombrero panamá de color tabaco, a juego con un traje chaqueta. Llevaba gafas de pasta negra con lentes correctoras de cristal y tenía un rostro anodino de cuarentón. Me dio la impresión de que ya lo había visto en alguna parte, pero no recordaba dónde.

El hombre habló:

—Teresa, yo sé quién es usted, pero usted no sabe quién soy yo y lo mejor es que no intente averiguarlo. —Le miré con perplejidad—. Digamos que sé que usted tiene un problema y añadamos que puede que yo tenga algo que quizá le ayude a solucionarlo.

—¿Está usted loco? —No se me ocurrió otra réplica.

—Lo estoy, señora, lo estoy. Pero eso no debe importarle a usted un carajo.

El hombre del sombrero panamá se descolgó del hombro una mochila, sacó de ella un objeto y lo examinó de cerca, como para cerciorarse de que era el correcto. Me lo tendió y lo tomé. Era un objeto pequeño de plástico; tuve que mirarlo con atención para descubrir que era un *pendrive*, un lápiz de memoria.

—¿Qué es esto? —pregunté con asco en la voz, como si acabara de pasarme la colilla apestosa de un puro.

—Esto contiene información sobre los negocios de don Alfonso Rivera que él no querría que se difundiera. Esto, señora, es la pensión vitalicia de su hijo Pablo.

Oí la voz de Adriana que me preguntaba desde arriba si todo andaba bien. Giré la cabeza hacia el interior de la casa y le respondí que sí, que no había ningún problema. Cuando volví a mirar al hombre del sombrero panamá, ya se estaba yendo sin haberse despedido. Vi como su sombra se perdía por el callejón.



JAVIER VALENZUELA es periodista y escritor. Tras trabajar durante treinta años en el diario El País, donde fue director adjunto en la redacción de Madrid y corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, fundó y dirigió en 2013 la revista tintaLibre, especializada en la crónica y el reportaje. Es autor del blog Crónica Negra consagrado a las relaciones entre la actualidad y el *thriller* literario y cinematográfico. Durante unos años fue tertuliano en programas televisivos dirigidos por Pepa Bueno e Iñaki Gabilondo. Tiene publicados ocho libros periodísticos, el último Crónicas quinquis. Granadino de nacimiento, vecino ahora de Madrid tras haberlo sido de diversas ciudades en cuatro continentes, se proclama defensor de las identidades múltiples. Por eso también se considera tangerino de adopción. Esta es su primera novela.

Notas

[1] «¿Qué ocurre? ¿Qué quiere usted?». <<

[2] «Así es». <<

[3] Fórmula coloquial marroquí que significa colega, amigo o hermano. <<

[4] «De acuerdo», en marroquí. <<

[5] —Lamento el retraso / He tenido problemas para aparcar.

—No pasa nada, querida. / Teresa acaba de llegar. <<

[6] «Esta es la Santísima Trinidad del fútbol». <<

[7] «Un verdadero número de acrobacia». <<

[8] En España *Sin tiempo para morir* <<

[9] «Amó a los moros y fue su amigo». <<

[10] «Estoy envejeciendo, querida». <<

[11] «No pasa nada». <<

[12] «No hay problema». <<

[13] «El agente de la Peninsular» lúe publicado en el libro colectivo *Los conjurados de Tánger*, que editaron conjuntamente en 2019 la revista *SureS* y la Librairie des Colonnes. Reproducido aquí con la corrección de alguna que otra errata, este relato constituye un eslabón entre esta y las dos anteriores novelas tangerinas del autor (*Tangerina* y *Limones negros*). <<